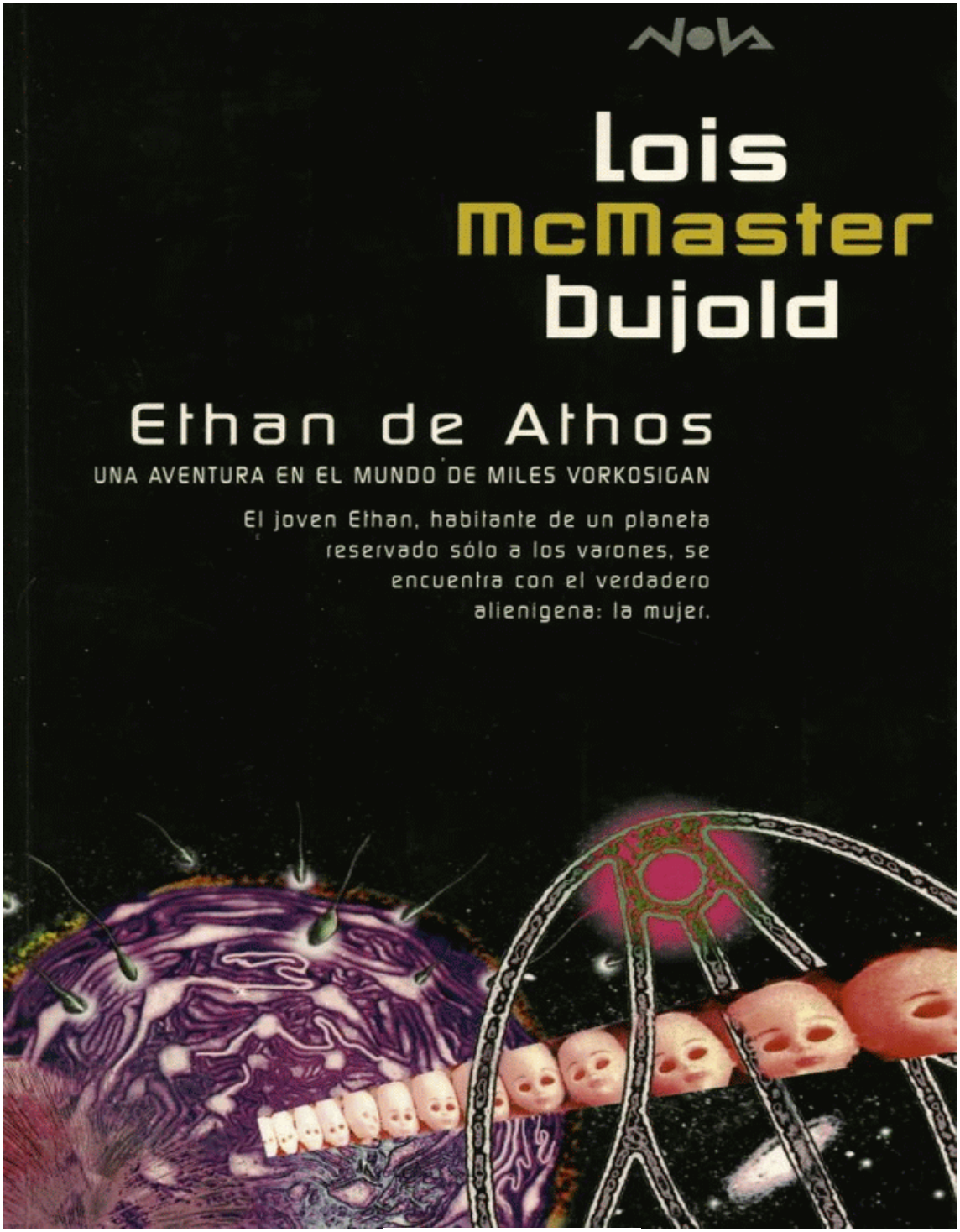
ETHAN DE ATHOS

Una aventura en el mundo de Miles Vorkosigan

LOIS McMASTER BUJOLD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

En abril 1989, en aquellos lejanos tiempos en que sólo usaba el correo electrónico en mi trabajo como profesor universitario, dirigía a los escritores de ciencia ficción cartas en papel, de esas que hoy llamamos correo-caracol (snailmail), *por la lentitud con que llegan a su destino.*

Tras haber adquirido los derechos para la publicación en NOVA *del premio Nebula de 1988* (EN CAÍDA LIBRE), *y tras divertirme lo indecible con la lectura de* EL APRENDIZ DE GUERRERO, *se me ocurrió pedir a la mismísima autora, Lois McMaster Bujold, alguna indicación sobre cómo empezar la publicación en castellano de las aventuras de Miles Vorkosigan.*

Me enorgullece decir que Lois se mostró muy satisfecha de que EN CAÍDA LIBRE *apareciera en España, ya que iba a ser (¡y fue!) la primera de sus novelas que se tradujo a una lengua distinta del inglés. También coincidía conmigo en que* EL APRENDIZ DE GUERRERO *era el mejor título para iniciar una serie hoy emblemática. Seguí sus sugerencias y, lo demás, como suele decirse, ya es historia. La saga de aventuras espaciales protagonizada por Miles Vorkosigan es, en la actualidad, una serie que consta ya de más de una decena de títulos. Y todavía cosecha éxitos.*

Las narraciones de la mayor parte de esos libros de Lois McMaster Bujold están ambientadas en un mismo universo coherente, en el que se dan cita tanto los quadrúmanos de EN CAÍDA LIBRE *(premiada con el Nebula en 1988, y finalista del Hugo de 1989), como los planetas y los sistemas estelares que presencian las aventuras de Miles Vorkosigan, su héroe más característico. En el* APÉNDICE *de este volumen se incluye un esquema argumental del conjunto de los libros de ciencia ficción de Bujold aparecidos hasta hoy, ordenados según la cronología interna de la serie. De hecho, el orden real de su publicación en inglés ha sido el siguiente:*

Shards of Honor *(junio de 1986)*
The Warrior's Apprentice *(agosto de 1986)*
EL APRENDIZ DE GUERRERO *(NOVA, número 33)*
Ethan of Athos *(diciembre de 1986)*
ETHAN DE ATHOS *(NOVA, número 106)*
Falling Free *(abril de 1988), premio Nebula 1988*
EN CAÍDA LIBRE *(NOVA, número 24)*
Brothers in Arms *(enero de 1989)*
Borders of Infinity *(octubre de 1989), premios Nebula 1989 y Hugo 1990 por «Las montañas de la aflicción» y premio Analog 1989 por «Laberinto», ambas novelas cortas incluidas en el libro*
FRONTERAS DEL INFINITO *(NOVA, número 44)*
The Vor Game *(septiembre de 1990), premio Hugo 1991*
EL JUEGO DE LOS VOR *(NOVA, número 57)*
Barrayar *(octubre de 1991), premios Hugo y Locus 1992*
BARRAYAR *(NOVA, número 60)*
Mirror Dance *(marzo de 1994), premios Hugo y Locus 1995*
DANZA DE ESPEJOS *(NOVA, número 78)*
Cetaganda *(enero de 1996)*

CETAGANDA *(NOVA, número 89)*
Memory *(octubre de 1996)*
RECUERDOS *(previsto en NOVA, número 119)*

Como ya indicaba en otra de estas presentaciones, Lois McMaster Bujold, con sus tres novelas de 1986, tanteó al principio diversos personajes posibles: los padres de Miles en SHARDS OF HONOR, *el mismo Miles en* EL APRENDIZ DE GUERRERO *y la comandante Elli Quinn en* ETHAN OF ATHOS. *El impresionante éxito popular de* EL APRENDIZ DE GUERRERO, *sumado al gran atractivo de un personaje como Miles Vorkosigan, han llevado a que sea éste quien se haya convertido en el protagonista central y en el personaje emblemático de una de las mejores y más amenas series de la moderna* space opera, *un subgénero esencial en la ciencia ficción.*

No obstante, Bujold ha continuado narrando, por ejemplo, las aventuras de los padres de Miles en BARRAYAR *(1991) y con ello ha obteniendo de nuevo el reconocimiento y el favor del público lector. Posteriormente ha unido las aventuras que afectan a los padres de Miles* (SHARDS OF HONOR Y BARRAYAR) *en un único macrovolumen titulado* CORDELIA'S HONOR *(publicado en inglés en noviembre de 1996).*

CETAGANDA *(1996, NOVA, número 89) fue el séptimo libro de Lois McMaster Bujold que apareció en nuestra colección. Con los tres anteriores,* EL JUEGO DE LOS VOR, BARRAYAR *y* DANZA DE ESPEJOS, *la autora había obtenido tres premios Hugo de novela, algo que sólo Heinlein ha superado en toda la historia de la ciencia ficción. Además, conviene recordar que Lois McMaster Bujold es joven, tiene por delante muchos años de éxitos...*

Ya en la presentación de EL APRENDIZ DE GUERRERO *(1989, NOVA, número 33), una novela que me divirtió y sorprendió gratamente, expuse las razones que, a mi juicio, convierten la saga de Vorkosigan en un éxito seguro e inevitable: «grandes dosis de inteligencia, mucha ironía y, sobre todo, una gran habilidad narrativa al servicio de un personaje llamado a devenir un clásico en la, historia de la ciencia ficción».*

Pero se engañaría quien pensara que Lois McMaster Bujold es autora de un único personaje. En realidad cuenta con otros muchos también de gran interés: los padres de Miles, los quadrúmanos de EN CAÍDA LIBRE *(por cierto la novela de Lois premiada con el Nebula no está protagonizada por Miles...), la Fiametta de* THE SPIRIT RING *y, en especial, el Ethan protagonista de la novela que hoy presentamos.*

Y a decir verdad, en abril de 1989, cuando intercambiamos esa correspondencia de la que hablaba antes, la misma Lois McMaster Bujold se sentía orgullosa de Ethan y de lo que había pretendido desarrollar en la novela que el lector tiene ahora entre las manos. En realidad consideraba que se trataba de su mejor novela, pese a que no había obtenido tanto éxito como ella esperaba. Así respondía, en abril de 1989, a mi misiva:

> ETHAN DE ATHOS es una continuación un tanto marginal: Elli Quinn, un personaje menor de EL APRENDIZ DE GUERRERO y de BROTHERS OF ARMS es la heroína. La novela se centra en los problemas del doctor Ethan Urquhart, un obstetra de un planeta sólo para hombres y prohibido a las mujeres. Me siento muy orgullosa de ETHAN DE ATHOS; es tal vez mi mejor obra de ciencia ficción y la que contiene ideas más originales. Sin embargo, se diría que hay cierta resistencia en el mercado hacia un héroe homosexual. Al parecer, las mujeres aprecian mejor las características humorísticas de esta novela.

Bueno, es fácil coincidir con Lois en eso, y constatar que el hecho de circular

contra corriente no es algo que el mercado aprecie en demasía. Cuando la ciencia ficción ha analizado ya repetidas veces qué ocurriría en mundos habitados sólo por mujeres, resulta casi una provocación que una mujer como Lois McMaster Bujold se atreva a imaginar un mundo en el que, gracias a la ingeniería genética, las mujeres no son necesarias.

Athos es un planeta reservado sólo a los varones, un lugar que los Padres Fundadores han querido apartado y aislado. Un mundo en el cual, como no podría ser de otra manera, la mujer es un tema tabú. Un planeta donde la única sexualidad posible es la homosexualidad. Un mundo masculino. En ese mundo casi idílico, el joven doctor Ethan Urquhart, experto obstetra y hábil especialista en los replicadores uterinos, que han tomado en Athos el papel reproductor de la mujer, descubre que la dotación genética de Athos empieza a agotarse. Para desgracia de todo un planeta y una cultura, los recambios de cultivos ováricos adquiridos en el exterior a un alto precio han sido saboteados.

El inocente y joven Ethan recibe del Consejo de Athos la misión de abandonar el planeta para adquirir, en la mayor brevedad posible, los imprescindibles recambios de cultivos de tejidos ováricos. Y, como era de esperar en una novela de Lois McMaster Bujold, Ethan se verá envuelto en un sinfín de aventuras en la Estación Kline, donde conocerá a la comandante Elli Quinn de los Mercenarios Dendarii dirigidos por el infalible Miles Vorkosigan.

Comprendo al mismo tiempo que Lois se sienta orgullosa de ETHAN DE ATHOS, *y que el mercado haya preferido las narraciones protagonizadas por Miles o por sus padres. No es el mercado un lugar adecuado para experimentos como el que realiza Lois McMaster Bujold en esta novela. En realidad, en los libros de Lois publicados desde entonces, cuando se citan comentarios de alabanza a los títulos anteriores de la serie, casi nunca se cita* ETHAN DE ATHOS. *Por algo será...*

Aunque no es por su calidad ni interés. Debo decir que, tras la carta de Lois, me apresuré a buscar y leer esta novela que ella presentaba como un tanto maldita. Coincido con la autora en que se trata de una obra muy buena: una inteligente y amena novela de aventuras, con una implícita provocación en el inevitable juego de los sexos. Que sea una mujer quien imagine un mundo sin mujeres no deja de ser paradójico y, desgraciadamente, me temo que no están los tiempos para este tipo de paradojas...

En cualquier caso, sólo quisiera añadir que ETHAN DE ATHOS *incorpora alguno de los elementos, para mí, centrales de* EN CAÍDA LIBRE. *Si allí eran los quadrúmanos quienes tenían derecho a su libertad y autodeterminación, esta vez se trata de los posibles descendientes de ese que, sin serlo, parece un personaje secundario y del que, por razones obvias de no desvelar la trama, no voy a citar aquí por su nombre. Es un elemento añadido, al que Lois nunca hizo referencia en su carta, pero que no me parece banal.*

Tras la lectura de ETHAN DE ATHOS *estoy seguro de que coincidirán conmigo en que omitir la referencia a esta novela cuando se habla de los títulos de Lois McMaster Bujold es una clara injusticia. Como quijotesco «desfacedor de entuertos» me he decidido a que sea* ETHAN DE ATHOS *la primera de las novelas antiguas de Lois que vamos a recuperar en NOVA, respondiendo así a las peticiones de muchos lectores.*

De momento, en 1998 tendremos un Bujold añejo en este ETHAN DE ATHOS *y, también, un nuevo título en ese* RECUERDOS, *que ha sido finalista del premio Hugo de 1997 y que publicaremos a finales de año. En años sucesivos, iremos incorporando los títulos por ahora inéditos en castellano:* HERMANOS DE ARMAS *y* FRAGMENTOS DE HONOR, *junto a los nuevos títulos que Lois McMaster Bujold*

vaya publicando.
Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Para aquellos que escucharon al principio:
Dee, Dave, Laurie, Barbara, R.J., Wes,
y las pacientes damas del MAWA.

1

El nacimiento progresaba con normalidad. Los largos dedos de Ethan extrajeron con cuidado la diminuta cánula de su tenaza.

—Dame la solución hormonal C —le ordenó al tecnomed que gravitaba a su lado.

—Tome, doctor Urquhart.

Ethan presionó el hipospray contra la membrana de la cánula y administró la dosis. Comprobó sus instrumentos: la placenta se tensaba bien, encogiéndose en el lecho nutriente que la había mantenido durante los últimos nueve meses. Ahora.

Rompió rápidamente los sellos, soltó la tapa de la parte superior del contenedor, y pasó su vibrascalpelo por el enmarañado fieltro del microscópico tubo de intercambio. Separó la masa esponjosa, y el tecnomed la retiró y cerró el dosificador que la alimentaba con la solución oxi-nutriente.

Sólo unas cuantas gotitas amarillas perlaron las manos enguantadas de Ethan. La esterilidad estaba asegurada, advirtió con satisfacción, y su toque con el escalpelo había sido tan delicado que ni siquiera había rozado el plateado saco amniótico. Una forma rosácea se rebullía en su interior.

—Ya no queda mucho —le prometió satisfecho.

Un segundo corte y sacó al niño, mojado y cubierto del fluido de su primer hogar.

—¡Succión!

El tecnomed le colocó la perilla en la mano, y él limpió la nariz y la boca del niño antes de que éste tomara su primera y sorprendida bocanada de aire. El niño abrió la boca, se retorció, parpadeó y lloró bajo la segura y amable mano de Ethan. El tecnomed acercó la cuna y Ethan colocó al bebé bajo la cálida luz y cortó el cordón umbilical.

—Ahora es cosa tuya, chaval —le dijo.

El técnico de ingeniería que esperaba entró en el replicador uterino que había incubado el feto tan fielmente durante tres cuartos de año. Las innumerables pequeñas luces indicadoras de la máquina estaban ahora apagadas; el técnico empezó a desconectarla de los otros bancos, para llevarla al lugar donde sería limpiada y reprogramada.

Ethan se volvió hacia el ansioso padre.

—Buen peso, buen color, buenos reflejos. Yo le daría a su hijo un sobresaliente alto, señor.

El hombre sonrió, y arrugó la nariz, y se echó a reír, y se secó una lágrima incómoda de la comisura de un ojo.

—Es un milagro, doctor Urquhart.

—Un milagro que sucede unas diez veces al día aquí en Sevarin —sonrió Ethan.

—¿No se aburre nunca?

Ethan contempló con placer al pequeño, que meneaba los puños y se agitaba en la cuna.

—No. Nunca.

A Ethan le preocupaba el CJB-9. Aligeró el paso por los silenciosos y limpios pasillos del Centro de Reproducción del Distrito de Sevarin. Todavía no le tocaba empezar el turno, pues había llegado temprano expresamente para atender el nacimiento. La última media hora del turno de noche era la de más trabajo, un

crescendo de completar registros y asignar responsabilidades a los adormilados recién llegados. Ethan no bostezó, pero se detuvo a coger dos tazas de café solo en el dispensador situado al fondo del puesto de los tecnomeds antes de unirse al jefe del turno en su cubículo de observación.

Georos le saludó con un gesto, y su brazo continuó el movimiento hasta coger la taza que le ofrecía.

—Gracias, señor. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien. Mi hermano menor consiguió una semana de permiso en su unidad del Ejército, así que los dos estuvimos a la vez en casa para variar. Provincia Sur. El viejo se sintió a sus anchas. Mi hermano ha obtenido un ascenso... ahora es primer flautista de la banda.

—¿Va a quedarse, pues, cuando pasen los dos años obligatorios?

—Eso creo. Al menos otros dos años. Está desarrollando su capacidad musical, que es de hecho lo que realmente quiere, y todos esos créditos extra de deberes sociales no le vendrán mal.

—Mmm —convino Georos—. Provincia Sur, ¿eh? Me preguntaba por qué no le veíamos el pelo en sus horas libres.

—Es la única forma en que realmente puedo disfrutar de las vacaciones... escapando de la ciudad —admitió Ethan secamente. Contempló la fila de indicadores del cubículo. El jefe del turno de noche guardó silencio; tomaba sorbos de café, observando a Ethan por encima del borde de la taza, en un silencio molesto tras haber agotado la conversación.

El Banco Replicador Uterino 1 estaba conectado. Ethan pasó directamente al Banco 16, donde habitaba el embrión CJB-9.

—Ah, demonios —dejó escapar el aire con un largo suspiro—. Me lo temía.

—Sí —coincidió Georos, frunciendo los labios en gesto de condolencia—. Totalmente inviable, sin ninguna duda. Hice un sondeo sónico anteanoche... no es más que un puñado de células.

—¿No se dieron cuenta la semana pasada? ¿Por qué no se ha reciclado el replicador? Hay otros esperando. Dios Padre lo sabe.

—Esperamos el permiso paterno para deshacernos del embrión. —Georos se aclaró la garganta—. Roachie citó al padre para que mantenga una entrevista con usted esta mañana.

—Ah... —Ethan se pasó la mano por el pelo, corto y oscuro, desordenando su pulcro aspecto de profesionalidad—. Recuérdeme que le dé las gracias a nuestro querido jefe. ¿Me han dejado más trabajo sucio?

—Sólo algunas reparaciones genéticas en el 5-B... posible deficiencia enzimática. Pero supusimos que querría hacerlo usted mismo.

—Cierto.

El jefe del turno de noche empezó su informe de rutina.

Ethan casi llegó tarde a la reunión con el padre del CJB. Durante la inspección matutina entró en una cámara replicadora y encontró al técnico encargado dando saltitos, trabajando al ritmo de los estentóreos acordes de *Quedémonos despiertos toda la noche,* una estúpida canción de baile enormemente popular entre los no-designados que tronaba por los estimulaltavoces. El enloquecedor ritmo dio dentera a Ethan; difícilmente podía ser la ideal estimulación sónica prenatal para los fetos en desarrollo. Ethan optó por los acordes más tranquilizadores del himno clásico *Dios de nuestros padres, ilumina el camino,* interpretado por la Orquesta de Cuerda de Cámara de los Hermanos Unidos, que invadió apaciblemente la sala arrancando un bostezo al aburrido

técnico.

En la siguiente cámara encontró un banco de replicadores uterinos con un 75% de saturación de toxinas de desecho en la solución de intercambio; el técnico encargado explicó que esperaba que llegara al 80% antes de efectuar los obligatorios cambios de filtro.

Ethan le explicó, de manera clara y rotunda, la diferencia entre mínimo y óptimo, y supervisó los cambios de filtro y la subsiguiente bajada a un 45% de saturación, mucho más razonable.

El recepcionista lo llamó dos veces antes de que terminara de darle un sermón al técnico sobre el tono exacto de brillo en el cristal color limón necesario para que funcionara en grado óptimo una solución de intercambio de oxígeno y nutrientes. Corrió hasta el nivel de los despachos y se detuvo a jadear un momento ante su puerta, hasta equilibrar la dignidad de un portavoz del Centro Rep con la descortesía de hacer esperar a un cliente. Inspiró profundamente, aunque eso no tenía nada que ver con su galope escaleras arriba, compuso una sonrisa encantadora y abrió la puerta que indicaba DR. ETHAN URQUHART, JEFE DE BIOLOGÍA REPRODUCTIVA con letras doradas sobre su superficie de plástico marfileño.

—¿Hermano Haas? Soy el doctor Urquhart. No, no... siéntese, póngase cómodo —añadió Ethan mientras el hombre se ponía en pie nervioso y ladeaba la cabeza a modo de saludo. Ethan se sentó ante su propia mesa, sintiéndose absurdamente escudado.

El hombre era grande como un oso, rojo por los muchos días pasados al sol y al viento; las manos musculosas que hacían girar la gorra una y otra vez estaban cubiertas de callos. Miró a Ethan.

—Esperaba a un hombre mayor —murmuró.

Ethan se tocó la barbilla afeitada, y al darse cuenta del gesto bajó la mano rápidamente. De haber llevado barba, o al menos bigote, la gente no le habría confundido tan a menudo con un joven de veinte años a pesar de su metro ochenta de estatura. El Hermano Haas lucía una barba de unas dos semanas, poco crecida en comparación con el bigote descomunal que le identificaba como padre alternativo de rancio abolengo. Ciudadano sólido. Ethan suspiró.

—Siéntese, siéntese —volvió a indicar.

El hombre se sentó al borde de su silla, agarrando su gorra con gesto ansioso. Su ropa formal estaba pasada de moda y no le sentaba bien, pero estaba escrupulosamente limpia y planchada; Ethan se preguntó cuánto tiempo habría tenido que frotarse el tipo esta mañana para hacer desaparecer cada motita de suciedad de debajo de aquellas largas uñas.

El Hermano Haas golpeó ausente la gorra contra su muslo.

—Mi chico, doctor... ¿pasa... pasa algo con mi hijo?

—Uh... ¿No se lo dijeron por el comunicador?

—No, señor. Sólo me dijeron que viniera. Así que saqué el auto de superficie del garaje de mi comunidad, y aquí estoy.

Ethan miró el expediente que tenía sobre la mesa.

—¿Ha venido conduciendo desde Crystal Springs esta mañana?

La barba sonrió.

—Soy granjero. Estoy acostumbrado a levantarme temprano. En cualquier caso, nada es demasiado para mi chico. Es el primero, ¿sabe? —Se pasó una mano por la barbilla, y se echó a reír—. Bueno, supongo que eso está claro.

—¿Cómo es que terminó aquí, en Sevarin, en vez de en su Centro Rep de distrito en Las Sands? —preguntó Ethan, con curiosidad.

—Fue por el CJB. En Las Sands dijeron que no tenían un CJB.

—Ya veo. —Ethan se aclaró la garganta—. ¿Algún motivo en particular por el que quisiera uno?

El granjero asintió con firmeza.

—El accidente de la última cosecha hizo que me decidiera. Uno de nuestros compañeros se pilló una mano con una trilladora... la perdió. Un típico accidente de granja, pero dijeron que si lo hubiera visto un médico antes, podría haberla salvado. La comunidad está creciendo. Estamos a punto de conseguir la terraformación. Necesitamos un médico propio. Todo el mundo sabe que los CJB son los mejores doctores. ¿Quién sabe cuándo tendré suficientes créditos sociales para un segundo hijo, o un tercero? Quise conseguir el mejor.

—No todos los doctores son CJB —dijo Ethan—. Y desde luego no todos los CJB son doctores.

Haas sonrió amablemente, en un gesto de desacuerdo.

—¿Qué es usted, doctor Urquhart?

Ethan volvió a aclararse la garganta.

—Bueno... lo cierto es que soy un CJB-8.

El granjero asintió.

—Dijeron que era usted el mejor. —Miró ansiosamente al doctor del Centro Rep, como si pudiera adivinar los rasgos de su hijo soñado en la cara de Ethan.

El médico unió las manos sobre la mesa, tratando de parecer amable y terminante.

—Bueno. Lamento que no le dijeran más por el comunicador... no había ningún motivo para mantenerle a oscuras. Como sin duda sospechaba, hay un problema con su, ejem, conceptus.

Haas alzó la cabeza.

—Mi hijo.

—Esto... no. Me temo que no. No esta vez. —Ethan inclinó conmiserativo la cabeza.

Haas bajó el rostro, luego volvió a alzarlo, los labios tensos de esperanza.

—¿Es algo que puedan arreglar? Sé que ustedes hacen reparaciones genéticas... si se trata del precio, bueno, mis hermanos de comunidad me apoyarán... podré liquidar la deuda, con el tiempo...

Ethan sacudió la cabeza.

—Solamente hay un par de docenas de desórdenes comunes que podemos tratar... algunos tipos de diabetes, por ejemplo, subsanables con un ajuste de genes en un pequeño grupo de células, si se las pilla en la etapa adecuada de desarrollo. Algunos pueden incluso ser eliminados de la muestra de esperma cuando filtramos la parte que contiene los cromosomas X defectuosos. Hay muchos más que pueden ser detectados en la primera comprobación, antes de que la blástula se implante en el lecho replicador y empiece a formarse la placenta. Entonces solemos sacar una célula, y hacemos una comprobación automática que sólo detecta los problemas que está programada para encontrar... el centenar de defectos de nacimiento más comunes. No es imposible que nos pase por alto algo sutil o raro... sucede media docena de veces al año. Así que no es usted el único. Normalmente damos marcha atrás y fertilizamos otro óvulo. Es la solución más barata y efectiva, ya que se requiere sólo seis días.

Haas suspiró.

—Así que empezamos de nuevo. —Se frotó la barbilla—. Dag dijo que me daría mala suerte empezar a dejarme la barba de padre antes del nacimiento. Supongo que tenía razón.

—Sólo un contratiempo. —Ethan reforzó su expresión conmiserativa—. Ya que la fuente de la dificultad estaba en el óvulo y no en el esperma, el Centro ni siquiera va a

cobrarle el mes en el replicador.

A ese efecto, hizo una rápida anotación en el expediente.

—¿Quiere que vaya ahora a la sala de paternidad, para entregar una nueva muestra? —preguntó Haas humildemente.

—Ah... antes de irse, claro. Se ahorrará otro largo viaje. Pero hay un pequeño problema que debemos solventar primero. —Ethan tosió—. Me temo que ya no podemos ofrecer más CJB.

—¡Pero he venido hasta aquí sólo por eso! —protestó Haas—. ¡Maldita sea, tengo derecho a escoger! —Sus manos se crisparon peligrosamente—. ¿Por qué no?

—Verá... —Ethan hizo una pausa, y escogió con cuidado las palabras—. La suya no es la primera dificultad que hemos tenido con los CJB últimamente. El cultivo parece estar... eh, deteriorándose. De hecho, lo intentamos con todas nuestras fuerzas. Todos los óvulos producidos durante una semana se destinaron a su solicitud.

No hacía falta decirle a Haas lo escasa que era esa producción.

—Mis mejores técnicos lo intentaron, yo lo intenté... en parte, el motivo por el que corrimos el riesgo con el actual conceptus era que se trataba de la única fertilización viable que conseguimos más allá de la cuarta división celular. Me temo que desde entonces nuestro CJB ha dejado de producir completamente.

—Oh. —Haas hizo una pausa, deprimido, luego hizo acopio de nuevas esperanzas—. Entonces, ¿quién lo hace? No me importa si tengo que cruzar el continente. Lo que quiero es un CJB.

Ethan se preguntó sombrío por qué la esperanza era considerada una virtud. No era más que una maldita molestia. Tomó aliento y dijo lo que habría deseado no tener que decir:

—Nadie, me temo, Hermano Haas. El nuestro era el último cultivo CJB operativo de todo Athos.

Haas estaba anonadado.

—¿No más CJB? ¿Pero de dónde sacaremos nuestros doctores, nuestros tecnomeds...?

—Los genes CJB no se han perdido —recalcó Ethan suavemente—. Hay hombres por todo el planeta que los tienen, y que los transmitirán a sus hijos.

—¿Pero qué ha pasado con los... los cultivos? ¿Por qué ya no funcionan? —preguntó Haas, asombrado—. No han sido... envenenados o algo así, ¿verdad? Algún maldito vándalo extranjero...

—¡No, no! —dijo Ethan. Dioses, qué tumulto provocaría ese rumor—. Es perfectamente natural. El primer cultivo CJB fue traído por los Padres Fundadores cuando se colonizó Athos por primera vez... hace casi doscientos años. Doscientos años de excelente servicio. Está sólo... agotado. Gastado. Viejo. Consumido. Ha llegado al fin de su ciclo vital, docenas de veces más viejo ya de lo que habría vivido en esto... esto...

No era una obscenidad, él era doctor y se trataba de la correcta terminología médica.

—...en una mujer.

Se apresuró, antes de que Haas pudiera hacer la siguiente conexión lógica.

—Voy a ofrecerle una sugerencia, Hermano Haas. Mi mejor tecnomed... hace un trabajo soberbio, a la perfección, y es un JJY-7.

»Resulta que tenemos un magnífico cultivo JJY-8 aquí en Sevarin que podemos ofrecerle. A mí mismo no me importaría ser un JJY si...

Ethan se interrumpió, no fuera a ser que se metiera en aguas cenagosas delante de este cliente.

—Creo que quedaría usted satisfecho.

Aunque reacio, Haas permitió que le hablara de aquel sustituto, y luego se marchó a la sala de muestras que había visitado con tan altas aspiraciones apenas un mes antes. Ethan suspiró, se sentó a la mesa después de que el cliente se fuera, y se frotó preocupado las sienes. La acción pareció acrecentar la tensión en vez de disiparla. La siguiente conexión lógica...

Todo cultivo ovárico de Athos procedía de aquéllos traídos por los Padres Fundadores. Había sido un secreto a voces en los Centros Rep durante doscientos años y más... ¿cuánto tiempo pasaría hasta que el público en general se diera cuenta? El CJB no era el primer cultivo en agotarse hacía poco. Se encontraban en el punto más alto de una especie de curva de campana, suponía Ethan, y caían velozmente.

El 60% de los niños que se desarrollaban cómodamente, las placentas colocadas en sus suaves nidos de microscópicos tubos de intercambio en los replicadores de abajo, procedían de sólo ocho cultivos. Al año siguiente, si sus cálculos secretos eran acertados, sería aún peor. ¿Cuánto pasaría antes de que no hubiera suficiente material ovárico para satisfacer la creciente demanda... o incluso el mantenimiento de la población? Ethan gruñó, imaginando sus futuras perspectivas como desempleado... si antes no lo hacían pedazos las furiosas turbas de velludos no-padres.

Se sacudió la depresión. Sin duda, algo haría antes de que las cosas llegaran tan lejos. Algo tenía que suceder.

La preocupación se convirtió en un incómodo trasfondo de la agradable rutina de Ethan durante los tres meses que siguieron a su regreso de las vacaciones. Otro cultivo ovárico, el LMS-10, se estropeó y murió, y la producción de huevos EEH-9 se redujo a la mitad. Sería el siguiente en perderse, calculó Ethan. La primera parada en esa pérdida llegó por sorpresa.

—¿Ethan? —En la voz del jefe de personal Desroches se notaba un extraño soniquete, incluso por el intercomunicador. Su rostro mostraba un peculiar aspecto sofocado; sus labios, enmarcados por una lustrosa barba negra y bigote, no dejaban de torcerse en las comisuras. No se trataba del moroso pucherito que había amenazado durante todo el año en volverse permanente. Ethan, curioso, soltó su micropipeta cuidadosamente y se acercó a la pantalla.

—¿Sí, señor?

—Me gustaría que viniera a mi despacho ahora mismo —dijo.

—Acabo de iniciar una fertilización...

—En cuanto acabe, entonces —concedió Desroches con un gesto.

—¿Qué sucede?

—La nave del censo anual atracó ayer. —Desroches señaló hacia arriba, aunque de hecho la única estación espacial de Athos giraba en órbita sincrónica por encima de otro cuadrante del planeta—. Ha llegado el correo. Sus revistas fueron aprobadas por el Consejo de Censores... tiene un año de números atrasados encima de mi mesa. Y otra cosa.

—¿Otra cosa? Pero si sólo encargué la revista...

—No me refiero a sus propiedades personales. Algo para el Centro Rep. —Los blancos dientes de Desroches refulgieron—. Termine y venga a ver.

La pantalla se apagó.

Vaya, vaya. Era difícil que un año de números atrasados de la *Revista betana de medicina reproductiva* importados a un precio desorbitado, a pesar de su altísimo grado de interés, consiguiera que los ojos de Desroches bailaran de alegría. Ethan se dio prisa con la fertilización, aunque sin perder la meticulosidad, y colocó la vaina en la cámara

de incubación de la que, al cabo de seis o siete días si las cosas iban bien, la blástula sería trasladada a un replicador uterino de uno de los bancos de la sala contigua; luego corrió escaleras arriba.

Una docena de discos de datos pulcramente etiquetados estaban ordenados en una esquina de la comuconsola del jefe. Ocupaba la otra esquina un holocubo de dos chiquillos de pelo oscuro a lomos de un pony manchado. Ethan apenas los miró, su atención instantáneamente copada por el gran contenedor de refrigeración que ocupaba el centro. Las luces verdes de su panel de control brillaban ininterrumpidamente de un modo tranquilizador.

SUMINISTROS BIOLÓGICOS L. BHARAPUTRA E HIJOS, JACKSON'S WHOLE, rezaba la etiqueta. «Contenido: tejido congelado, humano, ovárico, 50 unidades. Almacenar con unidad de intercambio calorífico libre de obstrucción. Este lado hacia arriba.»

—¡Los tenemos! —exclamó Ethan deleitado al reconocerlo, y dio una palmada.

—Por fin —sonrió Desroches—. ¡Apuesto a que el Consejo de Población va a celebrar una fiesta en toda regla esta noche; vaya alivio! Cuando pienso en la búsqueda de suministradores, la búsqueda de intercambio exterior... llegué a pensar que íbamos a tener que enviar a un pobre hijo ahí fuera para conseguirlos.

Ethan se estremeció, y se echó a reír.

—¡Fiuuu! Gracias al Padre nadie tuvo que pasar por eso. —Deslizó una mano sobre la gran caja de plástico, ansiosa, reverentemente—. Vamos a ver algunas caras nuevas por aquí.

Desroches sonrió, reflexivo y contento.

—Desde luego. Bueno... son todo suyos, doctor Urquhart. Deje su trabajo de laboratorio a sus tecnos y haga que lleguen a sus nuevos hogares. Prioridad.

—¡No faltaba más!

Ethan depositó con suavidad la caja en una mesa del Laboratorio de Cultivos y ajustó los controles para subir un poco la temperatura interna. Habría que esperar. Sólo descongelaría doce aquel día, para llenar las unidades de apoyo de cultivo que esperaban, frías y vacías, una nueva vida. Sobriamente, acarició el oscuro panel tras el que el CJB-9 había vivido tan larga y fructíferamente. Eso le puso triste, se sintió extrañamente a la deriva.

El resto de los tejidos debía permanecer congelado hasta que Ingeniería instalara el banco de nuevas unidades a lo largo de la otra pared. Ethan sonrió, al imaginarse la frenética actividad que en aquel momento debía de estar interrumpiendo la plácida rutina de limpieza y reparaciones. Un poco de ejercicio les vendría bien.

Mientras esperaba, llevó sus nuevas revistas a la comuconsola para echarles un vistazo. Vaciló. Desde su ascenso a jefe del departamento el año anterior, su estatus de censura había sido elevado a Nivel de Permiso A. Ésta era la primera ocasión que tenía para aprovecharse de ello; la primera oportunidad de probar la madurez y capacidad de juicio supuestamente necesarias para manejar publicaciones galácticas totalmente libres de cortes, sin censurar. Se humedeció los labios, y se preparó para demostrar que esa confianza era merecida.

Eligió un disco al azar, lo metió en la ranura de lectura, y recuperó la lista de contenidos. La mayoría de las dos docenas de artículos trataba, predecible aunque decepcionante, de problemas de reproducción en vivo de la hembra humana; algo poco práctico. Virtuosamente, reprimió el impulso de echarles un vistazo. Pero había un artículo sobre la diagnosis precoz de un oscuro cáncer del conducto deferente, y aún, un título más prometedor: «Sobre una mejora en la permeabilidad de las membranas de

intercambio en el replicador uterino.» Este aparato era un invento de la Colonia Beta (famosa por su avanzadísima tecnología punta) destinado en un principio a emergencias médicas. Casi todas sus mejoras, al parecer, procedían aún ahora de allí, un hecho que no era demasiado valorado en Athos.

Ethan recuperó el artículo y lo leyó con avidez. Trataba básicamente de algunas mezclas moleculares desagradablemente astutas de lipoproteínas y polímeros que deleitaron la capacidad geométrica de Ethan, al menos cuando en una segunda lectura lo entendió por fin. Se entretuvo un rato calculando lo que haría falta para duplicar el trabajo en Sevarin. Tendría que hablar con el jefe de Ingeniería...

Absorto, mientras hacía inventario mental de sus recursos, recuperó el índice. «Sobre una mejora...» procedía de un hospital universitario de una ciudad llamada Silica... Ethan conocía poco la geografía extraplanetaria, pero el artículo le sonaba a betano. Qué mentes tan ordenadas y qué manos tan hábiles para dar con esa idea...

Kara Burton, doctora en medicina y física, y Elizabeth Naismith, bioingeniera... De repente, se encontró contemplando en la pantalla dos de los rostros más extraños que había visto jamás.

Sin barba, como hombres sin hijos, o muchachos, pero carentes de la lozanía juvenil de un muchacho. Rostros suaves y pálidos, de huesos finos, aunque arrugados y ajados por el tiempo. El pelo de la ingeniera era casi blanco. La otra era más fornida, vestía una bata de laboratorio celeste.

Ethan tembló, esperando que la locura le alcanzara desde sus miradas medusinas. No sucedió nada. Pasado un momento, soltó el borde de la mesa. Quizás entonces la locura que poseía a los hombres galácticos, esclavos de esas criaturas, era algo que sólo se transmitía en persona. ¿Alguna indefinible aura telepática? Alzó de nuevo los ojos, con valentía, para contemplar las figuras de la pantalla.

Bien. Eso era una mujer... dos mujeres, en realidad. Estudió su propia reacción; para su inmenso alivio, no parecía afectado en lo más mínimo. Indiferencia, incluso un poco de repulsión. El abismo del pecado no parecía absorber su alma hacia la perdición en el acto; suponiendo, claro, que tuviera un alma. Apagó la pantalla sin otra emoción que un poco de curiosidad frustrada. Como prueba de su resolución, hoy ya no tocaría más el tema. Guardó el disco de datos con los demás.

La caja refrigeradora casi había alcanzado la temperatura deseada. Preparó los nuevos baños de solución, los puso en enfriamiento máximo para igualar la temperatura del contenido de la caja. Se puso los guantes aislantes, rompió los sellos, alzó la tapa.

¿Papel de envolver?

Contempló la caja, asombrado. Cada muestra de tejido tendría que haber estado contenida individualmente en su propio baño de nitrógeno. Estos extraños bultos grises estaban envueltos como si fueran paquetes de carne para el almuerzo. Su corazón se encogió de terror y asombro.

Espera, espera, no te dejes llevar por el pánico... tal vez fuera alguna nueva tecnología galáctica de la que todavía no había oído hablar. Torpemente, buscó instrucciones en la caja, incluso palpando entre los paquetes. Nada. Parecía que era hora de adivinar.

Contempló los pequeños bultos y comprendió por fin que no eran tejidos de cultivo en absoluto, sino la materia prima en sí. Iba a tener que desarrollar en persona el cultivo. Tragó saliva. No es imposible, se tranquilizó.

Cogió un par de tijeras, abrió el paquete superior, y vació su contenido, plop, en un baño pulidor. Lo contempló con cierta desazón. Tal vez habría que segmentarlo para conseguir la máxima penetración de la solución nutriente... no, todavía no, eso destrozaría la estructura celular mientras estuviera congelado. Primero había que

descongelarlo.

Rebuscó entre los demás, impulsado por una intranquilidad creciente. Extraño, extraño.

Había uno seis veces más grande que los demás, vidrioso y redondo. Había otro que parecía un trozo de queso, repugnante. Súbitamente receloso, contó los paquetes. Treinta y ocho. Y aquellos grandes del fondo... Una vez, mientras prestaba servicio en el Ejército, cuando era más joven, se presentó voluntario en la carnicería, fascinado ya entonces por estudiar anatomía comparada. La luz se hizo en él como un sol furioso.

—¡Eso —siseó, con los dientes apretados—, es un ovario de vaca!

El examen fue intenso y concienzudo, y le ocupó toda la tarde. Cuando terminó, parecía como si una clase de primer curso de zoología hubiera estado realizando disecciones por todo el laboratorio; pero estaba seguro, seguro del todo.

Prácticamente abrió de una patada la puerta del despacho de Desroches, y se plantó allí con las manos engarfiadas, tratando de controlar su respiración entrecortada.

Desroches se estaba poniendo la chaqueta, la luz del hogar en los ojos; nunca desconectaba el holocubo hasta que había acabado el trabajo. Miró la cara salvaje, desencajada de Ethan.

—Dios mío, Ethan, ¿qué ocurre?

—Basura de histerectomías. ¡Restos de autopsias, por lo que sé! ¡En una cuarta parte son indudablemente cancerosos, la mitad están atrofiados, cinco ni siquiera son humanos, por el amor de Dios! Y todos y cada uno de ellos están muertos.

—¿Qué? —Desroches se quedó boquiabierto, la cara desencajada—. No estropearía la descongelación, ¿no? No le...

—Venga a mirar. Sólo venga a mirar —estalló Ethan. Giró sobre sus talones y añadió por encima del hombro—: No sé qué pagó el Consejo de Población por esta mierda, pero nos han jodido.

2

—Tal vez —dijo esperanzado el anciano delegado del Consejo de Población de Las Sands— fue un error sin mala fe. Tal vez pensaron que el material iba destinado a estudiantes de medicina o algo así.

Ethan se preguntó porqué Roachie le había arrastrado a esta sesión de emergencia. ¿Testigo experto? En otro momento, se habría asombrado de cuanto le rodeaba: las gruesas alfombras, la hermosa vista de la capital, la mesa larga de madera pulida y los rostros graves y barbudos de los ancianos reflejados en ella. Ahora estaba tan enfadado que apenas advertía nada de eso.

—Eso no explica por qué había treinta y ocho en una caja que indicaba cincuenta —estalló—. O esos malditos ovarios de vaca... ¿es que creen que aquí criamos minotauros?

El joven representante de Deleara recalcó con tristeza:

—Nuestra caja estaba completamente vacía.

—¡Ahí está! —le dijo Ethan—. Nada tan completamente estropeado puede ser debido a la buena fe ni a un error...

Desroches, con aspecto desesperado, le indicó que se sentara, y Ethan obedeció.

—Tiene que ser un sabotaje deliberado —le susurró Ethan.

—Más tarde —prometió Desroches—. Llegaremos a eso más tarde.

El presidente terminó de grabar los informes oficiales de los nueve Centros Rep, los introdujo en su comuconsola, y suspiró.

—¿Cómo demonios conseguimos estos suministros, por cierto? —La pregunta era retórica.

El jefe del subcomité de búsqueda dejó caer dos comprimidos medicinales efervescentes en un vaso de agua, y los miró disolverse con la cabeza apoyada en sus brazos.

—Eran la oferta más barata —dijo lentamente.

—¿Puso el futuro de Athos en manos de la oferta más barata? —estalló otro miembro.

—Todos ustedes lo aprobaron, ¿recuerdan? —saltó el jefe de búsqueda, como un resorte—. De hecho, insistieron en ello cuando descubrieron que el siguiente ofertante sólo enviaría treinta por el mismo precio. La promesa de cinco cultivos distintos para cada Centro Rep... prácticamente se mearon de alegría, que yo recuerde...

—Mantengamos los procedimientos en un tono oficial, por favor —advirtió el presidente—. No tenemos tiempo que perder buscando culpables o eludiendo responsabilidades.

»La nave del censo galáctico saldrá de la órbita dentro de cuatro días, y es el único vector de nuestras decisiones hasta el año próximo.

—Deberíamos tener nuestras propias naves de salto —comentó un miembro—. Entonces no nos encontraríamos a merced de sus planes.

—Los militares llevan años pidiendo lo mismo —añadió otro.

—¿Y qué Centro Rep quieren ustedes entregar a cambio? —comentó un tercero, sarcástico—. Nosotros y ellos somos los que nos llevamos la mayor parte del presupuesto, junto con la terraformación, que produce el alimento para que nuestros hijos coman mientras crecen... ¿quieren ir y decirle a la gente que su permiso para tener

hijos va a ser reducido a la mitad para dar a esos payasos un puñado de juguetes que no producirán a cambio nada para la economía?

—Nada hasta ahora —murmuró el segundo orador, persuasivo.

—Por no mencionar la tecnología que tendríamos que importar... ¿y qué íbamos a exportar para pagarla? Hicieron falta todos nuestros recursos para...

—Entonces que las naves de salto se subvencionen ellas solas. Si las tuviéramos, podríamos exportar algo y obtener suficiente dinero galáctico para...

—Buscar contacto con esa cultura contaminada iría directamente en contra de los objetivos de los Padres Fundadores —intervino un cuarto hombre—. Nos pusieron tan lejos precisamente para protegernos de...

El presidente golpeó bruscamente la mesa.

—Los debates sobre temas más amplios corresponden al Consejo General, señores. Hoy nos hemos reunido para tratar un problema específico, y solucionarlo cuanto antes. —Su tono firme e irritado no invitaba a rebatirle. Hubo un revuelo general y movimiento de papeles y espaldas tiesas.

El joven miembro de Barca, a instancias de su anciano acompañante, se aclaró la garganta.

—Hay una posible solución, sin salir del planeta. Podríamos desarrollar nosotros mismos.

—Es precisamente porque nuestros cultivos no se desarrollan por lo que... —empezó a decir otro hombre.

—No, no, comprendo eso... y perfectamente —dijo rápidamente el hombre de Barca, un jefe de personal como Desroches—. Me refería a... —Volvió a aclararse la garganta—. Desarrollar varios fetos hembra por nuestra cuenta. No tienen por qué llegar a término.

»Luego les extraeríamos el material ovárico y, ejem, empezaríamos de nuevo.

Un silencio airado se apoderó de la mesa. El presidente parecía que acabara de chupar un limón. El miembro de Barca se hundió en su asiento.

El presidente habló por fin.

—No estamos tan desesperados todavía. Aunque puede que sea bueno haber hablado de lo que otros sin duda llegarán a pensar con el tiempo.

—No tiene por qué ser del dominio público —apuntó el hombre de Barca.

—Espero que no —coincidió el presidente, seco—. La posibilidad queda anotada. Los miembros considerarán este apartado del acta información clasificada. Pero les hago notar, a todos, que esta propuesta no se refiere al problema perenne al que se enfrenta este Consejo, y Athos: mantener la diversidad genética. No había afectado a nuestra generación, hasta ahora, pero todos sabíamos que habría que enfrentarse a ello en el futuro. —Su tono se hizo más melifluo—. Sería eludir nuestra responsabilidad ignorarlo ahora y dejar que recayera sobre nuestros nietos en forma de crisis.

Un murmullo de alivio recorrió la mesa: la lógica demostraba ser más fuerte que las opiniones exaltadas. Incluso el joven miembro de Barca parecía más contento.

—Cierto.

—Exactamente.

—Justo lo que...

—Mejor matar dos pájaros de un tiro, si podemos...

—La inmigración ayudaría —le dijo otro miembro, que hacía doblete, una semana al año, como miembro del Departamento de Inmigración y Naturalización de Athos—, si pudiéramos conseguir alguna entrada.

—¿Cuántos inmigrantes llegaron en la nave de este año? —preguntó el hombre que tenía enfrente.

—Tres.

—Demonios. ¿Siempre es tan bajo el número?

—No, hace dos años sólo hubo dos. Y hace tres años no llegó ninguno. —El hombre de Inmigración suspiró—. Por lógica deberíamos estar inundados de refugiados. Tal vez los Padres Fundadores fueron demasiado estrictos al escoger un planeta tan alejado de todos los demás. A veces me pregunto si hay alguien que haya oído hablar de nosotros.

—Tal vez suprimen esa información... ya sabe... ellas.

—Tal vez los hombres que intentan llegar aquí son detenidos en la Estación Kline —opinó Desroches—. Tal vez sólo se les permite conseguirlo a unos pocos.

—Es cierto —le reconoció el hombre de Inmigración—, los que llegan tienden a ser un poco... bueno, raros.

—No es extraño, considerando que todos son producto de esa... hum, génesis traumática. No es culpa suya.

El presidente volvió a golpear la mesa.

—Continuaremos con esto más tarde —dijo—. Estamos de acuerdo, entonces, en continuar con nuestra primera opción de conseguir tejidos de cultivo de fuera del planeta...

Ethan, todavía ardiendo por dentro, tomó la palabra.

—¡Señores! ¡No pensarán en volver a contratar a esos timadores...!

Desroches le obligó de un tirón a volver a sentarse.

—De una fuente más digna de confianza —terminó el presidente suavemente, dirigiendo una extraña mirada a Ethan. No era desaprobación, sino una especie de sonriente complacencia—. ¿Caballeros delegados?

Un murmullo de aprobación se alzó en la mesa.

—Ganan los sí; se aprueba. Creo que también deberíamos estar de acuerdo en no cometer dos veces el mismo error; no más compras a ciegas. Por tanto, de ello se desprende que debemos elegir a un agente. ¿Doctor Desroches?

Desroches se levantó.

—Gracias, señor presidente. He estado reflexionando sobre este problema. Por supuesto, el agente de compra ideal debe tener ante todo los conocimientos técnicos necesarios para evaluar, elegir, empaquetar y transportar los cultivos. Eso limita considerablemente las opciones posibles. También debe ser un hombre de probada integridad, no sólo porque será responsable de casi todo el dinero extranjero que Athos puede reunir este año...

—Todo —le corrigió el presidente con suavidad—. El Consejo General lo ha aprobado esta mañana.

Desroches asintió.

—Y no sólo porque todo el futuro de Athos dependerá de su buen juicio, sino porque debe tener también la fibra moral para resistir, esto... las dificultades que, ejem, pueda encontrar ahí fuera.

Las mujeres, por supuesto, y lo que quiera que les hacían a los hombres. Ethan se preguntó si Roachie se estaba presentando voluntario. Desde luego, tenía las cualificaciones técnicas. Ethan admiró su valor, aunque su autodescripción rayara con la pedantería. Probablemente la necesitaba, para convencerse del asunto. Ethan no se lo reprochaba. Desroches tendría que dejar a sus dos hijos, a quienes adoraba, durante todo un año...

—También debería ser un hombre libre de responsabilidades familiares; su ausencia no supondría así una carga demasiado grande para su alterno designado —continuó Desroches.

Todos los rostros barbudos alrededor de la mesa asintieron juiciosamente.

—... y finalmente, debe ser un hombre con la energía y convicción necesarias para vencer no importa qué obstáculos el destino o, ejem, lo que sea, pueda poner en su camino.

La mano de Desroches cayó firmemente sobre el hombro de Ethan; la expresión de complaciente aprobación del presidente se convirtió en una ancha sonrisa.

Las palabras a medio formar de felicitación y conmiseración se congelaron en la garganta de Ethan. En su cerebro, antes rebosante de ideas, sólo se repetía una frase: *Me las pagarás por esto, Roachie...*

—Caballeros, les presento al doctor Urquhart. —Desroches se sentó y sonrió alegremente a Ethan—. Ahora levántese y hable —lo instó.

El silencio en el auto de tierra de Desroches, camino de vuelta a Sevarin, fue largo *y* hosco. Desroches lo rompió, algo nervioso.

—¿Está dispuesto a admitir ya que puede hacerse cargo del asunto?

—Me ha tendido una trampa —gruñó Ethan por fin—. Usted y el presidente lo tenían preparado de antemano.

—Había que hacerlo. Supuse que sería demasiado modesto para ofrecerse voluntario.

—Modesto, un cuerno. Calcularon que resultaría más fácil de alcanzar si no era un blanco móvil.

—Pensé que era el mejor para el trabajo. Si se le diera rienda suelta, Dios Padre sabe qué habría elegido el comité. Tal vez a ese idiota de Franklin de Barca. ¿Querría poner el futuro de Athos en sus manos?

—No. —Ethan empezó a estar de acuerdo, luego cayó en la cuenta—. ¡Sí! Que se pierda él ahí fuera.

Desroches sonrió, los dientes resplandecientes a la suave luz del panel de control.

—Pero los créditos por deber social que conseguirá... ¡piénselo! Tres hijos, la suma de toda una década en el curso normal de los acontecimientos ganada en sólo un año. Creo que es generoso.

Ethan tuvo una súbita visión de un holocubo en su propia mesa, lleno de vida y risas. Ponis, sí, y largas vacaciones navegando al sol, saboreando las sutilezas del viento y el agua como le había enseñado su padre, y el ruido, el caos de un hogar lleno de futuro... Pero dijo sombríamente:

—Si tengo éxito, y si vuelvo. Y de todas formas, tengo ya suficientes créditos por deberes sociales para un hijo y medio. Habría supuesto mucho más que hubieran soltado créditos suficientes para cualificar a mi alterno designado.

—Si perdona mi franqueza, la existencia de gente como su hermano adoptivo es el motivo por el que los créditos de deber social no pueden transferirse —dijo Desroches—. Es un joven encantador, Ethan, pero incluso usted debe admitir que es totalmente irresponsable.

—Es joven —argumentó Ethan, incómodo—. Sólo necesita un poco más de tiempo para sentar la cabeza.

—Tres años más joven que usted, ¿no? Tonterías. Nunca sentará la cabeza mientras pueda chupar de usted. Creo que le vendría mejor encontrar un alterno designado cualificado y convertirlo en su socio antes que tratar de convertir a Janos en uno de ellos.

—Dejemos al margen de esto mi vida personal, ¿eh? —le replicó Ethan, secretamente picado; luego añadió, algo absurdamente—, que esta misión va a estropear por completo, por cierto. Muchísimas gracias.

Se encogió en el asiento de pasajeros mientras el coche hendía la noche.

—Podría ser peor —dijo Desroches—. Podríamos haber activado su estado de reserva del Ejército, dar a la orden carácter militar, y le habríamos enviado con la paga de un soldado. Por fortuna, vio usted la luz.

—No me pareció que fuera un farol.

—No lo era. —Desroches suspiró, y dejó las bromas a un lado—. No le elegimos por casualidad, Ethan. Y no va a ser fácil sustituirlo en Sevarin.

Desroches dejó a Ethan en el apartamento ajardinado que compartía con su hermano adoptivo, y continuó viaje recordándole que debía empezar mañana temprano en el Centro Rep. Ethan suspiró en señal de acuerdo. Cuatro días. Dos para orientar a su principal ayudante respecto a sus nuevos deberes y arreglar sus asuntos personales (¿debería hacer testamento?), un día de reunión informativa en la capital con el Consejo de Población, y luego presentarse en el lanzapuerto. El cerebro de Ethan crujía ante la imposibilidad de todo aquello.

Habría que dejar muchas cosas en el aire en el Centro Rep. Pensó de pronto en el hijo JJY del Hermano Haas, iniciado con éxito hacía tres meses. Ethan había planeado oficiar personalmente la ceremonia el día de su nacimiento, como había hecho con su fertilización; alfa y omega, saborear brevemente los jugosos frutos de su trabajo. Ya se habría ido mucho antes de esa fecha.

Al acercarse a su puerta, tropezó con la bici eléctrica de Janos, tirada descuidadamente entre las flores. Por mucho que Ethan admirara la graciosa indiferencia idealista de Janos por los bienes materiales, deseaba que cuidara mejor sus cosas... pero siempre había sido así.

Janos era hijo del alterno designado del padre de Ethan; los dos habían criado juntos a sus hijos, habían llevado juntos su negocio, (una piscifactoría experimental que al final dio sus frutos en la costa de la Provincia Sur), habían unido sus vidas, sin problemas. No se trazó ninguna línea entre hijo e hijo adoptivo. Ethan era el mayor, inteligente e inquisitivo, destinado desde el nacimiento a una educación y un servicio superiores; Steve y Stanislaus, nacidos con una semana de diferencia, cada uno halagadoramente criado del cultivo ovárico del compañero de sus padres; Janos, siempre lleno de energía, listo como el hambre; Bret, el bebé, el musical. La familia de Ethan. Los había echado muchísimo de menos en el Ejército, en la facultad, en su nuevo trabajo demasiado-bueno-para-ser-ignorado en Sevarin.

Cuando Janos siguió a Ethan a Sevarin, ansioso por cambiar la vida del campo por la vida de ciudad, Ethan se alegró. No importaba que eso hubiera interrumpido sus intentos de experimentación social. Ethan, tímido a pesar de sus logros, odiaba los ambientes de solteros y se alegró de tener una excusa para abandonarlos. Regresaron cómodamente a la pauta de su primera intimidad sexual adolescente. Ethan buscaba consuelo aquella noche, interiormente mucho más asustado de lo que había revelado su sarcástica confrontación con Desroches.

El apartamento estaba a oscuras, demasiado tranquilo. Ethan efectuó un rápido recorrido por todas las habitaciones y luego, reluctante, revisó el garaje.

Su volador había desaparecido. Construido ex profeso, el primer fruto de un año de ahorro después de su aumento de salario como jefe de departamento; hacía dos semanas que Ethan era dueño del aparato. Maldijo, luego reprimió el exabrupto. De hecho tenía intención de prestárselo a Janos en cuanto la novedad hubiera pasado. Le quedaba demasiado poco tiempo de gracia para empezar una discusión por tonterías.

Regresó al apartamento, y pensó en acostarse. No... demasiado poco tiempo. Comprobó la comuconsola. No había ningún mensaje, naturalmente. Janos sin duda

tenía intención de llegar a casa antes que él. Trató de comunicar con el número del volador; no hubo respuesta. Sonrió hoscamente, hizo aparecer un plano de la ciudad en la comuconsola e introdujo un código. La señal de localización era uno de los pequeños refinamientos del modelo de lujo... y allí estaba, aparcado a un par de kilómetros de distancia, en el parque de los Fundadores. ¿Janos aparcando cerca? Muy bien. Ethan saldría de su rutina doméstica y se reuniría con él esta noche, y sin duda lo sorprendería enormemente al no estar enfadado por haber cogido el volador sin autorización.

El viento de la noche le agitaba el pelo oscuro y el frío le despabiló mientras se acercaba al parque de los Fundadores en la ronroneante bici eléctrica. Pero fue la visión de las luces amarillas de los vehículos de emergencia lo que le heló los huesos. Dios Padre... no, no; no había ninguna necesidad de dar por supuesto que sólo porque Janos y el equipo de rescate se encontraran en la misma zona, hubiera alguna relación causal.

Ninguna ambulancia, ninguna patrulla policial; sólo un par de grúas de remolque. Ethan se relajó un poco. Pero si no había sangre en el pavimento, ¿por qué la multitud fascinada? Detuvo la bici cerca de un bosquecillo de robles añejos, y siguió la mirada de los espectadores y los dedos blancos de los reflectores hasta las capas superiores de follaje.

Su volador. Aparcado en lo alto de un roble de veinticinco metros de altura.

No... estrellado en lo alto de un roble de veinticinco metros. Las hélices destrozadas y perdidas, las alas semirretráctiles arrugadas, las puertas abiertas, de cara al suelo; el corazón casi se le salió por la boca cuando vio el arnés de sujeción del asiento del piloto vacío y colgando. El viento suspiró, las ramas crujieron peligrosamente, y la multitud dio un prudente y veloz paso atrás.

Ethan se abrió camino entre la gente. No había sangre en el pavimento...

—Eh, señor, será mejor que no se ponga ahí abajo.

—Era mi volador —dijo Ethan—. Está en un maldito árbol... —Se aclaró la garganta, para hacer que su voz bajara una octava hasta su tono normal. Todo aquello poseía una atracción hipnótica. Se apartó, dio la vuelta y agarró por la chaqueta al hombre de la grúa.

—El tipo que pilotaba... ¿dónde...?

—Oh, se lo llevaron hace horas.

—¿Al Hospital General?

—Demonios, no. No le pasaba nada. Su amigo tenía un corte en la cabeza, pero creo que lo han enviado a casa en la ambulancia.

»Supongo que el conductor habrá acabado en la comisaría. Estaba cantando.

—Oh, mier....

—¿Dice que es dueño del vehículo? —Un hombre vestido con el uniforme del Departamento de Parques de la ciudad abordó a Ethan.

—Soy el doctor Ethan Urquhart, ¿sí?

El hombre sacó un panel comunicador y extrajo un impreso a medio rellenar.

—¿Se da cuenta de que ese árbol tiene casi doscientos años de edad? Fue plantado por los propios Fundadores... tiene un valor artístico insustituible. Y está hendido hasta...

—Lo tengo, Fred —gritaron desde lo alto.

—¡Bájalo!

—... responsabilidad por daños...

Un crujido de madera en tensión, un rumor arriba, un «Ah» en la multitud, un zumbido agudo cuando una unidad antigrav falló al entrar en fase.

—¡Oh, mierda! —gritaron desde la copa del árbol. La multitud se dispersó entre gritos de advertencia.

Cinco metros por segundo, pensó Ethan con histérica irrelevancia. ¿Multiplica veinticinco metros por cuántos kilogramos?

El impacto del morro contra el empedrado de granito cubrió de arrugas la brillante capa exterior del volador de un extremo a otro. En el súbito silencio tras el golpe, Ethan pudo oír rápidamente el tintineo del caro equipo electrónico del interior, que se detenía un poco desfasado respecto a la masa principal.

La cabeza rubia de Janos se volvió, sorprendida, al ver a Ethan aparecer en la comisaría de policía de Ciudad Sevarin.

—Oh, Ethan —dijo, quejumbroso—. He tenido un día infernal. —Hizo una pausa—. Uh... ¿has encontrado tu volador?

—Sí.

—No pasará nada, déjamelo a mí. He llamado al garaje.

El barbudo sargento de policía con quien Janos estaba tratando hizo un manifiesto gesto de desdén.

—Tal vez saquen algunos triciclos de ahí arriba.

—Está abajo —dijo Ethan brevemente—. Y he pagado la multa por el árbol.

—¿El árbol?

—Daños subsidiarios.

—Oh.

—¿Cómo? —preguntó Ethan—. Lo del árbol, quiero decir.

—Fueron los pájaros, Ethan —explicó Janos.

—Los pájaros. Te obligaron a bajar, ¿no?

Janos se rió, incómodo. Las aves de Sevarin, todas ellas descendientes de pollos mutados escapados de los primeros colonos y asilvestradas, formaban un grupo diverso que iniciaba su especialización, pero todavía no eran grandes voladoras. Se las consideraba más o menos una molestia municipal; Ethan miró de reojo la cara del sargento de policía, y sintió alivio al ver su falta de preocupación por el destino de los pájaros. No creía que tuviera que pagar una multa por ellos.

—Sí, uh —dijo Janos—. Verás, descubrimos que podíamos derribarlos... hacer una pasada de cerca, y se ponían a dar vueltas como un remolino. Igual que pilotar un caza y bombardear al enemigo... —Las manos de Janos empezaron a hacer evocadores pases por el aire a modo de heroicos luchadores del espacio.

Athos no había tenido enemigos militares en doscientos años. Ethan apretó los dientes y mantuvo la sangre fría.

—Y has acabado bombardeando el árbol en la oscuridad. Ya me imagino lo sucedido.

—Oh, ha sido antes de que oscureciera.

Ethan hizo un rápido cálculo.

—¿Por qué no estabas trabajando?

—En realidad ha sido culpa tuya. Si no te hubieras marchado a la capital antes de amanecer, no me habría quedado dormido.

—Puse el despertador en hora.

—Ya sabes que nunca es suficiente.

Cierto. Poner en pie a Janos y orientarlo correctamente hacia la puerta por la mañana era un ejercicio agotador.

—Sea como sea —continuó Janos—, el jefe se lo ha tomado fatal. El resultado es que... uh, me han despedido esta mañana.

De pronto pareció encontrar sus botas muy interesantes.

—¿Sólo por llegar tarde? Eso no tiene lógica. Mira, hablaré con él por la

mañana... de algún modo, si quieres y...

—Uh, no... no te molestes.

Ethan contempló con más atención los rasgos bronceados de Janos.

No había contusiones ni vendajes en aquellos largos miembros, pero se acariciaba con insistencia el codo derecho. Podía ser debido al accidente con el volador... pero Ethan había visto antes aquel modo particular de tener los nudillos despellejados.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

—El jefe y su matón favorito se han puesto un poco desagradables al enseñarme el camino de la puerta.

—¡Maldición! No pueden...

—Ha sido después de que le diera un puñetazo —admitió reacio Janos, y apoyó su peso sobre el otro pie. Ethan contó hasta diez y volvió a respirar. No quedaba tiempo. No había tiempo.

—Así que te has pasado la tarde emborrachándote... ¿con quién?

—Con Nick —dijo Janos, y encogió los hombros, esperando la explosión.

—Mmm. Supongo que eso explica el ataque a los pájaros.

Nick era el compañero de Janos en todos los juegos competitivos que dejaban frío a Ethan; en sus momentos más sombríos y de paranoia, Ethan sospechaba que de vez en cuando Janos tenía algo con él. Ahora no había tiempo.

Janos enderezó los hombros, sorprendido, al ver que no se producía ninguna explosión.

Ethan sacó su cartera y se volvió amablemente hacia el sargento de policía.

—¿Cuánto hará falta para sacar de aquí al Azote de los Gorriones, oficial?

—Bueno, señor, a menos que desee presentar algún cargo por lo que a su vehículo se refiere...

Ethan sacudió la cabeza.

—Todo se ha resuelto en el tribunal nocturno. Puede marcharse.

Ethan se sintió aliviado, pero sorprendido.

—¿Sin cargos? ¿Ni siquiera por...?

—Oh, ha habido cargos, señor. Conducir un vehículo estando bebido, riesgo público, daños a la propiedad municipal... y las tarifas de los equipos de rescate.

El sargento las detalló.

—¿Te han dado entonces indemnización por despido? —le preguntó Ethan a Janos; realizó un cálculo mental aproximado basado en el último balance financiero conocido de su hermano adoptivo.

—Uh, no exactamente. Vamos, regresemos a casa. Tengo un dolor de cabeza demencial.

El sargento enumeró los artículos personales de Janos, que garabateó su nombre en el papel sin mirarlo siquiera.

Janos hizo del ruido de la bici eléctrica una excusa para no continuar la conversación durante el trayecto de vuelta a casa. Eso fue un error estratégico, ya que permitió a Ethan tiempo para repasar mentalmente sus cálculos.

—¿Cómo conseguiste salir de ésa? —preguntó, cerrando la puerta tras él. Miró el reloj digital situado en la habitación principal; al cabo de tres horas tendría que levantarse para ir al trabajo.

—No te preocupes —dijo Janos, lanzando de una patada las botas bajo el sofá y encaminándose hacia la cocina—. Esta vez no va a salir de tu bolsillo.

—¿Entonces del de quién? No le habrás pedido dinero a Nick, ¿no? —inquirió Ethan, siguiéndolo.

—Demonios, no. Está más sin blanca que yo. —Janos sacó una ampolla de cerveza de la alacena, mordió el tubo de refrigeración, y sorbió—. Pelo de perro. ¿Quieres una? —ofreció.

Ethan se negó a caer en el sermón típico sobre el hábito de la bebida de Janos, lo cual era claramente la intención de este último.

—Sí.

Janos alzó una ceja, sorprendido, y le lanzó una ampolla. Ethan la cogió y se sentó en una silla, con las piernas estiradas. Un error, lo de sentarse: el cansancio emocional del día pudo con él.

—Las multas, Janos.

Janos se encogió de hombros.

—Se las han cobrado de mis créditos de deber social, por supuesto.

—¡Oh, Dios! —exclamó Ethan, cansado—. ¡Juro que has estado andando para atrás desde que saliste del ejército! Cualquiera podría tener créditos suficientes para ser un alterno designado a estas alturas, sin presentarse voluntario para nada.

Sintió la necesidad de agarrar a Janos y golpearle la cabeza contra la pared, pero la superó por el terrible esfuerzo que le suponía levantarse.

—¡No puedo dejar un bebé a tu cuidado todo el día si sigues así!

—Demonios, Ethan, ¿quién te lo ha pedido? No tengo tiempo para los pequeños cagones. Te joden la vida. Bueno... no tu vida, supongo. Tú eres el que está loco por la paternidad, no yo. Trabajar en ese Centro tanto tiempo te ha comido el coco. Solías ser divertido.

Janos, reconociendo al parecer que había superado por fin el límite de la sorprendente tolerancia de Ethan, se retiró hacia el cuarto de baño.

—Los Centros Rep son el corazón de Athos —le dijo Ethan amargamente—. Todo nuestro futuro. Pero a ti no te importa Athos, ¿verdad? No te importa nada más que lo que hay dentro de tu propia piel.

—Mmm. —Janos, a juzgar por su fugaz sonrisa estuvo a punto de sondear la furia de Ethan con un chiste obsceno, pero le vio la cara sombría y se lo pensó mejor.

De pronto, la pelea fue demasiado para Ethan. Dejó que su ampolla vacía de cerveza cayera al suelo. Su boca se torció en una mueca de sardónica resignación.

—Puedes quedarte el volador, cuando yo me marche.

Janos se detuvo, blanco.

—¿Marcharte? Ethan, nunca he pretendido...

—Oh, no ese tipo de marcha. Esto no tiene nada que ver contigo. Olvidaba que no te lo había dicho todavía. El Consejo de Población va a enviarme en una misión urgente. Clasificada. *Top secret.* A Jackson's Whole. Voy a estar fuera al menos un año.

—¿Y ahora quién es el despreocupado? —le dijo Janos, enfadado—. Te vas fuera un año sin despedirte siquiera. ¿Qué hay de mí? ¿Qué se supone que voy a hacer mientras tú...? —La voz de Janos se hundió en el silencio—. Ethan... ¿no es Jackson's Whole un planeta? ¿Ahí fuera? ¿Con... con... ellas?

Ethan asintió.

—Me marcho dentro de cuatro... no, tres días, en la nave del censo galáctico. Puedes quedarte con todas mis cosas. No sé qué va a suceder ahí fuera.

La cara cincelada de Janos se puso seria de pronto. Con una tímida vocecita, dijo:

—Voy a lavarme.

Comodidad por fin, pero Ethan se quedó dormido en la silla mucho antes de que Janos saliera del cuarto de baño.

3

La Estación Kline era una acrecencia de trescientos años; sin embargo, Ethan no estaba preparado para su tamaño y complejidad. Abarcaba una región del espacio donde no menos de seis fructíferas rutas de salto emergían una de otra dentro de un razonable arco sublumínico. La estrella oscura cercana no tenía ningún planeta, y por eso la Estación trazaba una lenta órbita lejos de su pozo de gravedad, rozando el frío estigio.

La Estación Kline estaba llena de historia ya cuando Athos fue colonizado; había sido el punto de partida del noble experimento de los Padres Fundadores. Pobre como fortaleza, pero un lugar magnífico para hacer negocios y una buena fuente de dinero, había cambiado de manos varias veces a medida que uno u otro de sus vecinos se nombraba guardián de sus puertas.

En la actualidad conservaba una precaria independencia política basada en los sobornos, la determinación, la habilidad para los negocios y una inflexible lealtad interna, que bordeaba el patriotismo. Cien mil ciudadanos vivían en sus laberínticas ramas; en los periodos culminantes de tráfico quizás esa cifra aumentaba en una quinta parte con la gente de paso.

Eso había aprendido Ethan de la tripulación del correo. Todos eran varones, no por normas regulares o por respeto a las leyes de Athos, sino por las pocas ganas de las empleadas femeninas del Gabinete a pasarse cuatro meses de viaje sin gozar de permisos. Eso concedió a Ethan un breve respiro antes de que se lanzara a la cultura galáctica. La tripulación fue amable con él, pero no tanto como para romper su tímida reserva, y por eso pasó gran parte de los dos meses de viaje en su propio camarote, estudiando y preocupándose.

Como preparación, decidió leer todos los artículos escritos por y sobre las mujeres en sus ejemplares de la *Revista betana de medicina reproductiva*. La nave tenía biblioteca, naturalmente, pero sus contenidos no habían sido aprobados por el Consejo de Censores athosiano, y Ethan no estaba seguro de qué grado de dispensa tenía en esta misión. Era mejor hacer acopio de virtud, razonó sombrío; probablemente iba a necesitarla.

Mujeres. Replicadores uterinos con piernas, como si dijéramos. No estaba seguro de si se suponía que eran incitadoras al pecado, o si el pecado era inherente a ellas, como el zumo a una naranja; o si transmitían el pecado como si fuera un virus. Tendría que haber prestado más atención durante su educación religiosa infantil, aunque siempre se soslayaba el tema de forma misteriosa. Sin embargo, cuando consultó los nombres en una revista, a modo de experimento, le resultó imposible distinguir los artículos según el sexo de su autor.

Aquello no tenía sentido. ¿Tal vez lo distinto era sólo sus almas, no sus cerebros? El artículo que, estaba seguro, había sido escrito por un hombre, resultó ser de un hermafrodita betano: un sexo que ni siquiera existía cuando los Padres Fundadores huyeron a Athos; ¿dónde encajaban? Se entretuvo un rato imaginando el alboroto que crearía en la aduana athosiana una criatura así al solicitar su entrada, mientras los burócratas trataban de decidir si admitir su masculinidad o excluir su femineidad... probablemente el asunto pasaría a manos de un comité durante al menos un siglo, y para entonces el hermafrodita ya habría resuelto convenientemente el problema muriéndose de viejo...

La aduana de la Estación Kline resultó casi igual de tediosa gracias a los procedimientos de control y la inspección microscópica más concienzuda que Ethan hubiera visto jamás. Parecía que en la Estación no importaba si traficabas con armas, drogas, o refugiados políticos, siempre que tus zapatos no albergaran ningún hongo mutante. El terror de Ethan y (lo admitía) su ansiosa curiosidad se habían convertido en fiebre cuando por fin se le permitió atravesar el tuboflex de la nave camino del resto del universo.

El resto del universo era decepcionante a primera vista: una sucia y helada zona de atraque. Se trataba sin duda de la parte de trabajos mecánicos de la Estación Kline; como el dorso de un tapiz, seguramente hermoso desde una perspectiva más adecuada. Ethan se preguntó cuál de aquellas doce salidas conducía a un habitáculo humano. La tripulación de la nave estaba ocupada, o se había perdido de vista; el equipo de inspección microbiana se había largado en cuanto terminó su tarea, probablemente a descansar a casa. Una figura solitaria se apoyaba con descuido contra una pared en la desembocadura de una rampa de salida, en la lánguida pose universal para contemplar ociosamente el trabajo ajeno. Ethan se acercó a preguntarle direcciones.

El terso uniforme gris y blanco le resultaba desconocido, pero era militar; no habría cabido duda incluso sin la pista del arma en la cadera. Se trataba de un simple aturdidor legal, pero parecía bien cuidado y muy usado. El esbelto y joven soldado vio acercarse a Ethan, lo evaluó de una mirada, según le pareció, y sonrió amablemente.

—Discúlpeme, señor —empezó a decir Ethan, y se detuvo, inseguro. Caderas demasiado anchas para la delgada figura, ojos demasiado grandes y separados sobre una nariz pequeña y cincelada, mandíbula de huesos finos y piel tersa y sin barba como la de un bebé... podría haber sido un muchacho particularmente elegante, pero...

La risa de ella resonó como una campana, demasiado fuerte para el ruborizado Ethan.

—Usted debe ser el athosiano —rió.

Ethan empezó a retroceder. Bueno, no se parecía a las científicas de mediana edad retratadas en la *Revista betana*. Era un error perfectamente natural, sin duda. Tenía decidido no hablar con mujeres mientras fuera humanamente posible, y aquí estaba ya...

—¿Cómo salgo de aquí? —murmuró, dirigiendo miradas de soslayo hacia el puerto de atraque.

Ella alzó las cejas.

—¿No le han dado un mapa?

Ethan sacudió la cabeza, nervioso.

—Vaya, eso de dejar a un extranjero suelto en la Estación Kline sin un mapa es prácticamente un crimen. Podría empezar a buscar el lavabo y morirse de hambre antes de encontrar el camino de regreso. Ajá, justo el hombre que estaba buscando. ¡Eh! ¡Dom! —llamó a un miembro de la tripulación del correo que cruzaba la zona de atraque con una bolsa al hombro—. ¡Aquí!

El tripulante cambió de rumbo, algo confundido, su malestar mezclándose con la expresión del hombre que está dispuesto a agradar. Ethan nunca lo había visto tan impasible, recto como un palo.

—¿La conozco, señora?

—Bueno, deberías... estuviste sentado a mi lado en la clase de simulación de desastres durante dos años. Admito que ha pasado algún tiempo. —Ella se pasó una mano por los cortos y oscuros rizos—. Imagínate el pelo más largo. ¡Vamos, el regen no me cambió tanto la cara! Soy Elli.

La boca de él dibujó una «o» de asombro.

—¡Por los dioses! ¿Elli Quinn? ¿Qué te has hecho?

Ella se tocó un pómulo moldeado.

—Completa regeneración facial. ¿Te gusta?

—¡Es fantástico!

—Trabajo betano, ya sabes... el mejor.

—Sí, pero... —El rostro de Dom se ensombreció—. ¿Por qué? No es que fueras tan horrible cuando te largaste para unirte a los mercenarios. —Le dirigió una sonrisa que fue como un golpecito amistoso en las costillas, aunque tenía las manos a la espalda igual que un niño ante el escaparate de una panadería—. ¿O es que te has hecho rica?

Ella volvió a tocarse la cara, algo más seria.

—No, no me ha dado por secuestrar naves. Fue por necesidad... un rayo de plasma me alcanzó en la cabeza durante un abordaje en Tau Verde, hace unos años. Tenía un aspecto muy raro sin cara, así que el almirante Naismith, al que no le gustan las cosas a medias, me compró una cara nueva.

—Oh —dijo Dom, satisfecho.

Ethan, que encontraba un poco banal su entusiasmo por la estética facial de la mujer, no tuvo ningún problema para comprender esto. Toda quemadura de plasma era horrible; ésta debía de haber estado a punto de matarla. Observó la cara con renovado interés médico.

—¿No estabas con el grupo del almirante Oser? —preguntó Dom—. Ése sigue siendo su uniforme, ¿no?

—Sí. Permíteme que me presente. Comandante Elli Quinn, Flota Mercenaria de los Dendarii Libres, a tu servicio. —Hizo una reverencia—. Oser, y su uniforme, y yo nos unimos a ella... y ha sido todo un paso adelante, si quieres que te lo diga. Pero estoy de permiso por primera vez desde hace diez años, y pretendo disfrutarlo: aparecer junto a antiguos compañeros de clase y provocarles un infarto; mostrar mi tarjeta de crédito delante de toda la gente que predijo que acabaría mal... Hablando de acabar mal, parece que habéis soltado por aquí a vuestro pasajero sin un mapa.

Dom miró con recelo a la oficial mercenaria.

—¿No habrá sido una broma a propósito? Llevo cuatro años en este oficio, y estoy más que harto de volver y encontrarme con un puñado de bromas sin gracia...

La mercenaria rió con la cabeza echada hacia atrás y su risa chocó contra las vigas del techo.

—El secreto de su abandono revelado, athosiano —le dijo a Ethan—. ¿Debo cogerlo de la mano, entonces, siendo en virtud de mi sexo inocente de la sospecha de, ejem, lujurias innaturales?

—Por mí, puedes —dijo Dom, encogiéndose de hombros—. Tengo una esposa que me espera en casa —evitó a Ethan.

—Bien. Te veré luego, ¿vale? —dijo la mujer.

El tripulante asintió, lánguido, y se marchó por la rampa de salida.

Ethan, a solas con la mujer, reprimió la urgencia de correr tras él buscando protección. Al recordar vagamente que el servilismo económico era una de las lacras de los malditos, lo asaltó la horrible sospecha de que quizás ella quisiera su dinero... y llevaba encima todos los fondos de Athos para un año. No podía dejar de pensar en el arma que ella portaba.

La diversión animó el extraño rostro de la mujer.

—No ponga esa cara. No voy a comérmelo. —Hizo una mueca—. La terapia de conversión no es mi estilo.

—Uf —bufó Ethan, y se aclaró la garganta—. Soy un hombre fiel —tartamudeó—. A-a Janos. ¿Le gustaría ver una foto de Janos?

—Acepto su palabra —le repuso ella. La diversión se convirtió en algo parecido a

la piedad—. Lo he asustado de veras, ¿no? ¿Qué, soy por casualidad la primera mujer que conoce?

Ethan asintió. Doce salidas, y había tenido que escoger ésta.

Ella suspiró.

—Le creo. —Hizo una pausa, reflexiva—. Podría usar un guía nativo fiel. La Estación Kline tiene fama de ayudar a los viajeros: es bueno para los negocios. Y yo soy una caníbal amistosa.

Ethan sacudió la cabeza con una sonrisa forzada.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez cuando supere el trauma cultural podamos volver a encontrarnos. ¿Se va a quedar mucho tiempo? —Sacó un objeto de su bolsillo, un diminuto proyector holovídeo—. Te dan uno al bajar de una nave de pasajeros. Yo no necesito el mío.

Un curioso esquema se desplegó en el aire.

—Estamos aquí. Usted quiere ir aquí, a la Zona de Tránsito. Bonitas instalaciones, puede conseguir una habitación. La verdad es que se puede conseguir casi de todo, pero apuesto a que le gustan las cosas más formales. Esta sección. Suba esta rampa y tome el segundo pasillo que cruza. ¿Sabe cómo hacer funcionar este aparato? Buena suerte.

Le puso en la mano el módulo mapa, le dirigió una última sonrisa, y desapareció por otra salida.

Ethan recogió sus exiguas pertenencias y acabó por encontrar el camino hasta la Zona de Tránsito, después de sólo equivocarse unas cuantas veces. Por el camino pasó junto a más mujeres que infestaban los corredores, los tubos de coches-burbuja, las aceras deslizantes y los tubos elevadores y arcadas, y por suerte ninguna lo acosó. Parecían estar por todas partes. Una tenía en brazos a un bebé indefenso. Ethan reprimió un heroico impulso por salvar al niño del peligro. Difícilmente podría cumplir su misión con un bebé a cuestas y además, no iba a poder rescatarlos a todos. También se le ocurrió luego, mientras esquivaba un pelotón de niños risueños que corrían por todas partes como gorriones en un tubo elevador, que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que el bebé fuera hembra. Eso tranquilizó un poco su conciencia.

Ethan escogió una habitación basándose en el precio, después de una alarmante teleconferencia entre el conserje del hotel de transeúntes, el sistema de ordenadores públicos de la Estación Kline, un Representante de Transeúntes y no menos de cinco oficiales humanos vivos en niveles ascendentes de la jerarquía de la Estación para tratar del tema de la tarifa de cambio que había que aplicar a las libras athosianas que llevaba. Fueron muy amables al calcular el cambio más favorable de su dinero, a través de dos monedas de las que Ethan nunca había oído hablar, para que consiguiera el máximo posible de dólares betanos, una de las monedas más fuertes y universalmente aceptadas. Con todo, Ethan terminó con lo que parecían muchos menos dólares que libras, y descartó rápidamente la suite imperial que le ofrecían para quedarse con una cabina económica.

Resultó más choza que cabina, pero la economía mandaba. Cuando estuviera dormido, no le importaría, se convenció Ethan. Pero ahora estaba bien despierto. Pulsó el interruptor de presión para inflar la cama y se tumbó a pesar de todo, repasando mentalmente sus instrucciones y tratando de ignorar una extraña ilusión óptica que hacía que las paredes se curvaran hacia dentro.

Cuando el Consejo de Población se había reunido por fin a hacer cálculos, resultó que el coste de devolver el envío a Jackson's Whole con Ethan para exigir el reembolso del dinero superaba el importe ya invertido y que quizá no recuperaran; así que Jackson's Whole quedó descartado. Por fin, después de muchas discusiones, otorgaron a

Ethan pleno poder de decisión para elegir otro suministrador basándose en los informes más fidedignos que pudiera obtener en la Estación Kline.

Había instrucciones complementarias. No te pases del presupuesto. Consigue lo mejor. Puja todo lo necesario. No gastes dinero en viajes innecesarios. Evita todo contacto personal con los galácticos; no les digas nada de Athos. Instruye a los galácticos para reclutar inmigrantes; háblales sólo de las maravillas de Athos. No te hagas notar. No dejes que te engañen. Mantén los ojos abiertos en busca de oportunidades para hacer negocios. El uso con fines personales de los fondos del Consejo será considerado especulación, y será penado como tal.

Por fortuna, el presidente habló con Ethan en privado después de la reunión con el comité.

—¿Éstas son sus notas? —Indicó el puñado de papeles y discos que sostenía Ethan—. Démelas.

Y las dejó caer en su papelera.

—Consiga el material y vuelva —le dijo a Ethan—. Todo lo demás son chorradas.

El corazón de Ethan se animó al recordarlo. Sonrió lentamente, se sentó, lanzó al aire el módulo mapa y lo cazó al vuelo, se lo guardó en el bolsillo y salió a dar un paseo.

En la Zona de Tránsito Ethan encontró por fin el lado bonito del tapiz con el simple acto de coger un coche-burbuja que lo llevó a través de los tubos hasta el más lujoso muelle de pasajeros. Regresó andando. Enmarcados en cristal y cromo había panoramas de la noche galáctica, de otras ramas de la Estación envueltas en luces de color de caramelo, de las brillantes ruedas de las primeras secciones que giraban eternamente para mantener sus obsoletas gravedades centrífugas; no estaban abandonadas (nada se abandonaba jamás por completo en esta sociedad), pero se las destinaba a usos menos urgentes. Había otras secciones semidesmanteladas en previsión de que la Estación Kline pudiera crecer, como una serpiente que se muerde la cola.

Dentro de las paredes transparentes de la Zona de Tránsito se alzaba una verde fronda de lianas, árboles en macetas, helechos aéreos, orquídeas; extrañas fuentes manaban a la inversa, hacia lo alto, trazando espirales alrededor de los mareantes pasillos elevados, creando complicados efectos con la gravedad artificial. Ethan se detuvo fascinado a contemplar una fuente: capas de agua suspendidas en el aire formaban una cinta de Moebius. A un suspiro de distancia, al otro lado de la barrera transparente, un frío que podía petrificarlo todo instantáneamente bañado de mortal silencio. El contraste artístico era abrumador, y Ethan no era el único transeúnte que lo contemplaba todo verdaderamente embobado.

Alrededor de las secciones destinadas a parques había cafés y restaurantes en los que, calculó, podría cenar si sólo comía una vez a la semana, y hoteles donde se alojaban clientes que podrían permitirse los restaurantes cuatro veces al día. Y teatros, y cabinas de ensoñaciones, y una galería que, según indicaba su directorio, ofrecía a los viajeros el solaz de unas ochenta y seis religiones oficialmente establecidas. La de Athos, naturalmente, no estaba entre ellas. Ethan pasó ante lo que era obviamente el cortejo fúnebre de alguien filosófico que rechazaba el almacenamiento criogénico y prefería la cremación por microondas (Ethan, cuyos ojos todavía estaban llenos de la interminable oscuridad de más allá de los árboles, creía entender que prefiriera el fuego al hielo), y ante una misteriosa ceremonia cuyos principales protagonistas, una mujer envuelta en seda roja y un hombre de azul a rayas, recibían una lluvia de arroz que les lanzaban amigos risueños que luego ataron docenas de lazos en las muñecas de la pareja.

Al llegar al núcleo de la sección, Ethan se puso a trabajar. Aquí estaban los

consulados, embajadas y oficinas de los agentes comerciales de una docena de planetas que atravesaban el nexo del espacio local de la Estación Kline. Aquí, presumiblemente, encontraría una pista hacia un proveedor biológico capaz de satisfacer las necesidades de Athos. Luego compraría un billete para el planeta elegido, y después... pero la Estación Kline ofrecía de por sí suficientes emociones para un día.

Diligente, Ethan se asomó al menos a la Embajada betana. Por desgracia, manejaba el directorio comercial de su interfaz informático lo que era obviamente una agente femenina. Ethan se retiró rápidamente sin hablarle. Quizá pudiera volver a intentarlo en otra ocasión. Ignoró adrede al grupo de cónsules que representaban las grandes casas sindicadas de Jackson's Whole. Sin embargo, decidió enviar a la Casa Bharaputra una dura nota de queja más tarde.

Al regresar, el hotel que había elegido sí que le pareció sobrio. Calculó que había caminado un par de kilómetros a través de diversos niveles desde la zona de lujo, pero la curiosidad le hizo abandonar por completo la Zona de Tránsito y pasar a las secciones de los estacionarios. Aquí la decoración pasaba de lo sobrio a lo funcional.

Los olores de una pequeña cafetería, situada entre el local de un fabricante de plásticos y un taller de reparaciones de trajes presurizados, recordaron a Ethan de repente que no había probado bocado desde que abandonó la nave. Pero había muchas mujeres dentro. Controló el impulso de entrar y se alejó, sintiéndose muy hambriento. Un paseo al azar lo condujo por otros dos tubos pequeños hasta una galería comercial estrecha y de aspecto más chabacano. No estaba lejos de la zona de atraque por la que había entrado en la Estación. El olor de grasa de freír que salía de una puerta frenó su deambular. Se asomó al interior, tenuemente iluminado.

Unos hombres enfundados en un caleidoscopio de uniformes de trabajo estacionarios ocupaban mesas y barra en actitud de reposo. Era, evidentemente, algún tipo de sala de descanso. No había ninguna mujer presente. El deprimido espíritu de Ethan se animó. Tal vez ahí tuviera oportunidad de relajarse, incluso de conseguir algo de comer. Hasta podría entablar conversación. De hecho (recordó las instrucciones del Departamento de Inmigración athosiano), su deber era hacer precisamente eso. ¿Por qué no empezar ahora?

Ignorando una sensación latente de intranquilidad (no era momento para dejar que su timidez le pudiera), entró, parpadeando. Era algo más que una sala de descanso. A juzgar por el olor a alcohol de las bebidas, aquellos hombres estaban fuera de servicio. Era por tanto una especie de salón recreativo, aunque no se parecía en nada a un club athosiano. Ethan se preguntó con desaliento si podría conseguir cerveza de alcaucil. Lo más probable era que, siendo estacionaria, estuviera fabricada con algas o algo parecido. Reprimió un retortijón de añoranza del hogar, se humedeció los labios y se acercó decidido a un grupo de media docena de hombres vestidos con monos de colores que estaban apiñados alrededor de la barra. Los estacionarios debían de estar acostumbrados a ver transeúntes con ropa mucho más extravagante que el conjunto athosiano normal (camisa, chaqueta, pantalones y zapatos), pero por un momento Ethan deseó vestir la bata blanca de doctor que llevaba en el Centro Rep, toda limpia y crujiente de la lavandería, que siempre le daba una tranquilizadora sensación de identidad oficial.

—¿Cómo están ustedes? —empezó a decir Ethan amablemente—. Represento a la Oficina de Inmigración y Naturalización del planeta Athos. Si es posible, me gustaría hablarles de las oportunidades de asentamiento y colonización que todavía hay disponibles allí...

El súbito silencio letal de su público fue interrumpido por un gran trabajador vestido con un mono verde.

—¿Athos? ¿El planeta de los sarasas? ¿Habla en serio? —preguntó.

—No puede ser —dijo otro, de azul—. Esos tipos nunca sacan la nariz de su bola de mierda.

Un tercer hombre, todo de amarillo, dijo algo extremadamente vulgar.

Ethan tomó aire y empezó otra vez, sin amilanarse.

—Les aseguro que hablo en serio. Me llamo Ethan Urquhart; soy especialista en medicina reproductora. Nuestra tasa de nacimientos pasa desde hace poco por una crisis...

El del mono verde soltó una carcajada que parecía un ladrido.

—¡No me extraña! Déjame que te diga lo que estáis haciendo mal, amigo...

El burdo, de quien emanaba una gran concentración de ésteres alcohólicos, dijo algo deprimentemente grosero. El del mono verde se rió y palmeó a Ethan con familiaridad en el estómago.

—Estás en el sitio equivocado, athosiano. La Colonia Beta es el lugar adecuado para una operación de cambio de sexo. Después, todo será coser y cantar.

El tosco se repitió.

Ethan se volvió hacia él, su furia y confusión ocultas bajo su estirada formalidad.

—Señor —dijo—, parece tener algunas lamentables ideas preconcebidas sobre mi planeta. Las relaciones íntimas son una cuestión de preferencias personales y completamente privadas. De hecho, hay muchos intérpretes estrictos de los Padres Fundadores que hacen voto de castidad. Son enormemente respetados...

—¡Yeeech! —chilló con estridencia el del mono verde—. ¡Eso es aún peor!

Una carcajada atronadora estalló entre sus colegas.

Ethan sintió que su rostro se ruborizaba.

—Discúlpenme. Soy forastero. Éste es el único lugar que he visto en la Estación Kline libre de mujeres, y he creído posible mantener una conversación razonable. Es un asunto muy serio...

El tosco tuvo una salida de tono en su línea habitual.

Ethan giró sobre sus talones y le dio un puñetazo.

Luego se quedó inmóvil, aterrorizado por su horrible pérdida de control. Ésta no era la conducta de un embajador: tenía que pedir disculpas de inmediato.

—¿Libre de mujeres? —gritó el tosco, poniéndose en pie, los ojos de ebrio rojos y feroces—. ¿Por eso has venido aquí, en busca de sangre? ¡Yo te enseñaré...

Dos de los rudos amigotes del tosco sujetaron sin miramientos a Ethan por detrás. Se echó a temblar; reprimió un aterrorizado impulso de debatirse y zafarse. Si conservaba la calma tal vez aún podría...

—Eh, amigos, tomáoslo con calma —empezó a decir ansiosamente el del mono verde—. Está claro que no es más que un transeúnte...

El primer golpe hizo que Ethan se doblara, la respiración silbando entre sus dientes apretados. Los dos que le sujetaban volvieron a enderezarlo.

—... lo que hacemos con los tipos como tú —¡zas!—, por aquí!

Ethan descubrió que no le quedaba aliento para pedir disculpas. Esperó con toda su alma que el tosco no fuera a hacer un discurso muy largo. Pero el tipo continuó golpeándolo regularmente.

—... jodido... maldito... mete la nariz en...

Una voz sardónica y aguda lo interrumpió.

—¿No os preocupan un poco las probabilidades? ¿Y si se suelta y os da a los seis?

Ethan volvió la cabeza; era la mujer mercenaria, la comandante Quinn. Se mecía un poco sobre los pies, la cabeza ladeada y alerta.

El del mono verde soltó un improperio admirativo por lo bajo; el tosco se limitó a maldecir.

—Vamos, Zed —le dijo el del mono verde, poniendo una mano sobre el brazo de su camarada, aunque sin apartar los ojos de la cara de la mujer—. Creo que ya es suficiente.

El tosco se libró de él.

—¿Y a ti qué te importa este chupapolvo, encanto? —replicó.

Una comisura de la boca de la mujer se elevó; el del mono azul separó los labios, embelesado.

—Supongamos que digo que soy su consejera militar.

—Las mujeres que aman a los maricas —juró el tosco—, son aún peores que los propios maricas. —Y siguió soltando imprecaciones.

—Zed —murmuró el de azul—, cierra el pico. No es una tecno, sino una soldado. Veterana de combate. Mira sus insignias...

Hubo un pequeño revuelo al fondo de la sala, y varios observadores neutrales se marcharon prudentemente.

—Todos los borrachos son una lata —dijo la mujer sin dirigirse a nadie en particular—, pero los borrachos agresivos son decididamente repugnantes.

El tosco cargó hacia ella, murmurando confusas obscenidades. Ella le esperó quieta hasta que cruzó alguna frontera invisible. Entonces se produjo un súbito zumbido y un destello de luz azul. Ethan advirtió, cuando el arma giró en su mano y se fundió en silencio con su funda, que la pausa había sido producida por un aturdidor; todos los demás del grupo estaban fuera de su alcance y habían resultado ilesos.

—Échate una siesta —suspiró ella. Miró a los dos hombres que aún sujetaban a Ethan—. ¿Es vuestro amigo? —indicó al tosco, inconsciente en el suelo—. Tendríais que escoger mejor. Amigos como ése pueden hacer que os maten.

Soltaron rápidamente a Ethan, cuyas rodillas se doblaron mientras se frotaba el vientre dolorido. La mercenaria lo ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, peregrino. Déjeme que le lleve al sitio al que pertenece.

—Tendría que haberle dicho: «¿Por qué, ha perdido a la suya?» —decidió Ethan—. Eso es lo que tendría que haberle dicho. O tal vez...

Los labios de la comandante Quinn se curvaron. Ethan se preguntó irritado por qué todo el mundo por aquí parecía encontrar tan divertidos a los athosianos, excepto los que actuaban como si les estuviera ofreciendo una dosis de lepra. Un súbito y nuevo temor lo dejó tan aturdido que a punto estuvo de agarrarse al brazo de la mercenaria.

—Oh, Dios Padre. ¿Ésos son comisarios?

Un par de hombres se les acercaban por el pasillo. Sus uniformes eran verde pino moteados de azul, y una intimidatoria cantidad de equipo colgaba de sus cinturones. Ethan sintió una repentina punzada.

—Tal vez debería entregarme y acabar de una vez. Ataqué a ese hombre...

La boca de la comandante Quinn tembló de diversión.

—No, a menos que esté incubando algún virus raro bajo las uñas. Esos tipos son de Biocontrol... los polis ecológicos. Recorren toda la Estación Kline. —Se detuvo para intercambiar un amable saludo con los hombres, que pasaron de largo, y añadió entre dientes—: Puñado de lavamanos compulsivos.

Continuó tras un segundo de meditación.

—Pero no los haga enfadar. Tienen poderes ilimitados de búsqueda y captura... podría ser expulsado a la fuerza, sin apelación.

Ethan reflexionó sobre eso.

—Supongo que la ecología de la Estación es mucho menos resistente que la planetaria.

—Cuelga de un hilo, entre el fuego y el hielo —reconoció ella—. Algunos lugares tienen religión. Aquí tenemos maniobras de seguridad. Por cierto, si ve alguna vez un puñado de escarcha formándose en alguna parte que no sea una bahía de atraque, informe de inmediato.

Volvieron a entrar en la Zona de Tránsito. Los ojos de ella eran demasiado penetrantes, demasiado serios para su boca sonriente, y hacían que Ethan se sintiera tremendamente incómodo.

—Espero que este pequeño incidente no le aparte de los estacionarios —dijo—. ¿Y si lo llevo a cenar, para compensar los malos modos de mis conciudadanos?

¿Era esto algún tipo de proposición, un plan para tenerlo a solas e indefenso? Se apartó un poco; ella seguía caminando a su lado como un depredador felino.

—Yo... no soy desagradecido —tartamudeó, la voz aguda—, pero, uh, me duele el estómago —bastante cierto—, gracias de todas formas.

Había un tubo elevador que conducía al siguiente nivel, donde se encontraba su hotel.

—¡Adiós!

Corrió hacia el tubo, entró en él de un salto. Extender las manos hacia arriba nada hacía para acelerar su ascenso. Sus últimos vestigios de dignidad impidieron que aleteara con los brazos. Le ofreció a la mujer una sonrisa forzada a través de las paredes de cristal del tubo mientras su nivel quedaba lentamente atrás, distorsionado, empequeñecido, anulado.

Abandonó el tubo en su salida y corrió a esconderse tras una especie de escultura abstracta con plantas. Se asomó entre las hojas. Ella no le perseguía. Acabó por salir del escondite, y se sentó en un banco un buen rato, aturdido. Libre por fin. Suspiró y se puso en pie, y salió del paseo. Su pequeño cubículo le resultaba ahora enormemente atractivo. Algo muy blandito para comer en la consola del servicio de habitaciones, una ducha, y a la cama. No más aventuras de exploración. Mañana iría directo a los negocios. Recopilaría sus datos, escogería un proveedor, y se marcharía en el primer transporte disponible...

Un hombre vestido a la moda planetaria, de aburrida neutralidad, con túnica gris lisa y pantalones, se acercó sonriendo a Ethan en la explanada.

—¿Doctor Urquhart?

Agarró a Ethan por el brazo.

Ethan le devolvió la sonrisa con insegura cortesía. Luego se envaró, abrió la boca para expresar su indignada protesta mientras el hipospray le picoteaba el brazo. Un segundo, y la boca le colgó floja, el grito mudo. El hombre lo condujo amablemente hacia un coche-burbuja del tubo.

Ethan sentía los pies pocos consistentes, como globos. Esperaba que el hombre no le soltara o ascendería indefenso hasta el techo y quedaría colgando boca abajo; todo lo que llevaba en los bolsillos caería sobre los peatones. El techo de espejo del coche-burbuja se cerró sobre su mirada desenfocada como una membrana nictitante.

4

Ethan recuperó el sentido en una habitación de hotel mucho más grande y lujosa que la suya. Su consciencia fluía con lenta claridad, como si fuera miel. El resto de su ser flotaba en una dulce y lánguida euforia. A lo lejos, bajo su corazón, o en el fondo de su garganta, algo gemía y chillaba y se rebullía frenéticamente como un animal encerrado en un sótano; pero no había ninguna posibilidad de que saliera. Su viscosa lógica advirtió indiferente que estaba atado fuertemente a una dura silla de plástico; algunos músculos de la espalda, brazos y piernas le ardían dolorosamente. Y qué.

Todavía más enigmático era el hombre que salía del cuarto de baño frotándose enérgicamente el rostro húmedo y enrojecido con una toalla. Ojos grises como el granito, cuerpo duro, estatura media, muy parecido al tipo que había abordado a Ethan en el centro comercial y que ahora estaba sentado cerca en una silla flotadora, observando a su prisionero con atención.

El aspecto del secuestrador de Ethan era tan vulgar que éste apenas podía situarlo aunque le miraba directamente. Pero tuvo la extrañísima impresión, como si poseyera visión de rayos X, de que sus huesos no contenían médula sino hielo duro como una piedra, igual que el exterior de la Estación. Ethan se preguntó cómo fabricaba glóbulos rojos con esa particular anatomía. Tal vez por sus venas corría nitrógeno líquido. Los dos eran absolutamente encantadores y Ethan quiso besarlos.

—¿Está bajo los efectos, capitán? —preguntó el hombre de la toalla.

—Sí, coronel Millisor —respondió el otro—. Una dosis completa.

El hombre de la toalla gruñó y la arrojó a la cama, junto al contenido de los bolsillos de Ethan y toda su ropa. Ethan advirtió su propia desnudez por vez primera. Sobre la cama había unas cuantas monedas de la Estación Kline, un peine, una bolsa vacía de pasas, su módulo mapa, la nota de crédito con el dinero betano para comprar los nuevos cultivos... La criatura oculta bajo su corazón aulló, silenciosa, ante esa visión. Su captor rebuscó entre los despojos.

—¿Está limpio este material?

—Casi —dijo el frío capitán—. Échele un vistazo a esto.

Cogió el módulo mapa de Ethan, lo abrió por detrás, y fijó un visor electrónico sobre sus circuitos microscópicos.

—Lo soltamos en la zona de carga. ¿Ve ese puntito negro? Fue causado por una perla de ácido en una membrana lípida polarizada. Cuando el rayo de mi escáner lo cruzó, se despolarizó y se disolvió, quemando... lo que quiera que tuviese dentro. Una trazadora, sin duda, probablemente también un audiorreceptor. Muy bien colocados justo en los circuitos estándar del mapa, que enmascaraban el ruido electrónico del micro con el suyo propio. Es un agente, desde luego.

—¿Pudo relacionar el rastreador con su base?

El capitán sacudió la cabeza.

—No, desgraciadamente. Encontrarlo fue destruirlo. Pero los cegamos. Ahora ellos no saben dónde está.

—¿Y quiénes son «ellos»? ¿Terrence Cee?

—Cabe suponerlo.

El líder, a quien el secuestrador de Ethan había llamado coronel Millisor, volvió a gruñir, y se acercó al prisionero para mirarlo a los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Ethan —contestó éste, alegremente—. ¿Y usted?

Millisor ignoró esta clara invitación a la sociabilidad.

—Su nombre completo. Y su rango.

Eso disparó en Ethan un antiguo resorte; ladró firmemente:

—¡Sargento mayor Ethan CJB-8 Urquhart, Cuerpo Médico Regimiento Azul, U-221-767, señor! —Parpadeó ante su interrogador, que había retrocedido sorprendido—. En la reserva —añadió al cabo de un instante.

—¿No es usted doctor?

—Oh, sí —le dijo Ethan con orgullo—. ¿Dónde le duele?

—Yo odio la pentarrápida —se quejó Millisor a su colega.

El capitán sonrió fríamente.

—Sí, pero al menos así se está seguro de que no se guardan nada.

Millisor suspiró, los labios apretados, y se volvió de nuevo hacia Ethan.

—¿Está usted aquí para reunirse con Terrence Cee?

Ethan le devolvió la mirada, sorprendido. ¿Reunirse con Terrence? El único Terrence que conocía era uno de los técnicos del Centro Rep.

—No lo enviaron —explicó.

—¿Quiénes no lo enviaron? —preguntó Millisor bruscamente, todo atención.

—El Consejo.

—Demonios —se preocupó el capitán—. ¿Puede haber encontrado un nuevo apoyo, tan pronto después de Jackson's Whole? ¡No ha tenido tiempo, ni recursos! Me encargué de todo...

Millisor alzó una mano pidiendo silencio, y sondeó de nuevo a Ethan.

—Dígame todo lo que sabe sobre Terrence.

Diligente, Ethan empezó a hacerlo. Tras unos instantes, Millisor, cuyo rostro denotaba cada vez más frustración, le interrumpió con un gesto cortante de la mano.

—Alto.

—Debe de haber sido otro tipo —opinó el frío capitán. Su jefe le lanzó una mirada de exasperación—. Pruebe con otro tema. Pregúntele por los cultivos.

Millisor asintió.

—Los cultivos ováricos humanos enviados a Athos por Biológicos Bharaputra. ¿Qué hicieron con ellos?

Ethan empezó a describir, con detalle, todas las pruebas que había efectuado al material durante aquella memorable tarde. Para su creciente desazón, sus captores no parecían satisfechos en lo más mínimo. Horrorizados, luego aturdidos, después furiosos, pero no felices. Y él deseaba tanto que fueran felices...

—Más basura —interrumpió el frío capitán—. ¿Qué son todas estas chorradas?

—¿Puede estar resistiéndose a la droga? —preguntó Millisor—. Aumente la dosis.

—Es peligroso, si todavía pretende devolverlo simplemente a la calle con una laguna en la memoria. Nos estamos quedando sin tiempo para llevar a cabo ese plan.

—Ese plan puede que tenga que cambiar. Si el cargamento ha llegado a Athos y ha sido distribuido ya, puede que no tengamos más remedio que recurrir a un golpe militar. Y darlo antes de siete meses. Si no, en vez de una incursión de comandos limitada para incendiar sus Centros de Reproducción, nos veremos obligados a esterilizar todo el maldito planeta para asegurarnos.

—No será una gran pérdida. —Se encogió de hombros el frío capitán.

—Una operación demasiado cara. Y cada vez más difícil de mantener encubierta.

—Sin supervivientes, no hay testigos.

—Siempre hay supervivientes de una masacre. Entre los vencedores, si no en otro

sitio. —Las piedras de granito chispearon, y el capitán pareció incómodo—. Adminístrele una dosis.

Un pinchazo en el brazo de Ethan. Metódica e implacablemente, le hicieron preguntas detalladas sobre el envío, su misión, sus superiores, su organización, su pasado. Ethan farfulló. La habitación se expandía y encogía. Ethan se sintió como si lo volvieran del revés, con el estómago expuesto al mundo y los ojos mirándose el uno al otro.

—Oh, os amo a todos —canturreó, y eructó violentamente.

Despertó con la cabeza bajo la ducha. Le suministraron una droga distinta que sustituyó su euforia por un terror inconexo, y le preguntaron interminablemente por Terrence Cee, el envío, su misión, juntos y por turnos.

Su frustración y su hostilidad fueron en aumento. Le suministraron una droga que aumentó enormemente la sensibilidad de sus terminaciones nerviosas y aplicaron a su piel instrumentos en zonas de alta densidad neural que no dejaban ninguna huella pero inducían una increíble agonía. Él se lo dijo todo, cualquier cosa, lo que preguntaran... alegremente les habría dicho lo que querían oír, si hubiera podido adivinar qué era; pero ellos se comportaban de un modo implacable, sin darle cuartel, con meticulosidad de cirujano. Ethan se quedó inmóvil, se volvió frenético, hasta que por fin toda sensación quedó anulada por una serie de convulsiones involuntarias que casi detuvieron su corazón. Tras esto, desistieron.

Quedó colgando en la silla, la respiración entrecortada y dificultosa, contemplándolos con los ojos dilatados.

El líder lo contempló, disgustado.

—¡Maldición, Rau! Este hombre es una total pérdida de tiempo. El envío que abrió en Athos no es el que fue enviado por el laboratorio de Bharaputra, está claro. Terrence Cee ha movido algún hilo. Ahora podría estar en cualquier lugar de la galaxia.

El capitán gruñó.

—¡Estuvimos tan cerca de cerrar el caso en Jackson's Whole! ¡No, maldición! Tiene que ser Athos. Todos estuvimos de acuerdo, tenía que ser Athos.

—Puede que todavía lo sea. Un plan dentro de un plan... dentro de otro plan. —Millisor, fatigado, se frotó el cuello; de pronto parecía mucho más viejo de lo que Ethan había estimado a primera vista—. El difunto doctor Jahar hizo un trabajo demasiado bueno. Terrence Cee es todo lo que Jahar prometió... excepto leal. Bien, no sacaremos más de este tipo. ¿Está seguro de que en los circuitos de ese mapa no había sólo una mancha de suciedad?

El capitán empezó a poner gesto de indignación, luego frunció el ceño ante Ethan como si hubiera encontrado algo pegado en su bota.

—No era suciedad. Pero seguro como el infierno que este tipo no es un agente de Terrence Cee. ¿Cree que lo han usado como chivo expiatorio?

—Si fuera un agente, merecería la pena intentarlo —lamentó Millisor—. Puesto que evidentemente no lo es, no tiene ningún valor.

Miró su cronómetro.

—Dios mío, ¿hemos estado ocupados en esto siete horas? Ahora es demasiado tarde para dejarlo en blanco y soltarlo. Que Okita lo saque y disponga un accidente.

La zona de atraque estaba fría. Unas cuantas luces de seguridad salpicaban de color las paredes y recortaban en plata las siluetas del silencioso equipo aislado en las profundas capas de oscuridad. Los pasillos elevados de metal se arqueaban a través de una concavidad alta y resonante, emergiendo de las sombras, convergiendo en la oscuridad, como una tela de araña. Misteriosos bultos mecánicos colgaban de las vigas

como las víctimas atrapadas en la red.

—Esto debe de ser lo bastante alto —murmuró el hombre llamado Okita. Era de aspecto tan corriente como el capitán Rau, a excepción de la compacta robustez de sus músculos. Obligó a Ethan a ponerse de rodillas—. Toma. Bebe esto.

Le metió a la fuerza un tubo en la boca y apretó la pera, por enésima vez. Ethan se atragantó, y tragó el líquido ardiente y aromático. El hombretón lo dejó caer.

—Absórbelo en un minuto —le dijo Okita, como si tuviera alguna capacidad de decisión en el asunto.

Ethan se aferró al entramado del pasillo elevado, mareado y eructando, y miró a través de él el suelo de metal, situado muy por debajo. Parecía brillar y latir con oleadas lentas y mareantes. Pensó en su volador aplastado.

El matón elegido por el capitán Rau se apoyó contra la barandilla de seguridad y arrugó la nariz al mirar hacia abajo.

—Las caídas son graciosas —murmuró—. Extrañas. Dos metros son suficientes para matarte. Pero he oído hablar del caso de un tipo que se cayó trescientos metros y sobrevivió. Depende de cómo te golpees, supongo.

Los blandos ojos recorrieron la zona, comprobando las entradas, buscando algo que Ethan no comprendía.

—Tienen la gravedad un poco baja aquí. Será mejor que primero te rompa el cuello —decidió Okita juiciosamente—. Sólo para asegurarnos.

Ethan no pudo meter los dedos en las estrechas aberturas del entramado del suelo para agarrarse, aunque lo intentó. Durante un insano instante pensó en tratar de sobornar a su asesino con la nota de crédito betana, que los captores habían devuelto cuidadosamente a sus bolsillos junto con el resto de sus pertenencias antes de enviarlos fuera. Parecían una pareja de amantes en busca de un sitio oscuro donde arrullarse; un borracho y su leal amigo intentando acompañarlo a su hotel para evitar que deambulara ebrio por el laberinto de la estación y se perdiera. Ethan apestaba a alcohol, y sus murmullos pidiendo ayuda resultaron ininteligibles para los divertidos peatones en los pasillos atestados. Ahora notaba la lengua menos de trapo, pero aquel lugar estaba totalmente desierto.

Un arrebato de lealtad y náuseas lo asaltó. No. Moriría con la cartera llena. Además, Okita parecía insobornable. Ethan no creía que estuviera interesado siquiera en retrasar su ejecución para una pequeña violación. Al menos podrían recuperar el dinero de su cadáver destrozado y devolverlo a Athos...

Athos. No quería morir, no se atrevía a hacerlo. Los aterradores fragmentos de conversación que había oído entre sus interrogadores le intimidaban como si fueran perros salvajes. ¿Bombardear los Centros Rep? Bancos de indefensos bebés destrozados, las llamas alzándose para destruir sus suaves lechos de agua... se estremeció, y tiritó, y gimió, pero no pudo someter sus músculos semiparalizados a su voluntad. Planes viles, inhumanos... tan razonablemente discutidos, despachados sin ningún protocolo... tanta locura...

El hombretón arrugó la nariz, y se estiró, y se rascó, y suspiró, y comprobó su cronómetro por tercera vez.

—Muy bien —dijo por fin—. Tu bioquímica debe de estar ya suficientemente despejada. Hora de aprender a volar, muchachito.

Agarró a Ethan por la base del cuello y el fondillo de los pantalones, y lo alzó hasta la balaustrada.

—¿Por qué me está haciendo esto? —cloqueó Ethan en un último y desesperado intento de comunicación.

—Órdenes —gruñó el hombretón con determinación. Ethan miró aquellos ojos

planos y aburridos, y renunció a ser asesinado por el crimen de ser inocente.

Okita le cogió por el pelo e hizo asomar su cabeza por encima de la barandilla, y agarró la botella. El sucio techo de la zona de atraque, cruzado por las vigas, se volvió borroso a los ojos de Ethan. La fría baranda de metal le mordió el cuello.

Okita estudió la posición, con la cabeza ladeada y los ojos entornados.

—Bien.

Sosteniendo con las rodillas el cuerpo de Ethan contra la baranda, alzó ambos puños para descargar un potente golpe.

El pasillo elevado se estremeció con una sacudida. La figura jadeante que empuñaba el aturdidor con ambas manos no se detuvo para gritar ninguna advertencia; simplemente, disparó. Parecía caída del cielo. El impacto del nimbo del aturdidor apenas representó incremento en el inventario de incomodidades de Ethan. Pero Okita lo recibió de pleno, y siguió el impulso del golpe que pretendía dar. Sus piernas acumularon velocidad, se alzaron y pasaron ante la nariz de Ethan, como un barco que se hunde por la proa.

—Oh, mierda —gritó la comandante Quinn, y saltó hacia delante. El aturdidor claqueteó por el pasillo y cayó silbando por el aire y estalló en fragmentos humeantes muy por debajo. Ella llegó demasiado tarde con su maniobra para agarrar la pernera de Okita. De su uña rota manó sangre. Okita siguió al aturdidor, de cabeza.

Ethan se arrastró, sin fuerzas, para agazaparse en el suelo. Las botas de ella, a la altura de sus ojos, se arquearon para ponerse de puntillas al asomarse a la baranda.

—Vaya, lo siento muchísimo. —Se levantó, lamiéndose el dedo ensangrentado—. Nunca había matado antes a un hombre por accidente. Qué poco profesional.

—Otra vez usted —croó Ethan.

Ella le dedicó una sonrisa gatuna.

—Qué coincidencia.

El cuerpo tendido en la cubierta inferior dejó de retorcerse.

Ethan lo contempló, blanco como un papel.

—Soy médico. ¿No deberíamos bajar y, um...?

—Demasiado tarde, me temo —dijo la comandante Quinn—. Pero yo no lloraría demasiado por ese gusano. Aparte de lo que ha estado a punto de hacerle a usted hoy, ayudó a matar a once personas en Jackson's Whole, hace cinco meses, sólo por encubrir el secreto que intento desentrañar.

La viscosa lógica de Ethan habló por él.

—Si es un secreto por el que matan a la gente que lo sabe, ¿no tendría más sentido tratar de evitar averiguarlo? —se aferró a su fragmentada lucidez—. ¿Quién es usted en realidad? ¿Por qué me sigue?

—Técnicamente, no le estoy siguiendo. Sigo al ghemcoronel Luyst Millisor, y al igualmente encantador capitán Rau, y a sus dos matones... ejem, un matón. Millisor está interesado en usted, por tanto yo también. Q.E.D. Quinn Exacerba el Desaliento.

—¿Por qué? —gimió él, cansado.

Ella suspiró.

—Si hubiera llegado a Jackson's Whole dos días por delante de ellos en vez de dos días por detrás, podría decírselo. En cuanto al resto... soy de verdad comandante de los Mercenarios Dendarii, y todo lo que le he contado es verdad, excepto que estoy de permiso. Cumplo una misión. Considéreme una espía de alquiler. El almirante Naismith está diversificando nuestros servicios.

Se agachó junto a él, comprobó su pulso, ojos, párpados y reflejos.

—Parece un muerto calentado, doctor.

—Gracias. Encontraron su trazador. Decidieron que yo era el espía. Me

interrogaron... —Ethan descubrió que tiritaba de un modo incontrolable.

Los labios de ella dibujaron una breve línea sombría.

—Lo sé. Lo siento. Acabo de salvarle la vida, espero que se haya dado cuenta. Temporalmente.

—¿Temporalmente?

Ella indicó con la cabeza la cubierta de debajo.

—El coronel Millisor va a cabrearse mucho con usted después de esto.

—Iré a las autoridades...

—Ah... mm. Espero que se lo piense mejor. En primer lugar, no creo que las autoridades puedan protegerlo lo bastante bien. En segundo, eso haría pedazos mi tapadera. Hasta ahora no creo que Millisor sospeche que existo. Como tengo un montón de amigos y parientes por aquí, preferiría que todo siguiera como está, siendo Millisor y Rau... lo que son. ¿Me entiende?

Ethan se creyó obligado a discutir con ella. Pero estaba mareado y cansado... y, se le pasó también por la cabeza, se encontraba en un sitio muy alto. Una sensación de verde vértigo lo inundó. Si ella decidía enviarlo tras Okita...

—Sí —murmuró—. Uh, ¿qué... qué va a hacer conmigo?

Ella se plantó las manos en las caderas y lo estudió pensativa, el ceño fruncido.

—Todavía no estoy segura. No sé si es un as o un comodín. Creo que lo guardaré en la manga por algún tiempo, hasta que decida cómo sacarle el mejor partido. Si me lo permite —añadió, con evidente consideración.

—Chivo expiatorio —murmuró él, sombrío.

Ella alzó una ceja.

—Tal vez. Si se le ocurre una idea mejor, adelante.

Ethan sacudió la cabeza, lo que hizo que oleadas de dolor rebotaran dentro de su cráneo y ruedas amarillas giraran en sentido contrario ante sus ojos. Al menos ella no parecía estar en el mismo bando que sus recientes captores. El enemigo de mi enemigo... ¿mi aliado?

Ella le ayudó a ponerse en pie y se pasó su brazo por los hombros para bajar las escaleras hasta el suelo de la zona de atraque. Ethan advirtió por primera vez que era varios centímetros más baja que él. Pero no le pareció adecuado recalcarlo en una situación semejante.

Cuando ella le soltó, se desplomó en el suelo mareado y lleno de estupor. Ella rebuscó en el cuerpo de Okita, comprobando el pulso y los daños. Apretó los labios con ironía.

—Ja. Cuello roto —suspiró, y se quedó de pie, contemplando el cadáver y a Ethan con la misma frialdad.

—Podríamos dejarlo aquí —dijo—. Pero me apetece darle al coronel Millisor un misterio propio que resolver. Estoy harta de estar a la maldita defensiva, sin hacerme notar, siempre un paso por detrás. ¿Ha pensado alguna vez en la dificultad de deshacerse de un cadáver en una estación espacial? Apuesto a que Millisor sí. Los cadáveres no le asustan, ¿verdad? Me refiero a que es médico y todo eso.

La fija mirada de Okita era exactamente igual que la de un pez muerto, vítrea y llena de reproche. Ethan tragó saliva.

—La verdad es que nunca me he preocupado mucho por el fin del ciclo vital —explicó—. Patología y anatomía y esas cosas. Por eso me especialicé en trabajo Rep, supongo. Era más... esperanzador.

Hizo una pausa. Su intelecto empezaba a rechinar a su pesar.

—¿Es difícil deshacerse de un cadáver en una estación espacial? ¿No lo puede expulsar sin más por la compuerta más cercana, o por un tubo elevador en desuso, o

algo así?

Los ojos de ella brillaron, estimulados.

—Todas las compuertas están vigiladas. Lance algo, incluso un bulto anónimo, y eso quedará registrado en los ordenadores. Y allí se quedará eternamente. La misma objeción se aplica a cortarlo en trocitos y tirarlo por un eliminador de residuos orgánicos. Ochenta kilos o así de proteínas de alto grado producen un blip demasiado grande en los registros. Además, ya se ha intentado. Un caso de asesinato muy famoso, hace unos cuantos años. La dama sigue sometida a terapia, creo. Sin duda, lo notarían.

Se agachó junto a él para sentarse con la barbilla sobre las rodillas, los codos doblados y abrazada a las botas no descansando, sino conteniendo la energía nerviosa.

—En cuanto a esconderlo entero en algún lugar dentro de la Estación... bueno, las patrullas de seguridad no son nada comparadas con los ecopolis. No hay un centímetro cúbico de la Estación que no se revise regularmente. Se podría ir cambiando de un sitio a otro, pero...

»Creo que tengo una idea mejor. Sí. ¿Por qué no? Ya que voy a cometer un crimen, que sea perfecto. Todo lo que merece la pena ser hecho merece la pena que se haga bien, como diría el almirante Naismith.

Se puso en pie para recorrer la zona de atraque, seleccionando partes de equipo con el aire levemente distraído de un amo de casa que escoge verduras en el mercado.

Ethan yacía tristemente en el suelo, envidiando a Okita, cuyos problemas se habían terminado. Llevaba en la Estación Kline aproximadamente un día, y aún no había probado su primera comida. Lo habían apaleado, secuestrado, drogado, casi asesinado, y ahora se convertía a marchas forzadas en cómplice de un crimen que si bien no era exactamente un asesinato poco le faltaba. La vida galáctica era tan mala como había imaginado. Y para remate había caído en manos de una mujer loca. Los Padres Fundadores tenían razón.

—Quiero irme a casa —gimió.

—Vamos, vamos —le reprendió la comandante Quinn; acercó una plataforma flotante al cadáver de Okita y arrastró un contenedor cilíndrico—. Eso no es posible, justo cuando mi caso muestra signos de aclararse por fin. Necesita una buena comida —le miró—, y una semana en una cama de hospital. Me temo que no podré ofrecerle eso, pero en cuanto termine de limpiar esto un poco le llevaré a un sitio donde pueda descansar mientras yo me encargo de preparar la siguiente fase. ¿De acuerdo?

Abrió el contenedor cilíndrico y, con ciertas dificultades, metió dentro el cadáver de Okita.

—Ya está. No se parece demasiado a un ataúd, ¿verdad?

Hizo un rápido pase por la zona del impacto con un limpiador sónico, vació la bolsa de recepción en el contenedor de Okita, lo colocó encima de la plataforma flotante con un tractor de mano, y lo dejó todo donde lo había encontrado. Por último, con un poco de tristeza, recogió los pedazos de su aturdidor.

—Bien. Eso fija el primer plazo del plan. La plataforma y el cilindro deben estar aquí dentro de ocho horas, antes del siguiente embarque, o los echarán de menos.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le preguntó él, mientras ella le hacía subir a la plataforma y prepararse para el viaje—. Estaban locos. Quiero decir que todo el mundo que he conocido aquí está loco, pero ellos... ¡Ellos hablaban de bombardear las clínicas de reproducción de Athos! ¡Matar a todos los bebés... tal vez matar a todo el mundo!

—¿Sí? —dijo ella—. Eso es nuevo. La primera vez que oigo una cosa así. Lamento muchísimo no haber llegado a tiempo para escuchar el interrogatorio, y espero que usted, uh, me ponga al corriente de lo que me he perdido. Llevo tres semanas intentando plantar un micro en las habitaciones de Millisor, pero su equipo de

contraespionaje es, por desgracia, soberbio.

—Se ha perdido principalmente un montón de gritos —dijo Ethan lentamente.

Ella pareció bastante avergonzada.

—Ah... sí. Me temo que no se me ocurrió que necesitarían usar pentarrápida.

—Chivo expiatorio —gruñó Ethan.

Ella se aclaró la garganta y se sentó con las piernas cruzadas junto a él, con la palanca de control en la mano. La plataforma se alzó como una alfombra mágica.

—No... no demasiado alto —jadeó Ethan, buscando un asidero inexistente. Ella hizo bajar la plataforma a unos ridículos diez centímetros de altura, y arrancaron a paso de marcha.

Ella habló despacio, como si eligiera las palabras con gran cuidado.

—El ghemcoronel Luyst Millisor es un oficial de contraespionaje cetagandano. El capitán Rau, y Okita, y otro matón llamado Setti, son su equipo.

—¡Cetagandanos! ¿No es un planeta muy alejado para estar interesado en nosotros? —Miró a la mujer estacionaria—. De este nexo, quiero decir.

—No lo bastante lejano, evidentemente.

—¿Pero por qué, en nombre de Dios Padre, quieren destruir Athos? ¿Está Cetaganda controlada por mujeres o algo así?

A ella se le escapó una carcajada.

—Difícilmente. Yo lo definiría como un típico estado totalitario dominado por hombres, sólo ligeramente mitigado por sus peculiaridades culturales y artísticas. No. Millisor no está, per se, interesado ni en Athos ni en el nexo de la Estación Kline. Persigue... otra cosa. El gran secreto. Me contrataron para descubrirlo.

Hizo una pausa para tomar con la plataforma una dificultosa curva ascendente.

—Parece que había, en Cetaganda, un proyecto genético a largo plazo patrocinado por los militares. Hasta hace unos tres años, Millisor era el jefe de seguridad de ese proyecto. Y la seguridad era férrea. Durante veinticinco años nadie había podido averiguar su objetivo. Parecía ser el coto privado de un tal doctor Faz Jahar, un genetista cetagandano moderadamente brillante que desapareció del mapa aproximadamente cuando empezó el proyecto. ¿Tiene idea de lo increíblemente difícil que es mantener un secreto en este negocio? Este asunto ha sido realmente el trabajo de la vida de Millisor, así como el de la de Jahar.

»En cualquier caso, algo salió mal. El proyecto desapareció cubierto de humo... literalmente. El laboratorio voló una noche, llevándose a Jahar consigo. Y Millisor y sus alegres muchachos han estado persiguiendo algo por toda la galaxia desde entonces, eliminando gente con el descuidado abandono de lunáticos homicidas o... de hombres muertos de miedo. Y, ah, aunque no estoy segura del capitán Rau, el ghemcoronel Millisor no me parece un loco.

—No me pida que lo confirme —dijo Ethan, sombrío. Todavía no veía bien y los músculos le temblaban de vez en cuando.

Llegaron a una gran escotilla en la pared del pasillo. RENOVACIÓN, decía un brillante cartel. NO ENTRAR. PERSONAL AUTORIZADO SOLAMENTE.

La comandante Quinn hizo algo que Ethan no llegó a ver en la caja de control, y la escotilla se deslizó hasta abrirse. La plataforma la atravesó. Oyeron una voz, y una risa, en el pasillo que acababan de dejar. Ella cerró rápidamente la escotilla, dejándolos en completa oscuridad.

—Ya está —le murmuró, conectando una luz manual—. Nadie nos ha visto. Suerte inmerecida. Magnífica ocasión para empezar a compensarnos.

Ethan parpadeó, contemplando cuanto le rodeaba.

Una base rectangular vacía era el elemento central de una gran cámara llena de

columnas, celosías, mosaicos y complicados arcos.

—Se supone que es una réplica de algún famoso palacio de la Tierra —le explicó la comandante Quinn—. El Elhamburguer o algo así. Un armador muy rico lo mandó construir. Estaba terminado ya cuando sus pertenencias se vieron de pronto envueltas en litigio. Las vistas llevan cuatro meses celebrándose, y el lugar todavía sigue cerrado. Puede usted cuidar a nuestro amigo aquí hasta que yo regrese. —Palmeó la tapa del contenedor.

Ethan decidió que todo lo que le faltaba para que el día fuera completo era que desde dentro del contenedor devolvieran el golpecito. Pero ella había hecho aterrizar la plataforma y estaba apilando algunos cojines.

—No hay mantas —murmuró—. Necesito mi chaqueta. Pero si se arrebuja aquí dentro, estará bastante cálido.

Fue como caer en una masa de nubes.

—Arrebujarme —susurró Ethan—. Calor...

Ella rebuscó en el bolsillo de su chaqueta.

—Y aquí tiene una barra de caramelo para que se anime.

Ethan la cogió; no pudo evitarlo.

—Ah, otra cosa. No se puede utilizar el agua corriente. Quedaría registrado en los ordenadores. Sé que parece terrible, pero... si tiene necesidad, use el contenedor. —Hizo una pausa—. Después de todo, no puede decirse que no se lo merezca.

—Prefiero morirme —dijo Ethan sin rodeos, mientras mordisqueaba las nueces con miel—. Uh... ¿va a estar fuera mucho tiempo?

—Al menos una hora. Esperemos que no más de cuatro. Puede usted dormir, si quiere.

Ethan se agitó.

—Gracias.

—Y ahora —ella se frotó las manos, animada—, fase dos de la búsqueda del L-X-10 Terran-C.

—¿El qué?

—Ése era el nombre en código del proyecto de investigación de Millisor. Abreviado, Terran-C. Tal vez una parte de lo que fuera se originó en la Tierra.

—Pero Terrence Cee es un hombre —dijo Ethan—. No paraban de preguntarme si iba a reunirme con él.

Ella se quedó en completo silencio durante un instante.

—¿Sí...? Qué extraño. No lo sabía.

Sus ojos brillaban como espejos. Luego se marchó.

5

Ethan despertó con un jadeo de sorpresa cuando algo aterrizó sobre su estómago. Se incorporó, mirando alrededor salvajemente. La comandante Quinn se encontraba ante él tras la temblorosa iluminación de una linterna. El dedo de su otra mano tamborileaba nerviosamente sobre la cartuchera vacía de su arma. Las manos de Ethan encontraron un bulto de tela sobre su regazo, que resultó ser un mono de estacionario que envolvía un par de botas a juego.

—Póngaselo —ordenó ella—, y rápido. Creo que he encontrado un medio de deshacernos del cuerpo, pero tenemos que llegar allí antes del cambio de turno si queremos encontrar de servicio a la gente adecuada.

Ethan se vistió. Ella le ayudó, impaciente, con las desconocidas correas y cremalleras, y luego a sentarse de nuevo en la plataforma flotante. Con ello consiguió que se sintiera como un niño de cuatro años. Después de que la mercenaria realizara un rápido reconocimiento, salieron de la cámara tal como habían entrado, sin ser vistos, y se abrieron paso por los laberintos de la Estación.

Al menos Ethan ya no sentía como si su cerebro estuviera suspendido en jarabe dentro de una jarra. El mundo se abría ahora ante él con claridad casi natural; los colores no lanzaban fuego a sus ojos, ni dejaban senderos ardientes en sus retinas. Era una suerte, ya que el mono de estacionario que Quinn le había traído para que se cubriera la ropa athosiana era rojo encendido. Pero oleadas de náusea aún latían lentamente en su estómago como mareas movidas por la luna. Se agachó, tratando de bajar aún más su centro de gravedad, contra la plataforma flotante, y deseó haber podido disfrutar de algo más de las tres horas de sueño que la mercenaria le había permitido.

—Nos va a ver la gente —objetó cuando ella giró hacia un pasillo concurrido.

—No con ese traje. —Ella señaló el mono—. Junto con la plataforma flotante, es lo más parecido a un manto de invisibilidad. El rojo es para Atraques y Compuertas... pensarán que es usted un portero encargado de la plataforma. Mientras no abra la boca o actúe como un chupapolvo.

Entraron en una gran cámara donde miles de zanahorias se alineaban en apiñadas filas; sus blancas raíces flotaban en la intermitente bruma de los rociadores hidropónicos, sus verdes hojas brillaban a la luz. El aire de la sala por la que, según le aseguró Quinn, estaban tomando un atajo, sabía fresco y húmedo, con un leve regusto a productos químicos.

El estómago de Ethan gruñó. Quinn, que conducía la plataforma flotante, lo miró.

—Creo que no debería haberme comido esa barra de caramelo —murmuró Ethan, sombrío.

—Bien, por los dioses, no vaya a vomitar aquí dentro —le suplicó ella—. O utilice el...

Ethan deglutió con firmeza.

—No.

—¿Cree que una zanahoria calmaría su estómago? —le preguntó ella, solícita. Extendió la mano, ladeando peligrosamente la plataforma, y arrancó una al pasar—. Tome.

Él cogió dubitativo la cosa húmeda y peluda; tras un instante, se la metió en uno de los múltiples bolsillos del mono.

—Tal vez luego.

Se alzaron sobre una docena de cultivos apiñados de verduras para tomar una salida situada en lo alto de la cámara. PROHIBIDO EL PASO, decían unas letras verdes luminosas.

Quinn ignoró la advertencia con un descaro que, al parecer de Ethan, bordeaba lo antisocial. Miró la puerta que se cerraba siseante tras ellos. PROHIBIDO EL PASO, repetía por este lado. Así que también tenían comités en la Estación Kline...

Ella hizo descender la plataforma en el siguiente pasillo, junto a una puerta que indicaba CONTROL ATMOSFÉRICO, PROHIBIDO EL PASO, SÓLO PERSONAL AUTORIZADO, con lo que Ethan razonó que ése debía de ser su destino.

La comandante Quinn se incorporó de su postura de medioloto.

—Ahora, pase lo que pase, procure no hablar. Su acento le traicionaría de inmediato. A menos que prefiera quedarse aquí con Okita hasta que yo esté preparada.

Ethan sacudió rápidamente la cabeza, golpeado por una visión en la que trataba de explicar a alguna autoridad de paso que no era, a pesar de las apariencias, un asesino que buscaba un lugar donde enterrar el cadáver.

—Muy bien. Me vendrán bien un par de manos extra. Pero prepárese a actuar según mis órdenes cuando llegue el momento. —Lo condujo a través de las puertas herméticas, con la plataforma flotante siguiéndolos como un perrito.

Fue como entrar en una cámara submarina. Líneas verdosas de luz y sombra se ondulaban y titilaban sobre el suelo, las paredes... Ethan abrió la boca al contemplar las paredes. Unas barreras transparentes de tres pisos de altura contenían un agua clara salpicada de verde y taladrada por una brillante luz. Millones de diminutas burbujas plateadas galopaban alegremente entre las frondas de plantas acuáticas, deteniéndose ahora, acelerando después. Un anfibio de medio metro de largo se abrió paso entre aquella jungla subacuática para estudiar a Ethan con sus ojos saltones. Su piel era negra y brillante como el cuero gastado, moteada de escarlata. Se marchó con una explosión de agua para desaparecer en la selva verde.

—Intercambio de oxígeno y CO_2 para la Estación —le explicó la comandante Quinn en voz baja—. Las algas han sido manipuladas biogenéticamente para producir la máxima cantidad de oxígeno y absorber todo el de CO_2 posible. Pero, por supuesto, crecen. Así que para evitar tener que vaciar a la mitad las cámaras, mientras nosotros, ah, recolectamos heno, las salamandras (especialmente creadas) lo hacen por nosotros. Pero claro, naturalmente, acabas con un montón de salamandras...

Se interrumpió cuando un técnico vestido de azul desconectó un monitor de una estación de control y se volvió para mirarlos, el ceño fruncido. Ella le saludó alegre.

—Hola, Dale, ¿me recuerdas? Elli Quinn. Dom me dijo dónde podía encontrarte.

El ceño fruncido del hombre se convirtió en una sonrisa.

—Sí, me dijo que te había visto.

Avanzó como si fuera a abrazarla, pero se contentó con un fuerte apretón de manos.

Charlaron de nimiedades mientras Ethan, que no había sido presentado, trataba de disimular su nerviosismo y evitaba abrir la boca o actuar como un chupapolvo. Las dos primeras cosas eran bastante fáciles, ¿pero qué era lo que definía a un chupapolvo según los estacionarios? Se quedó junto a la plataforma flotante y trató desesperadamente de actuar como si no existiera.

Quinn terminó lo que a Ethan le pareció una digresión innecesariamente larga sobre los Mercenarios Dendarii con la siguiente observación:

—¡Y, sabes, esos pobres soldados nunca han probado ancas de salamandra fritas!

Los ojos del técnico brillaron con un humor cuyo sentido se le escapaba a Ethan.

—¿Qué? ¿Puede haber un alma tan depravada en el universo? ¿Ni tampoco crema de salamandra?

—Ni salamandra en adobo —confesó la comandante Quinn con fingido horror—. Ni salamandra con patatas.

—¿Ni salamandra a la provenzal? —la secundó el técnico—. ¿Ni guiso de salamandra? ¿Ni *mousse* de salamandra con gelatina? ¿Ni estofado ni carne picada de salamandra?

—Las delicias de salamandra les son desconocidas —confirmó Quinn—. El caviar de salamandra es una exquisitez de la que no han oído hablar.

—¿Ni de los daditos de salamandra?

—¿Daditos de salamandra? —repitió la comandante, y de repente pareció sorprendida de verdad.

—Son lo último —le explicó el técnico—. En realidad, carne deshuesada de ancas picada; se le da forma y se fríe.

—Oh —dijo la mercenaria—. Qué alivio. Por un momento se me ha venido a la cabeza alguna clase de, um, órgano de salamandra.

Los dos se echaron a reír. Ethan tragó saliva y buscó a su alrededor algún tipo, el que fuera, de lavabo. Un par de viscosas criaturas nadaron hasta la barrera y se le quedaron mirando con ojos saltones.

—De todas formas —continuó diciéndole Quinn al técnico—, he pensado que antes de terminar el turno podrías darme unas cuantas, para congelarlas y llevármelas. Suponiendo que no andes escaso, claro.

—Nunca andamos escasos de salamandras —gruñó él—. Sírvete. Llévate cien kilos. Doscientos. Trescientos.

—Cien serán más que suficientes. No puedo permitirme embarcar más. Que sea una invitación para los oficiales solamente, ¿eh?

El técnico se abrió paso con cuidado por un pasillo elevado. Bajo ellos, las aguas siseaban y se arremolinaban; una corriente fresca enfrió la piel de Ethan y le aclaró la dolorida cabeza. No se soltó de la baranda de seguridad. Algunos de los remolinos de abajo sugerían potentes bombas de succión que funcionaban en alguna parte de las aguas verdigrises. Más allá de esta cámara acuática era visible otra, y detrás de esa otra más, hasta donde alcanzaba la vista.

El pasillo se ensanchó hasta convertirse en una plataforma. El siseo pasó a ser un rugido cuando el técnico retiró la tapa de una jaula subacuática. La jaula estaba llena de formas negras y escarlata que se sacudían y resbalaban unas encima de otras.

—Oh, señor, sí —chilló el técnico—. La casa hasta arriba. ¿Seguro que no quieres alimentar a todo tu ejército?

—Lo haría si pudiera —contestó Quinn—. Pero te diré una cosa. Por ti tiraré lo que sobre a Eliminación, una vez elija lo que voy a llevarme. ¿Necesitan alguna en la Zona de Tránsito?

—No hay pedidos este turno. Sírvete.

Abrió una caja de control, hizo algo; la trampa de salamandras se alzó despacio, chorreando agua, comprimiendo la inquieta masa negra y escarlata. Otro movimiento en los controles, un zumbido, una luz azul. Ethan notó el campo de un potente rayo aturdidor incluso desde donde estaba. La masa dejó de moverse y permaneció inmóvil y reluciente.

El técnico sacó una gran caja de plástico verde de un montón de cajas idénticas y la situó sobre una balanza digital situada bajo la trampilla del fondo de la jaula. La colocó bien y abrió la trampilla. Docenas de salamandras inertes cayeron a la caja. Cuando el indicador digital se acercó a los cien kilogramos, redujo el flujo y metió a

mano un último cuerpo. Luego retiró la caja con un tractor de mano, la sustituyó por otra, y repitió el proceso. Una tercera caja no llegó a llenarse hasta su capacidad total. El técnico apuntó la biomasa exacta extraída del sistema en su diario.

—¿Quieres que te ayude con el contenedor? —se ofreció.

Ethan se puso blanco, pero la mercenaria dijo animosamente:

—No hace falta, vuelve a tus monitores. Creo que voy a elegirlas una a una... no tiene sentido llevarme más que las mejores.

El técnico sonrió, y empezó a marcharse.

—Llévales algunas gordas y jugosas —dijo. Quinn le saludó amistosamente con la mano mientras desaparecía por la portilla de acceso.

—Ahora —ella se volvió hacia Ethan, con expresión de concentración en el rostro—, hagamos que los números cuadren. Ayúdeme a subir a ese chupapolvo a la balanza.

No fue fácil; Okita se había quedado tieso dentro del contenedor. La mercenaria le quitó la ropa y varias armas letales que reunió en un paquete compacto.

Ethan se sacudió la parálisis de su confusión para realizar una tarea en la que por fin tenía práctica, y cogió el cadáver. Fuera cual fuese esta locura en la que se veía inmerso, amenazaba Athos. Su impulso original de escapar de la mujer mercenaria se convertía, ahora que la cabeza se le despejaba gradualmente, en un deseo igualmente vehemente de no perderla de vista hasta que pudiera descubrir, de algún modo, todo lo que ella sabía al respecto.

—Ocho-uno-punto-cuatro-cinco kilogramos —informó en su mejor tono científico, el que usaba para los VIP que visitaban Sevarin—. ¿Y ahora qué?

—Ahora métalo en una de estas cajas y llénela hasta, ah, 100,62 kilos con salamandras —instruyó ella tras una mirada al indicador de la primera caja. Cuando terminó (la última fracción de kilo la consiguió sacando un vibracuchillo de su chaqueta y añadiendo un poco menos de media salamandra), cambió los discos de datos y selló la caja.

—Ahora pongamos 81,45 kilos de salamandras dentro de ese contenedor —dijo. Salió redondo, lo que les dejaba con tres cajas y un contenedor, como antes.

—¿Quiere por favor decirme qué estamos haciendo? —suplicó Ethan.

—Convirtiendo un problema muy difícil en otro mucho más simple. Ahora, en vez de tener un contenedor extremadamente peligroso con un destripaterrones muerto dentro, solamente tenemos que deshacernos de unos ochenta kilos de salamandras aturdidas.

—Pero no nos hemos librado del cadáver —remarcó Ethan. Contempló las brillantes aguas—. ¿Va a volver a echar las salamandras ahí dentro? —preguntó esperanzado—. ¿Pueden nadar aturdidas?

—¡No, no, no! —dijo Quinn, con aspecto bastante sorprendido—. ¡Eso desequilibraría el sistema! Está muy bien ajustado. Todo este ejercicio es para mantener a la par los registros informáticos. En cuanto al cadáver... ya verá.

—¿Todo listo? —preguntó el técnico mientras salían flotando por la portilla de acceso, contenedor, cajas y todo lo demás bien almacenado en la plataforma.

—No, maldición —dijo Quinn—. A mitad de camino me he dado cuenta de que había cogido un contenedor equivocado. Tendré que volver más tarde. Mira, dame la factura y llevaré por ti esta carga a Eliminación. De todas formas, quiero buscar a Teki allí.

—Oh, muy bien —le respondió el técnico, sonriendo—. Gracias.

Tecleó los datos, los metió en un disco de datos, y se lo tendió. La comandante

Quinn se retiró con bien disimulada prisa.

—Bien —suspiró cuando las puertas herméticas se cerraron tras ellos; era el primer indicio de cansancio que Ethan le notaba—. Me encargaré de supervisar el último acto.

Ante la mirada de asombro de Ethan, añadió:

—Podríamos haber dejado que las llevaran a Eliminación siguiendo el método normal, pero no me abandonaba la visión de un pedido de último minuto que llegaba de la Zona de Tránsito y a Dale abriendo la caja para encontrar...

—¿Un pedido de salamandras? —tartamudeó Ethan.

Ella hizo una mueca.

—Sí, pero ahí arriba se venden a los chupapolvos como ancas de rana de primera calidad, en los menús de los restaurantes. Las vendemos por un buen precio.

—¿Es eso... er, ético?

Ella se encogió de hombros.

—Hay que sacar beneficios de alguna parte. El esnobismo mantiene la demanda alta. No hay salida para estas bestias viscosas en la Estación; todo el mundo está harto de ellas. Pero Biocontrol se niega a diversificar los pastos de algas diciendo que el sistema funciona con máxima eficacia para la generación de oxígeno tal como está. Y, en esto todo el mundo tiene que estar de acuerdo, el oxígeno es lo primero. Las salamandras son sólo un producto residual.

Volvieron a subir a la plataforma flotante y se perdieron corredor abajo. Ethan miró de reojo el perfil abstraído de la mercenaria. Tenía que intentar...

—¿Qué clase de proyecto genético? —preguntó de pronto—. El de Millisor, quiero decir. ¿No sabe más que eso?

Ella le dirigió una mirada reflexiva.

—Genética humana. Y la verdad es que sé muy poco más que eso. Algunos nombres, unas cuantas palabras en código. Sólo Dios sabe qué pretenden. Crear monstruos, tal vez. O criar superhombres. Los cetagandanos han sido siempre un puñado de militaristas agresivos. Tal vez pretenden crear batallones de supersoldados mutantes en tinas, como ustedes los athosianos, y apoderarse del universo o algo así.

—No es probable —puntualizó Ethan—. Batallones no, al menos.

—¿Por qué no? ¿Por qué no clonar a tantos como quieras, si ya tienes el molde?

—Oh, desde luego, se podrían producir cantidades enormes de niños... aunque para ello harían falta unos recursos enormes. Técnicos altamente cualificados, además de equipo y suministros. Pero verá, eso es sólo el principio. No es nada, comparado con lo que hace falta para criar a un niño. Vaya, en Athos consume la mayoría de los recursos económicos del planeta. Alimentación, por supuesto... vivienda, educación, ropa, atención sanitaria... si sólo mantener estable la población requiere casi todos nuestros esfuerzos, imagínese lo que supondría incrementarla. Ningún Gobierno podría permitirse criar un Ejército especializado e improductivo.

Elli Quinn alzó una ceja.

—Qué extraño. En otros planetas la gente nace a montones, y no se empobrecen, que digamos.

—¿De veras? No veo cómo. Verá, los costes para llevar a un niño hasta la madurez son astronómicos. Debe de haber alguna equivocación en sus cuentas.

En los ojos de ella apareció de pronto una expresión irónica.

—Ah, pero en otros planetas los costes de criar a un niño no son añadidos. Eso se hace gratis.

Ethan se la quedó mirando.

—¡Qué muestra tan absurda de hipocresía! ¡Los athosianos nunca permitirían una

economía sumergida! ¿No consiguen los nutrientes primarios créditos por su deber social?

—Creo —la voz de ella estaba cargada de una sequedad especial—, que lo llaman trabajo de mujeres. Y la oferta normalmente supera la demanda... no hay acciones sindicales, como si dijéramos, que regulen el mercado.

Ethan estaba cada vez más confuso.

—Entonces, ¿la mayoría de las mujeres no son soldados, como usted? ¿Hay hombres Dendarii?

Ella se echó a reír, pero bajó la voz cuando un transeúnte se la quedó mirando.

—Cuatro quintas partes de los Dendarii son hombres. Y de las mujeres, tres de cada cuatro son técnicos, no soldados. La mayoría de los cuerpos militares se estructuran de esa forma, excepto los que carecen de mujeres, como el de Barrayar.

—Oh —dijo Ethan. Tras una decepcionada pausa añadió—: Entonces es usted un caso atípico.

Se acabaron las Reglas de la Conducta Femenina que estaba elaborando.

—Atípica. —Ella permaneció en silencio un instante, luego hizo una mueca—. Sí, así soy yo.

Atravesaron la galería que enmarcaba unas puertas herméticas con el letrero ECOSECCIÓN: RECICLADO. Ethan se comió su zanahoria mientras recorrían los pasillos. Después de quitarle las raíces y la parte superior, y tras contemplar las inmaculadas inmediaciones que le rodeaban, se lo metió todo en el bolsillo. Cuando tragaba el último bocado, llegaron a una puerta que decía: ESTACIÓN DE ASIMILACIÓN B: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO.

Entraron en una cámara profusamente iluminada flanqueada de hileras de monitores de aspecto intimidatorio. Una mesa de laboratorio y un fregadero en el centro le parecieron casi familiares a Ethan, pues todo estaba lleno de equipo para análisis orgánico. Varios conductos con códigos de colores y portillas de acceso (¿para muestras?) ocupaban un extremo de la sala. El otro extremo estaba completamente ocupado por una extraña máquina conectada por tubos al sistema superior; Ethan no fue capaz de determinar su función.

Un par de piernas metidas en unos pantalones verde pino con franjas celestes asomaba entre un par de conductos. Una voz aguda murmuraba algo ininteligible. Tras unas cuantas observaciones iracundas más, hubo un chasquido y el zumbido de un mecanismo de sellado, y la propietaria de las piernas se movió y se incorporó.

Llevaba guantes de plástico hasta los sobacos, y sostenía un inidentificable objeto de metal de unos treinta centímetros de largo que chorreaba un líquido marrón apestoso. *F. Helda,* decía la placa del bolsillo izquierdo de su pecho. *Guardiana de Biocontrol.* Su rostro estaba enrojecido y furioso, y aterrorizaba a Ethan. Su voz se aclaró.

—... capullos chupapolvos increíblemente estúpidos...

Se interrumpió al ver a Ethan y su acompañante. Sus ojos se entornaron y su ceño se frunció aún más.

—¿Quiénes son ustedes? No pueden estar aquí. ¿No saben leer?

La consternación pasó por los ojos de Quinn. Se recuperó y sonrió animadamente.

—Acabo de traer los restos de salamandras de Atmosférico. Un pequeño favor para Dale Zeeman.

—Zeeman debería hacer su propio trabajo —replicó la tecnoeco—, no confiarlo a algún ignorante chupapolvo. Le escribiré para...

—Oh, he nacido y sido educada en la Estación —le aseguró Quinn rápidamente—. Déjeme que me presente. Me llamo Elli Quinn. Tal vez conozca a mi primo Teki;

trabaja en este departamento. De hecho, creía que estaría aquí.

—Oh —dijo la mujer, sólo ligeramente aplacada—. Está en la Estación A. Pero no vaya allí ahora; están limpiando los filtros. No tendrá tiempo para charlas hasta que el sistema vuelva a entrar en funcionamiento. Los turnos de trabajo no son el momento indicado para visitas personales, ¿sabe?

—¿Qué demonios es eso? —Quinn la distrajo de su sermón indicando el objeto de metal.

La tecnoeco Helda agarró con más fuerza el torturado metal, como si quisiera estrangularlo. Su animadversión hacia los visitantes no autorizados luchó con su necesidad de aventar su furia, y perdió.

—Mi último regalo de la Zona de Tránsito. Una se pregunta cómo los analfabetos pueden pagarse un viaje espacial. ¡Maldición, ni siquiera ellos tienen excusa! ¡Las reglas se emiten por holovídeo! Era un contenedor de oxígeno de emergencia perfectamente bueno, hasta que algún gilipollas lo metió en un eliminador orgánico. Primero debió aplastarlo para que entrara. Gracias a los dioses estaba descargado, o habría podido reventar una tubería. ¡Qué estupidez tan increíble!

Cruzó la sala para arrojarlo a una papelera donde había otros restos de basura obviamente no orgánica.

—Odio a los chupapolvos —gruñó—. Descuidados, sucios, desconsiderados...

Se quitó los guantes y los arrojó, se secó las gotas de sudor con un frotador sónico y antiséptico, y se acercó al fregadero para lavarse las manos de forma concienzuda y violenta.

Quinn señaló las grandes cajas verdes.

—¿Puedo ayudarle a quitarlas de en medio? —preguntó, sonriente.

—No tenía absolutamente ningún sentido traerlas antes de lo previsto —le dijo la tecnoeco—. Tengo un entierro dentro de cinco minutos, y el degradador está programado para deshacer todo lo orgánico y ventilarlo a Hidropónicos. Tendrá que esperar. Pueden marcharse y decirle a Dale Zeeman...

Se interrumpió al ver que la puerta se abría.

Media docena de sombríos estacionarios entraron tras una plataforma flotante cubierta. Quinn hizo una silenciosa seña a Ethan para que se sentara sin llamar la atención en su propia plataforma mientras la procesión entraba en la cámara. La tecnoeco Helda se alisó rápidamente el uniforme y compuso el rostro hasta conseguir una expresión de grave conmiseración.

Los estacionarios se congregaron a su alrededor mientras uno de ellos pronunciaba unas palabras. La muerte era una gran igualadora, por lo que parecía. Las expresiones eran distintas, pero el sentido habría sido apropiado para un funeral athosiano, se dijo Ethan. Tal vez los galácticos no eran tan tremendamente diferentes después de todo...

—¿Desean ver por última vez al difunto? —les preguntó Helda.

Sacudieron la cabeza, y un hombre de mediana edad recalcó:

—Por los dioses, el funeral ha sido más que suficiente.

Una mujer que estaba a su lado le hizo callar.

—¿Desean quedarse para el entierro? —preguntó Helda, muy formal, sin avasallar.

—Por supuesto que no —dijo el hombre. Tras una mirada de avergonzado reproche de su compañera, añadió firmemente—: Vi al abuelo pasar por cinco operaciones de reemplazo. Cumplí mi parte cuando estaba vivo. Ver cómo lo entierran para alimentar las flores no añadirá nada a mi karma, amor.

La familia se marchó en fila, y la tecnoeco volvió a adoptar su agresiva conducta

habitual. Desnudó el cadáver (era un hombre extremadamente anciano), y llevó las ropas al pasillo, donde presumiblemente alguien esperaba para recogerlas. Al regresar, comprobó un archivo de datos, se puso unos guantes y una bata, arrugó el labio, y atacó al difunto con un vibracuchillo. Ethan contempló con fascinación de profesional cómo una docena de partes de reemplazo mecánicas pasaban a una bandeja: un corazón, varios tubos, huesos, una cadera, un riñón. La bandeja pasó a un lavadero, y el cadáver a la extraña máquina emplazada al final de la sala.

Helda abrió una gran escotilla y lanzó el cadáver dentro tras inclinar la plataforma. Hubo un golpe apagado en el interior; luego volvió a sellar la escotilla.

La tecnoeco pulsó unos cuantos botones, las luces se encendieron, y la máquina gimió y siseó y zumbó con un ritmo solemne que sugería que la operación iba bien.

Mientras Helda estaba ocupada en el otro extremo de la sala, Ethan se arriesgó a susurrar:

—¿Qué está pasando ahí dentro?

—Reduce el cuerpo a sus componentes y devuelve la biomasa al ecosistema de la Estación —susurró Quinn a su vez—. La mayoría de la masa animal limpia, como la de las salamandras, es reducida a restos orgánicos superiores que pasan a los cultivos proteínicos. Ahí es donde producimos la carne, el pollo y esas cosas para consumo humano... pero hay ciertos prejuicios contra eliminar a los seres humanos de esa forma. Huele a canibalismo, supongo. Así, para que el cuarto de kilo de chuletas no recuerde demasiado al tío Neddie, los humanos son reducidos de forma mucho más precisa y se convierten en alimento para plantas. Una cuestión puramente estética... al final todo da vueltas y vueltas. Desde un punto de vista lógico, no hay ninguna diferencia.

La zanahoria se le había vuelto plomo en el estómago.

—Pero va a dejar usted que metan a Okita...

—Tal vez me vuelva vegetariana durante el próximo mes —susurró ella—. Shh.

Helda los miró, irritada.

—¿A qué están esperando? —Miró fijamente a Ethan—. ¿No tienen trabajo que hacer?

Quinn sonrió amablemente, y dio un golpecito a las cajas verdes.

—Necesito mi plataforma flotadora.

—Oh —dijo la tecnoeco. Arrugó la nariz, alzó un hombro duro y huesudo, y se giró para teclear un nuevo código en el panel de control del degradador. Tras regresar con un tractor de mano, alzó la caja superior y la situó en posición sobre la escotilla. Le dio la vuelta; hubo un rumor deslizante dentro de la máquina. La escotilla se vació y la primera caja fue sustituida por la segunda. Luego, por la tercera. Ethan contuvo la respiración.

La tercera caja se vació con un golpe sorprendente.

—¿Qué demonios...? —murmuró la tecnoeco, y extendió la mano hacia los sellos. La comandante Quinn se puso blanca; sus dedos se crisparon sobre la cartuchera vacía del aturdidor.

—Mire, ¿es eso una cucaracha? —gritó Ethan con lo que rezó para que pareciera acento de estacionario.

Helda se volvió.

—¿Dónde?

Ethan señaló hacia un rincón de la sala, lejos del degradador. La tecnoeco y la comandante fueron a inspeccionar. Helda se puso a cuatro patas y pasó un dedo preocupada por una rendija entre el suelo y la pared.

—¿Está seguro?

—Sólo un movimiento —murmuró él—, por el rabillo del ojo...

Ella le miró ferozmente, el ceño fruncido.

—Más bien parece una maldita resaca por el rabillo del ojo. Estúpido sesos de mosquito.

Ethan se encogió de hombros, indefenso.

—Será mejor llamar de todas formas a Control de Plagas —murmuró ella. Pulsó el botón de arranque del degradador camino de su comuconsola, y señaló con el pulgar por encima del hombro—. Fuera.

Ellos obedecieron inmediatamente. Mientras flotaban pasillo abajo, la comandante Quinn dijo:

—Dioses, doctor, eso ha estado inspirado. O... no ha visto una cucaracha de verdad, ¿no?

—No, ha sido lo primero que se me ha venido a la cabeza. Parece el tipo de persona que detesta los bichos.

—Ah. —Ella entornó los ojos, complacida y divertida.

Tras una pausa, Ethan preguntó:

—¿Tienen aquí un problema con las cucarachas?

—No si podemos evitarlo. Entre otras cosas, se sabe que se comen el aislamiento de los cables eléctricos. Piense un poco en lo que es un incendio en una estación espacial, y verá por qué le llamó la atención.

Comprobó su cronómetro.

—Dioses, tenemos que devolver esta plataforma y el contenedor a la Zona de Atraque 32. Salamandras, salamandras, ¿quién comprará mis salamandras...? Ajá, exacto.

Dio un brusco giro a la derecha hacia un pasillo que cruzaba, casi derribando a Ethan en el proceso, y aceleró. Un momento después detenía la plataforma ante una puerta que indicaba ACCESO A ALMACENAMIENTO EN FRÍO 297-C.

Dentro encontraron un mostrador, y una joven regordeta y de aspecto aburrido que comía chucherías fritas o algo parecido de una bolsa.

—Me gustaría alquilar un almacenador de vacío —anunció Quinn.

—Esto es para los estacionarios, señora —empezó a decir la chica del mostrador, tras echar una ansiosa y triste mirada a la cara de la mercenaria—. Si sube a la Zona de Tránsito, podrá...

Quinn depositó su identificación sobre el mostrador.

—Un metro cúbico valdrá, y lo quiero de plástico, transportable. Plástico transparente, si no le importa.

La muchacha miró la identificación.

—Ah. Oh.

Se marchó, y regresó unos minutos después con una gran caja de plástico.

La mercenaria firmó y dejó la huella de su pulgar, y se volvió hacia Ethan.

—Vamos a colocarlas bien, ¿eh? Que el cocinero se lleve una buena impresión cuando las descongele.

Almacenaron las salamandras en filas ordenadas. La muchacha, al echar un vistazo, arrugó la nariz; luego se encogió de hombros y volvió a su comuconsola, cuyo holovídeo mostraba algo que parecía sospechosamente diversión y no trabajo.

Justo a tiempo, calibró Ethan; algunas de sus víctimas anfibias empezaban a agitarse. Casi se sintió peor ahora que por lo de Okita. La muchacha se llevó la caja.

—No sufrirán mucho, ¿no? —preguntó Ethan, mirando por encima del hombro.

La comandante Quinn hizo una mueca.

—Ojalá muriera yo tan rápido. Van a parar al congelador más grande del universo: ahí fuera. Creo que las enviaré de verdad al almirante Naismith, más tarde,

cuando las cosas se calmen.

—Las cosas —repitió Ethan—. Cierto. Creo que usted y yo deberíamos tener una charla sobre esas «cosas».

Su boca se mantuvo firme.

La de ella se ladeó.

—De corazón a corazón —accedió cordial.

6

Tras devolver la plataforma flotadora a su zona de atraque, la comandante Quinn llevó a Ethan dando un rodeo a una habitación de hotel no mucho más grande que la suya propia. El médico athosiano fue levemente consciente de que este hotel se hallaba en otra sección de la Zona de Tránsito, aunque no estaba seguro de dónde habían cruzado esa frontera no marcada. Quinn lo había dejado atrás varias veces, o lo había escondido bruscamente en algún callejón sin salida mientras exploraba, el brazo sobre los hombros de algún conocido estacionario de uniforme y gesticulando alegremente con la mano libre. Ethan rezaba para que supiera qué estaba haciendo.

En cualquier caso, ella parecía considerar que había llegado con éxito a algún tipo de base, pues se relajó considerablemente cuando las puertas del hotel se sellaron tras ellos; se quitó las botas y se desperezó y usó la consola de servicio de la habitación.

—Tome. Auténtica cerveza. —Le tendió una jarra espumosa, después de detenerse para echarle algo sacado de su medkit Dendarii—. Importada.

A Ethan se le hacía la boca agua con el aroma, pero se mantuvo firme, sin llevársela a los labios.

—¿Qué le ha puesto?

—Vitaminas. Mire, ¿ve?

Sacó un comprimido del mismo frasco y se lo tragó con un largo sorbo de su propia jarra.

—Por ahora aquí está a salvo. Coma, beba, lávese, lo que quiera.

Él miró anhelante el cuarto de baño.

—¿No se registrará el doble uso en los ordenadores? ¿Y si alguien hace preguntas?

Ella sonrió.

—Sólo indicará que la comandante Quinn atiende en sus habitaciones a un guapo conocido de la Estación, nada más. Nadie se atreverá a preguntar nada. Relájese.

Las implicaciones eran cualquier cosa menos relajantes, pero a estas alturas Ethan estaba dispuesto a arriesgar su vida por un afeitado; su barba rasposa estaba peligrosamente cerca de pretender honores paternales a los que no tenía derecho.

El cuarto de baño, lástima, no tenía ninguna otra salida. Dejó de darle vueltas al tema y se bebió la cerveza mientras se lavaba. Si Millisor y Rau no habían sacado de él nada útil, dudaba que la comandante Quinn pudiera, no importaba qué le hubiera puesto en la bebida.

Se horrorizó al ver el rostro demacrado que le contemplaba desde el espejo. Barba de papel de lija, ojos enrojecidos, la piel manchada y pálida... ningún cliente en su sano juicio confiaría su hijo a un rufián semejante. Por fortuna, unos pocos minutos de trabajo le devolvieron su habitual aspecto acicalado, sosegado y limpio; ahora se le veía simplemente cansado, no macilento. Había incluso un limpiador sónico que se encargó de sus ropas mientras se duchaba.

Cuando salió, encontró a la comandante Quinn en la única silla flotante de la habitación, sin chaqueta, con los pies en alto y disfrutando de la distensión. Abrió los ojos y le hizo un gesto, indicando la cama. Él se tendió nerviosamente, la almohada en la espalda; pero no había otro lugar donde sentarse.

Encontró a mano una cerveza fresca y una bandeja de aperitivos de la estación.

Trató de no pensar en los posibles orígenes de la comida.

—Bien —empezó a decir ella—. Parece que ese envío de componentes biológicos que Athos ordenó despierta un montón de interés. Supongamos que empieza por ahí.

Ethan tragó un bocado e hizo acopio de todo su valor.

—No. Intercambiemos información. Supongamos que usted empieza por ahí. —Su brusquedad se agotó al ver la forma en que ella alzaba las cejas, y añadió precipitadamente—: Si no le importa.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Muy bien. —Hizo una pausa para comer un bocado—. Su encargo fue atendido, al parecer, por el equipo genético más importante de Laboratorios Bharaputra. Pasaron un par de meses trabajando en ello, y aplicaron todas las medidas de seguridad. Esto probablemente salvó varias vidas más tarde. El pedido fue enviado en un carguero sin escalas hasta la Estación Kline, donde permaneció dos meses en un almacén a la espera del correo anual que lo llevara a Athos. Nueve grandes cajas congeladoras. —Las describió con todo detalle, incluidos los números de serie—. ¿Es eso lo que recibieron?

Ethan asintió sombrío. Ella continuó.

—Justo cuando el envío salía de la Estación Kline con destino a Athos, Millisor y su equipo llegaron a Jackson's Whole. Arrasaron el laboratorio de Bharaputra como... bueno, profesionalmente hablando, fue una incursión de comando con gran éxito. —Sus labios se cerraron en una especie de furioso juicio privado—. Millisor y su equipo escaparon tras haber eliminado el ejército privado de la Casa Bharaputra y destruido el laboratorio con todo su contenido. Ese contenido incluía la mayoría del equipo de genetistas, unos cuantos transeúntes inocentes, y los datos técnicos del trabajo hecho en su envío. Supongo que pasaron algún tiempo interrogando a los bharaputranos antes de freírlos, porque se lo llevaron todo. Sólo se detuvieron para asesinar a la esposa y quemar la casa de uno de los genetistas. Luego Millisor y compañía se desvanecieron del planeta, para aparecer aquí con nuevas identidades tres semanas demasiado tarde para pillar su envío.

»Y entonces llegué yo a Jackson's Whole, haciendo inocentes preguntas sobre Athos. Los de Seguridad de la Casa Bharaputra estuvieron a punto de sufrir un síncope. Por fortuna, conseguí persuadirlos de que no tenía nada que ver con Millisor. De hecho, ahora creen que trabajo para ellos —sonrió lentamente.

—¿Los bharaputranos?

La sonrisa de ella se convirtió en una mueca.

—Sí. Me contrataron para asesinar a Millisor y su equipo. Un golpe de suerte para mí, ya que ahora no sigo a uno de sus escuadrones de asalto hasta el blanco. Parece que he hecho avances a mi pesar. Estarán muy contentos —suspiró, y volvió a beber—. Su turno, doctor. ¿Qué había en esas cajas para sacrificar a cambio tantas vidas?

—¡Nada! —Él sacudió la cabeza, asombrado—. Valioso sí, pero nada por lo que mereciera la pena matar. El Consejo de Población había encargado cuatrocientos cincuenta cultivos ováricos vivos, para producir óvulos, ya sabe, para los niños...

—Sé cómo se producen los niños, sí —le murmuró ella.

—Tenían que estar garantizados, libres de defectos genéticos, y tomados sólo de fuentes situadas en los veinte percentiles superiores de la escala de inteligencia. Eso es todo. Una semana de trabajo de rutina para un buen equipo genético como el que usted describe. ¡Pero lo que recibimos fue basura!

Detalló el envío recibido con fervor cada vez más airado, hasta que ella lo interrumpió.

—¡Muy bien, doctor! Le creo. Pero lo que salió de Jackson's Whole no fue basura, sino algo muy especial. Por tanto, alguien cogió su equipo por el camino y lo sustituyó

por basura...

—Basura muy extraña, cuando uno lo piensa —empezó a decir Ethan muy despacio, pero ella continuó.

—¿Quién fue ese alguien, y cuándo lo hizo? Usted no, ni yo... aunque supongo que sólo tiene mi palabra respecto a eso... y, obviamente, tampoco Millisor, aunque le habría gustado.

—Millisor cree que fue ese Terrence Cee... una persona, o lo que sea.

Ella suspiró.

—Lo que sea tuvo tiempo de sobra para hacerlo. Podrían haberlo cambiado en Jackson's Whole o en una nave en ruta hacia la Estación Kline, o en cualquier momento antes de que el correo partiera para Athos... Dioses, ¿tiene usted idea de cuántas naves atracan en la Estación Kline en el curso de dos meses? ¿Y cuántas conexiones hacen a su vez? No me extraña que Millisor vaya por ahí con cara de tener dolor de estómago. Obtendré de todas formas una copia de los registros de atraque de la Estación... —Tomó nota de ello.

Ethan aprovechó la pausa para preguntar.

—¿Qué es una esposa?

Ella se atragantó con la cerveza. Por lo que escupió, Ethan advirtió que el nivel de la suya bajaba muy despacio.

—Siempre me olvido de que usted... Ah, esposa. Una compañera de matrimonio... la compañera femenina de un hombre. El compañero masculino se llama marido. El matrimonio tiene muchas formas, pero comúnmente es una alianza legal, económica y genética para producir y criar hijos. ¿Entiende?

—Eso creo —dijo él lentamente—. Parece lo mismo que un padre alterno designado —saboreó las palabras—. Marido. En Athos, maridar es un verbo que significa conservar recursos. Como ser mayordomo.

¿Implicaba esto que el varón mantenía a la hembra durante la gestación? Entonces, este método supuestamente orgánico tenía costes ocultos que hacían que en comparación un Centro Rep resultara barato, pensó Ethan con satisfacción.

—La misma raíz.

—¿Qué significa «esposear», entonces?

—No hay un verbo paralelo.

—Oh. —Él vaciló—. ¿Tenían el genetista al que le quemaron la casa y su... su esposa algún hijo?

—Un niño pequeño, que estaba en la guardería en ese momento. Extrañamente, Millisor no se molestó en incendiarla también. No puedo imaginar cómo dejó ese cabo suelto. La esposa estaba embarazada. —Mordió con cierta furia un cubo de proteínas.

Ethan sacudió la cabeza, lleno de frustración.

—¿Por qué? ¿Por qué, por qué, por qué?

Ella sonrió enigmáticamente.

—Hay momentos en que pienso que podría ser usted un hombre de los míos... ha sido una broma —añadió cuando Ethan se retrajo—. Sí. Por qué. Ése es el motivo de mi misión. Millisor parecía convencido de que lo que produjeron los laboratorios de Bharaputra estaba destinado a Athos, a pesar de la subsiguiente maniobra de distracción. Si no otra cosa, en los últimos meses he aprendido que lo que Millisor piensa siempre hay que tenerlo en cuenta. ¿Por qué Athos? ¿Qué tiene Athos que no tenga nadie más?

—Nada —dijo Ethan simplemente—. Somos una sociedad pequeña basada en la agricultura, sin recursos naturales que merezca la pena exportar. No estamos en ninguna ruta que sea nexo a ninguna parte. No vamos por ahí molestando a nadie.

—«Nada» —recalcó ella—. Piense en un plan para el que un planeta con «nada»

resulte interesante... Tienen ustedes intimidad, supongo. Además de eso, sólo su insistencia en reproducirse a sí mismos por el camino difícil los mantiene aparte. —Sorbió su cerveza—. Dice que Millisor hablaba de atacar sus Centros de Reproducción. Háble me de ellos.

Ethan no necesitó más para demostrar su entusiasmo por su amado trabajo. Describió Sevarin y sus operaciones, y el dedicado grupo de hombres que lo hacían funcionar. Explicó el magnífico sistema de créditos por deberes sociales que cualificaba a los padres potenciales.

Se atascó bruscamente cuando se encontró describiendo los problemas personales que le impedían conseguir su anhelado deseo de tener un hijo. Era demasiado fácil hablar con aquella mujer. Se preguntó de nuevo qué había en su cerveza.

Ella se arrellanó en su asiento y se entretuvo silbando unos instantes.

—Maldita sea esa maniobra de todas formas. Pero yo diría que el plan del huevo del cuco era más atractivo. Explicaba tan bien las actividades de Millisor... Ratas.

—¿El plan del qué?

—Del huevo del cuco. ¿Tienen ustedes cucos en Athos?

—No... ¿Es un reptil?

—Un pájaro molesto. De la Tierra. Famoso principalmente por poner sus huevos en los nidos de otros pájaros y ahorrarse el tedioso trabajo de criarlos. Ahora se conoce en toda la galaxia principalmente como imagen literaria, ya que por algún extraño milagro nadie fue lo bastante idiota para exportarlos del planeta. Todas las demás alimañas se las apañaron para seguir con bastante rapidez a la humanidad. ¿Pero entiende lo que quiero decir con lo de plan del huevo del cuco?

Ethan, al comprenderlo, se estremeció.

—Sabotaje —susurró—. Sabotaje genético. Pensaban plantar monstruos entre nosotros, que no sabíamos nada... —se interrumpió—. Oh. Pero no fueron los cetagandanos quienes hicieron el envío, ¿no? Uh... ratas. No funcionaría de todas formas, tenemos maneras de sortear los defectos genéticos...

Se calló, más aturdido que nunca.

—Pero puede que se incorporara al envío material robado al proyecto de investigación cetagandano. Eso explicaría la pasión de Millisor por recuperarlo o destruirlo.

—Obviamente, pero... ¿por qué querría hacernos eso Jackson's Whole? ¿O son enemigos de Cetaganda?

—Ah... mm. ¿Cuánto sabe usted de Jackson's Whole?

—No mucho. Es un planeta; allí tienen laboratorios biológicos: enviaron una oferta al Consejo de Población en respuesta a nuestro anuncio de hace dos años. Lo mismo hicieron media docena de otros lugares.

—Sí, bueno... la próxima vez, pídanlo a la Colonia Beta.

—La Colonia Beta nos hizo la oferta más cara.

Ella se pasó inconscientemente un dedo por los labios. Ethan pensó en quemaduras de plasma.

—Estoy segura, pero se consigue lo que se paga... De hecho, eso es un error. También puede conseguirse lo que se paga en Jackson's Whole, si su monedero es lo bastante grande. ¿Quiere un joven clon hecho a partir de usted mismo, desarrollado *in vitro* hasta la madurez física, y hacer que le transfieran su cerebro? Tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de que la operación le mate, y la total garantía de que matará... al individuo que podría haber sido el clon. Ningún centro médico betano haría un trabajo así: los clones tienen allí derechos plenos. La Casa Bharaputra lo hará.

—Ugh —dijo Ethan, revuelto—. En Athos, la clonación se considera un pecado.

Ella alzó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Qué pecado?

—Vanidad.

—No sabía que eso era un pecado... oh, bueno. El tema es que si alguien ofreciera a la Casa Bharaputra suficiente dinero, habrían llenado alegremente sus cajas con... salamandras muertas, por ejemplo. O supersoldados de dos metros creados biogenéticamente, o cualquier cosa que se le pidiera.

Guardó silencio y tomó un sorbo de cerveza.

—Entonces, ¿qué hacemos a continuación? —preguntó Ethan con decisión.

Ella frunció el ceño.

—Estoy pensando. No es que planeara el asunto de Okita precisamente, que digamos. No tengo órdenes de intervenir activamente en este asunto... se suponía que debía limitarme a observar. Profesionalmente hablando, supongo que no debería haberle rescatado. Tendría que haber observado, y enviado un triste informe sobre el radio de alcance de su salpicadura al almirante Naismith.

—¿Estará él, uh, molesto con usted? —le preguntó Ethan, nervioso, mientras pasaba por su cabeza una visión en la que el almirante ordenaba a la comandante Quinn que restaurara el equilibrio original enviándolo a reunirse con Okita.

—No. También tiene momentos de falta de profesionalidad. Es algo terriblemente poco práctico, que le matará uno de estos días. Aunque hasta ahora parece conseguir que las cosas le salgan bien por pura fuerza de voluntad. —Pinchó el último aperitivo del plato, se acabó la cerveza y se levantó—. Bien. A continuación debo vigilar un poco más a Millisor. Si tiene más equipo de apoyo de lo que he advertido hasta ahora, la búsqueda de Okita y de usted los hará salir a la luz. Puede quedarse aquí. No salga de la habitación.

Prisionero otra vez, aunque más cómodamente instalado.

—¿Pero qué hay de mi ropa, mi equipaje, mi habitación...? —Su hotel económico, sin ocupar pero aumentando su cuenta de gastos—. ¡Mi misión!

—¡En modo alguno debe acercarse a su habitación! —Ella suspiró—. Faltan ocho meses para que su nave regrese a Athos, ¿no? Le diré una cosa: ayúdeme con mi misión, y yo le ayudaré con la suya. Haga lo que le digo, y puede que incluso viva para concluirla.

—Suponiendo siempre que el ghemcoronel Millisor no pague más que la Casa Bharaputra o el almirante Naismith por sus servicios.

Ella se puso la chaqueta, una prenda suelta con un montón de bolsillos que parecía tener mucho más movimiento de que lo que sugería el peso del tejido.

—Puede estar seguro de una cosa, athosiano: hay cosas que el dinero no puede comprar.

—¿Qué, mercenaria?

Ella se detuvo en la puerta, los labios curvándose hacia arriba a pesar de sus ojos chispeantes.

—Los momentos poco profesionales.

El primer día de su reclusión semivoluntaria lo pasó durmiendo, recuperándose del agotamiento, el terror y los cócteles bioquímicos de las veinticuatro horas precedentes. Sólo recobró brevemente la consciencia una vez, justo cuando la comandante Quinn salía de puntillas de la habitación; pero volvió a dormirse. La segunda vez que despertó, mucho más tarde, Ethan la encontró dormida en el suelo, vestida con su uniforme, la chaqueta a mano. Sus ojos se abrieron para seguirle mientras se tambaleaba hasta el cuarto de baño.

Al segundo día descubrió que la comandante Quinn no lo encerraba durante sus largas horas de ausencia. Salió al pasillo durante veinte minutos cuando averiguó esto, tratando de pergeñar algún plan racional para lograr su libertad además de ser capturado inmediatamente por Millisor, quien sin duda recorría la Estación de arriba abajo buscándolo. El zumbido de un robot de limpieza que doblaba la esquina lo hizo correr de regreso a su habitación con el corazón desbocado. Tal vez no le vendría mal dejar que la mercenaria lo protegiera un poquito más.

Al tercer día se recuperó lo suficiente para empezar a preocuparse por su situación, aunque no tenía aún bastante energía física para tratar de hacer nada al respecto. Con retraso, empezó a informarse de la historia galáctica a través de la biblioteca de la comuconsola.

A finales del día siguiente empezaba a ser dolorosamente consciente de la insuficiencia de una educación cultural que consistía en dos historias galácticas muy generales, una historia de Cetaganda, y un holovídeo de ficción titulado *La estrella salvaje del amor* con el que se había tropezado y que fue incapaz de desconectar. Según parecía, la vida con las mujeres no sólo inducía a una conducta extraña, sino muy extraña. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los efluvios de la comandante Quinn le llevaran a actuar de esa forma? ¿Si le abría la chaqueta para revelar su hipertrofia mamaria de verdad que se pegaría a eso como un pollito recién salido del cascarón a su mamá gallina? ¿O le haría pedacitos con su vibracuchillo antes de que las hormonas o lo que fuera tuvieran tiempo de actuar?

Se estremeció, y maldijo el tiempo de estudio que había malgastado con tonterías durante el viaje de dos meses hasta la Estación Kline. La inocencia podía ser una bendición, pero la ignorancia era una palpable condena; si tenía que sacrificar su alma en el altar de la necesidad, por Dios Padre que Athos merecía la pena. Siguió leyendo.

Lo opuesto al nirvana en su descenso espiritual, decidió Ethan, era la excitación. Y al sexto día la consiguió.

—¿Qué demonios está haciendo Millisor ahí fuera? —preguntó a la comandante Quinn durante una de sus breves apariciones.

—No lo que yo esperaba —admitió ella. Se derrumbó en su silla, jugueteando con un rizo de pelo oscuro enroscado alrededor de su dedo—. No ha informado de su desaparición ni de la de Okita a las autoridades de la Estación. No ha revelado reservas ocultas de personal. No ha hecho ningún movimiento para abandonar la Estación. El tiempo que ha pasado manteniendo su identidad encubierta sugiere que pretende pasar aquí una larga estancia. La semana pasada creí que estaba esperando la nave de regreso de Athos en la que usted vino, pero ahora está claro que hay algo más. Algo aún más importante que la desaparición de un subordinado.

Ethan caminaba de un lado a otro; subió la voz.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que quedarme aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Hasta que algo dé la cara, supongo —sonrió agriamente—. Podría suceder, aunque no por nuestra parte. Millisor y Rau y Setti han recorrido la Estación, con mucha tranquilidad... siguen volviendo al pasillo cercano a la Ecosección. Al principio no entendía por qué. La ropa de Okita no tenía micros ocultos, pero para asegurarme se la envié por correo al almirante Naismith. Así que no podía ser eso. Finalmente me enteré de los detalles técnicos de esa sección. Las malditas tinas de cultivos proteínicos están detrás de la pared de ese pasillo. Creo que es posible que Okita llevara alguna especie de trazador inorgánico implantado. Algún pobre diablo se romperá un diente al morder su Pollo Kiev el día menos pensado. Espero por los dioses que no sea un transeúnte que demande a la Estación... Y yo que pensaba que había cometido el crimen perfecto —

suspiró pesadamente—. Millisor no lo ha descubierto todavía: sigue comiendo carne.

Ethan se estaba hartando ya de tantas ensaladas. Y de aquella habitación, y de la tensión, la indecisión y la indefensión. Y de la comandante Quinn, y de la forma que tenía de darle órdenes...

—Sólo tengo su palabra de que las autoridades de la Estación no pueden ayudarme —estalló súbitamente—. Yo no le disparé a Okita. ¡No he hecho nada! Ni siquiera tuve una discusión con Millisor... es usted quien parece librar una guerra privada con él. Nunca habría creído que yo era un agente secreto si Rau no hubiera encontrado su micro. Es usted quien me mete en líos cada vez más gordos, para ventaja de su trabajo de espía.

—Millisor lo habría encontrado de todas formas —le hizo notar ella.

—Sí, pero lo único que habría tenido que hacer habría sido convencerle de que Athos no recibió su material. El interrogatorio lo habría dejado claro, si su inmiscusión no hubiera despertado sus recelos. Demonios, lo invitaríamos con gusto a inspeccionar nuestros Centros Rep si quisiera.

Ella alzó las cejas, un gesto que Ethan encontraba cada vez más irritante.

—¿De verdad cree que podría negociar con él? Personalmente, preferiría importar una nueva plaga de bacilos.

—Al menos, es un hombre —replicó Ethan.

Ella se echó a reír; los nervios de Ethan alcanzaron el punto de ebullición.

—¿Cuánto tiempo va a tenerme encerrado aquí? —exigió otra vez.

Ella hizo una visible pausa. Sus ojos se abrieron mucho, se entornaron; reprimió una sonrisa.

—No está encerrado —señaló suavemente—. Puede marcharse cuando quiera. El riesgo es suyo, por supuesto. Me entristeceré, pero sobreviviré.

Él detuvo su frenético deambular por la habitación.

—Es un farol. No puede dejarme marchar. Sé demasiado.

Ella bajó los pies de encima de la mesa, y dejó de retorcerse el pelo. Lo miró con una incómoda falta de expresión, como alguien que calcula el calibre de la platina necesaria para preparar un espécimen biológico para su observación. Cuando volvió a hablar, su voz rechinó como grava.

—Yo diría que no ha aprendido lo suficiente.

—No quiere que le hable de Okita a las autoridades de la Estación, ¿verdad? Eso hará que se juegue el cuello entre su propia gente...

—Oh, difícilmente sería mi cuello. Desde luego, les daría un ataque si descubrieran lo que hicimos con el cadáver... a lo cual yo podría añadir que fue usted un ayudante dispuesto. La contaminación es un cargo mucho más serio que el asesinato. Casi igual que el de incendio premeditado.

—¿Y qué? ¿Qué pueden hacerme, deportarme? ¡Eso no es un castigo, es una recompensa!

Los ojos de ella se entornaron, ocultando su aguda luz.

—Si se marcha, athosiano, no espere regresar suplicando mi protección. No me sirven de nada los patosos, los traidores... ni los maricas.

Ethan supuso que ella lo estaba insultando. Se lo tomó al pie de la letra.

—¡Bien, a mí no me sirve de nada alguien que es tramposo, arrogante, engreído... y mujer! —escupió.

Ella abrió los brazos, invitándole a ir hacia la puerta. Ethan advirtió que era él quien acababa de decir la última palabra. Tenía la nota de crédito en el bolsillo, los zapatos en los pies. Cruzó la puerta, la cabeza bien alta, haciendo un gesto airoso con la nariz. Por supuesto, la piel de la espalda se le puso de gallina ante la perspectiva de

recibir un rayo aturdidor, o algo peor. Pero no pasó nada.

Cuando las puertas herméticas se cerraron, advirtió que el pasillo estaba muy, muy silencioso. ¿Era decir la última palabra lo que realmente quería? Y sin embargo prefería enfrentarse a Millisor, Rau y el fantasma de Okita juntos que regresar a su prisión y pedirle disculpas a Quinn.

Determinación. Decisión. Acción. Ésa era la forma de resolver los problemas. No correr y esconderse. Buscaría a Millisor y se enfrentaría a él cara a cara. Salió al corredor.

Para cuando llegó a la salida del centro comercial caminaba con normalidad. Había repasado su plan, y tomado la decisión más sensata y cuerda: llamar a Millisor desde la segura distancia de una comuconsola pública. También él podía ser sibilino. No se acercaría a su propio hotel. Si era necesario, incluso abandonaría sus pertenencias, y compraría un billete para abandonar la Estación (¿para ir a la Colonia Beta?) en el último momento, justo antes de subir a la nave; así escaparía de todos aquellos agentes secretos chiflados.

Cuando regresara a la Estación Kline, podrían haberse perdido persiguiéndose unos a otros hasta alguna otra parte de la galaxia.

Encontró una cabina comuconsola un par de niveles más allá del hotel de Quinn.

—Deseo ponerme en contacto con un transeúnte: el ghemcoronel Luyst Millisor —le dijo al ordenador. Deletreó el nombre con cuidado. Su voz, advirtió con orgullo, apenas temblaba.

Ningún individuo con ese nombre está registrado en la Estación Kline, informó la holopantalla.

—Esto... ¿se ha marchado?

¡Se había largado, y la comandante Quinn lo había mantenido retenido todo aquel tiempo!

Ningún individuo con ese nombre se ha registrado en el último ciclo de doce meses, contestó satisfecha la holopantalla.

—Um, um... ¿qué hay de un tal capitán Rau?

Ningún individuo...

—¿Setti?

Ningún individuo...

Se detuvo antes de mencionar a Okita, y se quedó sin saber qué hacer. Entonces se le ocurrió: Millisor era el verdadero nombre del tipo. Pero en la Estación Kline sin duda utilizaba otro, con carné de identidad falso y todo. Ethan no tenía ni la más remota idea de cuál podía ser su alias. Callejón sin salida.

Deambuló por el paseo, desconcertado. Supuso que podría regresar a su habitación y dejar que Millisor lo encontrara, pero era difícil dilucidar si tendría oportunidad de negociar o de abrir la boca siquiera antes de que los vengativos camaradas de Okita hicieran acto de presencia.

Los variopintos transeúntes apenas distrajeron su concentración, pero dos caras que se acercaban le resultaron extraordinarias. Un par de hombres sencillamente vestidos, de estatura media, llevaban fantásticos dibujos pintados en el rostro, enmascarando por completo su piel. Rojo oscuro era el color base de uno, salpicado de naranja, negro, blanco y verde siguiendo un intrincado diseño que obviamente tenía algún significado. El otro era principalmente azul intenso, con remolinos amarillos, blancos y negros, y ojos, boca y nariz a juego. Estaban enfrascados en una conversación. Ethan se los quedó mirando con disimulo, fascinado y deleitado.

No fue hasta que pasaron casi hombro con hombro que los ojos de Ethan advirtieron los rasgos que ocultaba el maquillaje. De pronto se dio cuenta de que

conocía lo que significaba la pintura facial, gracias a sus recientes lecturas. Eran las insignias de rango de los ghemlores de Cetaganda.

El capitán Rau miró al mismo tiempo la cara de Ethan. Abrió la boca, sus ojos se dilataron dentro de la máscara azul, su mano se dirigió velozmente hacia una bolsa que llevaba al cinto. Ethan, tras un segundo de confundida parálisis, echó a correr.

Gritaron a sus espaldas. Un disruptor neural chisporroteó, Dios Padre, por encima de su cabeza. Ethan miró por encima del hombro. Rau había fallado el tiro, según parecía, sólo porque Millisor le había desviado el arma hacia arriba. Se gritaron mutuamente mientras empezaban la persecución. Ethan recordó ahora lo terribles que podían ser los cetagandanos.

Se zambulló de cabeza en un tubo elevador y nadó tan frenéticamente como un salmón a través de su lánguido campo, agarrándose mano sobre mano a los asideros de emergencia. Los otros pasajeros expresaron con exabruptos su sorpresa.

Salió por otro nivel, corrió, cogió otro elevador, volvió a cambiar, y otra vez más, mirando hacia atrás muchas veces, lleno de pánico.

Aquí cruzaba una tienda repleta, allá una zona desierta en construcción (SOLAMENTE PERSONAL AUTORIZADO), torcía, giraba, doblaba y esquivaba. Desembocó en alguna parte de la Zona de Tránsito, pues los aparatos de las paredes que contenían largas listas de instrucciones y prohibiciones en el ghetto turístico eran aquí prácticamente inexistentes.

Se sentó por fin en un cuartito donde guardaban equipo, y se quedó tumbado, buscando aire. Parecía haber perdido a sus perseguidores. De hecho, parecía haberse perdido él también.

7

Permaneció sentado en triste meditación hora tras hora después de que recuperara el aliento y el corazón dejara de martillearle. Así que correr y esconderse no era forma de resolver los problemas, ¿eh? Cualquier acción era mejor que pudrirse en la celda de la habitación de Quinn, ¿no? Meditó sombrío sobre lo rápidamente que puede uno reevaluar su postura moral bajo el destello y el chisporroteo del cañón en forma de campana de un disruptor neural. Contempló el cuartito oscuro. Al menos la prisión de Quinn tenía cuarto de baño.

Ahora tendría que acudir a las autoridades de la Estación. No podía volver con Quinn, ella lo había dejado claro, y ya no quedaba nada del espejismo de poder negociar una paz por separado con los chalados cetagandanos. Se golpeó suavemente la cabeza contra la pared varias veces en prueba de su autoestima, se levantó y empezó a explorar su escondite.

Una taquilla llena de monos de trabajo estacionarios le hizo repentinamente consciente de su propio aspecto de chupapolvo; siguió otro pensamiento aún más horrible: ¿le habría puesto Quinn otro micro encima? Desde luego, había tenido oportunidades de sobra. Se desnudó por completo y cambió su ropa athosiana por un mono rojo y botas que le quedaban un poquito pequeñas. Las botas le estrujaban los pies, pero no se atrevió a quitarse los calcetines. Sólo necesitaba camuflarse lo suficiente para entrar (localizar, llegar y entrar) en el puesto de Seguridad de la Estación más cercano. No era robar: devolvería el mono a la primera oportunidad.

Salió del cuarto y giró a la izquierda por el pasillo vacío, tratando de imitar la tranquila pose de un estacionario mientras fijaba en su memoria el número del cuartito para así poder recuperar su ropa más tarde. Pasó junto a dos mujeres con monos azules que flotaban en una plataforma de carga, pero sin duda tenían prisa. Ethan no tuvo valor para detenerlas y preguntarles la dirección. Un estacionario como el que proclamaba su mono rojo habría sabido el camino. Sonaría raro incluso sin su acento.

Empezaba a cuestionar seriamente su primera suposición de que si él no sabía dónde estaba tampoco lo sabrían sus perseguidores cuando un grito, un golpe y un chasquido llamaron su atención desde el corredor de delante. Dos plataformas flotantes habían chocado. Gritos y exabruptos mezclados con un tamborileo de cajas de plástico cayendo en cascada de una plataforma y un trino que destrozaba los oídos. Bolas de plumaje amarillo salieron al aire, en tropel, girando y rebotando en las paredes.

—¡La gravedad! ¡La gravedad! —gritaba un mujer.

Ethan reconoció la voz con un respingo. Era la huesuda tecnoeco del uniforme verde y azul, Helda, de la Estación de Asimilación. Le miraba con el rostro enrojecido.

—¡La gravedad! ¡Despierta, idiota, se escapan!

Logró salir de debajo de las cajas y se abalanzó hacia él, jadeando.

Mientras Ethan debatía con su conciencia si debía o no echar a perder su incógnito ofreciendo asistencia médica (las otras tres personas implicadas parecían capaces de moverse, incorporarse y quejarse a todo volumen), Helda abrió un compartimento en la pared junto a la cabeza de Ethan y conectó un reostato. Los pájaros que se agitaban frenéticamente movieron sus alas en vano mientras eran atraídos hacia el suelo. Las rodillas de Ethan se doblaron cuando su peso casi se dobló. Se encontró abrazado a la tecnoeco.

—Oh, dioses, otra vez usted —gruñó Helda—. Tendría que haberlo supuesto. ¿Está de servicio?

—No —gimió Ethan.

—Bien. Entonces puede ayudarme a recoger estos malditos pájaros antes de que extiendan la toxoplasmosis por toda la Estación.

Ethan reconoció la enfermedad, una lenta y subviral forma de vida, levemente contagiosa, que atacaba el ARN, y voluntariamente se puso a cuatro patas para arrastrarse tras ella y recoger la docena aproximada de pájaros histéricos clavados al suelo por su propio peso. Sólo cuando el último bicho estuvo guardado en su caja y cerraron la tapa con el cinturón de la tecnoeco, prestó ella atención a las quejumbrosas víctimas humanas del accidente, que ahora yacían tendidas en el suelo, jadeando. Cuando devolvió la gravedad a lo normal, Ethan se sintió capaz de despegar y volar también, tan grande fue el alivio.

Una de las víctimas que se estremecía llevaba un uniforme verde pino y azul como el de Helda. La sangre le corría por la cara, pues tenía un corte en la frente. Ethan comprendió que era espectacular, pero superficial.

Una presión firme sobre la herida (no con sus manos, porque había estado tocando a los pájaros) se encargaría de aquello en un dos por tres. Los dos pálidos adolescentes de la otra plataforma, uno varón y otro que el ahora experto Ethan identificó inmediatamente como hembra, se abrazaban mutuamente y contemplaban la sangre horrorizados, obviamente bajo los efectos de la impresión de haber estado a punto de matar al hombre.

Ethan, manteniendo los puños cerrados para recordarse que no debía tocar nada, puso cierto tono de autoridad en la voz e instruyó al asustado muchacho para que hiciera un torniquete y detuviera la hemorragia. La chica lloraba diciendo que tenía rota la muñeca, pero Ethan habría apostado dólares betanos a que sólo era una simple torcedura. Helda, con las manos cerradas igual que Ethan, abrió con el codo un comunicador situado en la pared y pidió ayuda. Su primera preocupación fue pedir un equipo descontaminador de su propio departamento, la segunda llamar a Seguridad, y una distante tercera pedir un tecnomed para los heridos.

Ethan resopló aliviado ante su golpe de suerte. En vez de tener que buscar como loco el puesto de Seguridad, éste vendría a él. Podría ponerse en manos de Seguridad y dejar de estar perdido al mismo tiempo.

El equipo descontaminador llegó primero. Las compuertas herméticas aislaron la zona, y el equipo empezó a trabajar en puertas, suelos, techos y respiraderos con limpiadores sónicos, esterilizadores de rayos X, y con potentes desinfectantes.

—Tendrás que encargarte de tratar con Seguridad, Teki —instruyó Helda a su ayudante mientras subía a la plataforma de pasajeros sellada que el equipo descontaminador había traído—. Encárgate de que les apliquen el peso de la ley a esos dos juerguistas.

Los dos adolescentes se pusieron aún más pálidos, apenas tranquilizados por el secreto gesto de cabeza que les dirigió Teki.

—Bueno, vamos —le dijo Helda a Ethan.

—¿Eh? Uh... —Los gruñidos monosilábicos podrían ocultar su acento, pero eran terribles para conseguir información—. ¿Adónde? —se atrevió a decir.

—A Cuarentena, por supuesto.

¿Cuarentena? ¿Durante cuánto tiempo? Su boca debió silabear las palabras en voz alta, porque el hombre que le empujaba hacia la plataforma flotante dijo tranquilizador:

—Vamos a limpiarle de arriba abajo y a ponerle un pinchazo. Si llega tarde a una cita, podrá llamarla desde allí. Le respaldaremos.

Ethan quiso desengañar al hombre de esta última y temible suposición, pero la presencia de la tecnoeco se lo impidió. Permitió que lo condujera a la plataforma. Se sentó frente a la mujer.

El techo de la plataforma se cerró y se selló, aislando todo sonido del exterior. Ethan apretó la cara ansioso contra la superficie transparente mientras la plataforma se alzaba y pasaba ante los dos patrulleros de Seguridad de uniforme naranja y negro que acababan de llegar. Dudaba que pudieran oírlo si gritaba.

—No se toque la cara —le recordó Helda, ausente, dirigiendo una última mirada a la escena del desastre. Ahora parecía estar todo bajo control; el equipo de descontaminación se había hecho cargo de los pájaros y había vuelto a abrir las puertas herméticas.

Ethan mostró sus puños cerrados como indicación de que comprendía.

—Parece que comprende bien la técnica de esterilidad —admitió Helda a regañadientes, mirándole sonriente—. Por un momento pensé que en Atraques y Compuertas ahora contrataban a discapacitados mentales.

Ethan se encogió de hombros. Se hizo el silencio. Se prolongó. Ethan se aclaró la garganta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó roncamente, indicando con la barbilla el lugar del reciente accidente.

—Un par de muchachos estúpidos jugando a las guerras estelares con su plataforma. Voy a informar a sus padres. Si quieren velocidad, que cojan un coche-tubo. Las plataformas flotantes son para trabajar. ¿O se refiere a los pájaros?

—Los pájaros.

—Cargamento condenado. Tendría que haber oído gritar al capitán del carguero cuando los requisamos. Como si tuviera derecho a propagar una enfermedad por toda la galaxia. Aunque podría haber sido peor —suspiró—. Podría haber sido otra vez carne.

—¿Carne?—croó Ethan.

Ella hizo una mueca.

—Un maldito cargamento entero de vacas vivas. Iban de camino a alguna parte para su cría. Rebosantes de microalimañas. Tuve que cortarlas por la mitad para que entraran en el eliminador. El peor jaleo que pueda haber visto. Las tuvimos que reducir a átomos, puede apostarlo. Los propietarios demandaron a la Estación. —Sus ojos brillaron—. Perdieron.

Tras un momento, añadió:

—Odio los jaleos.

Ethan volvió a encogerse de hombros, esperando que el gesto fuera interpretado como solidario. Aquella aterradora hembra era la última persona de la Estación a la que deseaba entregarse, dejando aparte a Millisor. Esperaba fervientemente que la Ecosección no eliminara a los transeúntes humanos muertos de la misma forma.

—¿Ha aclarado Atraques y Compuertas ese vertido de basura en la Bahía 13? —preguntó ella de pronto.

—Er, ah... —Ethan se aclaró la garganta.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Está resfriado?

Ethan no se habría atrevido a admitir que incubaba virus.

—Me quedé sin voz ayer —murmuró.

—Oh. —Ella se acomodó como un perro perdiguero decepcionado. Como el peso de la conversación había recaído oficialmente en ella, buscó otro tema—. Eso sí que es un espectáculo desagradable —señaló con el pulgar a un lado; Ethan no vio más que a una pareja de estacionarios que pasaba—. No comprendo cómo alguien puede

descuidarse de esa forma.

—¿Qué? —murmuró Ethan, totalmente anonadado.

—Esa chica gorda.

Ethan miró por encima del hombro. La obesidad en cuestión era tan clínicamente leve como para resultar imperceptible a simple vista, dados los rellenos suplementarios de la constitución femenina.

—Bioquímica —sugirió Ethan, conciliador.

—Ja. Eso es sólo una excusa para la falta de autodisciplina. Probablemente se atraca por las noches de comida importada. —Helda reflexionó un instante—. Material repugnante. No se sabe dónde ha estado. Yo no como nada más que carne magra limpia de las tinas, y ensaladas... nada de esos aliños ricos en grasa y porquerías...

Una larga disertación sobre su dieta y digestión llenó el tiempo hasta que la plataforma flotante se detuvo en su destino. Ethan esperó que ella saliera antes de abandonar el rincón del fondo donde se hallaba sentado. Asomó la cabeza con precaución.

La zona de procesado de cuarentena olía a hospital; sintió nostalgia de Sevarin. Un nudo de desazón le atenazó la garganta, pero se lo tragó.

—Por aquí, señor. —Un tecnoeco masculino con un traje estéril le indicó que avanzara. Otros dos repasaron rápidamente la plataforma de pasajeros con esterilizadores de rayos X. Acompañaron a Ethan hasta una especie de salita, mientras el tecno que le seguía borraba sus invisibles pisadas sépticas con un limpiador sónico.

El técnico le dio un breve y preciso sermón sobre cómo tomar una ducha descontaminante, y se marchó con su traje rojo y sus botas, murmurando:

—¿Sin ropa interior? ¡Vaya gente!

Las tarjetas de identidad y la nota de crédito de Ethan estaban en los bolsillos del mono. Estuvo a punto de echarse a llorar. Pero nada podía hacer. Se duchó a conciencia, se secó, se rascó por fin la nariz, y luego esperó desnudo y solo en la cámara durante lo que le pareció una eternidad. Estaba meditando sobre los pros y los contras de salir corriendo desnudo y aullando al pasillo cuando el técnico regresó.

—Hola. —El hombre colocó su mono y sus botas dobladas sobre una mesa, apretó un hipospray contra su brazo y dijo—: Pase por Registros al salir. Es por el otro lado. Adiós.

Y se marchó.

Ethan palpó la ropa. La cartera estaba todavía en el bolsillo, o al menos la habían devuelto a su lugar. Suspiró aliviado, se vistió y cuadró los hombros preparándose para hacer una confesión completa. Tras hacer una suposición a partir de la críptica forma de hablar del técnico, se fue pasillo abajo en dirección contraria a la entrada.

Empezaba a pensar que había vuelto a perderse cuando vio una puerta abierta y, tras ella, una sala donde un hombre manejaba una interfaz. El joven de la plataforma de los pájaros. Teki, ahora pálido y con una venda blanca de plástico sobre la frente, llegó a la puerta al mismo tiempo que Ethan. Se detuvo sin aliento, y con un breve ademán cedió paso a Ethan. La delgada Helda estaba junto al mostrador, dando golpecitos en el suelo con un pie, los brazos cruzados.

Dirigió a Teki una fría mirada.

—Ya era hora de que dejaras esa comuconsola. Creía que te había dicho que no le dijeras a tu novia que te llame al trabajo.

—No era Sara —le contestó Teki muy serio—. Un pariente. Con un mensaje por un asunto de negocios.

Tras haber distraído notablemente la atención de Helda, se volvió hacia Ethan.

—Mira, aquí está nuestro ayudante.

Ethan tragó saliva y se acercó, preguntándose por dónde empezar. Deseó que la mujer no estuviera allí.

—Bueno —dijo el hombre uniformado de verde y azul que atendía la interfaz informática—. Muéstreme su tarjeta, por favor.

Extendió la mano.

Ethan supuso que quería una tarjeta común de identidad para los estacionarios. Inspiró profundamente, se tranquilizó, y miró a la mujer del ceño fruncido. Su confesión se convirtió en un:

—Eh, ah... no la llevo encima...

El ceño de ella se frunció aún más.

—Se supone que tiene que llevarla en todo momento, Atraque y Compuertas.

—Estoy fuera de servicio —dijo Ethan a la desesperada—. En mi otro mono...

Si lograba escapar de aquella terrible hembra, iría derechito a Seguridad.

Ella tomó aire.

—Ah, vamos, Helda —intervino Teki—, dale un respiro. Nos ayudó con esos malditos pajarracos.

Tras hacer un guiño, cogió a Ethan del brazo y lo llevó hacia la otra salida de la cámara.

—Vaya a buscarla y vuelva, ¿de acuerdo?

—¡Pero bueno! —dijo la mujer; el hombre del mostrador asintió, sin embargo.

—No le haga caso a Helda —le susurró el joven a Ethan mientras le empujaba más allá de la puerta interna, a través de una compuerta de aire-filtrado-y-UVA, y por fin por una puerta hermética—. Vuelve loco a todo el mundo. Ese chico gordo suyo emigró allá abajo sólo para librarse de ella. Supongo que ni siquiera le dio las gracias por su ayuda, ¿eh? —Ethan sacudió la cabeza.

»Bueno, yo sí que se las doy —asintió alegremente; las puertas herméticas se cerraron siseando sobre su sonrisa.

—Ayuda —dijo Ethan tímidamente. Se dio la vuelta. Estaba en otro pasillo de la Estación, idéntico a un millar de otros. Cerró los ojos brevemente lleno de dolor espiritual, suspiró y echó a andar.

Dos horas más tarde seguía andando, convencido de estar haciéndolo en círculos. Los puestos de Seguridad de la Estación, frecuentes y muy visibles en la Zona de Tránsito, desaparecían en las áreas propias de los estacionarios. O tal vez, como el equipo de las paredes, estaban simplemente indicados de forma críptica y él pasaba por su lado sin advertirlos.

Ethan maldijo entre dientes cuando le reventó otra de las ampollas que las botas demasiado estrechas le habían producido.

Al mirar pasillo abajo en un cruce, dio un gritito de alegría. En las paredes había etiquetas, listas y cierres otra vez. Se dirigió hacia allí. Unos cuantos cruces más, otra puerta, y se encontró en un paseo público. No muy lejos, junto a una fuente, titilaba un directorio.

—Está usted aquí —murmuró, siguiendo el holovídeo. Una luz de colores corría bajo su dedo. El puesto de Seguridad más cercano, allí: alzó la mirada para comparar el mapa con una cabina de espejo sobre la balconada situada en el extremo más alejado del paseo. Un nivel por encima de este paseo estaba su hotel. El de Quinn se encontraba un poco más arriba, otros dos niveles. Se preguntó ansiosamente dónde estaría el que habían utilizado los cetagandanos para interrogarlo. No lo suficientemente lejos, estaba seguro. Se armó de valor y subió por el paseo, atento a la aparición de hombres con el rostro pintado o mujeres con uniformes grises y blancos.

SEGURIDAD DE ESTACIÓN KLINE, brillaba el rótulo en lo alto de la cabina. El espejo era unidireccional. Desde dentro se veía, según descubrió Ethan al entrar, un hermoso panorama del paseo. Filas de monitores y enlaces comunicadores llenaban la pequeña habitación. Un encargado de Seguridad estaba sentado, los pies en alto, comiendo aperitivos fritos o algo por el estilo y contemplando ociosamente el pintoresco paisaje.

Una mujer de Seguridad, se corrigió Ethan con un gemido interior. Joven y morena, con su uniforme naranja y negro de aire militar, tenía un leve y genérico parecido con la comandante Quinn.

Se aclaró la garganta.

—Uh, discúlpeme... ¿Está usted de servicio?

Ella sonrió.

—Ay, sí. Desde el momento en que me pongo este uniforme hasta el momento en que me lo quito al acabar el turno, y cada vez que me llaman después de finalizado. Pero libro a las 24.00 —añadió, complaciente—. ¿Le apetecen unos daditos de salamandra?

—Uh, no. No, gracias —repuso Ethan. Devolvió la sonrisa, nervioso e inseguro. La sonrisa de ella se volvió cegadora. Lo intentó de nuevo—. ¿Ha oído algo de un tipo que ha disparado un disruptor neural en uno de los paseos esta mañana?

—¡Dios, sí! ¿Ya se chismorrea en Atraques y Compuertas?

—Oh... —Ethan comprendió a qué se debía, en parte, lo absurdo de aquella conversación: el mono rojo la estaba confundiendo—. No soy un estacionario.

—Lo noto por su acento —reconoció ella cordial. Se enderezó en su asiento y apoyó la barbilla sobre una mano. Los ojos le brillaban—. Se gana la vida por la galaxia como trabajador inmigrante, ¿no? ¿O simplemente se ha quedado aquí aislado?

—Uh, ninguna de... —Ethan continuó sonriendo, ya que ella lo hacía. ¿Era esto algo esperado en los intercambios entre sexos? Ni Quinn ni la tecnoeco habían utilizado signos faciales tan intensos, pero Quinn había admitido ser atípica y la tecnoeco era decididamente extraña. A Ethan empezaba a dolerle la boca—. Pero respecto a ese tiroteo...

—Oh, ¿ha hablado con alguien que lo presenciara? —Parte de su sonrisa desapareció, y se enderezó todavía más, atenta—. Estamos buscando más testigos.

La precaución hizo acto de presencia.

—Uh... ¿por qué?

—Para la acusación. Naturalmente, el tipo sostiene que disparó por accidente, al mostrarle el arma a su amigo. Pero el que ha informado sobre el incidente dice que le disparó a un hombre que salió huyendo. Bueno, el informante ha desaparecido. Con los presuntos testigos restantes sucede como de costumbre: están cargados de dramatismo, pero cuando les aprietas las tuercas siempre resulta que estaban mirando para otro lado o subiéndose la cremallera de la bota o algo así en el momento justo en que el disruptor se disparó. —Soltó un suspiro—. Si se demuestra que el tipo del disruptor le disparó a alguien, será deportado, pero si ha sido un accidente todo lo que podremos hacer es confiscar el arma ilegal, multarlo, y dejarlo marchar. Cosa que tendremos que hacer dentro de doce horas si no se encuentran más pruebas.

¿Rau arrestado? La sonrisa de Ethan se volvió beatífica.

—¿Qué hay de su amigo?

—Respalda su versión, por supuesto. Estaba limpio, así que no había nada contra él.

Millisor andaba suelto, si entendía correctamente a la mujer de Seguridad. La sonrisa de Ethan se desvaneció. Y Setti, a quien nunca había visto y no reconocería

aunque caminara por su lado. Ethan tomó aire.

—Me llamo Urquhart.

—Yo soy Lara —dijo la mujer de Seguridad.

—Qué bonito —intervino Ethan mecánicamente—. Pero...

—Era el nombre de mi abuela —confesó la mujer—. Creo que los nombres familiares dan cierta sensación de seguridad, ¿no le parece? A menos que te toque alguno como Sterilla, como le pasa a una desgraciada amiga mía. Lo abrevia y queda Illa.

—Uh... no me refería exactamente a eso.

Ella ladeó la cabeza, alegre.

—¿A qué no?

—¿Perdone?

—¿A qué cosa dice que no se refería?

—Er...

—... quhart —terminó ella—. Es un nombre bonito, no creo que deba darle vergüenza. ¿O se burlaban de usted cuando era niño o algo así?

Él se quedó con la boca abierta, aturdido. Pero antes de que el hilo de la conversación se enredara aún más, otra mujer de Seguridad, más vieja, apareció en el tubo elevador que conectaba la cabina con un nivel superior. Salió del tubo con paso autoritario.

—Nada de amistades estando de servicio, cabo. Se lo recuerdo... de nuevo —le dijo por encima del hombro mientras se acercaba a un armario—. Termine, tenemos un aviso.

La muchacha de Seguridad hizo una morisqueta a espaldas de su superiora, y le susurró a Ethan:

—A las 24.00, ¿vale?

Se puso en pie, en posición parecida a firmes, y su oficial sacó un par de armas del armario.

—¿Es serio, señora?

—Hacemos falta para un cordón de seguridad, niveles C8 y 8. Un prisionero acaba de desaparecer de Detención.

—¿Escapado?

—No han dicho escapado. Han dicho desaparecido. —La boca de la oficial se retorció amargamente—. Cuando Echelon insiste con eufemismos, me vuelvo recelosa. El prisionero era ese chupapolvo que pillaron esta mañana por lo del disruptor neural. Le eché un vistazo al arma. Uso militar, y no precisamente nueva. —Se puso el aturdidor de servicio, y tendió el otro a la cabo.

—¿Y qué? Excedentes del Ejército. —La cabo se alisó el uniforme, comprobó el aspecto de su cara en un espejito, y luego revisó su arma con igual cuidado.

—No estés tan segura. Te apuesto dólares betanos contra lo que quieras a que es otro puñetero agente militar de espionaje.

—Esa plaga otra vez no, por favor. ¿Sólo hay uno, o son un puñado?

—Espero que no sea un grupo. Eso es lo peor. Impredecibles, violentos, no les importa la ley, no les importa la seguridad pública, por los dioses, y después de que una está a punto de partirse el cuello tratándolos con guantes todavía se la carga por culpa de alguna embajada y todas tus pruebas cuidadosamente reunidas van a parar al inodoro...

Se volvió hacia Ethan.

—Fuera, fuera, tenemos que cerrar aquí. Pégate a mí, ¿me oyes? —añadió a la cabo—. Nada de heroicidades.

—Sí, señora.

Y Ethan se encontró expulsado del puesto de Seguridad mientras las dos agentes se perdían de vista. La cabo miró por encima del hombro mientras él levantaba la mano y balbuceaba, y le saludó amistosamente agitando los dedos.

Tres pasillos más. Dos niveles arriba. A través del laberinto dentro del laberinto del hotel de Quinn. La puerta familiar. Ethan se humedeció los labios y llamó.

Volvió a llamar.

Y se quedó...

La puerta se abrió con un susurro. El alivio de Ethan se convirtió en sorpresa cuando un robot de limpieza lo sorteó. La habitación era tan anónima y estaba tan pulcra como si nunca hubiera sido ocupada.

—¿Adónde se ha ido? —gimió, sin esperar respuesta, para dar rienda suelta a sus sentimientos.

Pero el robot de limpieza se detuvo.

—Por favor, reformule su pregunta, señor o señora —hablaba por una rejilla encajada en un compartimento de plástico marrón.

Él se volvió ansiosamente.

—La comandante Quinn... La persona que tenía esta habitación, ¿adónde ha ido?

—El anterior ocupante se ha marchado a las 11.00, señor o señora. El anterior ocupante no ha dejado ninguna dirección a este hotel, señor o señora.

¿Las once en punto? Ethan calculó que se habría marchado minutos después que él.

—Dios Padre...

—Señor o señora —trinó el robot amablemente—, por favor reformule su pregunta.

—No hablaba contigo —dijo Ethan, pasándose las manos por el pelo. Le entraron ganas de arrancárselo a puñados.

El robot esperó.

—¿Desea algo más, señor o señora?

—No, no...

El robot se marchó pasillo arriba.

Dos niveles abajo. Tres pasillos. El equipo de Seguridad no había vuelto todavía. La cabina seguía cerrada.

Ethan se sentó junto a la fuente y esperó. Esta vez se entregaría de veras, se acabó. Si Rau se había puesto fuera de la ley por dispararle, entonces Ethan debía de estar del lado correcto, ¿no? No tenía nada que temer de Seguridad.

Naturalmente, si no podían mantener a Rau, un simple detenido, en su área de seguridad, ¿cómo iban a ser capaces de retener a Rau, el asesino? Ethan ignoró este susurro de su sentido común, diciéndose que era un temor fomentado por Quinn. Seguridad era su mejor opción. De hecho, ahora que había ofendido irremisiblemente a la comandante, Seguridad era su única posibilidad.

—¿Doctor Urquhart? —Una mano cayó sobre el hombro de Ethan.

Ethan saltó medio metro, y se volvió.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó torvamente.

Un joven rubio retrocedió un paso, consternado. Era de mediana altura, de músculos duros y esbelto; iba vestido según alguna moda desconocida: una camisa sin mangas, pantalones sueltos metidos a la altura de los tobillos en botas de aspecto cómodo, hechas de algún cuero suave.

—Discúlpeme. Si es usted el doctor Ethan Urquhart de Athos, le he estado

buscando.

—¿Por qué?

—Esperaba que podría ayudarme. Por favor, señor, no se marche... —Tendió una mano mientras Ethan retrocedía—. Usted no me conoce, pero estoy muy interesado en Athos. Me llamo Terrence Cee.

8

—¿Qué quiere de Athos? —preguntó Ethan tras un instante de estupefacto silencio.

—Refugio, señor —dijo el joven—. Pues soy sin duda un refugiado.

La tensión volvía su sonrisa falsa y ansiosa. Su nerviosismo aumentó cuando Ethan retrocedió ligeramente.

—El correo indicaba que uno de sus títulos es el de embajador. Puede darme asilo, ¿verdad?

—Yo-yo... —tartamudeó Ethan—. Eso fue algo que el Consejo de Población añadió a mis atribuciones en el último minuto, porque nadie estaba seguro de qué iba a encontrarme aquí. En realidad no soy diplomático, sino médico.

Miró al joven, quien le devolvió la mirada con una especie de ansia dolorida. Ethan calibró automáticamente los síntomas de fatiga que presentaba Cee: gris en los huecos de la piel, ojos inyectados en sangre, un temblor apenas perceptible de sus manos largas y suaves. Horrorizado, comprendió.

—Mire, uh... no estará por casualidad pidiéndome que le proteja del ghemcoronel Millisor, ¿no?

Cee asintió.

—Oh... oh, no. No comprende. Aquí sólo estoy yo. No tengo embajada ni nada parecido. Quiero decir que las embajadas de verdad tienen guardias, soldados, todo un cuerpo de inteligencia...

La sonrisa de Cee se torció.

—¿Necesita todo eso el hombre que dispuso el accidente que acabó con Okita?

Ethan se quedó con la boca abierta. Su completa desazón le había dejado sin habla.

—Son muchos —continuó Cee—. Millisor puede dirigir todos los recursos de Cetaganda contra mí... y estoy solo. Soy el único que queda. El único superviviente. No se trata de si me matarán o no, sino de cuándo lo harán. —Sus manos, perfectas, se abrieron en un gesto de súplica—. Estaba convencido de que los había eludido, de que era seguro volver atrás. ¡Y entonces me encontré a Millisor, el intrépido cazador de vampiros en persona! —La boca del joven esbozó una fina mueca de amargura—. Estaba agazapado en la última puerta de salida. Se lo suplico, señor. Concédame asilo.

Ethan se aclaró la garganta, nervioso.

—Ah... ¿qué quiere decir con eso de «cazador de vampiros»?

—Así es como él se ve a sí mismo. —Cee se encogió de hombros—. Para él todos sus crímenes son actos heroicos por el bien de Cetaganda, porque alguien tiene que hacer el trabajo sucio. Eso es exactamente lo que piensa. Está orgulloso de hacerlo. Pero no tiene que convencerse de nada para actuar contra mí. En el fondo de su alma, me odia y me teme más que a nada. ¡Ja! Como si sus secretos fueran más vitales o viles que los de los demás. Como si me importaran un comino sus secretos, o su alma.

Ethan reconoció vagamente los mareantes síntomas de la mezcla de ideas en la conversación. Intentó agarrarse a algo.

—¿Qué es usted?

El joven se apartó repentinamente con cara de recelo.

—Asilo. Asilo primero, y luego podrá saberlo todo.

—¿Eh?

El recelo se convirtió en desesperación ante los ojos de Ethan. La excitación de la esperanza se evaporó, y dejó a Cee vacío.

—Comprendo. Me ve usted como me ven ellos: una aberración médica hecha a partir de trozos muertos, cocinada en una tina. Bien —tomó aire, decidido—, así sea. Pero me vengaré del ghemcapitán Rau, al menos, antes de morir. Eso lo juro por Janine.

Ethan se aferró al único tema que le resultaba inteligible y, con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio, murmuró:

—Si por «tina» se refiere a un replicador uterino, sepa que a mí me incubaron en uno también, y es tan bueno como cualquier otro método de generación. Mejor. Así que le agradeceré que no insulte mis orígenes, ni el trabajo de mi vida.

Algo de la misma flotante confusión que, a la fuerza, Ethan estaba seguro, debía notarse en su rostro cruzó el de Cee. Por qué no. A la tristeza, pensó Ethan con ácida satisfacción, le encanta la compañía.

El joven (un muchacho, en realidad, pues si no tenía en cuenta las señales del cansancio sin duda era aún más joven que Janos) a punto estuvo de hablar; luego sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

La necesidad, pensó Ethan frenético, es el replicador uterino de la invención.

—¡Espere! —gritó—. ¡Le concedo asilo en Athos!

Bien podría haberle prometido la redención de todos sus pecados, ya que tenía tanto poder en ese campo como en el otro. Pero Cee se volvió de todas formas, la esperanza destellando de nuevo en sus ojos azules, cálida como un jet de gas.

—Pero tendrá que decirme dónde puso los cultivos ováricos que el Consejo de Población pidió a los Laboratorios Bharaputra —continuó Ethan.

Ahora le tocó el turno a Terrence Cee de quedarse sorprendido y boquiabierto.

—¿No los recibieron en Athos?

—No.

El aliento escapó de la boca del joven rubio como si lo hubieran golpeado en el estómago.

—¡Millisor! ¡Él los cogió! Pero no... pero cómo... no ha podido ocultar...

Ethan carraspeó educadamente.

—No lo creo. A menos que considere al coronel Millisor capaz de pasarse siete horas interrogándome, de manera bastante desagradable por cierto, para saber su paradero sólo por diversión.

A Ethan le resultó muy refrescante ver a alguien ponerse tan nervioso como él. Cee se volvió hacia su nuevo protector, los brazos abiertos en gesto de asombro.

—Pero doctor Urquhart... si ustedes no los tienen, y yo no los tengo, y Millisor no los tiene... ¿dónde están?

Ethan pensó que por fin comprendía a Elli Quinn y su declarado disgusto por estar a la maldita defensiva. Ya estaba más que harto. Hasta la coronilla, pensó furioso; incluso la frágil semilla de la resolución de su tímido corazón podría madurar y convertirse en algo más grande. Sonrió agradablemente al joven rubio. Cee parecía en efecto un Janos más bajo y delgado. Su misma tez. Pero no la petulancia que a veces aparecía en la boca de Janos cuando estaba enfadado o cansado.

—Suponga que intercambiamos información y lo averiguamos —sugirió Ethan.

Cee le miró de abajo a arriba (era varios centímetros más bajo que Ethan) y preguntó:

—¿Es de verdad un agente de inteligencia de Athos?

—En cierto modo, sí —murmuró el único agente de Athos que correspondía a la descripción.

Cee asintió.

—Sería un placer, señor. —Inspiró profundamente—. Entonces, debo tomar un poco de tiramina purificada. Usé la última dosis que me quedaba con Millisor, hace tres días.

La tiramina era un aminoácido precursor de varias reacciones químicas cerebrales endógenas, pero Ethan nunca había visto que la utilizaran como droga de la verdad.

—¿Cómo dice?

—Para mi telepatía —dijo Cee, impaciente.

El suelo pareció abrirse bajo los pies de Ethan.

—Toda la hipótesis psiónica quedó definitivamente descartada hace cientos de años —se oyó decir desde muy lejos—. No existe nada semejante a la telepatía.

Terrence Cee se tocó la frente en un gesto que recordó a Ethan a un paciente describiendo una migraña.

—Ahora sí existe —dijo simplemente.

Ethan quedó cegado por el amanecer de una nueva era.

—Estamos de pie —croó por fin—, en medio de un maldito paseo público en uno de los entornos más estrechamente vigilados de la galaxia. Antes de que el coronel Millisor salga de un tubo elevador, ¿no cree que sería mejor, uh, que buscáramos un lugar más tranquilo para charlar?

—Oh. Oh, sí, por supuesto, señor. ¿Está cerca su piso franco?

—Eh... ¿y el suyo?

El joven sonrió.

—Mientras mi identidad falsa aguante.

Ethan hizo un gesto invitador, y Cee abrió el camino. Un piso franco, decidió el athosiano, debía de ser el término usado por los espías para describir un escondite, pues Cee no lo llevó a un piso sino a un hotel barato reservado a los transeúntes con permisos de trabajo estacionarios. En él se alojaban oficinistas, empleados del hogar, porteros, y otros miembros de poca categoría del sector de servicios cuya función Ethan sólo podía imaginar, como las dos mujeres vestidas con ropa chillona y maquillaje exagerado, casi cetagandano por lo poco natural, que empezaron a acosarlos y les gritaron algunos insultos ininteligibles cuando pasaron rápidamente de largo.

El habitáculo de Cee era una copia casi exacta de la olvidada cabina económica de Ethan: sencillo y abarrotado. Ethan se preguntó con cierto temor si Cee le estaba leyendo la mente en aquel mismo momento... parecía que no, pues el expatriado cetagandano no daba todavía signos de advertir su error.

—Supongo que sus poderes son intermitentes.

—Sí —repuso Cee—. Si mi huida a Athos hubiera salido como pretendía en un principio, nunca habría vuelto a utilizarlos. Supongo que ahora su Gobierno exigirá mis servicios como precio de su protección.

—Yo... no lo sé —respondió Ethan sinceramente—. Pero si de verdad posee ese talento, sería una lástima no utilizarlo. Quiero decir que puedo ver las aplicaciones inmediatamente.

—Pues yo no —murmuró Cee amargamente.

—La medicina pediátrica... ¡qué gran ayuda para los pacientes que todavía no hablan! Los bebés que no saben contestar ¿dónde te duele?, ¿cómo te sientes? O para las víctimas de colapsos o los que quedan paralizados por accidentes y han perdido toda capacidad para comunicarse, atrapados en sus cuerpos. ¡Dios Padre —el entusiasmo de Ethan aumentaba—, podría ser usted un salvador absoluto!

Terrence Cee se sentó pesadamente. Sus ojos se dilataron de asombro, se

entornaron con recelo.

—A menudo se me considera una amenaza. Nadie que conozca mi secreto me ha sugerido jamás otro uso que no sea el espionaje.

—Bueno... ¿eran también espías?

—Ahora que lo menciona, sí, en su mayoría.

—Ya lo tiene. Lo ven como lo que ellos serían si tuvieran su don.

Cee le dirigió una mirada muy extraña, y sonrió lentamente.

—Señor, espero que tenga usted razón. —Su postura se hizo menos cerrada; parte de la tensión de sus músculos se relajó, pero sus ojos azules permanecieron fijos en Ethan—. ¿Se da cuenta de que no soy un ser humano, doctor Urquhart? Soy un producto genético artificial, un compuesto de una docena de fuentes, con un órgano sensor que nadie ha tenido jamás y se agazapa como una araña en mi cerebro. No tengo padre ni madre. No nací, me crearon. ¿Y eso no le horroriza?

—Bueno, eh... ¿de dónde sacaron el resto de sus genes los hombres que lo crearon? De otras personas, sin duda.

—Oh, sí. Cadenas cuidadosamente seleccionadas, todas prudentemente depuradas. —El ajenjo no podría haber convertido la boca de Cee en una línea más tensa.

—Bien, si nos remontamos, veamos, cuatro generaciones, todo ser humano es un compuesto de unas dieciséis fuentes diferentes. Se llaman antepasados, pero todo se reduce a lo mismo. Su mezcla fue sólo ligeramente menos aleatoria, eso es todo. Y yo entiendo de genética. Con la excepción de ese nuevo órgano que dice tener, puedo garantizarle de lleno lo de «sólo ligeramente». Eso no es la prueba de su humanidad.

—Entonces, ¿cuál es?

—Bueno... tiene usted libre albedrío, obviamente, o no podría oponerse a sus creadores. Por tanto, no es un autómata, sino un hijo de Dios Padre que responde ante Él según sus habilidades —sermoneó Ethan.

Si de pronto le hubieran brotado alas y hubiera echado a volar hasta el techo, Cee no lo habría mirado con más asombro. Parecía que aquellos hechos perfectamente obvios no le habían sido expuestos jamás.

Cee se inclinó hacia delante.

—¿Qué soy para usted, entonces, si no soy un monstruo? —preguntó.

Ethan se rascó la cabeza, reflexivo.

—Todos somos hijos del Padre, aunque en otros aspectos podamos ser huérfanos. Es usted mi hermano, por supuesto.

—¿Por supuesto...? —repitió Cee. Encogió piernas y brazos, hasta convertir su cuerpo en una tensa pelota. Las lágrimas asomaron entre sus párpados cerrados. Se frotó bruscamente la cara contra la rodilla, esparciendo la capa de lágrimas por todo su rostro enrojecido—. Maldición —susurró—, soy el arma definitiva, el superagente. He sobrevivido a todo. ¿Cómo puede hacerme llorar ahora? —Furioso de repente, añadió—: Si descubro que me está mintiendo, juro que lo mataré.

En boca de otro hombre, podrían haber parecido palabras vacías. Al proceder de la entrecortada tensión de Cee, la amenaza creaba un nudo en el estómago.

—Está usted terriblemente cansado —lo consoló Ethan, alarmado. Cee no había recuperado todavía el autocontrol, aunque era evidente que lo intentaba, respirando con el cuidado de un yogui. Ethan buscó por la habitación y le ofreció un pañuelo—. Y me parece que mirar el mundo a través de los ojos de Millisor, si eso es lo que ha estado haciendo últimamente, debe de ser agotador.

—Tiene que comprender que he estado entrando y saliendo de la mente de Millisor desde que esto —Cee volvió a hacer el gesto de la migraña—, se desarrolló plenamente en mi cabeza cuando tenía trece años.

—Ya —dijo Ethan, con sentido candor—. Bueno, entonces eso es.

Cee soltó una carcajada de sorpresa que hizo más por su autocontrol que el ejercicio de respiración.

—¿Cómo puede saberlo?

—No sé nada de cómo funciona su telepatía, pero conozco a ese tipo. —Ethan apretó los labios, pensativo— ¿Qué edad tiene usted? —preguntó de pronto.

—Diecinueve.

No había ningún desafío adolescente en la respuesta. Cee estaba simplemente certificando un hecho, como si su juventud nunca hubiera sido tenida en cuenta en ninguna prueba. La reflexión dejó helado a Ethan; fue como ver la punta de un iceberg.

—Ah... supongo que no le importará contarme un poco más de sí mismo, ¿no? Como si yo fuera su Oficial de Inmigración.

El trabajo se había basado en una mutación natural de la glándula pineal, explicó Terrence Cee. No sabía cómo la mujer-bruja vagabunda, deformada, pobre, y bastante loca, llamó por primera vez la atención del doctor Faz Jahar. Pero la sacaron de su escondite en los suburbios y la llevaron al laboratorio universitario del joven médico. Jahar conocía a alguien que conocía a su vez a alguien que conocía a un alto ghemlord del Ejército y pudo hacerse oír; y así Jahar se encontró con el sueño de todo investigador: fondos gubernamentales secretos e ilimitados. La loca desapareció en el olvido clasificado, y nunca volvió a ser vista con vida. Ninguno de sus conocidos anteriores preguntó jamás por ella.

El relato de Cee era ahora frío y distante, narrado de carrerilla, como algo repetido demasiadas veces, sabido de memoria. Ethan no estaba seguro de qué resultaba más enervante, si el anterior hundimiento o el actual exceso de autocontrol.

El complejo telepático fue refinado *in vitro*: veinte generaciones en cinco años. Los tres primeros experimentos humanos en aceptarlo en sus cromosomas murieron antes de abandonar los replicadores uterinos. Otros cuatro murieron en la infancia de inoperables cánceres cerebrales, y tres de alguna otra tara más sutil.

—¿Le perturba todo esto? —inquirió Cee, alzando la mirada.

—No... continúe —dijo Ethan, pensativo y acurrucado en un rincón.

Las especificaciones de los anteproyectos de la matriz genética (Ethan los habría llamado niños) se hicieron más rígidas. Jahar lo intentó otra vez. L-X-10 Terran-C fue el primer superviviente. Los resultados de los tests iniciales resultaron ambiguos, decepcionantes. Los fondos se retiraron. Pero Jahar, después de tanto sacrificio humano, se negó a rendirse.

—Supongo que Faz Jahar fue lo más parecido a un padre que he tenido —dijo Cee—. Creía en mí... No. Creía en su propio trabajo, conmigo. Cuando las enfermeras y los técnicos extra fueron retirados de su presupuesto, me cuidó en persona. Incluso cuidó de Janine.

—¿Quién es Janine? —preguntó Ethan tras un momento, cuando Cee guardó silencio.

—J-9-X Ceta-G era... mi hermana, si quiere —le contestó Cee por fin. Su mirada interna no encontró los ojos de Ethan—. Aunque compartíamos pocos genes aparte de los del órgano pineal receptor. Ella fue la otra única superviviente entre las primeras creaciones de Jahar. O tal vez fue mi esposa. No estoy seguro de que Jahar pretendiera desde el principio que fuera co-progenitora de su nuevo humano modelo; puede que fuera simplemente una menudencia experimental. Él animó el sexo entre nosotros, cuando crecimos, pero ella nunca recibió entrenamiento como agente secreto. Para Millisor era una hembra reproductora potencial para algún nido de pequeños espías...

tenía esas fantasías secretas y cargadas de sexo con ella...

Ethan se sintió aliviado cuando Cee interrumpió su narración, ahorrándole una visita turística guiada por la cuestionable sexualidad de Millisor.

La fortuna del doctor Faz Jahar dio un brusco giro hacia arriba cuando Terrence Cee llegó a la pubertad. La culminación de su crecimiento cerebral y el cambio de su equilibrio bioquímico activaron por fin el frustrante órgano dormido. Las habilidades telepáticas de Cee se volvieron demostrables, dignas de confianza, repetibles.

Había limitaciones. El órgano sólo podía ser llevado a un estado de receptividad eléctrica tras la ingestión de altas dosis del aminoácido tiramina. La receptividad menguaba cuando el cuerpo de Cee metabolizaba el exceso y restablecía el equilibrio bioquímico original. El alcance telepático se limitaba a unos cuantos centenares de metros en el mejor de los casos.

Cualquier barrera que interfiriera las señales eléctricas emitidas por los cerebros objeto de estudio bloqueaba la recepción.

Era posible sondear algunas mentes más profundamente que otras; Cee apenas detectaba algunas aunque estuviera tocando físicamente el cuerpo de su objetivo. Al parecer se trataba de un problema de ajuste, o encaje, entre emisor y receptor, pues algunas mentes que para Terrence eran poco más que una informe y retorcida sensación de vida, en el caso de Janine se manifestaban con alucinatoria claridad (subvocalización, impulso sensorial, flujo de pensamiento consciente), y viceversa.

Demasiados individuos dentro del alcance del blanco creaban interferencias.

—Como estar en una fiesta donde hay demasiado ruido —dijo Cee— y uno se esfuerza por captar una conversación.

El doctor Jahar había preparado a Terrence Cee durante toda su corta vida para su destino al servicio de Cetaganda, y al principio Cee se sintió contento, incluso orgulloso, de cumplirlo. Las primeras finísimas fisuras en su resolución se produjeron cuando se familiarizó con las verdaderas mentes de los endurecidos miembros de seguridad que rodeaban el proyecto.

—Su interior no encajaba con su exterior —explicó Cee—. Los peores habían ido tan lejos en su corrupción que ya ni siquiera la notaban.

Las fisuras se agrandaron con cada nuevo experimento asignado en contraespionaje.

—El mortal error de Millisor fue hacernos sondear mentes de intelectuales sospechosos de disidencia mientras los interrogaba, para probar su lealtad. Antes de eso, yo no sospechaba que la existencia de personas como ellos fuera posible.

Cee inició su entrenamiento militar con tutores privados seleccionados cuidadosamente. Se habló de utilizarlo como agente de campo, en misiones de poco riesgo o en aquellas de importancia tan vital como para que arriesgar su cara persona estuviese justificado. Nunca se habló de admitirlo entre los ghemcamaradas, la impenetrable asociación de hombres que controlaba los cuerpos de oficiales y la junta militar, que a su vez controlaba el planeta de Cetaganda, sus conquistas, sus avanzadillas.

La telepatía de Cee no le proporcionaba ninguna ventana secreta al subconsciente de sus sujetos. Los únicos recuerdos que podía sondear eran aquellos que los sujetos recordaban en un momento dado. Por esto utilizaron a Cee para casos de observación, con la esperanza de captar algo valioso de pasada y no desperdiciar el tiempo del telépata. Los interrogatorios sistemáticos resultaron mucho más eficaces. Y se hicieron más amplios, mucho más feos.

—Comprendo perfectamente —dijo Ethan con un escalofrío.

Fue Janine, tal vez, la que primero empezó a tener a sus creadores por carceleros.

Alimentaron el sueño de huir, nunca expresado en voz alta, durante las raras ocasiones en que sus poderes se activaban al mismo tiempo. Ambos empezaron a escamotear y guardar sus tabletas de tiramina. En completo silencio, trazaron, debatieron y perfeccionaron planes de escape.

La muerte del doctor Faz Jahar fue un accidente. Cee se acaloró bastante al tratar de convencer a Ethan, quien no había cuestionado el tema, de la verdad de este hecho. Quizá la huida habría salido mejor si no hubieran tratado de destruir el laboratorio y llevarse consigo a los cuatro nuevos niños. Eso había complicado las cosas. Pero Janine había insistido en no dejar a ninguno atrás. Cuando Terrence y ella eran obligados a presenciar con más frecuencia los interrogatorios intensivos de prisioneros políticos, Cee dejó de oponerse a esta parte del plan.

Si Jahar no hubiera tratado de salvar sus notas y cultivos genéticos, no habría volado con la bomba. Si los niños pequeños no se hubieran dejado llevar por el pánico y echado a llorar, el guardia no los habría localizado; si no hubieran tratado de correr, tal vez no habría disparado. Si Terrence y Janine hubieran elegido una ruta distinta, un planeta distinto, una ciudad distinta, identidades distintas para ocultarse...

La frialdad de la narración de Cee se volvió glacial, su voz átona, carente de emoción y esencia. Podría haber estado denunciando las pasadas decisiones de alguna figura de la historia antigua, en vez de las suyas propias; empezó a mecerse inconscientemente, sin embargo, al ritmo de las palabras. Ethan descubrió que estaba dando golpecitos con el pie en el suelo, y se detuvo.

Si no hubiera salido del apartamento esa tarde para tratar de robarle un poco de dinero a los espaciales de los muelles de atraque y las tiendas de alimento... Si hubiera llegado un poco antes, y el capitán Rau un poco después... Si Janine no se hubiera jugado la vida contra el disruptor neural del capitán Rau para advertirle... Si, si, si...

Cee descubrió la consciencia alterada del salvaje que llevaba dentro en la batalla para impedir que el cuerpo de ella, cada célula que contenía el secreto genético, cayera en manos de Millisor. Pasó un día entero antes de que pudiera congelar criogénicamente el cadáver, demasiado para evitar la muerte cerebral aunque no hubieran existido los daños causados por el disruptor.

Esperó, de todas formas. Toda su voluntad estaba concentrada ahora en la única obsesión de conseguir el máximo dinero lo más rápidamente posible. Terrence Cee, que había abrazado una pobreza virtuosa por bien de los escrúpulos de Janine mientras ésta vivía, estrujó ahora los usos de su poder hasta el límite para amasar la fortuna necesaria para servir a su cadáver. Consiguió suficiente para el pasaje de un hombre y una pesada criocaja con destino a los laboratorios de Jackson's Whole donde, se murmuraba, suficiente dinero podía comprar cualquier cosa.

Pero ni siquiera una suma astronómica podía comprarle la vida a la muerte. Le ofrecieron otras alternativas. ¿Quizá deseaba el honorable cliente un clon de su esposa? Era factible conseguir una copia que ni un experto distinguiría del original. Ni siquiera tendría que esperar diecisiete años para que la copia alcanzara la madurez; las cosas podían acelerarse a sorprendente velocidad. La personalidad de la copia sería recreada con un notable grado de verosimilitud, por el precio adecuado... quizás incluso mejorada, si había aspectos de la original que no satisfacían del todo los gustos del honorable cliente. La clon no notaría la diferencia.

—Todo lo que necesitaba para recuperarla —dijo Cee—, era una montaña de dinero y la habilidad para convencerme a mí mismo de que las mentiras eran verdad. —Hizo una pausa—. Tenía el dinero.

Cee guardó silencio durante un buen rato. Ethan se agitó incómodo, cohibido como un desconocido en presencia de la muerte.

—No pretendo meterle prisa ni nada —lo instó por fin—, pero creo que estaba a punto de explicar la relación de todo esto con el pedido de cuatrocientos cincuenta cultivos ováricos humanos que Athos hizo a los Laboratorios Bharaputra —sonrió con amabilidad, esperando que Terrence Cee no fuera a cerrar el pico justo antes del desenlace.

Cee lo miró con brusquedad, y se frotó la frente y las sienes con gesto de inconsciente frustración. Poco después, respondió.

—El pedido de Athos llegó a la sección de genética de los Laboratorios Bharaputra cuando yo trataba con ellos de Janine. Nunca había oído hablar de ese planeta. Me sonó tan lejano y extraño... Me dije que si lograba llegar allí me libraría de Millisor y de mi pasado para siempre. Después de que los restos de Janine... —tragó saliva dolorosamente, evitando los ojos de Ethan—, tras su cremación, dejé Jackson's Whole y emprendí una ruta en círculo pensada para ocultar mi pista. Encontré aquí un trabajo que me proporcionó una identidad falsa mientras esperaba la siguiente nave a Athos.

»Llegué hace cinco días. Por pura costumbre, comprobé la llegada de nativos cetagandanos. Y encontré a Millisor; llevaba aquí tres meses haciéndose pasar por marchante de arte. No sabía cómo localizarlo antes de que él me localizara a mí, hasta que me acerqué lo suficiente para leerle la mente. Había apartado a todos los suyos de la vigilancia de los transeúntes para que se dedicaran a buscarlos a usted y a Okita.

»Llevan al menos una semana de retraso en el control de las salidas, y con un hombre de menos van a tardar mucho en ponerse al día. Creo que le debo más que un simple agradecimiento, doctor. ¿Qué hizo con Okita, por cierto?

Ethan se negó a dejarse distraer.

—¿Qué obligó a hacer a los Laboratorios Bharaputra con el pedido de Athos? —Dirigió a Cee una mirada fija y fría, para probar.

Cee se humedeció los labios.

—Nada. Millisor cree que lo hice yo. Lamento que eso lo irrite tanto.

—No soy tan tonto como parece —comentó Ethan amablemente. Cee esbozó un gesto vago de nunca-he-dicho-nada-parecido—. Da la casualidad de que tengo información de otras fuentes según la cual los principales genetistas de Bharaputra invirtieron dos meses en preparar un pedido que podrían haber tenido listo en una semana. —Contempló la diminuta habitación—. También parece haber gastado una montaña de dinero. —Ethan habló con mayor amabilidad todavía—. ¿Les hizo sacar un cultivo ovárico de los restos de su esposa, en vez de clonarla, cuando se dio cuenta de que la clonación no le devolvería lo que era esencial en ella? ¿Los sobornó luego para que metieran el cultivo en nuestro pedido, con la intención de seguirlo hasta Athos?

Cee se estremeció. Abrió la boca. Por último, susurró:

—Sí, señor.

—¿Completo, con el complejo genético para esta mutación pineal?

—Sí, señor. Inalterado. —Cee miró al suelo—. A ella le gustaban los niños. Empezaba a atreverse a quererlos, cuando nos creíamos a salvo, antes de que Rau nos localizara la última vez. Fue lo último... lo último que podía hacer por ella. Cualquier otra cosa habría sido por mí mismo. ¿Puede entenderlo, señor?

Ethan, conmovido, asintió. En ese momento habría desafiado alegremente a cualquier fundamentalista athosiano que se atreviera a afirmar que en la trágica fijación de Cee por su hembra prohibida no podía haber honor alguno. Tembló ante lo radical de su propia emoción. Y sin embargo, algo no encajaba. Casi lo tenía...

El timbre de la puerta sonó.

Los dos dieron un salto. Cee rebuscó con una mano en su chaqueta algún arma

oculta. Ethan simplemente palideció.

—¿Sabe alguien que está usted aquí? —le preguntó Cee. Ethan sacudió la cabeza. Pero había prometido a este joven la protección de Athos, por pobre que fuera.

—Yo abriré —se ofreció—. Usted, eh... cúbrame —añadió cuando Cee empezaba a poner objeciones. Cee asintió, y se hizo a un lado.

La puerta se abrió.

—Muy buenas noches, embajador Urquhart. —Elli Quinn, enmarcada en el hueco, le sonrió—. He oído que la Embajada athosiana necesita guardias de seguridad, soldados, y agentes de inteligencia. No busque más, Quinn está aquí, las tres cosas en una. Ofrezco un descuento especial en rescates atrevidos a cualquier cliente que haga su pedido antes de medianoche. Todavía faltan cinco minutos —añadió tras un instante—. ¿Va a invitarme a entrar?

9

—Otra vez usted —gruñó Ethan. Dirigió a la comandante Quinn una mirada maligna cuando comprendió el verdadero alcance de sus palabras—. ¿Dónde plantó el micro, Quinn?

—En la nota de crédito —respondió ella sin dudarlo—. Dormía con ella. —Se meció sobre los talones, y ladeó la cabeza para ver más allá del hombro de Ethan—. ¿No va a presentarme a su nuevo amigo? ¿Por favor?

Ethan maldijo entre dientes.

—Exactamente —dijo Quinn—. Y debo decir que es usted el mejor chivo expiatorio que he encontrado jamás. La forma en que los problemas acuden a usted es sorprendente.

—Creía que no tenía nada que hacer con... ah... maricas —dijo Ethan fríamente.

Ella sonrió con malicia.

—Venga, venga, no se lo tome demasiado a pecho. A decir verdad, empezaba a preguntarme cómo iba a sacarlo de mi cama. Su iniciativa me complació enormemente.

Ethan hizo una mueca, pero hasta que ella quitara el pie del mecanismo de la puerta los sellos de seguridad se negarían a cerrarse. Se apartó tan airoso como pudo.

Terrence Cee se alisó la chaqueta con la mano derecha, tenso.

—¿Es una amiga?

—No —dijo Ethan, cortante.

—Sí. —La comandante Quinn asintió vigorosamente, y dedicó la mejor de sus sonrisas al nuevo blanco.

Cee, notó Ethan irritado, sonrió tan estúpidamente como todos los varones galácticos que se encontraban por primera vez con la comandante Quinn; pero afortunadamente se recuperó mucho más rápido: paseó la mirada de su rostro a su cartuchera, a sus botas y otros lugares probables donde podría llevar armas ocultas. Quinn repasó a Cee con unos ojos entornados que se vanagloriaban de saber dónde buscar sus armas. Ethan suspiró. ¿Estaba la mercenaria destinada a ir siempre un paso por delante de ellos?

Los sellos de la puerta se cerraron con un siseo y Quinn se sentó con las manos sobre las rodillas, apartadas del arsenal que pudiera llevar encima.

—Dígale a este bello joven quién soy, embajador doctor Urquhart.

—¿Por qué? —gruñó Ethan.

—Oh, vamos. Me debe un favor, después de todo.

—¿Qué? —Ethan tomó aire dispuesto a expresar plenamente su furia, pero Quinn continuó.

—Claro. Si yo no hubiese instado a mi primo Teki para que lo sacase de Cuarentena, todavía estaría allí atrapado sin documentos de identidad, prisionero legal de los lavamanos. Y nunca habría conocido al señor Cee.

Ethan cerró la boca.

—Preséntese —aceptó finalmente.

Ella le dirigió un cortés movimiento de cabeza y se volvió hacia Cee; su estudiada calma no ocultaba una intensa excitación.

—Me llamo Elli Quinn. Tengo el rango de comandante en la Flota Mercenaria de los Dendarii Libres, y el puesto de agente de campo en la sección de Inteligencia de la

Flota. Mis órdenes eran observar al ghemcoronel Millisor y su grupo y descubrir su misión. Gracias principalmente al embajador Urquhart, por fin lo he conseguido.

Sus ojos chispeaban de satisfacción.

Terrence Cee los observó a ambos con renovado recelo. Ethan ardía por dentro, después de todo el cuidado que había tenido por conseguir que el maltrecho espíritu de Cee confiara un poquito en él.

—¿Para quién trabaja usted?—preguntó Cee.

—Obedezco al comandante Miles Naismith.

Cee descartó esto, impaciente.

—¿Para quién trabaja él, entonces?

Ethan se preguntó por qué nunca se le había ocurrido esa idea.

La comandante Quinn se aclaró la garganta.

—Uno de los motivos, naturalmente, para contratar a un agente mercenario en vez de usar a tu propia gente es que si el mercenario resulta capturado, no puede revelar a quién entrega todos sus informes.

—En otras palabras, no lo sabe.

—Eso es.

Los ojos de Cee se entornaron.

—Se me ocurre otro motivo para contratar a un mercenario. ¿Y si se quiere hacer una comprobación interna de la propia gente? ¿Cómo puedo estar seguro de que no trabaja usted misma para los cetagandanos?

Aquella idea tan lógica y tan terrible dejó boquiabierto a Ethan.

—En otras palabras, ¿podrían estar los supervisores del coronel Millisor evaluándolo para su próximo ascenso? —La sonrisa de Quinn se volvió burlona—. Espero que no, porque mi último informe no los satisfacería en absoluto.

Con esas vagas palabras Ethan comprendió que ella no tenía ninguna intención de reclamar públicamente a Okita como víctima suya. No obstante, esta generosidad no consiguió llenarlo de gratitud.

—... la única garantía que puedo ofrecerle es la misma que me aplico a mí misma. No creo que el comandante Naismith aceptara un contrato de los cetagandanos.

—Los mercenarios se hacen ricos aceptando contratos de los que más pagan —dijo Cee—. No les preocupa quiénes son.

—Ah... mmm. No exactamente. Los mercenarios se hacen ricos ganando con las mínimas pérdidas posibles. Para ganar, es conveniente tener a tus órdenes a los mejores. Y a los mejores les preocupa. Cierto, hay zombis morales y psicópatas declarados en el negocio... pero no entre el personal del almirante Naismith.

A Ethan le costó guardarse un comentario sobre esta última afirmación.

Ella continuó, lanzada ya, olvidando su cuidadosa pose no amenazadora y poniéndose en pie para caminar, concentrada y nerviosa.

—Señor Cee, deseo ofrecerle un nombramiento en la Flota Mercenaria de los Dendarii Libres. Sólo por su don telepático (si es demostrable) puedo garantizarle personalmente un puesto de teniente tec/espec en el equipo de Inteligencia. Tal vez algo más, dada su experiencia, pero estoy segura de que puedo conseguir el puesto de teniente. Si de verdad lo crearon y educaron para la Inteligencia militar, ¿por qué no abrazar ese destino? Ninguna estructura secreta de poder te hace subir o bajar con los Dendarii. Subes sólo por méritos propios. Y por extraño que se considere usted, allí encontrará camaradas aún más extraños...

—Apuesto a que sí —murmuró Ethan.

—... nacidos de parto natural, nacidos de replicador, gente de hábitat marginal genéticamente alterada... uno de nuestros mejores capitanes es un hermafrodita

genético.

Giró, hizo un gesto. A Ethan le pareció capaz de lanzarse a la carga como un halcón y llevarse a su nueva presa.

—Debo señalar, comandante Quinn, que el señor Cee ha solicitado la protección de Athos.

Ella ni siquiera se molestó en ser sarcástica.

—Sí, y aquí está —dijo rápidamente—. Si es a Millisor a quien teme, ¿qué mejor sitio para encontrar protección que en mitad de un ejército?

Aún más, pensó Ethan: la comandante Quinn era injustamente atractiva cuando la excitación la arrebolaba... Miró temeroso a Cee, y sintió alivio al verlo frío y hierático. Si le hubiera dirigido aquel discurso tan apasionado a él, habría estado dispuesto a presentarse. ¿Necesitaban cirujanos las naves Dendarii?

—Presumo —dijo Cee secamente—, que querrían tener primero una sesión conmigo.

—Bueno —ella se encogió de hombros—, claro.

—Con drogas, sin duda.

—Ah... bueno, es obligatorio para todos los voluntarios de Inteligencia. A pesar de todas las buenas intenciones, es posible plantar un topo y no saberlo.

—Interrogatorio con todos los aditamentos, en suma.

Ella fue más cautelosa.

—Bueno, tenemos todos los aditamentos en reserva. Por si hacen falta.

—Para ser utilizados. Si hacen falta.

—No con nuestra propia gente.

—Señora —él se tocó la frente—, cuando esta cosa se activa yo soy la otra gente.

Parte de la energía de ella menguó por primera vez.

—Ah. Mm.

—Y si decido no ir con usted... ¿qué hará entonces, comandante Quinn?

—Oh, bueno... —Ethan pensó que ella tenía el aspecto de un gato que pretende no acechar a un ratón—. Aún no ha salido de la Estación Kline. Millisor sigue ahí fuera. Yo todavía podría hacerle un favor o dos...

¿Era una amenaza o un soborno?

—A cambio, usted me daría algo más de información sobre Millisor y la Inteligencia cetagandana. Para que yo tuviera algo que ofrecerle al almirante Naismith.

Ethan visualizó un gato depositando orgulloso un ratón sobre la almohada de su amo.

Cee debía de haber imaginado algo parecido, pues inquirió con retintín:

—¿Valdría mi cadáver?

—Al almirante Naismith no le gustaría demasiado —le aseguró Quinn.

Cee hizo una mueca.

—¿Qué saben ustedes los cegatos de las verdaderas mentes de los hombres? ¿Qué puede decir ninguno de ustedes? Cuando los miro así, ciego, ¿qué puedo saber?

Quinn vaciló mientras reflexionaba.

—Bueno, así es como nos vemos obligados a juzgar a la gente —dijo lentamente—. Medimos las acciones, además de las palabras y las apariencias. Hacemos suposiciones. Tenemos fe, si así quiere llamarlo. —Hizo un gesto hacia Ethan, quien impulsado por la sinceridad asintió, aunque no estuviera deseoso de apoyar ningún argumento suyo.

Cee caminó de un lado a otro.

—Acciones y mentiras pueden ser forzadas contra la verdadera voluntad. Por el miedo, o por otras cosas. Lo sé. —Giró, giró otra vez—. Debo saberlo. Debo saberlo.

Se detuvo, les dirigió a ambos una mirada como la de un hombre que trata de penetrar la oscura noche.

—Consíganme un poco de tiramina. Luego hablaremos. Cuando sepa cómo son ustedes de verdad.

Ethan se preguntó si la desazón de su propio rostro era pareja a la de Quinn. Se miraron, sin necesidad de telepatía para saber lo que pensaba cada uno, Quinn, sin duda repleta de procedimientos secretos de la Inteligencia Dendarii; él mismo... bueno, Cee acabaría por descubrir qué error había cometido al pedirle protección. Quizá sería mejor que no fuera por la tremenda. Ethan suspiró ante la pérdida de su halagadora imagen superior a los ojos de Cee. Pero el tonto que intenta ocultar que lo es resulta doblemente tonto.

—Por mí, muy bien —concedió con desaliento.

Quinn se mordía el labio, abstraída.

—Todo eso está obsoleto —murmuró—, y además, a estas alturas ya lo habrán cambiado... y Millisor ya lo sabe. Y el resto es puramente personal. —Alzó la cabeza—. Muy bien.

Cee parecía desconcertado.

—¿Están de acuerdo?

La boca de Quinn tembló.

—La primera vez que el embajador y yo coincidimos en algo, ¿no? —Alzó las cejas a Ethan.

—Mmm —murmuró éste.

—¿Tienen acceso a tiramina purificada? —demandó Cee—. ¿La hay a mano?

—Oh, en cualquier farmacia la venden —le dijo Ethan—, Tiene algunos usos clínicos en...

—Hay un problema con las farmacias —empezó a decir Cee, sombrío, cuando Quinn exclamó, como si comprendiera algo de repente:

—Oh. Oh.

—¿Oh, qué? —preguntó Ethan.

—Ahora comprendo por qué Millisor se tomó tantas molestias en colarse en la red de ordenadores comerciales, pero no se molestó en tratar de entrar en los militares. No comprendía el motivo de su error. —La satisfacción de un enigma resuelto daba un brillo atractivo a sus ojos oscuros.

—¿Eh? —dijo Ethan.

—Es una trampa, ¿verdad? —dijo Quinn.

Cee asintió.

—Millisor tiene intervenida la red de ordenadores comerciales —le explicó ella a Ethan—. Apuesto a que si alguien en la Estación Kline compra tiramina purificada, sonará una alarma en el puesto de escucha de Millisor. Aparecerá por el lugar Rau, o Setti, o alguien... con cautela, pues sin duda habrá falsas alarmas... y, oh, sí. Muy listo —asintió, dando su aprobación profesional.

Permaneció sentada un momento, rascándose abstraída un diente perfecto con una uña. Una antigua mordedora de uñas, diagnosticó Ethan.

—Puede que tenga una forma de evitarlo —murmuró ella.

Ethan nunca había atendido un puesto de escucha, y encontraba fascinantes los aparatos. Terrence Cee parecía familiarizado con los principios, aunque no con los modelos concretos. Los Dendarii estaban a favor de la microminiaturización siguiendo las líneas betanas. Sólo la necesidad de interfaces con ojos y dedos humanos lastraba el panel de control, abierto sobre la mesa entre Cee y Ethan, y del tamaño de un pequeño

cuaderno de notas.

La imagen de la galería de la Estación se encontraba desplegada por el pequeño holovisor y tendía a saltar de forma bastante desorientadora con los movimientos de la cabeza de Quinn, ya que el vid iba oculto en sus diminutos pendientes de cuentas. Pero con concentración y un poco de práctica, Ethan consiguió centrarse en la imagen casi como si fuera un testigo ocular de la escena que se desarrollaba a media Estación de distancia. La oscura habitación del hotel de Cee se desvaneció de su mente, aunque el propio Cee, concentrado junto a Ethan, seguía siendo una presencia que lo distraía.

—Nada puede salir mal, si haces exactamente lo que te digo y no intentas nada por tu cuenta —le explicaba Quinn a su primo Teki, que estaba la mar de guapo con su uniforme verde pino y celeste. El vendaje blanco que llevaba el día anterior en la cabeza, producto del accidente con la plataforma flotante, había sido sustituido por uno de plástico transparente. Ethan notó con satisfacción que no se notaban signos de enrojecimiento o hinchazón alrededor del bien cicatrizado corte—. Recuerda, es la ausencia de señal lo que exige abortar la acción —continuó Quinn—. Estaré cerca en caso de emergencia, pero trata de no mirarme. Si no me ves saludar desde el balcón, gira a la derecha y devuelve el material y diles que querías el otro, el... um...

—Triptofán —murmuró Ethan—, para dormir.

—Triptofán —continuó Quinn—, para dormir. Luego vete a casa. No trates de mirarme. Me pondré en contacto contigo más tarde.

—Elli, ¿tiene esto algo que ver con el tipo que tenías tanto interés en sacar de Cuarentena ayer? —dijo Teki—. Me prometiste que me lo explicarías más tarde.

—Todavía no es lo bastante tarde.

—Tiene algo que ver con tus mercenarios Dendarii, ¿no?

—Estoy de permiso.

Teki sonrió.

—¿Estás enamorada, entonces? Al menos es una mejora respecto al enano loco.

—El almirante Naismith —dijo Quinn, envarada—, no es un enano. Mide casi un metro y medio. Y no estoy «enamorada» de él, sesos de chorlito; simplemente, admiro su inteligencia. —La imagen bailó cuando ella se alzó sobre los talones—. Profesionalmente.

Teki se rió, pero con cautela.

—Muy bien, así que si esto no tiene nada que ver con el enano, ¿qué es? No estarás traficando con drogas o algo así, ¿no? No me importa hacerte un favor, pero no voy a arriesgar mi trabajo ni siquiera por ti, prima.

—Te aseguro que estás del lado de los ángeles —le dijo Quinn, impaciente—. Y si no quieres llegar tarde a tu precioso trabajo, es hora de ponernos en marcha.

—Oh, muy bien. —Teki se encogió de hombros—. Pero exijo que me cuentes toda la historia luego, ¿me oyes? —Se encaminó hacia la arcada, añadiendo una última palabra por encima del hombro—. Pero si es legal, moral, y no engorda, ¿por qué sigues diciendo que «nada puede salir mal»?

—Porque nada puede salir mal. —Quinn murmuró la frase entre dientes, como si fuera un ensalmo, y lo despidió.

Al cabo de unos cuantos minutos, lo siguió. Ethan y Cee fueron invitados a realizar un paseo por los escaparates de la galería. Un barrido general de la imagen les confirmó que el primo seguía al alcance de su vista. Teki entró en la farmacia. Quinn se acercó, ajustó la antena direccional de su pinza para el pelo, y se detuvo a contemplar unos medicamentos contra el mareo provocado por la ingravidez.

—Mmmm —decía el farmacéutico—. No tenemos mucha demanda de eso... —Tecleó un código en su ordenador—. ¿Tabletas de un gramo o de medio gramo, señor?

—Uh... de un gramo, creo —respondió Teki.

—Marchando —repuso el hombre. Hubo una larga pausa. El sonido de más teclas, una maldición apagada del farmacéutico. El sonido de un puño que golpeaba ligeramente el panel de control. Un bip quejumbroso del ordenador. Nuevamente el mismo sonido de teclas.

—¿La trampa de Millisor en funcionamiento? —le susurró Ethan a Cee.

—Casi con toda certeza. Gana tiempo.

—Lo siento, señor —le dijo el farmacéutico a Teki— Al parecer hay una avería. Si quiere sentarse, le traeré personalmente lo que me pide. Sólo serán unos minutos.

Quinn se atrevió a mirar hacia el mostrador. El farmacéutico sacó un grueso índice, sopló una fina capa de polvo, y pasó las páginas mientras salía por una puerta trasera.

Teki suspiró y se sentó en un banco acolchado. Miró a Quinn; ella inmediatamente miró en otra dirección y se puso a contemplar con aparente fascinación un puñado de anticonceptivos. Ethan se sonrojó avergonzado y miró de reojo a Cee, cuya concentración parecía no quebrarse. Volvió a observar el holovídeo. El galáctico sin duda estaba acostumbrado a estas cosas, pues según admitía había convivido con una mujer durante varios años. Probablemente no veía en ello nada malo. Personalmente, Ethan deseaba que Quinn volviera a mirar las píldoras contra el mareo espacial.

—Caramba —jadeó Quinn—. Sí que ha sido rápido.

Otra mareante mirada, esta vez al nuevo cliente que entraba a toda prisa en la farmacia. Altura media, vestido de forma neutra, compacto como una bomba. Rau.

El cetagandano se detuvo bruscamente, giró hacia el mostrador, localizó a Teki, y se acercó por el pasillo respirando profunda y tranquilamente. Se colocó al lado opuesto del expositor de anticonceptivos, frente a Quinn. Ella tuvo que dedicarle una de sus deslumbrantes sonrisas, pues una sorprendida sonrisa de respuesta apareció involuntariamente en sus labios antes de que retrocediera y se apartara de la distracción que suponía su rostro.

El farmacéutico regresó por fin e introdujo la tarjeta de crédito de Teki en el ordenador, el cual, funcionando ahora a la perfección, la saboreó y devolvió con un lento eructo. Teki recogió su paquete y se marchó. Rau le siguió a cuatro pasos escasos de distancia.

Teki caminó con lentitud por la galería; dirigió una mirada furtiva al balcón vacío situado al otro lado. Finalmente se sentó junto a la fuente y las plantas verdes del centro, y esperó un buen rato. Rau se sentó cerca, sacó un visor de mano, y empezó a leer. Quinn siguió mirando escaparates.

Teki echó una ojeada al balcón, consultó frustrado su cronómetro, y contempló a Quinn que, situada al otro lado de la galería, parecía no verlo. Tras unos minutos más de dar golpecitos con el pie, Teki se levantó dispuesto a marcharse.

—Oh, señor —llamó Rau, sonriendo—. ¡Olvida su paquete!

Lo alzó, invitador.

—¡Que te lleven los dioses, Teki! —susurró ferozmente Quinn entre dientes—. ¡Dije que nada por tu cuenta!

—Oh. Eh... gracias.

Teki recogió el paquete de la amable mano de la muerte, y se quedó allí, parpadeando indeciso un instante. Rau asintió y volvió a su visor de mano. Teki suspiró y regresó a la farmacia.

—Discúlpeme —le dijo al farmacéutico—. ¿Pero es la tiramina o el triptofán lo que ayuda a dormir?

—El triptofán.

—Oh, lo siento. Era triptofán lo que quería.

Hubo un silencio levemente asesino.

—En seguida, señor —dijo el farmacéutico con frialdad—. En seguida.

—No ha sido una pérdida total —dijo Quinn, quitándose los pendientes y colocándolos cuidadosamente en su caja—. Al menos confirmé que Rau se esconde en el puesto de escucha de Millisor. Pero lo habría descubierto de todas formas.

Añadió la pinza del pelo, cerró la cajita y se la guardó en el bolsillo. Tras acercar una silla con un pie, se sentó y apoyó los codos en la pequeña mesa plegable de Terrence Cee.

—Supongo que seguirán a Teki durante una semana. Tanto mejor. Me gusta cargar de trabajo a mis adversarios. Mientras no trate de llamarme, nada puede salir mal.

Nada puede salir bien tampoco, pensó Ethan con una mirada de reojo hacia Terrence Cee. Éste casi parecía esperanzado cuando la tiramina estuvo a su alcance. Ahora había vuelto a cerrarse en banda, y se mostraba frío y receloso de nuevo.

Aparte de su malhadado juramento de proteger a Cee, Ethan no podía escapar de aquella frenética maraña mientras Millisor continuara siendo una amenaza para Athos. Y fueran cuales fuesen los fines de cada cual, los de Cee, los de Quinn y los suyos propios, desenmarañar el asunto probablemente requeriría aunar todos sus recursos.

—Supongo que podría intentar robar un poco —dijo Quinn sin el menor entusiasmo, evidentemente también consciente de la renovada frialdad de Cee—. Aunque la Estación Kline no es el lugar ideal para ese tipo de táctica.

Se sumió en sus pensamientos.

—¿Hay algún motivo concreto por el que tenga que ser tiramina purificada? —preguntó Ethan de repente—. ¿O necesita una cantidad concreta de tiramina en la sangre?

—No lo sé —dijo Cee—. Siempre usábamos las tabletas.

Ethan entornó los ojos. Rebuscó en la mesita de pared un panel de notas, y empezó a teclear una lista.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Quinn, torciendo el cuello.

—Una receta, por Dios Padre —dijo Ethan, tecleando con creciente excitación—. La tiramina se obtiene de modo natural a partir de algunos alimentos, ¿sabe? Si se elige un menú que la contenga en abundancia... Millisor no habrá colocado micros en todos los puestos de alimentos de la Estación. No hay nada ilegal en ir a hacer la compra, ¿no? Probablemente habrá que acudir a las tiendas de importación para conseguir muchas de estas cosas, no creo que las haya en las consolas de servicio estándar.

Quinn cogió la lista y la leyó, alzando las cejas.

—¿Todo esto?

—Tanto como pueda.

—Usted es el médico. —Se encogió de hombros y se puso en pie. Su sonrisa se torció—. Creo que el señor Cee va a necesitar uno.

Al cabo de dos horas de incómodo silencio, Quinn regresó a la habitación acarreando dos bolsas enormes.

—Hora de la fiesta, caballeros —dijo, soltando las bolsas sobre la mesa—. Qué festín.

Cee retrocedió al ver la masa de comestibles.

—Parece... bastante —observó Ethan.

—No dijo usted cuánto —señaló Quinn—. Pero tiene que comer y beber hasta que conecte.

Alineó clarete, burdeos, champán, jerez y ampollas de cerveza negra y rubia en marcial fila.

—O se desmaye.

Alrededor de los líquidos, en artístico abanico, colocó queso amarillo de Escobar, queso blanco duro de Sergyar, dos tipos de arenque en salmuera, una docena de barras de chocolate, dulces y chucherías.

—O vomite —concluyó.

Los cubos de hígado de pollo fritos eran un producto autóctono de las tinas de cultivo de la Estación Kline. Ethan pensó en Okita y tragó saliva. Cogió unos cuantos artículos y se puso blanco al ver los precios.

Quinn advirtió su expresión, y suspiró.

—Sí, tenía razón en lo de las tiendas de importación. ¿Tiene idea de cuánto va a suponer esto para mi cuenta de gastos? —Condujo a Terrence Cee hacia el banquete—. *Bon apetit.*

Se quitó las botas y se tumbó en la cama de Cee con las manos tras la nuca y una expresión de gran interés en el rostro. Ethan quitó el sello de plástico de una botella de litro de clarete y ordenó las copas y la vajilla que proporcionaba la consola de servicio.

Cee tragó saliva, y se sentó a la mesa.

—¿Está seguro de que esto funcionará, doctor Urquhart?

—No —dijo Ethan con toda franqueza—. Pero me parece un experimento bastante inocuo.

Una risotada llegó desde la cama.

—¿No es maravillosa la ciencia? —dijo Quinn.

10

Por cortesía, Ethan compartió el vino, aunque pasó del chocolate, las chucherías y el hígado de pollo. El clarete estaba picado a pesar de su precio, aunque el burdeos no estaba mal y el champán (para el postre) sabía bastante bien.

Un leve aturdimiento indicó a Ethan que la cortesía había llegado suficientemente lejos. Se preguntó cómo Cee, que seguía bebiendo y picoteando diligente, aguantaba en pie.

—¿Siente algo ya? —preguntó ansiosamente—. ¿Puedo traerle alguna cosa? ¿Más queso? ¿Otra copa?

—¿Una bolsa para el mareo espacial? —le preguntó Quinn. Ethan la miró, pero Cee simplemente rechazó la oferta, sacudiendo la cabeza.

—Todavía nada —dijo. Se frotó inconscientemente el cuello. Ethan diagnosticó un incipiente dolor de cabeza—. Doctor Urquhart, ¿está seguro de que ninguna parte del envío de cultivos ováricos enviados a Athos podría haber sido lo que mandó Bharaputra?

Ethan tenía la impresión de haber contestado a esa pregunta un millar de veces.

—Yo mismo lo abrí, y luego vi las otras cajas. Ni siquiera eran cultivos, sólo ovarios muertos.

—Janine...

—Si su, mm, donación fue tratada para la producción de células huevo...

—Lo fue. Todas lo fueron.

—Entonces no estaban allí. Ninguna.

—Yo los vi empaquetar —dijo Cee—. Vi cómo los cargaban en los muelles de embarque de Jackson's Whole.

—Eso reduce el tiempo y acota el lugar en que pudieron ser cambiados, un poco —observó Quinn—. Tiene que haber sido en la Estación Kline, durante los dos meses que estuvo almacenado. Eso sólo deja, ah, cuatrocientas veintiséis naves sospechosas que rastrear —suspiró—. Una tarea, por desgracia, fuera del alcance de nuestros medios.

Cee agitó el burdeos de su copa de plástico; volvió a beber.

—¿Es algo que está fuera de nuestro alcance o simplemente no le interesa?

—Bueno... está bien, ambas cosas. Quiero decir que si realmente quisiera rastrearlas, dejaría que Millisor hiciera el grueso del trabajo y le seguiría a él. Pero el envío sólo tiene interés por el complejo genético de un cultivo que, si comprendo las cosas correctamente, usted también contiene. Un kilo de carne suya me sería igualmente útil... más incluso. O un gramo, o un tubo de glóbulos rojos... —Se calló, invitando a Cee a continuar la insinuación.

Cee se hizo a un lado.

—No puedo esperar a que Millisor las rastree. En cuanto su equipo se ponga al día, descubrirán que estoy aquí, en la Estación Kline.

—Aún le queda un pequeño margen —señaló ella— Apuesto a que van a perder unas cuantas horas siguiendo al pobre e inocente Teki mientras hace las labores de casa. Tal vez se aburran de muerte y me ahorren la tarea de completar el tedioso trabajo que prometí a la Casa Bharaputra.

Cee miró a Ethan.

—¿Athos no quiere recuperar el envío?

—Lo hemos cancelado. Aunque recuperarlo nos ahorraría comprar otro, me temo que sería poco conveniente que Millisor lo siguiera hasta Athos con un ejército a la espalda y el genocidio en la mente. Está tan obsesionado con la idea de que Athos lo tiene... la verdad es que me gustaría que lo encontrara, sólo por asegurarme de que Athos se libraría de él. —Ethan se encogió de hombros, pidiendo disculpas a Cee—. Lo siento.

Cee sonrió con tristeza.

—Nunca se disculpe por ser sincero, doctor Urquhart. Pero el complejo genético no puede caer en sus manos. La próxima vez tendrán más cuidado y convertirán a sus telépatas en auténticos esclavos. Y entonces no habrá límites a la corrupción de su uso.

—¿Puede haber realmente hombres sin libre albedrío? —dijo Ethan, helado. La vieja frase hecha «Abominación a los ojos de Dios Padre» parecía iluminada por un significado real e inquietante—. Debo decir que no me gusta esa idea, llevada hasta su conclusión lógica: máquinas hechas de carne...

Quinn habló perezosamente desde la cama en un tono, Ethan se daba cuenta, que encubría la velocidad de su pensamiento.

—Me parece que, de todas formas, el genio ha escapado de la botella, recupere Millisor el material o no. Él piensa en términos de contraespionaje tras la costumbre de toda una vida. Simplemente está haciendo esfuerzos para asegurarse de que nadie más lo consiga. Ahora que Cetaganda sabe que es factible, duplicarán el tiempo de investigación. Veinticinco años, cincuenta años, lo que haga falta. Para entonces será mejor que exista una raza de telépatas libres que se les opongan. —Sus ojos sondearon a Cee como si ya hubiera localizado un buen lugar para una biopsia.

—¿Y qué le hace pensar que el jefe de su almirante Naismith representaría una mejora respecto a los cetagandanos? —preguntó Cee con amargura.

Ella se aclaró la garganta. El telépata había estado leyéndole la mente desde que empezó a hacer preguntas, advirtió Ethan, y ella ya lo sabía.

—Entonces envíe una muestra de su tejido a todos los Gobiernos de la galaxia, si quiere —sonrió como un lobo—. A Millisor le daría un ataque, usted tendría su venganza y libraría a Athos de la picota al mismo tiempo. Me gusta la eficacia.

—¿Para crear un centenar de razas de esclavos? —preguntó Cee—. ¿Un centenar de minorías mutantes, todas temidas y odiadas y controladas por cualquier implacable fuerza que sus incómodos captores consideren necesaria? ¿Y cazados hasta la muerte cuando ese control falle?

Ethan nunca se había visto agarrándose a una cima de la historia humana antes. Descubrió que el problema de su posición era que, mirase donde mirase, siempre había una vidriosa e incontrolable caída hacia un extraño futuro que entonces habría que soportar. Nunca antes había deseado tanto rezar, ni estado menos seguro de que sirviera de algo.

Cee sacudió la cabeza, volvió a beber.

—Si fuera por mí, ya habría acabado. Me habría entregado hace tres años, pero lo hago por Janine.

—Ah —dijo Quinn—. Janine.

Cee alzó la cabeza. Por su mirada penetrante, Ethan supo que no estaba demasiado borracho.

—¿Quiere un kilo de carne, mercenaria? Ése es el precio. Encuéntreme a Janine.

Quinn frunció los labios.

—Confundida con el resto de las novias por correo de Athos. Difícil. —Enroscó una hebra de pelo en su dedo—. Se da usted cuenta, por supuesto, de que mi misión

aquí ha terminado. He hecho mi trabajo. Y podría dejarle aturdido ahí donde está, coger mi muestra de tejido, y largarme antes de que se recupere.

Cee se agitó, incómodo.

—¿Y bien?

—Nada, que se da cuenta de eso.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió Cee. La furia le hacía levantar la voz—. ¿Que confíe en usted?

Ella apretó los labios.

—Usted no confía en nadie. Nunca ha tenido que hacerlo. Sin embargo, exige que los demás confíen en usted.

—Oh —dijo Cee, como si de pronto comprendiera—. Eso —añadió.

—Si murmura una palabra de eso —murmuró ella entre dientes—, le prepararé un accidente digno de Okita.

—Los secretos personales de su almirante no me interesan —le dijo Cee, envarado—. De todas formas, apenas son relevantes para esta situación.

—Son relevantes para mí —murmuró Quinn, pero le dirigió un leve movimiento de cabeza, aceptando de modo provisional esta promesa de discreción.

Todos los pecados que Ethan había cometido o contemplado se alzaron libres en su mente. Comprendió lo que Quinn había querido decir.

Y también lo hizo Cee, evidentemente, pues cambió de tema volviéndose hacia él.

Ethan se sintió de pronto terriblemente desnudo. Todos aquellos pensamientos con los que no quería ser pillado pasaron veloces por su mente. El maravilloso atractivo físico de Cee, por ejemplo, su nerviosa inteligencia, los ojos azul eléctrico... Ethan maldijo su debilidad por los rubios, y canalizó sus pensamientos tras el desvío a lo sexual. Verse mentalmente desnudo en los pensamientos de Ethan impresionaría a Cee mucho menos que su frío y diplomático profesionalismo médico. Ethan envidió el confiado, infalible control de Quinn.

Pero podía ser peor. Pensó en lo finísimo que era el escudo de protección de Athos que supuestamente había colocado sobre Cee, ahora que el telépata había revelado tanto. ¿Hasta qué punto iba a sentirse traicionado cuando descubriera que el asilo de Athos consistía sólo en la palabra de Ethan? Se ruborizó, completamente avergonzado, y miró al suelo. Iba a perder a Cee por culpa de Quinn y el *glamour* de sus Mercenarios Dendarii antes de tener siquiera una oportunidad de hablarle sobre Athos: los hermosos mares, las agradables ciudades, las ordenadas comunas, las tierras de labranza terraformadas y, tras ellas, las vastas zonas salvajes con sus fascinantes extremos de clima y gente: los santos, aunque algo sucios, eremitas, los fuera de la ley... Ethan se imaginó llevando a Cee a navegar por la costa de la Provincia Sur, para comprobar las compuertas subacuáticas de la piscifactoría de su padre (¿tenía océanos Cetaganda?); sudor y agua salados, trabajo duro y cerveza fría y gambas azules después.

Cee se estremeció, como un hombre que se obliga a despertar tras un alegre pero peligroso sueño narcótico.

—Hay océanos en Cetaganda —susurró—, pero nunca llegué a verlos. Toda mi vida han sido pasillos.

El rubor de Ethan alcanzó su punto máximo. Se sentía transparente como un cristal.

Quinn, al verlo, emitió una amarga risita de perfecta comprensión.

—Predigo que su talento no lo hará popular en las fiestas, Cee.

Cee pareció recuperarse por pura fuerza de voluntad. Ethan se sintió aliviado.

—Si puede darme asilo, doctor Urquhart, ¿por qué no también a la semilla de Janine? Y si no pueden protegerla, ¿cómo piensa que...?

Ethan olvidó su alivio. Pero las mentiras carecían ahora de sentido.

—Todavía no he pensado en cómo salir de este lío en que me encuentro —admitió tristemente—, mucho menos en el suyo. —Miró a Quinn—. Pero no cejo en mi empeño.

Ella indicó *touché* meneando el dedo índice.

—Debería señalar, caballeros, que antes de que ninguno de nosotros pueda hacer nada sobre ese envío genético primero debemos encontrar la maldita cosa. Y parece que en esta ecuación falta un elemento. Intentemos reducirla. Si ninguno de nosotros ni Millisor la tiene, ¿quién más podría tenerla?

—Cualquiera que descubriese lo que era —respondió Cee—. Gobiernos planetarios rivales. Organizaciones criminales. Flotas de mercenarios libres.

—Cuidado con quién mete en el mismo cesto, Cee —murmuró Quinn.

—La Casa Bharaputra quizá lo supiera —dijo Ethan.

Quinn sonrió con la boca torcida.

—Y encajan en dos de las tres categorías, ya que son un Gobierno y una organización criminal... Ejem. Perdonen mis prejuicios. Sí. Ciertos individuos de la Casa Bharaputra sabían lo que era. Todos se convirtieron en cadáveres humeantes. Me temo que ya nadie de la Casa Bharaputra sabe lo que contenía. Pruebas internas; Bharaputra no me otorgó exactamente su confianza plena, pero supongo que si lo hubieran sabido, mi misión habría sido devolverles a Millisor y compañía vivos para que los interrogaran y no muertos, como especificaron explícitamente. —Miró a Cee a los ojos—. Usted sin duda conoce sus mentes mejor que yo. ¿Es válido mi razonamiento?

—Sí —admitió Cee, reticente.

—Estamos trazando círculos —comentó Ethan.

Quinn se retorció el mechón de cabello.

—Sí.

—¿Qué tal un individuo aislado que se entera de ello por accidente? —sugirió Ethan—. Digamos un miembro de la tripulación...

—Aargh —gruñó Quinn—. ¡Quería que redujéramos la gama de posibilidades, no que la ampliáramos! Datos. Datos. —Se puso en pie, estudió a Cee—. ¿Ha acabado por ahora, señor Cee?

Cee estaba encogido, apretándose la cabeza con las manos.

—Sí, márchese. No más por ahora.

—¿Siente dolor? —se preocupó Ethan—. ¿Es de carácter localizado?

—Sí, no importa, siempre me pasa lo mismo. —Cee se tambaleó hasta la cama, se tumbó, se acurrucó.

—¿Adónde va? —le preguntó Ethan a Quinn.

—Primero, a vaciar mis trampas regulares de información, segundo, a intentar interrogar disimuladamente al personal del almacén. Aunque es probable que, después de cinco o seis meses y tratándose de un envío entre un millar, lo que recuerde el supervisor humano de un sistema automatizado...

»Oh, bien. Es un cabo suelto y voy a atarlo. Puede quedarse aquí, es un sitio tan bueno como cualquier otro.

Una sacudida de su cabeza que implicaba: Y puede echarle un ojo a nuestro amigo de la cama.

Ethan ordenó tres cuartos de gramo de salicilatos y vitamina B a la consola del servicio de habitaciones, y obligó al pálido telépata a tomarlo todo. Cee se lo tragó y volvió a tumbarse con un gesto de tanto da que inquietó a Ethan. Pero su vidrioso estupor por fin menguó y se quedó dormido.

Ethan lo observó, incómodo por su propia indefensión. No tenía nada que ofrecer,

nada que fuera ni la mitad de interesante que la bolsa de trucos de Quinn. Nada más que la creciente convicción de que todos habían abordado el problema por el lado equivocado.

El regreso de Quinn despertó a Ethan, que dormía en el suelo. Se puso en pie y la dejó entrar, frotándose los ojos. Volvía a ser hora de afeitarse; tal vez Cee pudiera prestarle algún depilatorio.

—¿Qué tal le ha ido? ¿Qué ha averiguado?

Ella se encogió de hombros.

—Millisor sigue manteniendo su rutina. Rau ha vuelto al puesto de escucha. Podría hacer una delación anónima al servicio de Seguridad de la Estación para que lo detengan, pero si vuelve a escaparse tendría que localizarlo en otro sitio. Y el supervisor del almacén puede beber el mejor aquavit por litros y charlar durante horas sin recordar nada. —Contuvo un eructo ligeramente aromático.

Cee se despertó con sus voces y se sentó en el borde de la cama.

—Oh —murmuró, y volvió a tumbarse con más cuidado, parpadeando. Pasado un instante, se reincorporó—. ¿Qué hora es?

—Las siete en punto —dijo Quinn.

—Oh, demonios. —Cee se puso en pie—. Tengo que ir a trabajar.

—¿Es conveniente que salga? —preguntó Ethan ansiosamente.

Quinn frunció el ceño, juiciosa.

—Es preferible que mantenga su tapadera de momento. Hasta ahora ha funcionado.

—Será mejor que no pierda mi fuente de ingresos si quiero salir alguna vez de este nido de ratas —dijo Cee.

—Yo le compraré un billete —se ofreció Quinn.

—Con el destino que usted quiere.

—Bueno, naturalmente.

Cee sacudió la cabeza y se dirigió tambaleante al cuarto de baño.

Quinn pidió zumo de naranja y café a la consola del servicio de habitaciones. Ethan, de pie junto a la mesa para reservar un sitio a Cee, aceptó ambas cosas agradecido.

Quinn bebió de una ampolla aislada de titilante líquido negro.

—Bueno, mi trabajo ha sido una pifia, doctor, ¿pero qué hay del suyo? ¿Ha dicho Cee algo nuevo?

Ethan dedujo que sólo trataba de ser cordial. Probablemente había grabado cada ronquido que habían emitido.

—No hemos hecho otra cosa que dormir.

Ethan bebió. El café estaba caliente y asqueroso; un producto sintético barato. Puesto que se lo estaban cobrando a Cee, no hizo ningún comentario.

—Pero he estado pensando en el problema de localizar el envío. Me parece que lo hemos enfocado mal. Mire lo que llegó a Athos.

—Cajas llenas de basura, según me dijo.

—Sí, pero...

Un trino, como si procediera de un pollito cautivo, sonó bajo la arrugada chaqueta blanca y gris de Quinn. Ella se palpó los bolsillos, murmurando.

—Qué demonios... oh, dioses, Teki, te dije que no me llamaras al trabajo...

Sacó un pequeño avisador, y comprobó un código numérico.

—¿Qué es eso? —preguntó Ethan.

—Mi señal de rellamada de emergencia. Poquísimas personas tienen el código. Se

supone que es ilocalizable, pero Millisor tiene un equipo que... mm, éste no es el número de la consola de Teki.

Se giró en la silla hacia la comuconsola de Terrence Cee.

—No hable, doctor, y quédese fuera del alcance del vid.

La cara de una joven de pelo rojizo vestida con un mono azul de estacionario apareció en el holovídeo.

—Oh —Quinn denotó alivio—, eres tú, Sara.

Sonrió. Pero Sara no lo hizo.

—Hola, Elli. ¿Está Teki contigo?

Un diminuto borbotón de café escapó por la boca del envase cuando la mano de Quinn se cerró convulsivamente. La sonrisa se le petrificó en la cara.

—¿Conmigo? ¿Te ha dicho que vendría a verme?

Sara entornó los ojos.

—No juegues conmigo, Elli. Puedes decirle que he llegado a la hora al Café del Helecho Azul. Y no estoy dispuesta a esperar más de tres horas a ningún hombre, mucho menos a uno que lleva un feo uniforme azul y verde. —Miró desconfiada el gris y blanco de Quinn—. No soy tan dada a los uniformes como él. Voy a... marcharme. Voy a marcharme y puedes decirle que no hace falta su presencia para que la fiesta comience.

Su mano se dirigió hacia el control para cortar la comunicación.

—¡Espera, Sara! ¡No cortes! ¡Teki no está conmigo, en serio! —Quinn, que parecía a punto de zambullirse en el vid, se relajó visiblemente cuando la mano de la muchacha vaciló—. ¿De qué va todo esto? He visto por última vez a Teki justo antes de su turno de trabajo. Sé que ha llegado a la Ecosección. ¿Tenía que reunirse contigo después?

—Ha dicho que iba a llevarme a cenar, y al ballet en cero-gé, para celebrar mi cumpleaños. Hace una hora que ha empezado —gimió la muchacha, la furia enmascarando su inquietud—. Al principio he creído que estaba trabajando hasta tarde, pero he llamado y me han dicho que se ha marchado temprano.

Quinn miró el cronómetro.

—Ya veo. —Sus manos se relajaron, y agarraron el borde de la mesa—. ¿Has llamado ya a su casa o alguno de sus otros amigos?

—He llamado a todas partes. Tu padre me ha dado tu número. —La muchacha volvió a fruncir el ceño con renovado recelo.

—Ah. —Los dedos de Quinn tamborilearon sobre la cartuchera de su aturdidor, ahora ocupado por un reluciente y liviano modelo civil—. Ah.

Ethan, sobresaltado por la idea de que Quinn pudiera tener un padre, se esforzó por prestar atención.

Los ojos de Quinn se clavaron en la muchacha del vid. Su voz se volvió más grave, con un tono cortante y duro. Esta mujer, pensó Ethan involuntariamente, tiene de verdad experiencia de mando en combate.

—¿Has llamado a Seguridad?

—¡Seguridad! —La muchacha retrocedió—. ¿Para qué, Elli? —preguntó.

—Llámalos ahora, y diles todo lo que me has dicho. Que le abran a Teki un expediente de persona desaparecida.

—¿Por un tipo que llega tarde a una cita? Elli, se reirán de mí. Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —dijo, insegura.

—Hablo en serio. Pide que te pongan con el capitán Arata. Dile que te envía la comandante Quinn, No se reirá.

—Pero Elli...

—¡Hazlo ahora! Tengo que irme. Me pondré en contacto contigo en cuanto pueda.

La imagen de la muchacha se disolvió en medio de una nevada chispeante. Quinn maldijo entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cee, que salía del cuarto de baño abrochándose los puños de su mono verde.

—Creo que Millisor ha atrapado a Teki para interrogarlo —dijo Quinn—. En ese caso, mi tapadera acaba de hacerse pedazos. ¡Maldición! ¡No había ninguna razón lógica para que Millisor hiciera eso! ¿Es que ahora piensa con las gónadas? No es propio de él.

—La lógica de la desesperación, tal vez —dijo Cee—. Está muy trastornado por la desaparición de Okita. Aún más trastornado por la reaparición del doctor Urquhart. Él... ejem, tiene algunas teorías muy extrañas sobre el doctor.

—Y por ello corrió usted un grave peligro al buscarme —le dijo Ethan—. Lamento no ser el superagente que esperaba.

Cee le dirigió una mirada bastante extraña.

—No se preocupe.

—Pretendía desequilibrar a Millisor. —Quinn se mordió una uña con un chasquido audible—. Pero no tanto. No les di ningún motivo para llevarse a Teki. O no se lo habría dado, si él hubiera hecho lo que le dije y se hubiera dado la vuelta inmediatamente... entiendo lo bastante mi oficio para no implicar a un no-profesional. ¿Por qué no seguí mi instinto? El pobre Teki no sabrá qué le golpeó.

—No tuvo tantos escrúpulos al implicarme a mí —observó Ethan, molesto.

—Usted ya estaba implicado. Y además, no le hice de canguro cuando era un bebé. Y además... —hizo una pausa, mirándolo de una forma tan extraña como Cee antes—, se subestima usted.

—¿Adónde va? —le preguntó Ethan alarmado cuando ella se encaminó hacia la puerta.

—Voy a... —empezó a contestar, decidida. Su mano, extendida hacia el control de la puerta, vaciló y se retiró—. Voy a pensar en esto.

Se dio la vuelta y empezó a caminar.

—¿Por qué lo retienen tanto tiempo? —preguntó. Ethan no estaba seguro de si hablaba con él, con Cee o con nadie en concreto—. Podrían habérselo sacado todo en quince minutos y dejarlo para que despertara en un coche-tubo pensando que se había dormido camino de casa; nadie lo habría sabido, ni siquiera yo.

—Descubrieron todo lo que yo sabía en quince minutos —recalcó Ethan—, pero eso no los detuvo.

—Sí, pero sus sospechas fueron provocadas, lo siento, tiene usted razón, por el micro que le planté. Evité ponerle nada a Teki para que eso no volviera a suceder. Además, pueden seguir el rastro de Teki en los registros de la Estación Kline hasta el momento de su concepción. Usted era un hombre sin pasado, o al menos con un pasado inaccesible, lo que deja montones de espacio para que crezcan fantasías paranoicas.

—Y como resultado, tardaron siete horas en convencerse de que tenían razón de entrada —dijo Ethan.

—Y desde la desaparición de Okita —intervino Cee—, creen que es usted un agente que consiguió resistir con éxito siete horas de interrogatorio. Puede que ahora estén mucho menos dispuestos a aceptar un no por respuesta.

—En ese caso —dijo Quinn, sombría—, cuanto antes saque de allí a Teki, mejor.

—Discúlpeme —le dijo Ethan—, ¿pero sacarlo de dónde?

—Es probable que de los habitáculos de Millisor. Allí le interrogaron a usted, en su habitación silenciosa, la que nunca he podido intervenir. —Se pasó salvajemente las

manos por el pelo—. ¿Cómo demonios voy a hacer esto? Un ataque frontal sobre un cubículo defendido en medio de un grupo de civiles inocentes en el delicado entorno mecánico de una estación espacial... No parece demasiado eficaz.

—¿Cómo rescató al doctor Urquhart? —preguntó Cee.

—Esperé, pacientemente, a que saliera. Esperé mucho tiempo la mejor oportunidad.

—Mucho tiempo, sí —reconoció Ethan cordialmente. Intercambiaron tensas sonrisas.

Ella caminó de un lado a otro con el frenesí de una tigresa.

—Me están presionando. Lo sé. Lo noto. Millisor conecta conmigo a través de Teki. Y Millisor es un hombre sin inhibiciones a la hora de manejar la balanza. Q.E.D. Quinn es un desastre. Dioses. No te dejes llevar por el pánico, Quinn. ¿Qué haría el almirante Naismith en la misma situación?

Se quedó quieta, de cara a la pared.

Ethan imaginó las naves Dendarii lanzándose en picado, oleadas de tropas de asalto acorazadas, plataformas de armas de alta energía saltando en posición.

—Nunca hagas tú misma lo que puedes lograr que un experto haga por ti. Eso es lo que diría. Judo táctico del mago espacial en persona. —Su recta espalda contenía el dinamismo de la meditación zen. Cuando se volvió, su rostro estaba radiante de júbilo.

»¡Sí, eso es exactamente lo que haría! ¡Enanito tortuoso, te amo!

Saludó a una presencia invisible y se abalanzó hacia la comuconsola.

Cee dirigió una mirada de desconcierto a Ethan, quien se encogió de hombros, indefenso.

La imagen de una empleada de aspecto avizor vestida de verde pino y celeste se materializó sobre la placa vid.

—Servicio de Emergencia de Epidemiologías de la Ecosección. ¿Puedo ayudarle? —entonó la empleada con amabilidad.

—Me gustaría informar de un vector sospechoso de enfermedades —dijo Quinn con su tono más serio y brusco.

La empleada acercó un panel de informes y colocó los dedos en posición.

—¿Humana o animal?

—Humana.

—¿Transeúnte o estacionaria?

—Transeúnte. Pero puede que en este preciso momento la enfermedad esté siendo transmitida a un estacionario.

La empleada pareció aún más interesada.

—¿Y la enfermedad?

—Alfa-S-D-plasmid-3.

La mano de la empleada dejó de teclear.

—La Alfa-S-D-plasmid-2 es una necrosis de tejidos blandos transmitida sexualmente que tiene su origen en Varusa Tertius. ¿Se refiere a eso?

—Ésta es una cadena mutante mucho más virulenta de gangrena inguinal varusana. He oído decir que aún no han creado el antivirus. ¿No han oído hablar del tema todavía? Tienen ustedes suerte.

La empleada alzó las cejas.

—No, señora. —Tecleó furiosamente, e hizo varios ajustes a su equipo de grabación—. ¿Y el nombre del vector sospechoso?

—Ghemlord Harman Dal, un marchante cetagandano de arte. Tiene una nueva agencia en la Zona de Tránsito para la que obtuvo licencia hace unas cuantas semanas. Tiene contactos con un montón de gente.

Harman Dal, comprendió Ethan, era el alias de Millisor.

—Oh, cielos —dijo la empleada—. Nos alegramos muchísimo de su informe. Ah... —Hizo una pausa, buscando la frase adecuada—. ¿Y cómo es que conoce usted la enfermedad de este individuo?

La dura mirada de Quinn pasó del rostro de la empleada a sus propios pies, a distantes rincones de la habitación, a sus manos retorcidas.

Tragó saliva. Se habría puesto colorada si hubiera tenido oportunidad de contener la respiración el tiempo suficiente.

—¿Y usted qué cree? —murmuró mirándose a la hebilla de su cinturón.

—Oh. —La empleada sí que se ruborizó—. Oh. Bien, en ese caso estamos enormemente agradecidos de que decidiera continuar adelante. Le aseguro que todos los asuntos epidemiológicos son tratados con la más estricta confidencialidad. Debe ver a uno de nuestros médicos de Cuarentena inmediatamente...

—Por supuesto —reconoció Quinn, fingiendo ansiedad—. ¿Puedo ir ahora? Pero... pero temo muchísimo que si no se dan prisa Dal pondrá a tres pacientes en sus manos en lugar de a dos.

—Le aseguro, señora, que en nuestro departamento somos muy diestros en el manejo de situaciones delicadas. Por favor, coloque su identificación para que la máquina pueda leerla...

Quinn así lo hizo, prometió de nuevo presentarse directamente en Cuarentena, le aseguraron otra vez anonimato y gratitud, y cortó la comunicación.

—Bueno, Teki —suspiró—. La ayuda va de camino. He firmado con mi verdadero nombre para cometer un acto delictivo, pero el precio era justo.

—¿Estar enfermo va aquí contra la ley? —preguntó Ethan, sorprendido.

—No, pero hacer una denuncia falsa sobre un vector de enfermedad sí. Cuando ves toda esa maquinaria en marcha, te das cuenta de por qué desaniman a los bromistas. Pero prefiero enfrentarme a cargos criminales que al fuego de plasma. Apuntaré el importe de la multa en mi cuenta de gastos.

La cara de Cee mostró deleite y asombro.

—¿Lo aprobará el comandante Naismith?

—Puede que me conceda una medalla. —Quinn le hizo un guiño, otra vez alegre—. Bien. Ecosección puede que encuentre un poco más de resistencia de lo que espera. Será mejor que cuenten con un poquito de ayuda, ¿no? ¿Sabe manejar un aturdidor, Cee?

—Sí, comandante.

Ethan agitó una mano, vacilante.

—Recibí entrenamiento básico en el Ejército de Athos —se oyó decir, ofreciéndose voluntario.

11

Al final, Quinn eligió a Ethan y no a Cee para que la acompañara en lo que bautizó como «segunda oleada de este ataque».

Dejó al telépata junto a los tubos elevadores, al fondo del pasillo donde se encontraba el hotel para transeúntes de Millisor, armado con su aturdidor de reserva.

—No se deje ver y tenga cuidado si alguien sale corriendo —le instruyó ella—, y no tema disparar. Con un aturdidor siempre se pueden pedir disculpas más tarde.

Ethan alzó una ceja mientras se volvía para seguirla pasillo abajo.

—Vale, casi siempre —murmuró ella, mirando por encima del hombro para comprobar el escondite de Cee entre la confusión de plantas, espejos y nichos de conversación en ángulo que formaban el decorado del vestíbulo del tubo elevador. El hotel elegido por Millisor estaba claramente diseñado para una clase de viajero muy alejada del presupuesto de Ethan.

Fue entonces cuando el athosiano advirtió un fallo fatal en el plan de ataque.

—No me ha dado ningún aturdidor —le susurró impaciente a Quinn.

—Sólo tenía dos —contestó ella, molesta—. Tome. Coja mi medkit. Puede ser el médico.

—¿Y qué se supone que voy a hacer, golpear a Rau en la cabeza con esto?

Ella sonrió brevemente.

—Si tiene oportunidad, claro. De momento, Teki va a necesitar un antídoto para lo que le hayan metido dentro. Probablemente necesitará el antídoto de la pentarrápida.

»Lo tiene ahí, justo al lado. A menos que las cosas se hayan puesto realmente feas, en cuyo caso lo dejo a su experiencia médica.

—Oh —dijo Ethan, apaciguado. Casi tenía sentido.

Empezaba a abrir la boca para oponer una nueva objeción cuando Quinn lo empujó al limitado e incómodo escondite del hueco de una puerta. Recorriendo el pasillo desde el otro extremo, hacia el enorme elevador de carga, había tres siluetas que dirigían una plataforma de pasajeros con el logo de la Ecosección, consistente en un blasón con un estilizado helecho y agua, en la parte delantera. Al pasar ante la luz suave y lujosa (Ethan dedujo que alguien había realizado cuidadosos estudios psicológicos sobre la respuesta del cerebro humano a longitudes de onda ópticas seleccionadas) las tres figuras se revelaron como un fornido hombre de Seguridad y dos tecnoecos, un hombre y una mujer. Una mujer huesuda y angulosa cuya forma de andar irradiaba el calor personal y el encanto de un cuchillo.

—Dios Padre —susurró Ethan—. Es Helda *la Horrible.*

—Nada de pánico —le advirtió Quinn, apretándolo contra el hueco. Apenas tenía veinte centímetros de profundidad y no era suficiente para ocultar a una persona, mucho menos a dos—. Dése la vuelta y finja estar haciendo algo normal y apenas repararán en usted. Venga, dése la vuelta, ponga la mano en la pared, junto a mi cabeza —lo instó ella—, apóyese, baje la voz...

—¿Qué se supone que estoy haciendo?

—Tonteando. Ahora cierre el pico y déjeme escuchar. Y no me mire así o empezaré a reírme. Aunque unas cuantas risitas bien colocadas añadirían verosimilitud...

¿Hacer algo normal? Ethan no se había sentido tan anormal en toda su vida. Los

omóplatos le picaban, a la espera de algún estallido mortal surgido de la habitación de Millisor, situada al otro lado del pasillo. No servía de nada que no pudiera ver lo que venía. Quinn, por supuesto, tenía una buena perspectiva, con el añadido de que su cara quedaba parcialmente oculta por el brazo de Ethan y el cuerpo de la mujer quedaba protegido de los disparos perdidos por el suyo.

—¿Sólo un soldado de Seguridad como apoyo? —murmuró Quinn, los ojos destellando entre sus inquietas pestañas—. Menos mal que hemos venido.

Un pitido apagado brotó de su chaqueta. Acercó la mano para cogerlo en silencio. Alzó el llamador lo suficiente para leer el número que marcaba. Hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —le susurró Ethan al oído.

—Es el número de la comuconsola de ese hijo de puta de Millisor —murmuró ella con dulzura, pasando la otra mano de manera muy convincente tras la nuca de Ethan—. Así que le ha sacado mi código a Teki. Probablemente quiere que lo llame para poder amenazarme. Que sude un poco.

Ethan, desesperado, se apretujó artísticamente contra ella, logró desplazarse a un lado y ganó un poco de visión.

La tecnoeco Helda pulsó con insistencia el timbre de la puerta de Millisor y comprobó un panel de informes que tenía en la mano.

—¿Ghemlord Harman Dal? ¿Transeúnte Dal?

No hubo respuesta.

—¿Está en casa? —preguntó el otro tecnoeco.

Por respuesta, Helda señaló un panel sellado en la pared. Ethan supuso que sus luces de colores debían de indicar algún tipo de lectura útil sobre soporte vital, pues el tecnoeco dijo:

—Ah. Y acompañado además. Tal vez esto va en serio.

Helda volvió a llamar.

—Transeúnte Dal, le habla la guardiana Helda, de Biocontrol de la Estación Kline. Le exijo que abra esta puerta de inmediato o habrá violado las Regulaciones de Biocontrol 176b y 2a.

—Al menos dale tiempo de ponerse los pantalones —dijo el otro tecnoeco—. Esto tiene que ser embarazoso.

—Pues que se fastidie —bufó Helda—. El chupapolvo se lo merece, por traer su sucia... —volvió a llamar.

Como no hubo respuesta a su tercera llamada, se sacó un aparato de la chaqueta y lo alzó sobre el mecanismo de cierre de la puerta. Las luces del artilugio tintinearon; no pasó nada.

—Dioses —le dijo el otro tecnoeco, sorprendido—. ¡Han bloqueado los circuitos anuladores de emergencia!

—Eso sí que es una violación de las regulaciones contra incendios —dijo satisfecho el fornido hombre de Seguridad, y tecleó una rápida nota en su panel de informes. Tras una mirada de interrogación de la otra tecnoeco explicó su repentino buen humor—. Ustedes, los de Biocontrol, pueden saltarse los derechos civiles de los transeúntes sin tener pruebas pero yo necesito pruebas documentales o me juego el puesto —suspiró, algo envidioso.

—¡Dal, desbloquee esta puerta inmediatamente! —gritó Helda, furiosa, por el intercomunicador.

—Podríamos cortarle el servicio de comida desde abajo —sugirió el otro tecnoeco—. Tarde o temprano tendrá que salir.

Helda apretó la mandíbula.

—No voy a esperar tanto tiempo a que un chupapolvo contaminado decida

cooperar conmigo.

Se acercó a un panel cerrado colocado un poco más abajo en la pared y que indicaba CONTROL DE INCENDIOS: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO e introdujo su tarjeta de identificación en el lector. Las puertas transparentes se abrieron, obedientes. No se habrían atrevido a hacer lo contrario, pensó Ethan.

Helda pulsó una compleja serie de brillantes teclas.

Un susurro apagado y algunos gritos leves se oyeron tras la puerta cerrada de la habitación de Millisor. Helda sonrió satisfecha.

—¿Qué está haciendo? —susurró Ethan al oído de Quinn.

Ella sonreía feroz.

—Control de Incendios. Allá abajo tienen sistemas de riego automáticos que lanzan agua a los fuegos. Muy poco eficaz. Aquí sellamos la habitación y sacamos el aire. Rapidísimo. No hay oxígeno, no hay oxidación. Millisor no fue lo bastante listo o lo bastante estúpido como para sabotear los respiraderos de control...

—Eh... ¿no es eso un poco duro si hay alguien atrapado dentro?

—Normalmente se da la alarma para evacuar primero la habitación. Helda la ha anulado.

El artilugio de apertura que el otro tecnoeco apretaba sobre el mecanismo de la puerta tintineó y trinó. Unos golpes frenéticos llegaban desde el interior.

—Ahora Millisor quiere abrirla y no puede, a causa de la diferencia de presión —susurró Quinn.

Tras una larga pausa, Helda invirtió el flujo de aire. Las puertas se abrieron con un audible chasquido y un susurro. Millisor y Rau, las narices sangrando, salieron dando tumbos y jadeando al pasillo, tragando saliva y meneando las mandíbulas en un esfuerzo por igualar la presión de sus oídos.

—Helda ni siquiera les ha dado a los pobres una oportunidad de que le hablaran de su rehén —sonrió Quinn—. Es una dama tan eficiente...

Millisor finalmente recuperó el aliento.

—¿Están locos? —Se enfrentó a los tres oficiales de la estación. Se concentró en el hombre de Seguridad—. Mi inmunidad diplomática...

El hombre de Seguridad señaló a Helda con el pulgar.

—Ella está al mando.

—¿Dónde está su orden judicial? —chilló Millisor, enfadado—. Este espacio está legítimamente pagado, y además tengo un permiso diplomático clase IV. No tienen ustedes derecho a restringir o impedir mis movimientos a no ser que me enfrente a una acusación de delito mayor...

Ethan no supo decir si la furia era real o fingida, si hablaba Harman Dal o lo hacía el ghemcoronel Millisor.

—Los derechos que cita son para transeúntes contra Seguridad —dijo Helda bruscamente—. Una emergencia de Biocontrol lo anula todo. Ahora suba a la plataforma flotante.

Ethan y Quinn habían estado interpretando el papel de curiosos. En ese momento Rau se fijó en ellos; una mano sobre el hombro de su superior cortó la discusión. Millisor giró la cabeza, y cerró la boca de golpe. Había algo terrible en tanta furia tan bruscamente controlada. No reprimida, sino desterrada de la superficie, conservada para algún instante futuro. Los pensamientos hervían en los ojos de Millisor.

—Eh —dijo el hombre de Seguridad, asomando la cabeza en la habitación recién evacuada—, hay un tercer tipo aquí dentro. Atado a una silla, desnudo.

—Eso es repugnante —dijo Helda. Dirigió a Millisor una mirada letal.

Tal mirada no consiguió el efecto deseado, y rebotó en la furiosa introspección de

Millisor. Rau se agitó nervioso. Dirigió la mano a su chaqueta, pero tanto Millisor como Quinn sacudieron la cabeza, cada uno desde su perspectiva.

—Está sangrando —dijo el hombre de Seguridad, entrando en la habitación. Con una mirada a Millisor y Rau, sacó pensativo el aturdidor de su funda.

—Es la nariz —dijo Helda—. Siempre parece una masacre, pero te garantizo que nadie ha muerto jamás a consecuencia de una hemorragia nasal.

—Mi amigo es médico —intervino Quinn, uniéndose al grupo con un rápido movimiento—. ¿Podemos ayudar?

—Oh, sí —dijo el hombre de Seguridad, aliviado.

Quinn agarró a Ethan de la mano y lo empujó hacia la habitación, sin apartar su sonriente mirada de Millisor y Rau. De algún modo, su aturdidor había encontrado el camino de su otra mano. El hombre de Seguridad la miró y asintió agradecido. Helda se puso a regañadientes unos guantes de plástico y los siguió, para ver por sí misma la escena de perversión.

Ethan se acercó nervioso a la presa de Millisor. El hombre de Seguridad se arrodilló junto a la silla y tocó los cables que ataban los tobillos de Teki. Le habían causado cortes que sangraban. La ropa de Teki estaba dispuesta sobre la cama a la manera típica militar. La piel de sus muñecas, también atadas con cables, se hinchaba enrojecida a lo largo de las firmes ataduras. La sangre que le manaba de la nariz cubría la parte inferior de su rostro. Tenía la cabeza ladeada y los ojos abiertos y sonrientes, demasiado brillantes. Soltó una risita cuando el hombre de Seguridad le tocó el tobillo. Éste dio un salto atrás, sorprendido; lo miró con creciente seriedad, y sacó su panel de informes con el aire de un espadachín que desenvaina su acero.

—No me gusta el aspecto de esto —declaró.

Helda, que venía detrás de Ethan, se detuvo en seco.

—¡Por todos los dioses! Siempre pensé que eras un idiota, pero esto supera todo...

—Estoy fuera de servicio —dijo Teki con vocecita digna—. No tengo que soportarte cuando no es mi turno, Helda. —Se retorció contra sus ligaduras, lanzando un nuevo hilillo de sangre contra sus pies.

La voz de Helda se perdió en el silencio mientras contemplaba mejor la escena. Pero no por mucho tiempo.

—¿Qué es esto?

—¿Está drogado, doctor? —le preguntó el hombre de Seguridad—. ¿Con qué? ¿Ha sido esto un acto privado que se les fue de la mano, o algo punible? —Sus gruesos dedos se posaron esperanzados sobre el panel de informes.

—Drogado y torturado —dijo Ethan brevemente, y abrió el medkit de Quinn—. Secuestrado también.

Había un vibraescalpelo; un toque, y los cables de los tobillos se abrieron con un ping.

—¿Violado?

—Lo dudo.

Helda, al acercarse, volvió la cabeza ante el sonido de la voz de Ethan y se le quedó mirando.

—Usted no es ningún médico —jadeó—. Usted es ese subnormal de Atraques y Compuertas. ¡Mi departamento quiere tener unas palabritas con usted!

Teki se echó a reír; a Ethan se le cayó la compresa esterilizada que le estaba aplicando al tobillo.

—¡Te la han jugado, Helda! Es médico de verdad. —Se inclinó hacia Ethan, casi volcando la silla, y confesó, en tono conspirador—. No le deje ver que es usted athosiano, o le reventará una arteria. Ella odia Athos.

Asintió complacido y luego, agotado, dejó que la cabeza le cayera otra vez a un lado.

Helda retrocedió.

—¿Un athosiano? ¿Es esto algún tipo de broma? —Miró de nuevo a Ethan.

El médico, absorto en su trabajo, indicó a Teki con un ademán.

—Pregúntele a él, está lleno de suero de la verdad.

El pulso de Teki corría acelerado y tenía las extremidades frías, pero no se hallaba en estado de shock. Ethan le liberó las muñecas. Por fortuna, Teki no se cayó, sino que se enderezó por su cuenta.

—Para su información, señora, soy en efecto el doctor Ethan Urquhart de Athos. Embajador doctor Urquhart, en misión especial para el Consejo de Población.

En realidad no esperaba impresionarla pero, para su sorpresa, ella dio un paso atrás, pálida.

—¿Oh? —dijo en un tono neutro.

—No le diga eso, doc —insistió de nuevo Teki—. Desde que su hijo se largó a Athos nadie se atreve a mencionar ese lugar. Ni siquiera puede llamarlo a larga distancia... los censores de allí rechazan todos los vids enviados por una mujer. No puede pillarlo. —Teki se partía de risa—. Apuesto a que es feliz como una almeja.

Ethan se sintió aterrado ante la idea de meterse en algún tipo de disputa familiar. El hombre de Seguridad parecía igualmente dubitativo, pero preguntó:

—¿Qué edad tenía el chico?

—Treinta y dos —rió Teki.

—Oh.

El hombre de Seguridad perdió todo interés.

—¿Posee un antídoto para ese... supuesto suero de la verdad, doctor? —inquirió Helda, glacial—. Si es así, le sugiero que se lo administre; resolveremos el resto de este asunto en Cuarentena.

Ethan se detuvo. Las palabras surgieron de él una a una, como gotas de miel fría.

—¿Donde poseen poderes dictatoriales, y donde ustedes...? —Alzó la cabeza para mirar sus ojos fríos y asustados. El tiempo se detuvo—. Ustedes...

El tiempo saltó hacia delante.

—¡Quinn! —gritó Ethan.

Ella apareció rápidamente, conduciendo a Millisor y Rau a punta de aturdidor, y Ethan se puso en pie de un salto. Le apetecía echar a correr en círculos, o arrancarse los pelos a puñados, o agarrarla por la chaqueta gris y blanca y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes. Sus manos cerradas batieron el aire. Las palabras le salieron atropelladamente a causa de la excitación.

—No paro de decírselo, pero usted nunca se detiene a escuchar. Finge que es la agente, o lo que sea, de la Estación Kline que pretende coger el envío de Athos. Toma una decisión sobre la marcha para sustituir los tejidos congelados por otro material. Sabemos que es sobre la marcha, porque si hubiera estado planeado habría traído consigo cultivos de verdad y nadie habría notado el cambiazo, ¿no? ¿Dónde, dónde en nombre de Dios Padre va a encontrar cuatrocientos cincuenta cultivos ováricos, incluso en la Estación Kline? Ni siquiera cuatrocientos cincuenta. Trescientos ochenta y ocho, y seis ovarios de vaca. Creo que ni siquiera usted podría sacárselos de la manga, comandante Quinn.

Ella abrió la boca, la cerró, y pareció enormemente pensativa.

—Adelante, doctor.

Millisor había dejado de fingir que era Dal y, ajeno al aturdidor de Quinn, escuchaba atentamente a Ethan. Rau esperaba ansioso a que su jefe le diera alguna señal

para actuar. El otro tecnoeco parecía anonadado; el hombre de Seguridad, aunque tenía las cejas alzadas por el asombro, absorbía cada palabra.

Ethan continuó.

—Olvide las cuatrocientas veintiséis naves sospechosas. Centrémonos en una sola nave: el correo de Athos. ¡Método, motivo y oportunidad, por Dios! ¿Quién tiene fácil acceso a todos los rincones y cubículos de la Estación Kline; quién puede entrar y salir de un almacén protegido sin que le hagan preguntas? ¿Quién tiene acceso a cadáveres humanos cada día? Cadáveres de los cuales nunca se echarán en falta unos cuantos gramos de tejido selecto, porque los cuerpos se destruyen bioquímicamente inmediatamente después del robo. Pero no suficientes cadáveres, ¿verdad, Helda?, antes de que llegue el momento de que el correo parta para Athos. De ahí los ovarios de vaca, arrojados a la desesperada para que cuadren los números, y las cajas de menos, y la caja vacía. —Ethan se detuvo, jadeando.

—Está usted loco —escupió Helda. Su cara había pasado del blanco al rojo y otra vez al blanco. Los aturdidos ojos de Millisor la devoraban. Quinn parecía una mujer transportada a una visión beatífica. Los dedos del hombre de Seguridad estaban engarfiados sobre su panel de informes en una especie de parálisis por sobrecarga.

—No tan loco como usted —dijo Ethan—. ¿Qué esperaba conseguir?

—Pregunta improcedente —intervino Millisor—. Ya sabemos lo que consiguió. Déjese de rodeos y averigüe dónde...

Un brusco gesto del aturdidor de Quinn le recordó que su estatus había cambiado de interrogador a prisionero.

—Todos van a venir a Cuarentena...

—Se acabó, Helda —dijo Ethan—. Apuesto a que si buscamos en su Estación de Asimilación incluso encontraremos un sellador de plástico para envolver.

—Oh, sí —confirmó Teki—. Lo usamos para sellar contaminantes sospechosos y almacenarlos para análisis posteriores. Está bajo la mesa. Me sellé los zapatos una vez, un día de aburrimiento. Traté de sellar agua, para crear globos que flotaran por los tubos elevadores, pero no funcionó...

—¡Cállate, Teki! —exclamó Helda, desesperada.

—No es tan malo como lo que hizo Vernon con los ratoncitos blancos...

—Basta —gruñó Millisor, exasperado. Teki obedeció y se quedó allí sentado, parpadeando.

Ethan abrió los brazos y preguntó a Helda de manera más amable y urgente:

—¿Por qué? Tengo que comprenderlo.

El concentrado veneno en la postura de ella se convirtió en un discurso casi contra su voluntad.

—¿Por qué? ¿Tiene necesidad de preguntar por qué? Para joderlos a ustedes, desnaturalizados bastardos sin madre, para eso. Pretendía encargarme del siguiente envío también, si lo había, y del otro, y del siguiente hasta...

Se estaba ahogando. ¿De pura ira? No, comprendió Ethan; su triunfo intelectual se le volvió agridulce en el estómago: estaba llorando.

—Hasta que saque a Simmi de allí, y recupere el sentido y vuelva a casa y encuentre a una mujer de verdad. Juro que no criticaré ni un pelo de su cabeza esta vez; ni siquiera me permitirán ver a mis nietos en ese horrible y sucio planeta...

Se dio la vuelta y permaneció erguida, desafiante pero con las manos sobre el rostro enrojecido, fea e indefensa, sollozando.

A Ethan le pareció comprender cómo debía sentirse un soldadito hinchado de propaganda la primera vez que entra en combate y se topa por casualidad con el rostro humano del enemigo. Se había extasiado durante un instante con su poder para

quebrarla. Ahora estaba allí, como un estúpido, con los pedazos en la mano. No tenía nada de heroico.

—Dioses —murmuró el hombre de Seguridad, con asombro teñido de alegría—. ¿Tengo que arrestar a una ecopoli...?

Teki soltó una risita. El otro tecnoeco, claramente sorprendido por la confesión de Helda, parecía no saber si discutir o tratar de volverse invisible.

—¿Pero qué hizo con los otros? —Millisor se inclinó hacia delante, los dientes apretados.

—¿Los otros qué? —lloriqueó Helda.

—Los cultivos ováricos humanos congelados que sacó de las cajas de Athos. —Millisor avanzó cuidadosamente, como un hombre que habla en palabras de una sola sílaba a un mutante.

—Oh, los tiré.

Las venas se marcaron en la frente del cetagandano. Ethan fue capaz de contar cada una de ellas. Millisor parecía tener problemas para respirar.

—Perra idiota —jadeó—. Perra idiota, ¿sabe lo que ha hecho...?

La risa de Quinn resonó sobre todos ellos como una campana matutina.

—¡Al almirante Naismith le encantará!

El acerado autocontrol del ghemcoronel se rompió por fin.

—¡Perra idiota! —gritó, y se abalanzó contra Helda, las manos extendidas. Los rayos aturdidores de Quinn y el hombre de Seguridad lo alcanzaron en un fuego cruzado, y se derrumbó como se derrumban los árboles.

Rau no paraba de menear la cabeza y murmurar una y otra vez.

—Mierda. Mierda. Mierda.

—Intento de ataque a una guardiana de Biocontrol en cumplimiento de sus funciones —murmuró el hombre de Seguridad a su panel de informes.

Rau se deslizó hacia la puerta.

—No se olvide de la huida de Detención —añadió Quinn—. Éste de aquí es el tipo que han estado buscando desde que se evaporó de C-9 el otro día. —Señaló a Rau—. Y apuesto a que si registra esta habitación encontrará todo tipo de material militar que la aduana de la Estación no ha autorizado jamás.

—Primero Cuarentena —dijo el otro tecnoeco, después de dirigir una nerviosa mirada a su superior, aún emocionalmente incapacitada.

—Pero sin duda el embajador Urquhart querrá presentar cargos por el admitido robo y destrucción de propiedad athosiana —sugirió Quinn—. ¿Quién va a arrestar a quién?

—Todos vamos a ir a Cuarentena, donde pueda asegurarme de que se quedan quietecitos mientras llego al fondo de este asunto —dijo con firmeza el hombre de Seguridad—. La gente que desaparece de C-9 descubrirá que escapar de Cuarentena es otra cuestión.

—Cierto —murmuró Quinn.

Los labios de Rau se cerraron silenciosos cuando otra pareja de oficiales de Seguridad, armados hasta los dientes, apareció en la puerta y cortó su retirada. Ethan no tenía constancia de que hubieran solicitado refuerzos, pero tal vez lo hubieran hecho antes. Su aprecio por el hombre de Seguridad, tan aparentemente lento de entendederas, aumentó un grado.

—¿Sí, señor? —dijo uno de los nuevos oficiales.

—Habéis tardado bastante. Registrad a ése —señaló a Rau—, y luego ayudadnos a llevar a todos los demás a Cuarentena. Esos tres han sido acusados de propagar enfermedades contagiosas. Éste ha sido señalado como evadido de C-9. Ésa ha sido

acusada de robo por éste, que lleva un uniforme codificado de la Estación al que no tiene derecho, y que también sostiene que el de allí ha sido secuestrado. Tengo un informe que no se acaba nunca con acusaciones contra el que está frío en el suelo. Estos tres van a necesitar primeros auxilios...

Al recordar eso, Ethan se acercó a Teki y apretó contra su brazo el hipospray del antídoto contra la pentarrápida. Casi sintió pena por el joven cuando su sonrisa atontolinada fue sustituida rápidamente por la expresión de un hombre con resaca terminal. Mientras tanto, el equipo de Seguridad fue descargando a Rau de todo tipo de brillantes y misteriosos objetos. El hombre no ofrecía ninguna resistencia.

—... y a la chica guapa del uniforme gris que parece saber tanto sobre todos los demás voy a retenerla como testigo material —concluyó el hombre de Seguridad—. Ah... ¿dónde se ha metido?

12

En Cuarentena, Rau siguió sin decir palabra tendido sobre el dorso como su aún aturdido superior, para que Biocontrol realizara la inspección de armas cortas que quisiera. De hecho, no había dicho nada desde que dejaron la habitación del hotel fuertemente custodiados, pero había permanecido cerca de Millisor con una especie de sombría lealtad, como un perro que se niega a abandonar el ataúd de su amo. Ethan no estaba seguro de qué pruebas eran necesarias para detectar el Alfa-S-D-plasmid-2 (o su mítica mutación 3), pero por la agria expresión del rostro de Rau sospechó que resultaban bastante molestas. Se habría sentido mejor si Rau hubiera mostrado al menos signos de poseer sentido del humor. La luz en sus ojos mientras miraba por última vez a Ethan parecía el reflejo arrancado a la hoja de un cuchillo.

Llevaron a Ethan a una oficina para mantener una larguísima charla con Seguridad. Se encargaron de la entrevista el fornido agente que había realizado los arrestos y una oficial femenina que al parecer era su superior administrativa. A la mitad se les unió un tercer hombre, quien se presentó como el capitán Arata, un neurasténico euroasiático de pelo negro y lacio, piel pálida, y ojos como agujas, que decía poco y escuchaba mucho.

El primer impulso de Ethan de contarlo todo y suplicar piedad se apagó casi de inmediato debido al asunto de Okita. Consiguió no mencionarlo. Los logros psiónicos cetagandanos se transformaron, bajo el efecto de aquellos tres pares de ojos estacionarios, en la más vaga noticia de que «un cultivo del envío ovárico a Athos había sido creado en Jackson's Whole con algún material genético robado a Cetaganda». Ethan también consiguió no citar a Cee. Eso habría complicado tanto las cosas...

—Entonces —dijo la mujer de Seguridad—, la tecnoeco Helda le hizo un favor a Athos, aunque sin intención. Salvó su registro genético de la contaminación.

Ethan advirtió que trataba de presionarlo vilmente para que no presentara cargos contra Helda y salvar así a la Estación Kline de la vergüenza pública. Pensó en la enorme cantidad de comercio que pasaba a través de sus supuestamente seguros almacenes de intercambio. Ver que ellos lo estaban pasando tan mal como él le pareció algo maravilloso y reconfortante, y pasó a la ofensiva de inmediato.

Los de Seguridad se volvieron muy amables. La media docena o así de pequeños cargos que el grueso oficial había elaborado contra Ethan, fueron cotejados contra su estatus como embajador y de algún modo se les hizo desaparecer. Jamás permitirían ningún otro acto vandálico como el de Helda, le aseguraron. La tecnoeco tenía la edad suficiente para jubilarse anticipadamente, sin hacer preguntas. El embajador Urquhart no tenía que preocuparse por el ghemlord Harman Dal, o por el coronel Millisor, como él le llamaba; tanto Dal como sus ayudantes iban a ser deportados en la primera nave disponible, tras haberse demostrado su crimen de secuestro.

—Por cierto, señor embajador —intervino el capitán Arata—, ¿tiene idea de dónde están el tercer y cuarto empleados del ghemlord?

—¿Quiere decir que todavía no han arrestado a Setti?

—Estamos en ello —dijo Arata. Su rostro frío y controlado no dio a Ethan ningún indicio de lo que significaba eso.

—Entonces será mejor que interrogue al coronel Millisor cuando se despierte. En cuanto al otro... ah... será mejor que se lo pregunte a la comandante Quinn.

—¿Y dónde está la comandante Quinn, señor embajador?

Ethan suspiró.

—Camino de reunirse con los Mercenarios Dendarii, probablemente.

Con su recluta Cee, sin duda. ¿Cuánto tiempo sobreviviría aquel joven sin raíces, apartado de sus propios sueños? Más de lo que viviría si Millisor lo capturaba, tuvo que admitir Ethan con toda franqueza. Déjalo estar. Déjalo ir.

Arata suspiró también.

—Perra retorcida —murmuró—. Nos encargaremos de eso. Todavía me debe cierta información.

Y Ethan quedó libre. Gracias por su amable ayuda, señor embajador. Si hay alguna cosita que la Estación Kline pueda hacer para que la estancia le resulte más agradable, por favor, pídala. No volvieron a mencionar a Helda, ni él tampoco. Que tenga un buen día, señor embajador.

En el pasillo que conducía a las puertas de salida, Ethan se detuvo.

—Ahora que lo pienso, capitán Arata, hay un favor que sí puede hacerme.

—¿Sí, señor?

—El coronel Millisor está bajo vigilancia, ¿verdad? Si estuviera despierto, ¿sería posible hablar brevemente con él?

Arata le dirigió una mirada especulativa.

—Lo comprobaré, señor.

Ethan acompañó al capitán de Seguridad a la salida de la sección administrativa y a través de otras dos compuertas de esterilización. Allí encontraron a un tecnoeco que salía de una habitación transparente. El tecnoeco clavó un cartel luminoso de PROHIBIDO EL PASO en la puerta y empezó a quitarse su traje protector. Dentro, un hombre de Seguridad, armado, pasó un conjunto similar de prendas enrolladas, y el tecnoeco las arrojó a un receptáculo de lavandería.

—¿Cuál es el estado de su paciente? —inquirió el capitán Arata.

El tecnoeco advirtió el rango de Arata.

—Alerta y orientado. Algunos temblores residuales debidos al trauma provocado por el aturdidor; probable dolor de cabeza. Tiene la tensión alta, gastritis inducida por el estrés, un hígado que muestra degeneración precirrótica, y una próstata levemente agrandada que probablemente habrá que vigilar en los próximos años. En resumen, su salud es normal para un hombre de su edad. Lo que no tiene es Alfa-S-D-plasmid-2, ni 3, ni 29, ni cualquier otro número. No tiene ni siquiera un resfriado. Alguien se ha burlado de nosotros, capitán, con ese informe de vector, y espero que descubra quién. No tengo tiempo para este tipo de tonterías.

—Estamos en ello —dijo el capitán Arata.

Ethan siguió a Arata hasta la habitación. El capitán indicó al guardia que se colocara ante la puerta, y él mismo adoptó una posición de amable pero firme descanso en el interior. Probablemente no merecía la pena pedirle que esperara donde no pudiera oír, reflexionó Ethan: sin duda en la habitación había monitores de seguimiento.

Ethan se acercó a la cama donde yacía Millisor, vestido con una bata de paciente ordinario. Estaba atado, comprobó con alivio, y se aproximó más. Millisor no hizo ningún movimiento. Permanecía con las manos relajadas, como si haber comprobado sus ataduras una sola vez fuera para él suficiente. Contempló a Ethan de forma fría y calculadora. El athosiano se sintió como un terrible cobarde, como un mirón que humilla la presa que otros cazadores valientes han capturado.

—Uh, buenas tardes, coronel Millisor —empezó a decir, tontamente.

—Buenas tardes, doctor Urquhart —contestó Millisor, asintiendo irónico, sin animosidad hacia su persona; todo un profesional, como Quinn. Naturalmente, tampoco

demostró ninguna animosidad personal cuando ordenó ejecutar a Ethan.

—Yo, uh... sólo quería asegurarme por completo, antes de que se marche, que ha entendido que Athos no tiene, no ha tenido ni tendrá el envío de material genético de Jackson's Whole.

—Las probabilidades parece que apuntan en esa dirección —reconoció Millisor—. Dudo de todo, ya lo sabe.

Ethan reflexionó sobre esto.

—Enfrentarse a la verdad debe ser horriblemente confuso para usted, entonces.

Millisor torció los labios.

—Por fortuna, sucede muy rara vez. —Entornó los ojos—. Y bien, ¿qué piensa de Terrence Cee, ahora que lo ha conocido?

Ethan dio un salto, sintiéndose culpable.

—¿Quién?

—Vamos, doctor. Sé que está aquí. Puedo notar su presencia en la situación táctica. ¿Lo encontró atractivo, athosiano? Mucha gente lo hace. A menudo me he preguntado si su, ah, don sólo funciona de verdad en un sentido.

Era una idea desagradable, sobre todo porque Ethan encontraba a Cee muy atractivo. Se estremeció. Millisor miraba ahora con disimulado interés a Arata, atento a cualquier posible reacción por parte del oficial de Seguridad en lo referente al nuevo giro de la conversación. Ethan se apresuró a interrumpir cualquier posible continuación de la lista secreta de Millisor.

—No he hablado del señor Cee con... nadie. Lo digo por si se lo preguntaba.

Millisor alzó las cejas, incrédulo.

—¿Como un favor hacia mí?

—Como un favor hacia ellos —corrigió Ethan.

Millisor aceptó esto con un pequeño gesto.

—Pero Cee está en la Estación Kline. ¿Dónde, doctor? —le preguntó.

Ethan sacudió la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Si no quiere creerlo, es su problema.

—Entonces su amiguita mercenaria lo sabe. Todo se reduce a lo mismo. ¿Dónde está ella?

—¡No es amiga mía! —negó Ethan, horrorizado—. No tengo nada que ver con la comandante Quinn. Va por libre. Si tiene usted un problema con ella, resuélvalo con ella, no conmigo.

Arata, sin mover un músculo, prestó más atención.

—Al contrario —dijo Millisor—, ella cuenta con toda mi admiración. Gran parte de lo que no podía explicar está ahora claro. No me importaría contratarla.

—Uh... no creo que esté disponible.

—Todos los mercenarios tienen su precio. Tal vez no sea sólo dinero. Rango, poder, placer.

—No —dijo Ethan con firmeza—. Al parecer está enamorada de su jefe. He visto el fenómeno en el ejército de Athos... los jóvenes oficiales adoran como a héroes a ciertos veteranos. Algunos de éstos se aprovechan de esa ventaja, otros no. No sé en qué categoría encaja su almirante, pero en cualquier caso no creo que sea usted capaz de igualar la oferta.

Arata asintió en silencio, levemente triste.

—Yo también conozco el fenómeno —suspiró el ghemlord—. Bien. Es una lástima.

Un escalofrío recorrió al hombre, y Ethan se preguntó si su defensa del honor de Quinn había sido oportuna. Pero Millisor estaba inmovilizado.

—Confieso, doctor, que me sorprende usted. Si no conspiraba con Cee, entonces sólo puede haber sido su víctima. No comprendo por qué continúa protegiendo a ese hombre después de lo que pretendía hacer con Athos.

—No pretendía hacer nada, excepto emigrar allí. No es un crimen. Por lo que he visto hasta ahora de la galaxia, tiene muchísimo sentido. Yo mismo me muero de ganas por regresar.

Las cejas de Millisor se alzaron hasta casi la raíz del cabello en uno de los pocos gestos que podía permitirse en su actual situación.

—¡Por Dios! ¡Empiezo a creer que es de verdad tan ingenuo como indica su cara, doctor! Creía que sabía qué le habían hecho a su envío.

—Sí, puso a su esposa dentro. Un poco necrófilo, tal vez. Considerando su educación, lo que me extraña es que no sea aún más raro.

Millisor se rió con ganas. Ethan no sintió ningún deseo de imitarlo. Miró intranquilo al ghemlord.

Millisor suspiró.

—Déjeme que le presente dos hechos, obsoletos ya que esa idiota de la estación cometió su estúpido acto de sabotaje. Uno: el complejo genético, ah, en cuestión —miró a Arata—, era recesivo, y no habría aparecido en el fenotipo hasta que se encontrara en ambas mitades del genotipo. Dos: cada uno de los cultivos destinados a Athos contenía el complejo. Piénselo, doctor.

Ethan lo hizo.

En la primera generación, los cultivos ováricos donarían sus alelos ocultos y recesivos a los niños nacidos en Athos (al ritmo en que los viejos cultivos se estaban muriendo, muy pronto sería a todos los niños). Pero hasta que la segunda generación llegara a la pubertad el órgano funcional telepático no aparecería en su mitad estadística de la población, al encontrarse en los cultivos doblemente recesivos. En la tercera generación, la mitad de la población restante pasaría de latente a funcional, y así sucesivamente. La mayoría telepática dominaría a la minoría sin capacidad telepática en incrementos sucesivos.

Pero a esas alturas incluso los que no fueran telépatas tendrían los genes: serían padres potenciales de hijos telepáticos. Toda la población quedaría marcada con el complejo genético; demasiado tarde, imposible de erradicar.

La pregunta, ¿Por qué Athos?, quedaba contestada por fin. Por supuesto que Athos. Sólo Athos. La audacia, la perfección, la belleza (y la magnitud) del plan de Cee dejó a Ethan sin aliento. Todo encajaba, con la abrumadora evidencia de una demostración matemática. Incluso explicaba que a Cee le faltara aquel montón de dinero.

—¿Ahora quién no es capaz de reconocer la verdad? —se burló Millisor en voz baja.

—Oh —dijo Ethan sin apenas voz.

—Lo más insidioso de ese pequeño monstruo es su encanto —continuó Millisor, observando a Ethan con atención—. Lo construimos así con ese propósito, sin saber entonces que los límites de su talento lo volverían inutilizable como agente de campo. Aunque por los problemas que luego nos causó puede que nos equivocáramos también en ese punto. Pero no confunda encanto con virtud. Es peligroso, carece por completo de sentido de la lealtad hacia la humanidad de la que brotó, pero de la que no forma parte...

Ethan se preguntó si había que entender eso como humanidad igual a Cetaganda.

—... un virus en forma de hombre que quiere rehacer todo el universo a su propia imagen. Sin duda usted comprende mejor que nadie que contagios letales exigen

medidas drásticas. Pero la nuestra es la violencia controlada de la cirugía. No debe tragarse la propaganda del virus. No somos los carniceros que le han hecho creer.

Las manos de Millisor se volvieron en sus ataduras, abiertas en gesto de súplica.

—Ayúdenos. Tiene que hacerlo.

Ethan contempló las ligaduras de Millisor, aturdido.

—Lo siento... —Dios Padre, ¿le estaba pidiendo disculpas a Millisor?—. No, coronel. Recuerdo a Okita. Puedo comprender que un hombre sea un asesino, creo. ¿Pero un asesino aburrido?

—Okita es sólo una herramienta. El cuchillo del cirujano.

—Entonces su función ha convertido al hombre en una cosa. —Una vieja cita apareció en la memoria de Ethan: Por sus frutos los conocerás...

Millisor entornó los ojos; no prosiguió la discusión. Con una mirada hacia Arata, preguntó:

—¿Y qué le hizo al sargento Okita, doctor Urquhart?

Ethan miró también a Arata, lamentando haber sacado a relucir el tema.

—Yo no le hice nada. Tal vez tuviera un accidente. O tal vez desertó. En cualquier caso, no puedo ayudarle. Aunque quisiera traicionar a Cee por usted, si eso es lo que me pide, no sé dónde está.

—¿Y dónde puede que esté? —sugirió Millisor.

Ethan sacudió la cabeza.

—En cualquier parte, por lo que sé. En cualquier parte menos en Athos, claro.

—Ay, sí —murmuró Millisor—. Antes, Cee estaba unido a ese envío. Si yo tenía uno, me conduciría al otro. Ahora que el envío ha sido destruido y apenas tenemos posibilidades de recuperarlo, él es completamente libre. En cualquier parte —suspiró Millisor—. En cualquier parte...

El ghemcoronel, se recordó Ethan con firmeza, era el que estaba atado. Era cosa suya terminar con esta entrevista antes de que el taimado espía pudiera sacarle más información.

Ethan se detuvo en su retirada estratégica hacia la puerta.

—Le dejaré con un último pensamiento, coronel. Si me hubiera hablado así la primera vez que nos encontramos, en vez de hacer lo que hizo, podría haberme convencido. Eso es todo.

Las manos de Millisor se retorcieron por fin contra las ataduras.

Y así Ethan regresó a la habitación de su hotel, alquilada el primer día de estancia en la Estación Kline y desocupada desde entonces. Dio gracias a su buena suerte por haber pagado por adelantado, pues sus efectos personales se encontraban tal como los había dejado. Se bañó, afeitó, acicaló, se puso por fin su propia ropa, y tomó una comida ligera de la consola de servicio.

Suspiró mientras tomaba el café. Dos semanas (tendría que comprobar la fecha, pues había perdido la noción del tiempo) invertidas en esta aventura, como chivo expiatorio de Quinn, como blanco móvil de Millisor, como peón de Cee, como pelota de ping-pong de cualquiera, ¿y qué tenía a cambio? ¿Una educación? Una vez devolviera las botas y el mono rojo, no le quedaría ningún otro recuerdo tangible más que lo aprendido. Sacó su nota de crédito y la observó. El diminuto micro de Quinn posiblemente estaba aún por alguna parte. Si gritaba, ¿lo recibiría ella por el oído izquierdo? Pero se había marchado, sin una palabra de despedida.

En cualquier caso, la gente que hablaba con sus tarjetas de crédito sin duda molestaba a los vecinos, incluso en la Estación Kline.

Se acostó, cansado, sólo para descubrir que estaba demasiado nervioso para poder

dormir. ¿Era de día o de noche? En la Estación Kline, ¿quién podía decirlo? No estaba seguro de si añoraba más el ritmo diurno de Athos o su clima. Quería lluvia, o un frío frente polar que despejara las telarañas de su cerebro. Podía subir el aire acondicionado, pero seguiría oliendo igual.

Después de pasar casi una hora comparando todas las cosas que tendría que haber dicho y hecho durante la última quincena con los acontecimientos reales, se levantó disgustado, se vistió y salió. Si el sueño le esquivaba, bien podía hacer algo útil con su tiempo. Athos le pagaba una suma desorbitada por ello.

Regresó al nivel de la Zona de Tránsito donde se concentraban las embajadas y consulados y empezó a buscar casas legales de suministros biológicos. La mayoría de los planetas más avanzados técnicamente ofrecían algo. La Colonia Beta ofrecía diecinueve fuentes separadas, desde empresas puramente comerciales a un fondo genético patrocinado por el Gobierno en la Universidad Silica y compuesto por completo de donaciones de ciudadanos dotados y con talento. Por mucho que Ethan rechazara la idea de seguir el consejo de Quinn en algo, la Colonia Beta parecía la mejor opción. No quedaría decepcionado, le aseguró la mujer encargada de la interfaz del directorio comercial. Se marchó con la sensación de haber realizado por fin un buen trabajo, y un poco orgulloso. Había tratado con la mujer como habría hecho con un hombre. Podía hacerse; no era nada difícil.

Regresó a su habitación para tomar un aperitivo; luego se sentó ante su comuconsola para buscar un viaje a la Colonia Beta a buen precio. La ruta más directa era a través de Escobar, lo que le daba la posibilidad de comprobar otra fuente potencial sin ningún coste añadido para el Consejo de Población. Al menos la mitad del comité se sentiría satisfecho de él, aproximadamente la misma probabilidad que tenía de que todo saliera como deseaba.

Tomadas por fin todas sus decisiones, el cansancio lo venció. Se acostó a descansar un minuto.

Horas más tarde, el insistente trino de su comuconsola lo obligó a despertar. Tenía un pie dormido, por haber estado tumbado en una postura extraña con los zapatos puestos; notó unas cosquillas muy incómodas cuando se levantó para pulsar la tecla de recepción de mensajes.

La cara de Terrence Cee se materializó sobre el holovídeo.

—¿Doctor Urquhart?

—Vaya. No esperaba volver a verle. —Ethan se frotó la cara, espantando el sueño—. Creía que el asilo de Athos ya no le servía de nada, ya que Quinn y usted son del tipo práctico.

Cee hizo una mueca de evidente disgusto.

—De hecho, estoy a punto de marcharme —dijo con voz apagada—. Quería verle una vez más, para... para pedirle disculpas. ¿Puede reunirse conmigo en la zona de atraque C-8 ahora mismo?

—Supongo —contestó Ethan—. ¿Se marcha entonces con Quinn y los Dendarii Libres?

—No puedo decirle más. Lo siento. —La imagen de Cee se convirtió en nieve chispeante, luego en vacío.

Quizá Quinn acechaba por encima del hombro de Cee, y coartaba su franqueza. Ethan reprimió el impulso de llamar a Seguridad y decirle al capitán Arata dónde buscarla. Ahora estaban en paz, la ayuda igualaba el daño. Su misterio estaba resuelto; ella tenía el nuevo as de inteligencia que quería. Que terminara así.

Cuando salió de su hotel camino del paseo, un hombre que estaba sentado junto al

estanque central, dando de comer a los peces de colores con migas obtenidas de un dispensador cercano que funcionaba con tarjeta de crédito, se levantó y se le acercó.

Ethan reprimió el paranoico deseo de echar a correr por el paseo dando gritos. El hombre no podía ser Setti. No pertenecía al tipo racial de los cetagandanos; alto, de piel oscura y con nariz prominente, vestía una llamativa chaqueta de seda rosa con bordados.

—¿Doctor Urquhart? —le preguntó el hombre con amabilidad.

Ethan se mantuvo a cierta distancia. Si era otro maldito espía, juró que lo arrojaría de cabeza al estanque.

—¿Sí?

—Me pregunto si puedo pedirle un pequeño favor.

—Pruebe.

El hombre sacó de su chaqueta un pequeño objeto oblongo y plano, un proyector holovídeo.

—Si vuelve a verlo, desearía que le diera esta cápsula de mensajes al ghemcoronel Luyst Millisor. El mensaje se activa introduciendo su número de serie militar.

Decididamente, al estanque.

—El coronel Millisor está detenido. Si quiere darle un mensaje, acuda a Seguridad.

—Ah —sonrió el hombre—. Tal vez lo haga. Con todo, ¿quién dice qué oportunidades podría depararnos el giro de la gran rueda? Quédeselo de todas formas. Si no se le presenta ninguna oportunidad para entregárselo, tírelo.

Trató de entregar el objeto a Ethan, que lo rechazó retrocediendo. En vez de perseguirlo paseo abajo, el hombre se detuvo, sacudiendo la cabeza. Depositó la cápsula de mensajes en el banco que Ethan había interpuesto entre ambos.

—Lo dejo a su discreción, señor.

Inclinó la cabeza acompañándola de un movimiento con la mano que parecía una genuflexión, y se volvió para marcharse.

—No voy a tocarlo —dijo Ethan llanamente. El hombre sonrió por encima de su hombro mientras entraba en un tubo elevador cercano.

»¡Lo llevaré a Seguridad!

El hombre se llevó la mano a la oreja y sacudió la cabeza mientras ascendía por el tubo de cristal.

—Yo... yo... —Ethan maldijo entre dientes mientras la aparición rosa se perdía de vista.

Rodeó el banco, observando el objeto por el rabillo del ojo. Con un gruñido, finalmente se lo metió en el bolsillo. Se lo llevaría al capitán Arata, pues, a la primera oportunidad, y que él se preocupara. Miró su cronómetro, y se apresuró.

Tuvo que coger un coche-tubo hasta la zona de atraque, que estaba en una sección de carga al otro lado de la Estación. Esta vez tenía un mapa a mano y no se perdió.

La zona de atraque estaba extrañamente silenciosa. Había un único tubo flexible activado, lo que indicaba la presencia de una pequeña nave al otro extremo, quizás un correo rápido especial para la ocasión. En cualquier caso, no se trataba de un carguero comercial. La cuenta de gastos de Quinn debía de ser bastante elástica.

Terrence Cee, vestido con su mono verde de estacionario, estaba sentado sobre una caja, solo, en mitad del compartimento. Alzó la cabeza cuando Ethan empezó a bajar por una rampa.

—Ha venido rápido, doctor Urquhart.

Ethan miró el tubo flexible.

—Supuse que tendría que atenerse a algún tipo de horario. No sabía que viajaba con tanto estilo.

—Creía que no vendría.

—¿Por qué? ¿Porque averigüé la verdad sobre ese envío? —Ethan se encogió de hombros—. No digo que apruebe lo que intentaba usted hacer. Pero dados los obvios problemas que su... su raza, supongo... sufriría como minoría en cualquier otra parte, creo que puedo comprenderlo.

Una sonrisa melancólica iluminó la cara de Cee, y luego desapareció.

—¿De veras? Pero claro. Por supuesto. —Sacudió la cabeza—. Tendría que haber dicho que tenía la esperanza de que no viniera.

Ethan siguió la dirección de su gesto.

Quinn se encontraba en las sombras, junto a una viga. Pero estaba extrañamente quieta. No llevaba chaqueta, sólo una camiseta negra y los pantalones del uniforme. Sus botas también habían desaparecido. Y, advirtió Ethan mientras avanzaba hacia la luz, la funda de su aturdidor estaba vacía.

Se movió porque la empujó un hombre ataviado con el uniforme naranja y negro de Seguridad de la Estación. Así que la habían capturado por fin. Ethan casi se echó a reír. Sería fascinante ver cómo salía de esta...

Su regocijo se evaporó cuando vio mejor el arma con la que el hombre, macizo y de cara neutra, apretaba su espalda. Un disruptor neural letal. Un arma no permitida a Seguridad.

Al oír pasos, Ethan volvió la cabeza hacia el otro lado, y descubrió que Millisor y Rau avanzaban hacia ellos.

13

Empujaron a Ethan y Quinn dentro del radio potencial de fuego de la boca del disruptor neural, que empuñaba tenso el hombre vestido con el uniforme de Seguridad. El aturdidor de Rau los separaba de Cee. No hizo falta nada más para que Ethan comprendiera cuál era su situación.

Quinn tenía aún peor aspecto de cerca; con un labio hinchado y roto, estaba pálida y temblaba, bien fuera de dolor o a causa de los efectos secundarios de un rayo aturdidor. Parecía más baja sin las botas. Cee se tambaleó como un cadáver que sólo busca un lugar donde tumbarse: congelado, frío, el azul de sus ojos apagado.

—¿Qué pasó? —le susurró Ethan a Quinn—. ¿Cómo la encontraron cuando Seguridad no pudo?

—Olvidé el maldito señalizador —siseó ella con los dientes apretados—. Tendría que haberlo tirado al primer basurero por el que pasamos. ¡Sabía que era comprometedor! Pero Cee discutía conmigo, y yo tenía prisa y... oh, demonios, qué más da...

Se mordió el labio, frustrada, dio un respingo y se lo lamió con cuidado. Sus ojos se volvían una y otra vez hacia sus oponentes, sumando las poco favorables posibilidades, rechazando el resultado e intentándolo de nuevo sin mejor fortuna.

Millisor caminaba alrededor de ellos, satisfecho y presuntuoso.

—Me alegra que pudiera venir, doctor Urquhart. Podríamos haber dispuesto accidentes separados para usted y la comandante, pero tenerlos a ambos juntos nos brinda una oportunidad exquisita de ser... eficientes.

—¿Venganza? —tembló Ethan—. Nosotros nunca hemos intentado matarlo.

—Oh, no —protestó Millisor—. La venganza no tiene nada que ver. Simplemente, saben ustedes demasiado para vivir.

Rau sonrió de un modo desagradable.

—Cuénteles el resto, coronel —lo instó.

—Ah, sí. Dado su sentido del humor, comandante, sin duda le gustará esto. Observe, si quiere, los tuboflexs sin utilizar de la pared exterior.

»Al estar sellados por ambos extremos, constituyen un pequeño compartimento muy privado: el lugar ideal para que una pareja de gustos raros se dé cita. Qué desgracia que, al quedarse profundamente dormidos tras sus agotadores ejercicios...

Rau agitó alegremente el aturdidor, indicando así cómo iba a conseguirse el profundo sueño.

—... el tuboflex es lanzado al espacio en preparación para el atraque de un carguero. Dicho carguero llegará a esta zona de atraque inmediatamente después de que zarpe mi correo. ¿Debemos dejarlos completamente desnudos?, me pregunto. ¿O simplemente desnudos de cintura para abajo, lo que sugeriría una furia apasionada?

—¡Dios Padre —gimió Ethan, horrorizado—, el Consejo de Población creerá que fui lo bastante depravado para hacerle el amor a una mujer en un tuboflex!

—¡Dios no quiera —susurró Quinn entre dientes, igualmente consternada— que el almirante Naismith crea que fui lo bastante estúpida para hacer el amor con nadie en un tuboflex!

Los ojos de Terrence Cee recorrieron la zona de atraque, como buscando la muerte tan desesperadamente como los ojos de Quinn buscaban la huida. Hizo un

pequeño movimiento; el aturdidor de Rau inmediatamente le lanzó una breve descarga.

—Sigue soñando, mutante —gruñó Rau—. No vamos a darte ninguna posibilidad. Un movimiento en falso y subirás a bordo aturdido. —Sus labios se abrieron con una mueca desagradable—. No querrás perderte el espectáculo que tus amigos van a representar para nosotros, ¿no?

Cee abrió y cerró los puños, la desesperación y la furia luchando en su interior, ambas igualmente impotentes.

—Lo siento, doctor —susurró—. Apuntaban a la cabeza de la comandante con un disruptor neural, y yo sabía que no era un farol. Pensé que tal vez no vendría al recibir mi llamada. Tendría que haberlos dejado que dispararan entonces. Lo siento. Lo siento...

Los labios de Quinn se curvaron con ironía, por lo que volvieron a sangrar.

—No tiene que pedir disculpas tan fervientemente, Cee. Su resistencia no le habría salvado tampoco.

—No tiene que pedir disculpas por nada —le dijo Ethan con firmeza—. Yo habría hecho lo mismo, con toda seguridad. ..

El hombre del disruptor neural los obligó a separarse, y empujó a Ethan y Quinn hasta la pared exterior, dirigiéndolos hacia el fondo del muelle.

—¿Quién es ese tipo, por cierto? —preguntó Ethan con un movimiento de cabeza—. ¿Setti?

—Lo ha adivinado. Tendría que haberle disparado por la espalda cuando tuve la oportunidad, y cobrar la otra mitad de mi recompensa en la Casa Bharaputra —repuso Quinn con disgusto. Añadió pensativa—: Si derribara a ese payaso, ¿cree que podría llegar al otro lado del muelle para perderse en uno de los pasillos antes de que Rau le dispare?

Había cincuenta metros o más en la cavernosa cámara.

—No —dijo Ethan con franqueza.

—¿Y saltar a cubierto tras ese tuboflex?

—¿Y luego qué? ¿Hacerles burla hasta que se acerquen y me disparen?

—Muy bien —bufó ella, impaciente—. A ver si se le ocurre una idea mejor.

Ethan retorció las manos en los bolsillos. Encontró un pequeño objeto.

—¿Podríamos comprar más tiempo con esto? —dijo, sacando la cápsula de mensajes.

—¿Qué demonios es eso?

—Una cosa rarísima. Cuando venía para acá un hombre me abordó en el paseo y me lo dio. Dijo que era un mensaje para Millisor. Se activa con el número de servicio militar de Millisor, y yo debía dárselo si volvía a verlo...

Quinn se detuvo, la mano clavada en su brazo.

—¿De qué color era?

—¿Cómo?

—¡El hombre, el hombre!

—Rosa. Es decir, llevaba un traje rosa.

—¡El traje no, el hombre!

—Interesante... una especie de color café. Enormemente elegante. Ojalá consiguiera esos genes de piel para Athos...

—¡Eh! —empezó a decir Setti, acercándose a ellos con el ceño fruncido.

—Démela, démela —lo urgió Quinn, quitándole de las manos la cápsula de mensajes—. Veamos... 672-191... oh, dioses, ¿es 142 o 124?

Su índice tembloroso pulsaba las diminutas teclas, luego vaciló.

—El 421 y recemos. ¡Toma, Setti! —gritó, y lanzó la cápsula de mensajes al sorprendido cetagandano, cuya mano izquierda reaccionó como un resorte—. ¡Abajo!

—le gritó a Ethan al oído, poniéndole la zancadilla, y aterrizando encima de su cabeza.

Hubo un momento de silencio confuso. El diminuto zumbido de un holovídeo formando su imagen recordaba el de un insecto.

—Oh, demonios —gruñó Quinn, aplastando con su peso a Ethan—. Otra vez mal.

Ethan, bastante incómodo, se quejó.

—¿Qué demonios cree que...? —La onda de choque los barrió diez metros por el suelo de la Zona de Atraque, para dejarlos convertidos en una maraña de brazos y piernas contra el muro de contención exterior. A excepción del zumbido en su cabeza, al principio Ethan no pudo oír nada. Sus huesos parecían reverberar como un gong, y su visión se oscureció.

—Justo lo que pensaba —murmuró Quinn con temblorosa satisfacción. Se levantó, cayó, volvió a levantarse y rebotó en la pared, parpadeando rápidamente, extendiendo las manos por delante.

Las alarmas aullaban enloquecidas por todo el lugar. Las luces de emergencia se encendieron con un brillante resplandor (Ethan se sintió aliviado al comprobar que no se había quedado ciego), y el distante retumbar de las compuertas cerrándose se repetía como si fueran fichas de dominó cayendo.

Más cercano, más suave, y mucho más temible, un siseo que acabó por convertirse en silbido: el aire escapaba del sello del tuboflex más cercano, dañado por la explosión. Una bruma helada formaba una nube a su alrededor.

Incluso Ethan tuvo el suficiente sentido para apartarse, arrastrándose a cuatro patas. La gravedad osciló, mareante. En el suelo de metal, una masa fundida dejaba de burbujear. Ethan la evitó. No había rastros de Setti por ninguna parte.

—Por Dios —murmuró, atontado—, sí que es usted buena deshaciéndose de los cadáveres...

Vio a Cee al otro lado de un interminable desierto metálico; corría como un gamo. Rau lo derribó con una pirueta. Millisor, que apareció por detrás, apuntó para dar al telépata un rápido puntapié en la cabeza; se lo pensó mejor y saltó sobre el otro pie para descargar un golpe sobre el menos valioso plexo solar. Millisor y Rau agarraron cada uno a Cee por un brazo y lo arrastraron hacia el tubo activado al otro extremo del cual esperaba su nave.

Ethan se puso en pie tambaleándose y empezó a correr hacia ellos. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer cuando llegara hasta allí. Excepto detenerlos, de algún modo. Ése era el único imperativo claro.

—Dios Padre —gimió—, será mejor que haya una recompensa en el cielo para este tipo de cosas...

Tenía la ventaja de tener que cruzar un ángulo más corto, contra la desventaja de Millisor y Rau de la oposición de su carga. Ethan se encontró de pie con las piernas abiertas, bloqueando la entrada del tuboflex, perfectamente situado para desenfundar rápidamente... dejando al margen la pequeña pega de que iba desarmado. Ayuda, pensó.

—¡Alto!—gritó.

Para su sorpresa, le obedecieron, cautelosos. Rau había perdido su aturdidor en alguna parte, pero Millisor se sacó de la chaqueta un pequeño y destellante agujalanzador y apuntó al pecho de Ethan. El athosiano imaginó sus diminutas agujas expandiéndose tras el impacto y girando como cuchillas a través de su abdomen. Su autopsia sería una cosa desagradabilísima.

Terrence Cee se zafó de Rau y giró para plantarse delante de Ethan, extendiendo los brazos en un fútil gesto de protección.

—¡No!

—¿Piensas que he de mantenerte con vida sólo porque los cultivos se han perdido,

mutante? —le preguntó Millisor, furioso—. ¡Muerto valdrás también, por Dios! —Alzó el arma con ambas manos—. Qué dem... —exclamó cuando sus pies se alzaron del suelo, las manos tendidas para recuperar el equilibrio perdido.

Ethan agarró a Cee. Su estómago parecía flotar independiente del resto de su cuerpo. Miró alrededor frenético; localizó a Quinn agarrada a la pared situada cerca de una de las entradas, al lado de la placa de un panel de control arrancada a la fuerza.

Millisor onduló el cuerpo en el aire, compensando con destreza el giro no deseado, y echó atrás el arma para apuntar mejor. Quinn, con un grito, terminó de arrancar la placa y la lanzó hacia ellos. La placa voló por los aires, pero antes de que llegara a cruzar media sala quedó claro que no iba a alcanzar a Millisor. El cetagandano apretó con más fuerza el gatillo de su agujalanzador...

El cuerpo de Millisor, cubierto durante un cegador instante de un halo similar al de un mártir en llamas, se retorció en el chisporroteo azul de un rayo de plasma. Ethan sacudió la cabeza ante el fuerte hedor a carne y tela quemadas y a plástico hervido. Parpadeó espantando imágenes rojas y púrpura de la silueta moribunda y danzarina del ghemlord.

El agujalanzador salió volando, y Rau perdió su asidero cuando intentó agarrarlo. El capitán cetagandano nadó frenéticamente en el aire, girando la cabeza en una urgente búsqueda de la fuente de aquel devastador ataque. La placa lanzada por Quinn, al rebotar en la pared, pasó volando cerca de la cabeza de Ethan y estuvo a punto de cercenársela.

—¡Allí está! —Cee, manoteando en el aire con Ethan, señaló dando un grito los pasillos elevados y las vigas. Un destello rosa se movía entre ellos, apuntando con algo a Rau—. ¡No, es mío! —gritó.

Con un alarido salvaje, Cee se lanzó contra Rau.

—¡Te mataré, hijo de puta!

El único beneficio que Ethan pudo ver de este insano estallido de espíritu marcial fue que resultó empujado hacia el muro de contención exterior. Consiguió agarrarse a un saliente sin romperse la muñeca, y detuvo su impulso.

—¡No, Terrence! ¡Si alguien está disparando a los cetagandanos, lo que tenemos que hacer es quitarnos de en medio! —Pero la voz de la razón se perdió en el viento. ¿Viento? La fuga de aire debía estar aumentando. Sin duda, una explosión descompresiva iba a producirse de un momento a otro.

Las formas enzarzadas en lucha de Cee y Rau se desplomaron como un guijarro que cae en aceite cuando Quinn aumentó gradualmente la gravedad. El cuerpo de Ethan dejó de sacudirse como una bandera en la brisa y se encontró colgado, aunque todavía liviano, demasiado alejado del suelo. Empezó a bajar rápidamente, antes de que Quinn decidiera probar algo parecido al truco de Helda con los pájaros.

Rau lanzó a Cee, más pequeño y ligero, rebotando y resbalando por el suelo, y giró para correr hacia el tuboflex de su nave. Dos pasos, y se encendió, se fundió, y ardió como una imagen de cera en un brillante fuego cruzado de plasma que surgía, no de una, sino de dos fuentes entre las vigas. Cayó con un sonoro golpe y, horriblemente, vivió un instante más, rebulléndose y gritando sin sonido con sus negras mandíbulas despojadas de carne. Cee, a cuatro patas, lo miró con la boca abierta, aturdido por la culminación de su venganza a manos de otros.

Ethan se acercó al telépata. En la parte de la Estación del muelle de atraque, dos hombres salieron de entre el entramado de vigas y andamios.

Uno era la aparición rosa del paseo, el segundo era otro hombre de piel oscura con un traje marrón de estilo igualmente recargado. Se acercaron a Quinn, quien en vez de dar la bienvenida a sus salvadores, se apretó contra la pared como una araña ocupada.

Cada uno de los hombres la agarró por un tobillo y la derribaron, sin importarles que su cabeza chocara contra el suelo. Un intento de patada de kárate por su parte fue detenido por el de seda marrón y convertido en lo que habría sido una desagradable caída con gravedad superior, aunque tampoco pareció exactamente agradable. El del traje rosa le sujetó los brazos desde atrás, y el de marrón le quitó las ganas de pelea dándole un golpe en el estómago que la dejó sin respiración.

Uno a cada lado, la arrastraron hacia la salida de emergencia mientras escuadrones de Control de Daños de la Estación empezaban a entrar en la cámara desde varios accesos distintos.

—¡Se... se llevan a Quinn! —le gritó Ethan a Cee—. ¿Quiénes son? ¿Qué son? — Bailó sobre un pie y el otro en una agonía de asombro, tirando de Cee.

El telépata se los quedó mirando.

—¿Jackson's Whole? ¿Bharaputranos, aquí? ¡Tenemos que ir tras ella!

—Preferiblemente mientras aún haya aire que respirar...

Agarrados el uno al otro, avanzaron rebotando lo más rápido que pudieron en una especie de baile y cruzaron el muelle de atraque y subieron por la rampa.

En la compuerta de emergencia tuvieron que esperar durante unos aterradores segundos, mientras movían las mandíbulas para protegerse los oídos de la presión del aire, que ahora menguaba rápidamente. El trío al que perseguían terminó de pasar y abandonaba el vestuario de personal que permitía la huida de las cámaras bloqueadas. Golpear el botón de control lleno de pánico, o apoyarse en él, no hacía nada por acelerar el proceso. La puerta sólo se abrió cuando estuvo lista.

La atravesaron, y tuvieron que esperar de nuevo mientras la presión se igualaba. Los atacantes de Quinn ganaron una buena ventaja. Ethan jadeó aliviado. Estaba completamente equivocado respecto al aire de la Estación: tenía un sabor magnífico, mejor que ningún otro que hubiera respirado jamás.

—¿Cómo demonios lograron salir Millisor y Rau de Cuarentena? —jadeó mientras esperaban—. Creía que ni siquiera un virus podía escapar de allí.

—Setti los liberó —respondió Cee—. Entró con, o fingiendo ser el guardia que debía llevarlos al muelle de deportados, no estoy seguro. Salieron tan tranquilos por la puerta. Toda la documentación e identificación es perfecta, por supuesto. No creo que Quinn sea consciente de hasta qué punto penetraron en la red de ordenadores de la Estación mientras estuvieron aquí.

La compuerta de emergencia se abrió por fin, y Ethan y Cee recorrieron el pasillo persiguiendo un objetivo que ya habían perdido de vista. Se detuvieron en el primer cruce.

Cee, el brazo extendido, trazó un par de círculos como si fuera un mecanismo estropeado.

—Por ahí —señaló a la izquierda.

—¿Está seguro?

—No.

Corrieron hacia allí de todas formas. En la siguiente encrucijada fueron recompensados por el sonido de una voz familiar, que protestaba procedente de la derecha. Continuaron, para salir a un vestíbulo de tubos elevadores completamente vacío.

El hombre del traje marrón-chocolate tenía sujeta a Quinn de cara a la pared, con los brazos detrás. Los pies de ella se estiraban y buscaban el suelo, sin éxito.

—Vamos, comandante —decía el hombre de rosa—. No tenemos tiempo para esto. ¿Dónde está?

—No se me ocurriría retrasaros —contestó con voz apagada, mientras su cara era

apretada de lado contra la pared—. ¡Augh! ¿No sería mejor que echaseis a correr hacia vuestra Embajada antes de que llegue Seguridad? Estarán por todas partes después de esa explosión.

El hombre de rosa se giró, alzando su pistola de plasma, cuando Ethan y Cee entraban en el vestíbulo.

—Espere —dijo Cee, sujetando a Ethan por el brazo.

—¡Amigos! —chilló Quinn, retorciéndose—. ¡Amigos, amigos, no dispare, todos somos amigos aquí!

—¿Lo somos? —Ethan, sin aliento y mareado, calibró dudoso el panorama que se le presentaba.

—Los mercenarios que aceptan dinero por contratos que no pueden cumplir no tienen amigos —gruñó el de marrón—. Al menos, no por mucho tiempo.

—Estaba trabajando en ello —discutió Quinn—. Lo que pasa es que no sabéis apreciar la sutileza. Además, vosotros podéis dejarlo todo perdido de cadáveres y correr luego a la protección del Consulado de vuestra Casa.

»No os van a despellejar si os deportan y os declaran personas *non gratas* para siempre en la Estación Kline. Yo no sólo he de jugar con reglas diferentes, sino que tengo que poder regresar aquí algún día. Hay que tratar de ser un poco más sutil, ¿eh?

—Has tenido casi seis meses para serlo. El barón Luigi quiere recuperar el dinero de la Casa —dijo el de rosa—. Ésa es la única sutileza que tengo que apreciar.

El de marrón levantó a Quinn unos cuantos centímetros más.

—¡Ay-ay, muy bien, no hay problema! —tartamudeó Quinn—. Vuestra nota de crédito está en el bolsillo interior de mi chaqueta. Servíos vosotros mismos.

—¿Y dónde está tu chaqueta?

—Millisor me la quitó. Está en la Zona de Atraque. ¡Ay, no, en serio!

Hubo una pausa disgustada.

—Podría ser verdad —musitó el de rosa.

—La Zona de Atraque estará rebosante de gente de Seguridad a estas alturas —señaló el de marrón—. Podría ser un truco.

—Mirad, tíos, seamos razonables con esto, ¿vale? —dijo Quinn—. El trato con Luigi fue la mitad por adelantado y la otra mitad a la entrega. Bien, ya me había encargado de Okita. Eso es una cuarta parte cumplida.

—Sólo tenemos tu palabra. No he visto ningún cadáver —dijo el de rosa.

—Sutileza, general, sutileza.

—Mayor —corrigió automáticamente el de rosa.

—Y fui yo quien se cargó a Setti en el muelle de atraque hace un momento. Eso es la mitad. Me parece que estamos en paz.

—Con nuestra bomba —dijo el de marrón.

—¿Vais a discutir los resultados? Mira, ¿somos aliados, o no?

—No —dijo el de marrón, y la levantó un poquito más.

Voces y un repiqueteo de botas y equipo resonaron por el pasillo procedentes de la Zona de Atraque. El del traje rosa se guardó el arco de plasma bajo la chaqueta bordada.

—Se acabó el tiempo.

—¿Vas a dejarlo correr? —le preguntó el de marrón.

El del traje rosa se encogió de hombros.

—Digamos que es una media paga justa. ¿Eres diestra o zurda, Quinn?

—Diestra.

—Descuenta los intereses del barón de su mano izquierda, y vámonos.

El del traje marrón dejó caer a Quinn deliberadamente, le hizo una llave en el

brazo y le partió el codo izquierdo.

El chasquido del cartílago fue claramente audible. Quinn no emitió ningún otro sonido. De nuevo, Cee detuvo a Ethan en su avance. La pareja de bharaputranos entró en el tubo elevador más cercano, y se perdió de vista, hacia abajo.

—Maldición, creía que no iban a marcharse nunca —suspiró Quinn—. Lo último que necesito es que Seguridad alcance a esos tipos y empiece a comparar notas. —Consiguió sentarse en el suelo, la cara lívida, y apoyó la espalda contra la pared.

»Quiero volver al servicio en combate. Creo que no me gusta tanto esto de la Inteligencia como decía el almirante Naismith.

Ethan se aclaró la garganta.

—Usted, ah... ¿necesita un médico, comandante?

Ella sonrió débilmente.

—Sí. ¿Y usted?

—Sí.

Ethan se sentó pesadamente a su lado. Los oídos aún le retumbaban, y las paredes de la cámara parecían latir. Reflexionó sobre el comentario de ella.

—Ésta no será por casualidad su primera misión en Inteligencia, ¿verdad?

—Ajá.

—Vaya suerte la mía. —El suelo le llamaba; la fricción nunca le había parecido tan suave e invitadora.

—Vienen los de Seguridad —observó ella. Miró a Cee, que gravitaba en ansiosa pero inútil solicitud—. ¿Qué tal si les hacemos un favor y les simplificamos las cosas? Márchese, señor Cee. Si camina y no corre, esos monos verdes pasarán de largo. Vaya a trabajar o algo así.

—Yo... yo... —Terrence Cee abrió los brazos—. ¿Qué puedo hacer para pagárselo? ¿A ambos?

Ella le hizo un guiño.

—No tema, ya se me ocurrirá algo. Mientras tanto, no he visto a ningún telépata por aquí hoy. ¿Y usted, doctor?

—A ninguno —convino Ethan.

Terrence Cee sacudió frustrado la cabeza, miró hacia el pasillo, y se zambulló en el tubo elevador.

Cuando los hombres de Seguridad llegaron por fin, arrestaron a Quinn.

14

Ethan atravesó el detector de armas sin provocar un pitido o un parpadeo de falsa acusación, y respiró con más tranquilidad. La Zona de Detención de la Estación Kline era un entorno vacío e intimidatorio, brillante y eficiente, sin ninguno de los habituales intentos estacionarios por suavizar el ambiente con plantas o exposiciones artísticas. El efecto, sin duda, no era casual, y funcionaba. Ethan se sentía culpable con sólo visitar el bloque de Mínima Seguridad.

—La comandante Quinn está en la Enfermería Número Dos de Detención, embajador Urquhart —le informó el guardia asignado para ser su guía—. Por aquí, por favor.

Subieron por algunos tubos elevadores, bajaron por algunos pasillos. La vida de la Estación, decidió Ethan, debía haber experimentado poderosas presiones evolutivas para desarrollar un buen sentido de la orientación. Por no mencionar la sensibilidad a los matices de posición. Los uniformes de Seguridad, como todos los otros uniformes de trabajo, tenían códigos de colores, y la proporción de naranja y negro variaba según el rango. Este guardia corriente vestía de naranja moteado de negro; se detuvo para saludar de manera informal a un hombre de pelo blanco cuyo estilizado uniforme negro apenas estaba adornado con franjas naranja. Toda la jerarquía de la Estación podía estudiarse por las gradaciones de tono.

El capitán Arata, que salía de la enfermería justo cuando Ethan y su guía llegaban, iba de negro con anchas franjas anaranjadas en el cuello y las mangas y una tira naranja en las perneras de los pantalones. Tenía el ceño fruncido en un gesto de frustración.

—Ah, embajador Urquhart. —El ceño se distendió sustituido por una sonrisa levemente irónica—. Viene a visitar a nuestra inquilina estelar, ¿no es así? No tiene que preocuparse, dentro de poco será una mujer libre. Su comprobación de crédito pasó, sorprendentemente, sus multas han sido pagadas y sólo espera el alta médica.

—Muy bien, capitán. No hay problema —dijo Ethan—. Sólo quería hacerle una pregunta.

—Igual que yo —suspiró Arata—. Varias. Confío en que tenga usted mejor suerte con las respuestas. Estas semanas pasadas, cuando yo quería una cita, ella sólo quería intercambiar información secreta. Ahora quiero información, ¿y qué consigo? Una cita. —Se animó un poco—. Sin duda hablaremos de tonterías. Si consigo sacarle algo más, tal vez pueda cargar nuestra noche al departamento.

Hizo un gesto con la cabeza, y se produjo un silencio incómodo.

—Buena suerte —dijo Ethan, cordial pero frío. Había manejado la investigación de Seguridad acerca del terrible asunto del día anterior aferrándose a su condición de embajador y pasándole sistemáticamente todas las preguntas a Quinn, cuya inventiva no tenía fin. Ella había convertido la verdad en mentiras para producir una historia fabulosa que sin embargo se sostenía desde todos los ángulos. En su versión, por ejemplo, Millisor y Rau intentaban secuestrarla, programarla como doble agente para infiltrarse en los Mercenarios Dendarii a favor de la Inteligencia cetagandana. Acusó a los bharaputranos de todos los crímenes por ellos cometidos, y de unos cuantos cometidos por otros. ¿Okita qué? La mayor parte de las energías de Seguridad se dirigieron ahora al Consulado donde el escuadrón de ataque bharaputrano estaba alojado, negociando los términos de su deportación. Terrence Cee había desaparecido por completo del mapa.

Ethan no se habría atrevido a añadir o restar una palabra.

—Qué lástima —murmuró Arata, permitiendo que un pequeño destello afilado asomara a sus ojos—, que yo necesite una orden judicial para utilizar la pentarrápida.

Ethan sonrió débilmente.

—Cierto.

Se despidieron.

El guardia presentó a Ethan al doctor de la enfermería. A excepción de las cerraduras en código de las puertas, la celda de Quinn podría haber sido cualquier habitación de hospital. Cualquier habitación de hospital estacionario, claro está. Ethan empezaba a echar apasionadamente de menos ventanas que se abrieran, algo tan sencillo en Athos.

Como no quería mencionar su verdadera misión inmediatamente, Ethan empezó con esa idea.

—¿Qué efecto le causan las ventanas que pueden abrirse? —le preguntó a Quinn—. Allá abajo, quiero decir.

—Me ponen paranoica —le respondió ella inmediatamente—. No paro de buscar cosas con las que sellarlas. ¿No va a preguntarme cómo estoy?

—Está bien —dijo Ethan, ausente—, a excepción del codo dislocado y las contusiones. Se lo pregunté al doctor. Analgésicos orales y ningún ejercicio violento durante unos cuantos días.

De hecho, tenía buen aspecto. Su color era bueno, y sus movimientos, excepto el brazo izquierdo inmovilizado, eran sólo un poco rígidos. Estaba sentada en la cama, no acostada. Se había librado de la bata de paciente, en sí misma un uniforme de enfermo, y llevaba su uniforme gris y blanco, aunque sin la chaqueta y con zapatillas en vez de botas.

—Me parece bien. —Sus ojos chispearon—. ¿Y qué piensa ahora de las mujeres, doctor Urquhart?

—Oh... —él hizo una pausa—, más o menos lo mismo que usted de las ventanas, me temo. ¿Se ha llegado a acostumbrar a las ventanas, o ha aprendido a disfrutar de ellas?

—Más bien no. Pero claro, me han acusado de ser una buscaproblemas. —Su sonrisa se ladeó—. Nunca olvidaré mi primer viaje allá abajo, después de enrolarme con los Mercenarios Dendarii... entonces eran los Mercenarios Oseranos, antes de que el almirante Naismith estuviera al mando. Había soñado toda la vida con experimentar un auténtico clima planetario. Brumas de las cumbres, brisas oceánicas, ese tipo de cosas. El directorio decía que el clima del planeta era «templado», lo que interpreté como sinónimo de suave. Aterrizamos para un suministro de emergencia en medio de una maldita nevada. Pasó un año antes de que volviera a presentarme voluntaria para una misión allá abajo.

—Ya me lo imagino —rió Ethan, y se relajó un poco, y se sentó.

Ella ladeó la cabeza, igualándola a su sonrisa.

—Sí, sí que puede; uno de sus encantos más sorprendentes, dada su educación. Es capaz de hacer un esfuerzo imaginativo, y ver a través de los ojos de una persona distinta.

Ethan se encogió de hombros, cohibido.

—Siempre me ha gustado aprender cosas nuevas, averiguar cómo funcionan. La biología molecular era lo mejor. Pero la curiosidad no es una virtud teologal.

—Mm, cierto. ¿Hay virtudes carnales?

Ethan reflexionó sobre esta extraña idea.

—Yo... no lo sé. Parece que debería haberlas. Quizá se llaman de otra forma.

Estoy seguro de que no hay nuevas virtudes bajo el sol... ni nuevos vicios, tampoco.

Antes de que Quinn pudiera hacerle notar que no estaban bajo ningún sol, pues sin duda el ascua lejana alrededor de la cual orbitaba la Estación Kline no podía ser llamada así, Ethan se dio prisa.

—Hablando de cosas carnales... yo, uh... es decir, antes de que usted regrese con los Mercenarios Dendarii, quería pedirle si... uh... tengo que hacerle una petición que tal vez considere inusitada. ¿No le molesta? —preguntó, nervioso.

Él tenía toda su atención, la cabeza ladeada, los ojos brillantes, una sonrisa.

—Antes de que me diga qué es, ¿cómo puedo saberlo? Pero creo que ya lo he oído todo, así que adelante.

Ethan estaba más cerca de la puerta que ella; además, Quinn tenía una mano atada a la espalda, por así decirlo, y había un guardia fuera para defenderlo. ¿En cuántos problemas podría meterse todavía? Tomó aire.

—Planeo completar mi misión y recoger nuevos cultivos ováricos para Athos. Probablemente iré a la Colonia Beta, como usted me recomendó, y acudiré al depósito de genes gubernamental que almacena las donaciones de sus ciudadanos destacados... su catálogo de semillas parecía bastante atractivo.

Ella asintió, aprobando juiciosamente su decisión, los ojos llenos de divertida expectación.

—Sin embargo —continuó Ethan—, no hay ningún motivo para que no pueda empezar ahora. Hablando de fuentes destacadas o, um, extraordinarias. Lo que quiero decir, um... ¿le importaría donar un ovario a Athos, comandante Quinn?

Hubo un instante de embarazoso silencio.

—Por los dioses —dijo ella con un hilo de voz—. No lo había oído todo.

—La operación es indolora —le aseguró Ethan rápidamente—. La Estación Kline tiene además unas instalaciones de cultivo de tejidos bastante buenas... he pasado la mañana comprobándolo. No es una petición corriente, pero está dentro de sus capacidades. Y usted dijo que me ayudaría con mi misión si yo le ayudaba con la suya.

—¿Lo hice? Oh. Sí que lo hice...

Un ansioso pensamiento asaltó a Ethan.

—Tiene uno para dar, ¿verdad? Tengo entendido que las mujeres tienen dos ovarios, al igual que los hombres tienen dos testículos. No los habrá donado antes, o sufrido un accidente, en combate o algo así... No le estoy pidiendo el único que le queda, ¿verdad?

—No, sigo aún plenamente equipada con todas mis partes originales. —Ella se echó a reír; Ethan se sintió un tanto tranquilizado—. Estaba simplemente sorprendida. Ésa... ésa no es la proposición que esperaba, nada más. Discúlpeme. Temo que me he vuelto una tonta.

—Estoy seguro de que no puede evitarlo —dijo Ethan, tolerante—. Siendo mujer, y todo eso.

Ella abrió la boca, la cerró, y sacudió la cabeza.

—Mejor no menearlo —murmuró crípticamente—. Bien... —Tomó aliento, lo dejó escapar—. Bien... —Ladeó la cabeza—. ¿Y quién haría uso de mi... donación?

—Todo el que quisiera —respondió Ethan—. Con el tiempo, el cultivo sería dividido y un subcultivo colocado en los archivos de cada Centro de Reproducción de Athos. El año que viene por esta fecha, podría tener usted un centenar de hijos. En cuanto tenga resueltos los problemas con mi alterno designado, pensaba... yo, uh. —Ethan descubrió que se ponía inexplicablemente colorado bajo su atenta mirada—. Había pensado en tener todos mis hijos a partir del mismo cultivo, ya ve. Para entonces ya me habré ganado cuatro hijos. Nunca tuve un doble-hermano, del mismo cultivo que

yo. La práctica parece dar a una familia cierta atractiva unidad. Diversidad en la unidad, como si dijéramos... —Se dio cuenta de que estaba farfullando, y se calló.

—Cien hijos —murmuró ella—. ¿Pero ninguna hija?

—Bueno... no. Ninguna hija. No en Athos —añadió tímidamente—: ¿Son las hijas tan importantes para la mujer como los hijos para el hombre?

—Hay cierta... naturalidad en la idea —admitió ella—. Pero en mi línea de trabajo no hay espacio para hijas ni hijos.

—Bueno, pues ahí lo tiene.

—Bueno. Pues ahí lo tengo. —La diversión casi permanente que acechaba en sus ojos había dado paso a una seriedad meditativa—. Nunca podría verlos, ¿no? A mis cien hijos. Ellos nunca sabrían quién fui.

—Sólo un número de cultivo. EQ-1. Yo... yo podría aprovecharme de mi Nivel A de Censura lo suficiente para, digamos, enviarle un holocubo algún día, si... si es algo que le apetece. Nunca podría ir a Athos, ni enviar un mensaje... al menos no con su propia identidad. Si camuflara su sexo, y burlara a los censores...

Al ver la facilidad con que esta sugerencia antisocial escapaba de sus labios, Ethan advirtió que había asociado demasiado tiempo a Quinn y su vitalista actitud con la autoridad. Se aclaró la garganta.

Los ojos de ella chispearon, la diversión otra vez asomada a ellos.

—Qué idea tan positivamente revolucionaria.

—Sabe que no soy un revolucionario —le replicó Ethan con un poco de dignidad. Hizo una pausa—. Aunque... me temo que mi hogar va a ser un poco diferente cuando vuelva. No quiero cambiarlo todo de golpe.

Ella contempló la habitación, pensó en la Estación que rodeaba sus paredes, su antiguo hogar.

—Sus instintos son sanos, señor, aunque me temo que fútiles. El cambio es una función del tiempo y la experiencia, y el tiempo es implacable.

—Un cultivo ovárico puede derrotar al tiempo durante doscientos años... ahora tal vez más, a medida que refinemos nuestros métodos para cuidarlos. Podría usted tener hijos mucho después de su muerte.

—Podría haber muerto ayer. A ese respecto, podría estar muerta el mes que viene. O el año próximo por esta fecha.

—Es así para todo el mundo.

—Sí. Pero mis probabilidades son seis veces superiores a la media. Mi seguro lo tiene calculado hasta el tercer decimal —suspiró—. Bueno. Aquí estamos. —Sus labios se curvaron—. Y yo que pensaba que Tav Arata era un descarado. Doctor Urquhart, los ha superado usted a todos.

Los hombros de Ethan se hundieron de decepción, y vio su imaginaría cadena de hijos de pelo oscuro y ojos brillantes como espejos desvanecerse en el reino de los sueños inalcanzables.

—Lo siento. No pretendía ofenderla. Me iré.

Empezó a levantarse.

—Se rinde con demasiada facilidad —comentó ella.

Ethan volvió a sentarse rápidamente.

Unió las manos entre las rodillas, para impedir que sus dedos tamborilearan nerviosos. Buscó en su mente nuevos argumentos.

—Los niños serían cuidados con toda atención. Desde luego, los míos lo serían. Analizamos con mucho cuidado a nuestros solicitantes paternos. Un hombre que traicione esta confianza puede verse privado de sus hijos, quienes entonces son reposeídos, una vergüenza y una desgracia que todos se esfuerzan por evitar.

—¿Pero qué obtengo yo de esto?

Ethan reflexionó cuidadosamente.

—Nada —tuvo que admitir por fin con toda sinceridad. Sintió el súbito impulso de ofrecerle dinero. Era una mercenaria, después de todo... No. De algún modo, eso le parecía mal, aunque no podía decir por qué. Volvió a deprimirse.

—Nada. —Ella sacudió la cabeza apenada—. ¿Qué mujer podría resistir ese reclamo? ¿Le he dicho alguna vez que una de mis aficiones era golpearme la cabeza contra paredes de ladrillo?

Él le miró la frente, alarmado, y luego cayó en la cuenta de que era una broma.

Ella se mordisqueó la última uña intacta, sin arrancarla.

—¿Seguro que Athos podrá soportar un centenar de pequeños Quinn?

—Y más, con el tiempo. Podrían incluso animar un poco el lugar... Tal vez mejoren nuestro Ejército.

Quinn parecía realmente divertida.

—¿Qué puedo decir? Doctor Urquhart, soy toda suya.

Ethan estaba exultante.

Como habían acordado, Ethan se reunió con Quinn en un café situado en una pequeña arcada cerca de la Zona de Tránsito.

Ella había llegado primero y tomaba una bebida azul en un vaso alargado, que alzó en señal de saludo mientras él se abría paso entre las mesas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

Ella se frotó pensativa el lado derecho del abdomen.

—Bien. Tenía usted razón, no sentí nada. Sigo sin sentirlo. Ni siquiera me queda una cicatriz que indique mi acto de caridad.

Parecía ligeramente decepcionada.

—El ovario aceptó bien el tratamiento de cultivo —le aseguró él—. Las células se dividen sin problemas. Estará listo para ser congelado y transportado dentro de cuarenta y ocho horas. Y luego, supongo, me marcharé a la Colonia Beta. ¿Cuándo se irá usted?

Una leve posibilidad (¿esperanza?) de que tal vez viajaran en la misma nave se le pasó por la mente.

—Me marcho esta noche. Antes de que me meta en más problemas con las autoridades de la Estación —repuso ella, acabando con la posibilidad de plantear el tema. Él nunca había tenido tiempo de preguntarle por todos los planetas que sin duda había visto en sus peregrinaciones militares—. También quiero estar muy, muy lejos antes de que lleguen refuerzos cetagandanos tras la muerte de Millisor. Aunque creo que irán directamente a Jackson's Whole... Espero que se lo pasen muy bien juntos.

Se estiró, y sonrió, como un gato harto de pájaros, tras una caza con éxito, que se quita unas cuantas plumas de los dientes.

—Yo también quiero evitar a los cetagandanos —dijo Ethan—. Si puedo.

—No debería ser difícil. Para que esté tranquilo, debo mencionar que antes de su muerte el ghemcoronel Millisor consiguió enviar a sus superiores una confirmación de la destrucción de los cultivos bharaputranos por parte de Helda. Dudo que los cetagandanos se interesen más por Athos. Aunque el señor Cee es otro asunto, ya que el mismo informe también confirmó su presencia aquí, en la Estación Kline.

»Pero yo tengo un puñado de informes que darán al almirante Naismith algo en lo que pensar durante meses. Me alegra no tener que decidir qué hacer con ellos. Sólo me falta una cosa para que este día sea completo... y por ahí viene. —Señaló con la cabeza más allá del hombro de Ethan, que se volvió en su asiento.

Terrence Cee avanzaba hacia ellos. Su mono verde de estacionario era bastante

poco sospechoso, aunque la intensidad de su pelo rubio hizo que un par de cabezas femeninas se volvieran.

Se sentó junto a ellos, saludó con un movimiento de cabeza a Quinn, sonrió brevemente a Ethan.

—Buenas tardes, comandante, doctor.

Quinn le devolvió la sonrisa.

—Buenas tardes, señor Cee. ¿Puedo invitarle a una copa? ¿Burdeos, jerez, champán, cerveza...?

—Té —dijo Cee—. Sólo té.

Quinn puso la orden en su tarjeta de crédito en el autocamarero de la mesa. Al parecer la Estación no importaba todos los lujos. El té (una variedad negra agradablemente aromática cultivada y procesada en la Estación Kline) apareció enseguida, humeando en una taza transparente. Ethan pidió lo mismo para mantenerse ocupado y ocultar la leve incomodidad que le producía la presencia de Cee. El telépata tampoco podía tener ya ningún interés por Athos.

Cee bebió; Quinn bebió también.

—Bueno —dijo ella—. ¿Lo ha traído?

Cee asintió, volvió a beber, y depositó sobre la mesa tres finos discos de datos y una caja aislada del tamaño de la mitad de la mano de Ethan. Todo ello desapareció bajo la chaqueta de Quinn. Al ver la mirada de Ethan, la comandante se encogió de hombros.

—Aquí todos comerciamos en carne, según parece.

Con eso, Ethan comprendió que la caja contenía la prometida muestra de tejido del telépata.

—Creía que Terrence iba a irse con usted para unirse a los Mercenarios Dendarii —dijo Ethan, sorprendido.

—He intentado convencerlo... Por cierto, la oferta sigue en pie, señor Cee.

Terrence Cee sacudió la cabeza.

—Cuando Millisor me estaba resoplando en el cuello, parecía la única salida. Me ha dado usted un poco de margen para tomar una decisión, comandante Quinn... cosa que le agradezco. —Un movimiento de su dedo hacía los paquetes ocultos en la chaqueta de ella indicó la forma tangible de su agradecimiento.

—Soy demasiado amable. —Quinn suspiró amargamente—. Si cambia de opinión más tarde, siempre podrá contactar con nosotros, ya sabe. Busque un montón de problemas con un hombrecito deforme en lo alto, y dígale que Quinn lo envía. Lo aceptará.

—Lo recordaré —prometió Cee, sin comprometerse a nada.

—Ah, bien... no viajaré sola. —Quinn sonrió con picardía—. Encontré a otro recluta para que me haga compañía durante el viaje de vuelta. Un tipo interesante... un emigrante. Ha recorrido toda la galaxia. Tendría que conocerlo, señor Cee. Tiene aproximadamente su altura, delgado... también es rubio. —Alzó el vaso para brindar, y se bebió el resto de la bebida azul—. Para confundir al enemigo.

—Gracias, comandante —dijo Cee sinceramente.

—¿Dónde, ah... dónde piensa ir ahora, si no con los Mercenarios Dendarii? —le preguntó Ethan.

Cee extendió las manos.

—Hay multitud de oportunidades. Demasiadas, en realidad, y casi todas igualmente carentes de significado... discúlpeme. —Se acordó de fingir que estaba contento—. A algún lugar lejos de Cetaganda. —Indicó el bolsillo izquierdo de la chaqueta de Quinn—. Confío en que no tenga ningún problema para sacar ese paquete. Debería guardarlo en una caja de congelación lo más pronto posible. Una muy pequeña,

tal vez. Y sería mejor que esa caja no apareciera en su equipaje.

Ella sonrió lentamente, se rascó un diente (todas sus uñas habían desaparecido ya) y murmuró:

—Una muy pequeña, oh... mm. Creo que tengo la solución ideal para ese pequeño problema, señor Cee.

Ethan contempló con interés cómo Quinn colocaba la enorme caja de refrigeración blanca sobre el mostrador de Acceso de Almacenaje en Frío 297-C. Sonó con fuerza y sobresaltó a la encargada, que soñaba con un drama de holovídeo. Las figuras de la obra privada de la muchacha se desvanecieron, y ella se quitó rápidamente un auricular.

—¿Sí, señora?

—He venido por mis salamandras —dijo Quinn. Extendió la mano y metió la autorización con la huella de su pulgar en la ranura del ordenador.

—Oh, sí, la recuerdo —dijo la muchacha—. Un metro cúbico de plástico. ¿Lo quiere descongelado rápido?

—No lo quiero descongelado en absoluto, voy a embarcarlas congeladas, gracias —dijo Quinn—. Ochenta kilos de salamandras serían un poco desagradables tras cuatro semanas de viaje, me temo.

La muchacha arrugó la nariz.

—Creo que son desagradables a cualquier temperatura.

—Le aseguro que serán apreciadas en proporción directa a la distancia de su fuente —sonrió Quinn.

Las puertas del pasillo se abrieron tras ellos. Ethan y Terrence Cee se quitaron de en medio cuando apareció una plataforma flotante pilotada por un tecnoeco de uniforme verde y azul. La plataforma transportaba media docena de pequeños contenedores sellados.

—Oh, oh, prioridad —dijo la muchacha del mostrador—. Discúlpeme, señora.

Ethan reconoció al tecnoeco con un agradable sobresalto; era Teki, que posiblemente venía de su puesto de trabajo a la vuelta de la esquina. Teki reconoció a Quinn y Ethan al mismo tiempo. Cee, a quien el tecnoeco no conocía, se retiró a un segundo plano.

—¡Ah, Teki! —dijo Quinn—. Estaba a punto de pasarme a decirte adiós. Confío en que estés plenamente recuperado de nuestra pequeña aventura de la semana pasada.

Teki hizo una mueca.

—Sí, ser secuestrado y torturado por una panda de lunáticos homicidas es mi idea de pasármelo bien, seguro. Gracias.

Quinn sonrió.

—¿Te ha perdonado ya Sara por dejarla tirada?

Los ojos de Teki chispearon, y no consiguió reprimir una lenta sonrisa.

—Bueno, sí... en cuanto logré convencerla de que no era una argucia se volvió muy, bueno, compasiva —intentó ponerse serio—. ¡Pero maldición, sabía que tenía que ser algo para el enano! ¿Puedes contármelo ahora, Elli?

—Claro. En cuanto el asunto quede desclasificado.

Teki gruñó.

—¡No es justo! ¡Lo prometiste!

Ella se encogió de hombros, indefensa. Él frunció el ceño, enfadado, y luego, palpablemente, olvidó el enfado.

—¿Adiós? ¿Te marchas pronto?

—Dentro de unas horas.

—Oh. —Teki parecía verdaderamente decepcionado. Miró a Ethan—. Buenas tardes, señor embajador. Oiga, verá, yo... siento lo que hizo Helda con su material. Espero que no lo tome como algo habitual en nuestro departamento. Ella tiene una baja médica... dicen que es un colapso nervioso. Ahora soy el jefe de la Estación de Asimilación B —añadió con cierto orgullo. Extendió la manga verde, rodeada por dos bandas azules en vez de una sola—. Al menos hasta que ella regrese.

Al observarla mejor, Ethan notó que la segunda banda apenas estaba hilvanada en su sitio.

—Muy bien —dijo Ethan—. Cósase bien esa banda en el brazo. Le aseguro que su baja médica será permanente.

—¿Ah, sí? —Teki se alegró aún más—. Mire, déjeme tirar esta mierda —señaló los pequeños contenedores de su plataforma flotante—, y estaré con ustedes... todos pueden venir a la Estación B un par de minutos, ¿no?

—Sólo un par —le advirtió Quinn—. No puedo quedarme mucho tiempo si no quiero perder mi nave.

Teki agitó la mano en un gesto de comprensión.

—Ven luego —invitó, haciendo una maniobra con su plataforma para que atravesara las compuertas que la muchacha del mostrador había abierto para él.

—Tengo que esperar mis cosas —se excusó Quinn, pero Ethan, curioso, lo siguió. Cee lo imitó, silencioso y sin hacerse notar, todavía una figura solitaria, un extraño. Ethan sonrió por encima del hombro, tratando de incluirlo en el grupo.

—Cuénteme algo más sobre Helda —le dijo Teki a Ethan—. ¿Es verdad que envió todos esos tejidos robados a Athos?

Ethan asintió.

—Todavía no estoy seguro de lo que pretendía conseguir. No creo que ni ella misma lo supiera. Tal vez fue sólo por meter algo en las cajas que pasara una eventual inspección... quiero decir que las cajas vacías habrían mostrado claramente que habían sido manipuladas. Consiguió crear un misterio casi a su pesar.

Teki sacudió la cabeza, como si aún fuera incapaz de creerlo todo.

—¿Qué es todo esto? —Ethan señaló la plataforma flotante.

—Muestras de material contaminado que confiscamos y destruimos. Se almacenan en frío, para ser usadas como prueba más tarde en caso de litigio, o por si hay nuevos logros técnicos, o lo que sea.

Entraron en una cámara helada donde había un montón de equipo robótico y una compuerta; una cámara en la parte más externa de la Estación, advirtió Ethan.

Teki tecleó rápidamente unas instrucciones en la consola de control, insertó un disco de datos, colocó el contenedor dentro de una bolsa de plástico de alta resistencia con una etiqueta codificada, y ató la bolsa a un aparato robótico. El aparato se alzó y flotó hacia la compuerta, que se cerró con un susurro y empezó a girar.

Teki tocó un control de la pared, y un panel se deslizó, revelando una pequeña barrera transparente como las grandes que había en la Zona de Tránsito. Trozos abigarrados de la Estación que sobresalían bloqueaban la mayor parte del espectacular panorama galáctico. Ethan decidió que aquello era el equivalente estacionario a un patio trasero, aunque estaba profusamente iluminado. Teki observó con atención mientras el robot salía de la compuerta y flotaba a través del vacío dirigiéndose hacia un largo entramado de columnas de metal rebosantes de bolsas y cajas.

—Es el mayor armario del universo —murmuró Teki—. Nuestro propio desván de almacenamiento. Realmente deberíamos limpiar la casa y destruir todas las cosas viejas que hay tiradas ahí desde el Año Uno, pero no es probable que nos quedemos sin espacio. Con todo, si voy a ser jefe de la Estación de Asimilación, podría organizar

algo... responsabilidad... no más juegos....

Las palabras del tecnoeco se convirtieron en un zumbido en los oídos de Ethan cuando su atención fue atraída por un conjunto de bolsas de plástico transparentes depositadas cerca, en el entramado. Cada bolsa parecía contener un puñado de pequeñas cajas blancas que le resultaban familiares. Había visto una cajita similar dispuesta para la donación de Quinn en el biolaboratorio de la Estación aquella mañana. ¿Cuántas cajas? Difícil de ver, de contar. Más de veinte, sin duda. Más de treinta. Sin embargo, contó las bolsas que las contenían; había nueve.

—Los tiró —susurró—. ¿Los tiró?

El robot alcanzó el final de la columna y depositó allí su carga. Teki tenía puesta toda su atención en la operación; se trasladó para seguirla mientras el artilugio regresaba a través de la compuerta. Ethan cogió a Cee por el brazo, lo empujó hacia delante, y señaló en silencio por la ventana.

Cee pareció molesto, luego volvió a mirar. Se enderezó, abrió un poco la boca. Se quedó mirando como si sus ojos pudieran devorar la barrera, y la distancia.

El telépata empezó a maldecir entre dientes, tan bajo que Ethan apenas podía distinguir las palabras; cerró las manos, las abrió, las posó contra la transparencia.

Ethan apretó con más fuerza el brazo de Cee.

—¿Lo son? —susurró—. ¿Podrían serlo?

—Distingo el logotipo de la Casa Bharaputra en las etiquetas —jadeó Cee—. Los vi empaquetarlos.

—Ella misma debió de ponerlos aquí —le murmuró Ethan—. No dejó ningún registro en el ordenador... apuesto a que una investigación revelaría que está vacío. Los tiró. Realmente los tiró ahí fuera. Ahí fuera.

—¿Estarán todavía bien? —preguntó Cee.

—Congelados, ¿por qué no?

Se miraron mutuamente, llenos de salvajes conjeturas.

—Tenemos que decírselo a Quinn —empezó a decir Ethan.

Las manos de Cee se engarfiaron en las muñecas de Ethan.

—¡No! —susurró—. Ella tiene los suyos. Janine... esos son míos.

—O de Athos.

—No. —Cee, lívido, temblaba, los ojos ardiendo como dos brasas azules—. Míos.

—Las dos cosas no tienen por qué excluirse mutuamente —dijo Ethan con cuidado.

En el cargado silencio que siguió, el rostro de Cee se iluminó de exaltada esperanza.

15

En casa. Los ojos de Ethan le jugaron una mala pasada mientras observaba ansiosamente a través de la ventana de la lanzadera. ¿Podía distinguir ya las granjas, nombrar las ciudades, ríos, carreteras? Los cúmulos se extendían sobre las bahías e islas de la costa de la Provincia Sur, tiñendo de sombras la brillante mañana, oscureciendo su certeza. Pero sí, había una isla con la forma de una media luna creciente, había un hilillo plateado que indicaba un río donde la línea de la costa se partía.

—La piscifactoría de mi padre está en esa bahía de allí —señaló a Terrence Cee, sentado a su lado—. Justo detrás de esa isla en forma de media luna.

Cee volvió la rubia cabeza.

—Sí, la veo.

—Sevarin está al norte, tierra adentro. El lanzapuerto donde aterrizaremos está en la capital, un distrito al norte. No se puede ver todavía.

Cee se acomodó en su asiento, reflexivo. Los primeros susurros de la atmósfera arrancaban un zumbido a los motores de la lanzadera. Para Ethan era un himno.

—¿Te darán una bienvenida de héroe? —preguntó Cee.

—Oh, lo dudo. Mi misión era secreta, después de todo. No estrictamente, en el sentido militar con el que estás familiarizado, pero realizada en silencio, para no provocar pánico en el público o causar una crisis de confianza en los Centros Rep. Aunque imagino que algunos de los miembros del Consejo de Población estarán presentes. Me gustaría que conocieras al doctor Desroches. Y algunos miembros de mi familia. Llamé a mi padre desde la estación espacial, así que sé que estará esperando. Le dije que traía a un amigo —añadió Ethan, esperando calmar el obvio nerviosismo de Cee—. Pareció bastante contento al oírlo.

Él también estaba nervioso. ¿Cómo iba a explicarle a Janos quién era Cee? Había repasado mentalmente un centenar de presentaciones, durante los dos meses de viaje desde la Estación Kline, hasta que se cansó de preocuparse. Si Janos iba a ponerse celoso, o a empezar a meter la nariz, que se pusiera a trabajar y se ganara su puesto de alterno designado. Podría ser el estímulo justo necesario para ponerlo por fin en acción; dadas las tendencias de Janos, era improbable que creyera que Cee había mostrado todos los signos para ser un candidato óptimo para una de las Hermandades Castas. Ethan suspiró.

Cee se miró las manos, pensativo, y miró a Ethan.

—¿Y al final te verán como un héroe o como un traidor?

Ethan escrutó la lanzadera. Su precioso cargamento, nueve grandes cajas de congelación, no había sido depositado en la bodega de la nave, sino que iba atado a los asientos que los rodeaban. Los otros únicos pasajeros, el estadístico del censo y su ayudante y tres miembros del correo galáctico que se disponían a disfrutar de un permiso en tierra, se encontraban juntos al fondo, algo cohibidos, donde no podían oírle.

—Ojalá lo supiera. Rezo por ello a diario. No había rezado de rodillas desde que era niño, pero por esto lo hago. No sé si ayuda.

—¿No vas a cambiar de opinión y volverte atrás en el último minuto? El último minuto se acerca con rapidez.

Igual que la superficie. Atravesaban ahora la capa de nubes, una niebla blanca perlaba la ventana y se perdía con el viento que movían a su paso. Ethan pensó en el

otro cargamento, guardado en su equipaje personal, comprimido y oculto: los cuatrocientos cincuenta tejidos ováricos que había comprado en la Colonia Beta para asegurarse de que no hubiera ninguna posible investigación futura de los cetagandanos respecto a sus actividades y a la circunstancia de que los cultivos bharaputranos originales no hubieran sido encontrados jamás (y, de hecho, para tranquilizar también al Consejo de Población). Cee le había ayudado a hacer el cambio: horas y horas pasadas en la bodega de carga del correo cambiando etiquetas, corrigiendo archivos. O tal vez había sido Ethan quien ayudó a Cee. De todas formas, los dos estaban ahora metidos en esto hasta el cuello.

Ethan sacudió la cabeza.

—Era una decisión que tenía que tomar alguien. Si no yo, entonces el Consejo de Población. Sólo hay dos opciones a la larga que no provoquen una guerra de razas o un genocidio: todo, o nada. Estoy seguro de que en eso tenías razón. Y el comité... bueno, temía que fueran constitucionalmente incapaces de nada que no fuera tomar una decisión intermedia. Tienes razón en lo que sugieres, como siempre, y tiemblo por nuestro futuro. Pero a pesar de los temores y temblores, estoy dispuesto a hacerlo. Será... interesante.

Si Ethan sentía un espasmo de culpa, era por el cultivo número cuatrocientos cincuenta y uno, el EQ-1, cuyo contenedor llevaba en el regazo. Si no podía llevar a cabo su plan, de todos los hijos nacidos en Athos en la siguiente generación, sólo los suyos no llevarían los alelos ocultos, la bomba de tiempo telepática y recesiva. Pero sus nietos los tendrían; con esta idea tranquilizó su conciencia. Todo quedaría igualado a la larga. Tal vez viviría para verlo; tal vez viviría para nutrirlo.

—Pero te has reservado la posibilidad de cambiar de opinión —le recordó Cee. Un movimiento de la barbilla en dirección a la bodega de carga y el equipaje de Ethan indicó la causa de su inquietud.

—Me temo que soy demasiado ahorrador —se disculpó Ethan—. Tendría que haber sido amo de casa. Los cultivos betanos eran demasiado buenos para arrojarlos al vacío. Pero si recupero mi antiguo puesto de trabajo, o asciendo a la dirección de un Centro Rep, puede que haya una posibilidad... me gustaría tratar de aislar los genes que producen el complejo telepático en los cultivos betanos genuinos y devolverlos al poso genético de Athos, si es que puedo hacerlo en secreto. En cuanto consiga ser diestro en su manejo, también esto. —Alzó el EQ-1 que llevaba en el regazo, lo soltó cuidadosamente, su conciencia un poco más tranquila—. Le prometí a la comandante Quinn un centenar de hijos. Y como jefe de un Centro Rep, tendría un escaño en el Consejo de Población. Tal vez incluso logre ser presidente, algún día.

Había una pequeña multitud en la zona de atraque del lanzapuerto athosiano a pesar del secreto que rodeaba la misión de Ethan. La mayoría de los presentes resultaron ser representantes de los nueve Centros de Reproducción de Distrito, ansiosos por llevarse sus nuevos cultivos. Ethan estuvo a punto de ser aplastado en el tumulto por coger las cajas de congelación. Pero el presidente del Consejo de Población estaba allí, y el doctor Desroches y, lo mejor de todo, el padre de Ethan.

—¿Tuvo algún problema? —le preguntó el presidente.

—Oh... —Ethan agarró el EQ-1—, nada que no pudiéramos manejar...

Desroches sonrió.

—Se lo dije —le murmuró al presidente.

Ethan y su padre se abrazaron, no una sino varias veces, como para asegurarse mutuamente de su vitalidad continuada. El padre de Ethan era un hombre alto, moreno y curtido por el viento; Ethan podía oler la sal marina incluso en su mejor ropa, y ese

aroma le trajo agradables recuerdos.

—Estás muy pálido —se quejó su padre, contemplándolo de arriba abajo—. Dios Padre, chico, es como si hubieras resucitado de entre los muertos en más de un sentido —volvió a abrazarlo.

—Bueno, no he estado al aire libre en todo un año —sonrió Ethan—. En la Estación Kline no hay sol, estuve en Escobar sólo una semana, y la Colonia Beta tiene demasiado sol... nadie sale a la superficie a menos que quiera freírse. Estoy más sano de lo que parece, te lo aseguro. De hecho, me siento estupendamente. Uh... —Miró con disimulo a su alrededor una vez más—. ¿Dónde está Janos?

Un súbito temor lo asaltó al ver la expresión grave de su padre, que inspiró profundamente.

—Lamento tener que decírtelo, hijo... pero todos acordamos que sería mejor que te lo dijera primero...

Dios Padre, pensó Ethan, Janos se ha matado en mi volador...

—Janos no está aquí.

—Ya lo veo. —El corazón de Ethan pareció alzarse y ahogar sus palabras.

—Se volvió casi salvaje después de tu marcha. No hay nadie que tenga influencia para dominarlo, dice Spiri, aunque yo considero que es deber de un hombre dominarse a sí mismo, y Janos ya era lo bastante mayor para empezar a comportarse como un hombre... Spiri y yo tuvimos una discusión al respecto, aunque todo está zanjado ya...

La zona de atraque parecía girar alrededor del centro de gravedad de Ethan, justo debajo de su estómago.

—¿Qué pasó?

—Bueno... Janos se marchó a las Tierras Externas con su amigo Nick unos dos meses después de tu partida. Dice que no va a volver... allí no hay reglas ni restricciones, dice, nadie que te marque los pasos. —El padre de Ethan hizo una mueca—. Tampoco hay futuro, pero eso no parece importarle. Aunque dale diez años y puede que esté harto de libertad. Le ha pasado a más de uno. Calculo que le hará falta todo ese tiempo. Siempre fue el más testarudo de todos vosotros, muchacho.

—Oh —dijo Ethan con voz apagada. Trató de parecer profundamente afectado. Lo trató con todas sus fuerzas, bajando las comisuras de la boca a la fuerza—. Bueno... —Se aclaró la garganta—, quizá sea lo mejor. Algunos hombres no están hechos para la paternidad. Mejor que se den cuenta antes y no después de tener la responsabilidad de un hijo.

Se volvió hacia Terrence Cee, la sonrisa escapando por fin a su control.

—Mira, papá, quiero que conozcas a alguien... he traído a un emigrante. Sólo uno, pero muy notable. Ha sufrido mucho, y por eso quiere refugiarse aquí. Ha sido un buen compañero de viaje durante los últimos ocho meses, y un buen amigo.

Ethan le presentó a Cee; se estrecharon la mano, el esbelto galáctico, el alto marinero.

—Bienvenido, Terrence —dijo el padre de Ethan—. Un buen amigo de mi hijo es un hijo para mí. Bienvenido a Athos.

La emoción se abrió paso a través de la fría reserva habitual de Cee; asombro, y algo parecido a la reverencia.

—Lo dice usted en serio... Gracias. Gracias, señor.

Dos de las tres lunas se alzaron esa noche sobre el Mar Oriental de Athos. Los pequeños rompientes murmuraban tras las dunas. El balcón del segundo piso de la casa del padre de Ethan ofrecía un hermoso espectáculo sobre las aguas de la bahía. La brisa refrescaba el sonrojo de Ethan, y la oscuridad lo ocultaba.

—Verás, Terrence —le explicó tímidamente a Cee—, la forma más rápida de que te ganes los derechos de paternidad, y los hijos de Janine, es dedicar todo tu tiempo a trabajos públicos hasta conseguir los suficientes créditos por deberes sociales para lograr la categoría de alterno designado. Hay mucho que hacer, desde reparaciones de carreteras a mantenimiento de parques o trabajo para el Gobierno... tal vez compartir algo de tu experiencia galáctica, o todo tipo de obras de caridad. Hogares de ancianos, orfanatos para los abandonados y reposeídos, cuidado de animales, servicio de socorro en caso de desastres... aunque el Ejército se encarga de casi todo eso. Las posibilidades son interminables.

—¿Pero cómo me mantengo mientras tanto? —objetó Cee—. ¿O está incluido?

—No, debes mantenerte a ti mismo. Se ganan puntos como alterno designado después del trabajo y al margen de la economía. Es una especie de impuesto, si quieres llamarlo así. Pero he pensado que si me lo permitieras... yo podría mantenerte. Tengo bastante para dos como jefe de departamento de un Centro Rep, y Desroches y el presidente me han dado a entender que puede que consiga el puesto de Jefe de Personal en el nuevo Centro Rep del distrito de la Montaña Roja, cuando quede terminado dentro de dos años.

»Para entonces, si te aplicas, habrás alcanzado la categoría de alterno designado. Y entonces todo irá muy rápido porque —Ethan tomó aire—, como padre alterno designado, puedes convertirte en Nutriente Primario de mis hijos. Y ser un Nutriente Primario es, sin duda, la forma más rápida de acumular créditos para la paternidad.

Ethan vaciló.

—Admito que no es una vida muy aventurera, comparada con la que has llevado. Estar sentado en un jardín, meciendo una cuna... la cuna de otro, quiero decir. Aunque sería una buena práctica para mecer luego las tuyas y por supuesto yo me sentiría feliz de ser el padre alterno designado de tus hijos.

La voz de Cee surgió de la oscuridad.

—¿Es el infierno una aventura, comparada con el cielo? He estado en el fondo del pozo, gracias. No tengo ningún deseo de volver a descender por bien de la aventura —decía cada palabra en tono de burla—. Tu jardín me parece bien.

Suspiró largamente. Hubo una pausa.

—Pero espera un minuto. Tengo la impresión de que este asunto de los alternos designados mutuos, fuera de las hermandades comunales, es una especie de matrimonio... ¿Hay sexo implícito en todo esto?

—Bueno... —dijo Ethan—. No, no necesariamente. Los acuerdos de alternos designados pueden hacerse, y se hacen, entre hermanos, primos, padres, abuelos... cualquiera que esté cualificado y dispuesto a actuar como padre. La paternidad compartida entre amantes es sólo la variedad más común. Pero estás aquí en Athos, después de todo, para el resto de tu vida.

»He pensado que tal vez, con el tiempo, acabarías aceptando nuestras costumbres. No quiero presionarte ni nada parecido, pero si empiezas a acostumbrarte a la idea, me lo harías, uh, saber... —Ethan se calló.

—Por Dios, Padre. —La voz de Cee sonaba divertida, segura. ¿De verdad temía Ethan sorprender al telépata?—. Podría hacerlo.

Ethan se detuvo delante del espejo del cuarto de baño antes de apagar la luz, y estudió su rostro. Pensó en Elli Quinn, y en el EQ-1. En una mujer, uno no veía esquemas y gráficas y números, sino los genes de tus propios hijos personificados y encarnados. Así, cada cultivo ovárico de Athos proyectaba una sombra de mujer, desconocida, imposible de erradicar.

¿Cómo había sido la doctora Cynthia Jane Baruch, que llevaba ya doscientos años muerta, y cuánto había influido secretamente en la manera de ser de Athos, sin que lo supieran los Padres Fundadores que la habían contratado para crear sus cultivos ováricos?

Se había preocupado lo suficiente para entregarse. El esqueleto de Athos estaba moldeado a su imagen. El esqueleto de Ethan.

—Salud, Madre —susurró, y se fue a la cama. Mañana empezaría un mundo nuevo, y todo el trabajo que eso conllevaba.

APÉNDICE

Miles Vorkosigan/Naismith: su universo y su época

Lois McMaster Bujold ambienta prácticamente todas sus novelas y narraciones en un mismo universo coherente, en el que se dan cita tanto los quadrúmanos de EN CAÍDA LIBRE *como los planetas y los sistemas estelares que presencian las aventuras de Miles Vorkosigan, su héroe más característico.*

A continuación se ofrece un breve esquema argumental del conjunto de los temas que tratan los libros de ciencia ficción de Bujold aparecidos hasta hoy en Estados Unidos. La CRONOLOGÍA *se refiere a la edad de Miles Vorkosigan, protagonista central de la serie, y los* HECHOS *incluyen un brevísimo resumen de parte de lo sucedido, con la única intención de situar el conjunto de las narraciones en un esquema general. Cada uno de los libros puede ser leído independientemente. La mayor parte de la información procede de datos aparecidos en las ediciones norteamericanas de las aventuras de Miles Vorkosigan, que no he dudado en modificar y completar por mi cuenta.*

El apartado CRÓNICA *hace referencia a las narraciones en las cuales se detallan las diversas aventuras. Se indica, en cada caso, el título original en inglés, la fecha de publicación de dicho original y una traducción del título que, muy posiblemente, coincida con la que utilizaremos en su edición española.*

CRONOLOGÍA: *Aproximadamente 200 años antes del nacimiento de Miles.*
HECHOS: *Se crean los quadrúmanos por medio de la ingeniería genética. La gran corporación espacial Galac-Tech los explota, en condiciones de esclavitud, en el Hábitat Cay. Los quadrúmanos luchan por su libertad con la ayuda del ingeniero Leo Graf.*
CRÓNICA: Falling Free *(abril de 1988)*
EN CAÍDA LIBRE *(NOVA, número 24)*

CRONOLOGÍA: *Durante la guerra entre Cetaganda y Barrayar, pocos años antes del nacimiento de Miles.*
HECHOS: *Cordelia Naismith, comandante de la fuerza expedicionaria de Beta, encuentra a Lord Aral Vorkosigan como capitán de un crucero de la flota Imperial de Barrayar. Ambos militan en bandos opuestos de la guerra entre Cetaganda y Barrayar. A pesar de los peligros, aventuras y dificultades, se enamoran y se casan.*
CRÓNICA: Shards of Honor *(junio de 1986)*
FRAGMENTOS DE HONOR *(prevista en NOVA, año 2000)*

CRONOLOGÍA: *Poco antes del nacimiento de Miles, durante la guerra de sucesión de Vordarian.*
HECHOS: *Ezar, el anciano emperador de Barrayar, fallece dejando a Aral Vorkosigan como regente hasta la mayoría de edad de Gregor, entonces un niño de cuatro años. Aral debe superar diversos complots contra el emperador y contra su*

misma regencia. Cuando su esposa Cordelia está embarazada, fracasa un intento de asesinar a Aral con gas venenoso, pero Cordelia resulta afectada: Miles Vorkosigan nace con diversos defectos físicos, entre ellos unos huesos frágiles y quebradizos. Su estatura será, finalmente, la de un enano.

CRÓNICA: Barrayar *(octubre de 1991)*
BARRAYAR *(NOVA, número 60)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 17 años.*

HECHOS: *Miles fracasa al pasar las pruebas físicas del examen de ingreso en la Academia Militar. En un viaje posterior, la necesidad le lleva a improvisar y acaba creando la flota de los Mercenarios Libres Dendarii. Durante cuatro meses pasará por diversas aventuras, todas ellas en cierta forma involuntarias pero inevitables. Finalmente, deja a los Dendarii en las competentes manos de Ky Tung y viaja a Beta para reconstruir la cara destrozada de la comandante Elli Quinn. Debe volver a Barrayar para desbaratar un complot contra su padre, el regente del imperio. El emperador en persona interviene para hacer que Miles ingrese en la Academia Militar.*

CRÓNICA: The Warrior's Apprentice *(agosto de 1986)*
EL APRENDIZ DE GUERRERO *(NOVA, número 33)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 20 años.*

HECHOS: *Tras obtener la graduación de alférez, Miles debe encargarse de una de las muchas responsabilidades que recaen en los nobles de Barrayar y actuar como detective y juez en un caso de asesinato.*

CRÓNICA: «The Mountains of Mourning» *(1989), incluida en* Borders of Infinity *(octubre de 1989)*
«Las montañas de la aflicción» en FRONTERAS DEL INFINITO *(NOVA, número 44)*

CRONOLOGÍA: *Miles sigue teniendo 20 años.*

HECHOS: *El primer destino militar de Miles finaliza con su arresto. Miles tiene que reunirse de nuevo con los Dendarii para rescatar al joven emperador de Barrayar. Finalmente, tras no pocas aventuras, el emperador acepta a los Dendarii como ejército secreto personal.*

CRÓNICA: The Vor Game *(septiembre de 1990)*
EL JUEGO DE LOS VOR *(NOVA, número 57)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 22 años.*

HECHOS: *Miles y su primo Ivan, en representación del imperio de Barrayar, acuden al funeral de la emperatriz del imperio de Cetaganda. En un entorno social ajeno y extraño, Miles se involucra casi involuntariamente en la política interna de Cetaganda, y debe desempeñar un crucial papel de detective y espía para resolver un asesinato y sofocar un complot que amenaza a Cetaganda y con perjudicar a Barrayar.*

CRÓNICA: Cetaganda *(enero de 1996)*
CETAGANDA *(NOVA, número 89)*

CRONOLOGÍA: *Miles sigue teniendo 22 años.*

HECHOS: *Miles envía a la comandante Elli Quinn (quien posee un nuevo rostro*

gracias a la cirugía betana) a una misión individual en la Estación Kline. La misión la llevará a encontrarse con Ethan Urquhart, biólogo procedente de Athos, un planeta prohibido a las mujeres y habitado sólo por hombres en peligro de extinción a causa de una misteriosa crisis de origen genético.

CRÓNICA: Ethan of Athos *(diciembre de 1986)*
ETHAN DE ATHOS *(NOVA, número 106)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 23 años.*

HECHOS: *Convertido ya en teniente, Miles viaja con los Dendarii para rescatar y pasar de contrabando a un científico de Jackson's Whole. Los frágiles huesos de las piernas de Miles ya han sido reemplazados por materiales sintéticos.*

CRÓNICA: «Labyrinth» *(1989), incluida en* Borders of Infinity *(octubre de 1989)*
«Laberinto» en FRONTERAS DEL INFINITO *(NOVA, número 44)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 24 años.*

HECHOS: *Miles y los Dendarii tienen la misión de rescatar al coronel Tremont de un campo de prisioneros de los cetagandanos en el planeta Dagoola IV.*

CRÓNICA: «The Borders of Infinity» *(1987), incluida en* Borders of Infinity *(octubre de 1989)*
«Las fronteras del infinito» en FRONTERAS DEL INFINITO *(NOVA, número 44).*

CRONOLOGÍA: *Miles sigue teniendo 24 años*

HECHOS: *Los cetagandanos persiguen a la flota de los Dendarii que, finalmente, logra llegar a la Tierra para efectuar reparaciones. Miles, que tiene que hacer juegos malabares con sus dos identidades (teniente de Barrayar y comandante en jefe de los Mercenarios Dendarii), deberá obtener fondos para reparar la flota y también desbaratar un complot que intenta reemplazarle por un doble, su clon Mark. Ky Tung sigue en la Tierra. La comandante Elli Quinn es ahora el brazo derecho de Miles. Miles y los Dendarii parten para el Sector IV en una misión de rescate.*

CRÓNICA: Brothers in Arms *(enero de 1989)*
HERMANOS DE ARMAS *(prevista en NOVA, año 1999)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 25 años.*

HECHOS: *Hospitalizado después de una misión, Miles verá sustituidos los rotos huesos de sus brazos por nuevos huesos de material sintético. Con Simon Illyan, jefe del Servicio de Seguridad Imperial de Barrayar, Miles desbarata un nuevo complot contra su padre mientras yace en su cama del hospital.*

CRÓNICA: Borders of Infinity *(octubre de 1989)*
FRONTERAS DEL INFINITO *(NOVA, número 44)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 28 años.*

HECHOS: *Miles se encuentra de nuevo con Mark, su hermano clon, en Jackson's Whole.*

CRÓNICA: Mirror Dance *(marzo de 1994)*
DANZA DE ESPEJOS *(NOVA, número 78)*

CRONOLOGÍA: *Miles tiene 29 años.*

HECHOS: *Miles se acerca a la treintena y los recuerdos acechan.*
CRÓNICA: Memory *(octubre de 1996)*
RECUERDOS *(prevista en NOVA, número 119)*

MIQUEL BARCELÓ

Lois McMaster Bujold nació en Columbus (Ohio) en 1949. Confiesa leer ciencia ficción desde los nueve años, afición que heredó de su padre, Robert McMaster, ingeniero de soldadura y profesor de la universidad Estatal de Ohio, Bujold estudió en dicha universidad y ha trabajado como auxiliar de laboratorio en una compañía farmacéutica y como técnica de hospital. Está casada desde 1971 con John Bujold y tiene dos hijos: Anne y Paul. Sus aficiones favoritas son los caballos, la fotografía y la guitarra clásica, aunque reconoce haberlas abandonado un poco a causa de su actividad como escritora y de sus obligaciones como madre.

La crítica y el público la reconocen, unánimemente, como una de las mejores narradoras de la ciencia ficción de aventuras de los últimos años. Su obra se ha centrado hasta ahora en la serie de Vorkosigan, una saga de aventuras espaciales tratadas con ironía y humor que incluye EL APRENDIZ DE GUERRERO *(1986) ya publicado en* NOVA. *A la misma serie pertenecen:* SHARDS OF HONOR *(1986),* ETHAN DE ATHOS *(1986),* BROTHERS IN ARMS *(1989),* FRONTERAS DEL INFINITO *(1989),* EL JUEGO DE LOS VOR *(1990),* BARRAYAR *(1991),* DANZA DE ESPEJOS *(1994),* CETAGANDA *(enero de 1996) y* MEMORY *(octubre de 1996).*

La serie ha obtenido gran éxito popular, como atestiguan las cifras de ventas y los siguientes galardones: premios Hugo 1990 y Nebula 1989 de novela corta a «The Mountains of Mourning» *incluida en* FRONTERAS DEL INFINITO, *premio Analog 1989 de novela corta a* «Labyrinth» *(incluida también en* FRONTERAS DEL INFINITO), *premio Hugo 1991 de novela a* EL JUEGO DE LOS VOR *(1990), premio Hugo y Locus 1992 de novela a* BARRAYAR *(1991) y premio Hugo y Locus 1995 de novela a* DANZA DE ESPEJOS. MEMORY *ha sido finalista del premio Hugo.*

Un tanto al margen de la serie, pero en el mismo universo en que se ambientan las aventuras de Vorkosigan, destaca la novela EN CAÍDA LIBRE *(1988), también publicada en NOVA y premio Nebula 1988 y finalista del Hugo de 1989.*

En noviembre de 1992 apareció su primera novela de fantasía, THE SPIRIT RING *(1992), ambientada en la Italia renacentista y que ha sido muy bien acogida tanto por la crítica especializada como por sus lectores.*

Bujold también ha escrito relatos para las revistas Twilight Zone, Far Frontiers *y* American Fantasy. *Uno de ellos ha sido llevado a la televisión en la serie* Tales from the Darkside. *A menudo publica algunas de las narraciones protagonizadas por Miles Vorkosigan en la revista* Analog, *antes de su aparición en forma de libro.*